# UN LIBERTINO EMPEDERNIDO



MARTHA KEYES

# Un Libertino Empedernido

Martha Keyes

# Copyright

A Confirmed Rake © 2022 de Paradigm Press. Todos los derechos reservados.
Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluyendo sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin permiso por escrito del autor. La única excepción es para un reseñador, quien puede citar breves extractos en una reseña.

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son productos de la imaginación del autor o se utilizan ficticiamente. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, eventos o lugares, es completamente coincidencia.

http://www.marthakeyes.com

# Contenido


Página del título
Copyright
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Epílogo
Agradecimientos
Sobre la Autora

# Capítulo 1

Rebecca

No había nada tan molesto como el pan duro. Los bollos mantecosos que había visto al lacayo retirar de la mesa de la cena hace unas horas estaban en la cocina de abajo. Podía verlos en mi mente, poniéndose más duros con cada minuto que pasaba. No sabía si era ese pensamiento o la emoción que zumbaba en mi estómago como una colmena de abejas lo que me mantenía despierta.

Me sentía mal por anticipar tanto mi nueva vida mientras había dejado al abuelo solo en Northumberland, pero no podía evitarlo. Había apreciado mis años cuidando de él y haciéndole compañía, y lo extrañaba mucho, con su temperamento cascarrabias y todo. Pero sería deshonesta si pretendiera que, especialmente en los últimos años, no había estado esperando una oportunidad para relacionarme con gente de mi edad, para experimentar una vida de bailes, cenas y teatro. Esa oportunidad finalmente estaba aquí, y lo sentía en mis huesos, saboreando las posibilidades en mi lengua tan claramente como había saboreado la brioche en la cena.

Mañana yo, Rebecca Russell, asistiría a mi primer baile—en Brighton, de todos los lugares. Por más que lo intentara, no podía evitar que mi mente explorara todas las oportunidades que se presentaban: las personas que conocería, los amigos que haría, los lugares que vería y—mi estómago revoloteaba más intensamente que nunca—la posibilidad de hacer un buen partido. Mis interacciones con personas del sexo opuesto hasta ahora habían estado casi completamente restringidas a los amigos del abuelo, todos ellos tres y a veces cuatro veces mayores que yo. En Brighton, sin embargo, habría caballeros más jóvenes. Más jóvenes, solteros y, me atrevería a esperar, sin gota.

Me deshice de las sábanas, junto con cualquier pensamiento de dormir. Sería una lástima que esos deliciosos bollos se convirtieran en bollos de ayer. Además, mi cuñada, Diana, me había hecho prometer que trataría la casa de Brighton como si fuera la mía, y me había acostumbrado a buscar algo para comer antes de acostarme. El abuelo siempre insistía en cenar tan temprano.

Me puse el albornoz mientras mi estómago rugía. Si saciaba su hambre, tal vez me resultaría más fácil calmar los nervios y dormir. Tal y como estaban las cosas, simplemente había demasiado ocurriendo en mi mente y cuerpo para permitir el descanso.

La noche de agosto era lo suficientemente cálida como para no necesitar fuego, lo que me dejaba sin una forma rápida de encender la vela junto a mi cama. Bueno. No deseaba particularmente llamar la atención sobre mi expedición nocturna. Lo último que quería era que la primera impresión de Diana o de los sirvientes sobre mí fuera la de una problemática. Después de todo, solo llevaba unas horas aquí. Diana había sido amable en el viaje, pero no podía negar la admiración que inspiraba en mí.

Quizás me hubiera sentido menos culpable de deambular en la oscuridad si mi hermano Duke hubiera estado presente en la casa. Había tenido que regresar a su finca en el norte de Kent rápidamente después de llevarme a Brighton. Pero incluso si *hubiera* estado aquí, dudaba que me hubiera sentido completamente en casa. Había vivido en Northumberland con el abuelo desde la muerte de mi padre—hace ya catorce años—dándome pocas oportunidades de ver a mis

hermanos. Duke había venido a visitarnos cuando el tiempo permitía tal viaje, pero la mayoría de nuestras interacciones habían sido por carta.

Giré el pomo de la puerta tan despacio como pude, abriéndola para ver el oscuro pasillo. Un poco de luz de luna entraba a través de una ventana enrejada junto a las escaleras. La poca familiaridad de todo intensificaba el zumbido en mi estómago. Había pasado tanto tiempo desde que había estado en un lugar desconocido, donde pudiera explorar y sorprenderme. Los momentos más emocionantes de la vida en Millbury House se habían limitado a descubrir qué nuevo mal había aquejado a los amigos del abuelo en las raras ocasiones en que él estaba dispuesto a entretener—y había pasado tiempo desde eso.

Caminé por el suelo alfombrado y bajé dos tramos de escaleras, manteniéndome junto a la barandilla de madera tallada en un esfuerzo por evitar que chirriara. Mis expediciones nocturnas a las cocinas me habían enseñado que el centro de las escaleras era el más probable en traicionarme con un quejido espantoso.

Sin embargo, estas escaleras no se quejaron de mi presencia. La casa misma estaba absolutamente silenciosa, pero podía escuchar los sonidos de algún que otro carruaje pasando mientras me dirigía hacia las escaleras del servicio que conducían a las cocinas.

Cuando llegué a mi destino, mis ojos buscaron en la habitación de piedra, ajustándose lentamente a la oscuridad relativa del nivel más bajo de la casa. Mi mirada pasó por las cestas colgantes de cebollas y patatas, la pared de especias, y finalmente se posó en una bandeja sobre la mesa, cubierta con un paño. La forma abovedada, aunque tenue, me informó que había encontrado lo que buscaba.

El suelo de piedra de la cocina estaba frío incluso a través de mis medias, pero amortiguaba el golpeteo de mis pies mientras me acercaba a la mesa. Levanté el paño y sonreí levemente. Pedacitos de luz de luna filtraban a través de las dos ventanas bajas junto a la puerta de entrega, y las partes superiores en mantequilla de los tres bollos brillaban sutilmente, llamándome.

Tomé uno y lo mordí, disfrutando del pan húmedo y esponjoso. Cerrando los ojos, saboreé cómo se deshacía en mi lengua. Había algo divino en la brioche mantecosa. El médico del abuelo había insistido en que siguiera una dieta estricta para manejar su gota cada vez más dolorosa, y para hacer el prospecto más aceptable, había ofrecido seguir el mismo régimen. La privación que había experimentado como resultado era indescriptible. Había recurrido a hurgar en las cocinas por las noches para apaciguar mi hambre, pero nunca había encontrado algo como estos bollos esperándome.

Tomé otro bocado, suspirando de satisfacción y apoyándome en la mesa, sintiéndome más tranquila de lo que había estado en semanas. La carta de mi hermano invitándome a quedarme con Diana en Brighton había producido una constante agitación de anticipación dentro de mí. Pero por ahora, me sentía contenta, y fragmentos de una canción infantil flotaban en mi mente.

*O Mistress mine, where are you roaming?*
*O stay and hear, your true love's coming,*
*That can sing both high and low.*

La melodía se desvió de la que conocía, y pausé mi masticar, frunciendo el ceño mientras el canto se acercaba.

*Trip no further, pretty sweeting.*
*Journeys end in lovers' meeting,*
*Every wise man's son doth know.*

Mi nariz se arrugó ante el canto discordante. No era cosa de mi cabeza después de todo. El canto estaba amortiguado, viniendo de algún lugar afuera y acercándose con cada momento.

Quien cantara no era un cantante particularmente bueno, o no conocía la melodía correcta.

Tomando otro bocado rápido, me dirigí a la ventana de guillotina más cercana a la puerta, preguntándome si podría vislumbrar a quien estaba cantando una serenata a la ciudad a tan altas horas. Basándome en lo mucho más fuerte que se había vuelto el canto desde que comenzó, el cantante debía estar pasando por ahí.

Poniendo mis manos sobre el frío cristal de la ventana, miré hacia la noche oscura iluminada por la luna, donde una escalera conducía a la acera y a la calle. Mis oídos se esforzaron por escuchar más de la melodía mientras pasaba un carruaje, y mis ojos buscaban en la oscuridad, tratando de comprender las formas de un lugar desconocido.

Apareció un rostro al otro lado de la ventana, y retrocedí, mi grito fue amortiguado por un bocado de brioche mientras mi pulso se aceleraba.

# Capítulo 2

Rebecca

No fui la única sorprendida. El sonido de mi corazón latiendo se ahogó en un estrépito afuera cuando la figura tropezó hacia atrás y cayó entre las cajas vacías al pie de las escaleras.

Llevé mi mano a la boca. La caída parecía dolorosa, al igual que el posterior derrumbamiento de las cajas sobre su cuerpo. Pero el hombre—pues ahora podía ver que efectivamente era un hombre—parecía en gran medida indiferente. Apartó las cajas, se levantó torpemente y dejó el desorden detrás de él sin pensarlo dos veces.

Con el corazón latiéndome con fuerza, observé su apariencia. Su corbata estaba deshecha y su chaleco desabrochado, pero llevaba la inconfundible ropa de un caballero. Se sacudió las mangas y comenzó a cantar de nuevo como si nada hubiera pasado.

*What is love, 'tis not hereafter, Present mirth, hath present laughter:*

De nuevo, la melodía difería de la que conocía, y me resultaba desagradable. Me quedé paralizada mientras se acercaba a la ventana nuevamente. Estaría cerrada, por supuesto, pero mi corazón latía desbocado en mi pecho de todos modos.

El hombre puso sus manos en el marco y trató de abrirla. Chirrió mientras se abría un poco, y mis ojos se abrieron de horror. El cerrojo debe estar roto.

Debatí por una fracción de segundo, antes de apresurarme hacia la ventana y presionar el marco para cerrarla. No podía permitir que un ladrón entrara en la casa de mi hermano, estuviera vestido como un caballero o no.

La ventana se cerró con un suave golpe, y el hombre me miró de nuevo, parpadeando como si ya hubiera olvidado mi presencia. Casi temía que volviera a caer en las cajas con la forma en que se tambaleaba. Sin duda, merecería tal destino por intentar forzar su entrada en la casa de alguien.

Con el ceño fruncido, volvió a poner sus manos en el marco.

"Si lo intenta de nuevo, gritaré por el ama de llaves," le dije, esperando que pudiera oírme tan fácilmente como yo lo había oído a través de la ventana cerrada. Mi pecho subía y bajaba bajo mi delgada camisa y albornoz, y mis manos temblaban en el marco de madera. En realidad, probablemente gritaría incluso si no intentara abrir la ventana de nuevo. La vida en Millbury House no me había acostumbrado a este tipo de situaciones. Quizás vivir con el abuelo me había envejecido prematuramente. No creo que mi corazón pudiera soportar tanta emoción por mucho más tiempo si esto es lo que significa vivir en la ciudad.

La boca del hombre se torció en una sonrisa encantadora pero torcida. "Le deseo suerte. La señora Groves duerme al final del pasillo." Sus palabras aún se arrastraban y estaban amortiguadas por la ventana, pero su familiaridad con el nombre de la ama de llaves me hizo dudar. ¿Qué tipo de caballero se abre camino en las cocinas de una casa donde conoce la ubicación del cuarto de la ama de llaves?

"Soy Valentine Donovan," dijo, respondiendo a mi pregunta no formulada, "y pienso entrar."

Fruncí el ceño. ¿Valentine Donovan? Estaba casi segura de que era el nombre del hermano de Diana. ¿Pero qué demonios estaba haciendo entrando en las cocinas? ¿Y por una ventana,

además? “Si eso es cierto, ¿por qué no usar la puerta principal?”

Mi pregunta le divirtió. “¿Alguna vez ha despertado a mi hermana en la noche?” Sus palabras aún se arrastraban. Se tambaleó ligeramente y, después de recuperar el equilibrio, apoyó su frente contra la ventana, como si necesitara descansar contra algo sólido. Instintivamente, di un paso atrás. Aún había un cristal entre nosotros, pero con su cara tan cerca, pude ver un corte en su mejilla. Parecía reciente, un rojo intenso contra su piel. Debió habérselo hecho cuando cayó en las cajas.

El remordimiento y la inquietud me asaltaron. Le había causado una lesión—quizás sin querer—y le estaba negando la entrada en la casa de su propia hermana. Tenía tanto derecho a estar aquí como yo.

“¿Por qué no usar esa puerta, entonces?” Le señalé la que estaba a unos pocos pies de mí.

Con la cabeza aún contra el cristal, extendió una mano, invitándome a intentarlo mientras tarareaba la canción infantil. Me moví hacia la puerta y probé el pomo. Estaba cerrada con llave.

“Lo intenté anoche. Esta ventana” colocó una mano en ella “es la única manera de entrar a esta hora de la noche.”

Dudé, sintiéndome cada vez más convencida de que era quien decía ser. Pero sería prudente asegurarse. “Si es Valentine Donovan, ¿cuál es el nombre del esposo de su hermana?”

Golpeó su cabeza contra el cristal una vez, como si mi pregunta fuera increíblemente estúpida. “Marmaduke Russell, aunque un gran número de personas podría haber respondido a esa pregunta.”

Mi boca se torció hacia un lado. Sin duda tenía razón, pero un hombre con malas intenciones seguramente no habría señalado eso. Eso era, sin duda, un punto a su favor.

Suspiré, contenta de que efectivamente fuera quien decía ser. Retrocediendo hacia la ventana, esperé a que apartara su cabeza del cristal, luego empujé el marco hacia arriba. Cedió a mis esfuerzos, solo para detenerse a mitad de camino. El Sr. Donovan le dio un empujón, deslizándola el resto del camino, y di un paso atrás, permitiéndole espacio para entrar.

Pero no fue una entrada suave, y lo estabilicé mientras sacaba una pierna y luego la otra a través de la ventana. Estando tan cerca de él, me asaltó el olor a alcohol, y me eché atrás, llevándome una mano a la nariz. “Huele mal.”

Reprimí mis labios, dándome cuenta de lo poco cortés que era mi comentario, por cierto que fuera. Nunca había sido particularmente hábil en controlar el impulso de decir lo que pensaba.

“Gracias.” Se deslizó hacia abajo desde la ventana, tambaleándose hacia mí. Se agarró de la mesa más cercana, pero no antes de que nuestras caras estuvieran casi tocándose.

Me quedé paralizada, atónita por la proximidad repentina.

Su cabeza se tambaleaba ligeramente. “Usted también huele,” dijo.

Fruncí el ceño y giré mi cabeza hacia un lado, oliendo mi hombro y esperando descubrir qué olor desagradable había estado arrastrando sin saberlo todo el día—o quizás más tiempo.

Cerró los ojos e inhaló. “A mantequilla.” Se echó hacia atrás, con los párpados pesados mientras cantaba.

*What’s to come, is still unsure.*

*In delay there lies no plenty.*

Hizo una pausa, con sus oscuros y somnolientos ojos observándome, recorriendo mi rostro de manera desigual. Los versos que siguieron resonaron en mi mente.

*Then come kiss me sweet and twenty:*
*Youth’s a stuff will not endure.*

Mi corazón dio un vuelco y saltó al presentarse el pensamiento de un beso. El hecho de que

él hubiera declinado cantar el final de la canción me hizo preguntarme si sus pensamientos estaban en el mismo lugar. Ahora que estaba dentro, tenía la oportunidad de examinarlo más a fondo, aunque la luz tenue hacía que mis ojos se esforzaran. Su cabello parecía casi negro y estaba cortado corto, y su mandíbula estaba sombreada por una barba de varios días. Era el caballero más guapo que había visto. Aunque no es que hubiera visto a muchos.

Pero cualquier atractivo que pudiera tener la idea de ser besada fue opacado por el olor a alcohol que rodeaba al señor Donovan como una nube. Cuando finalmente reciba un beso, suponiendo que esa perspectiva se presente, quiero que el hombre lo elija con plena lucidez—y también porque me ama, no porque una canción y una mente embotada lo prescriban.

"Son los bollos," me apresuré a decir, esperando cambiar de tema.

Su mirada se volvió más alerta, fijándose en mí. "¿Bollos?"

Asentí. "Brioche."

Miró alrededor de la habitación hasta que sus ojos se posaron en los bollos descubiertos, y caminó hacia ellos, sus botas crujían sobre la piedra con sus pasos lentos. Claramente, el señor Donovan había bebido demasiado, y ahora pensaba deleitarse con mis preciosos bollos de brioche. Si comía tanto como había bebido, estarían desaparecidos en un instante.

"Cuídese de la gota," solté.

# Capítulo 3

VALENTINE

Mi mano permanecía suspendida sobre un bollo, y miré a la joven con los ojos entrecerrados. “¿Gota?” Mis sentidos estaban lo admito, embotados por haber bebido en exceso, pero estaba bastante seguro de haberla oído correctamente.

Ella asintió decididamente. “Toda la bebida que claramente ha disfrutado esta noche, además de estos bollos... es una combinación terriblemente peligrosa, señor.”

Fruncí el ceño, ya que me dolía la cabeza de tanto intentar seguir la conversación. “¿Cuántos años cree que tengo?”

Ella encogió los hombros. No podía tener más que unos pocos años menos que yo—alrededor de veinte, supuse, aunque admito, no se puede confiar en la conjetura después de tanto brandy y oporto como he bebido esta noche—pero tenía una juventud que era evidente incluso para mi visión borrosa.

“Tomaré mis riesgos, gracias.” Tomé un bollo y le di un mordisco. La suavidad del pan y el sabor de la mantequilla era como el paraíso después de la bebida ardiente y fuerte de las últimas horas. Había pasado algún tiempo desde que me había entregado a la bebida como lo hice esta noche, y me molestaba descubrir que me ofrecía menos placer ahora que en el pasado. Incluso los numerosos vasos que me había permitido no habían adormecido por completo mis sentimientos después de la disputa que tuve con el Almirante ayer por la mañana. Tampoco habían aligerado el peso de las deudas que había asumido. De hecho, el costo de lo que había bebido me había privado de las últimas porciones de dinero en mi posesión.

La joven me observó masticar durante un momento, con algo muy parecido al hambre en sus ojos. En un movimiento decidido, se acercó y tomó el bollo medio comido que estaba al lado del último bollo entero que quedaba. Estaba vestida para dormir, con el cabello oscuro trenzado y atado en la parte inferior con un pequeño pedazo de tela que se estaba deshilachando en los bordes. Deseé tocarlo, ya que parecía que podría deshacerse por completo con el menor contacto.

Desvié el impulso. La bebida hace cosas extrañas a la mente de un hombre. “¿Quién es, por cierto—además de una feroz defensora de las cocinas y protectora contra la gota?” Hice una pausa, incapaz de detener una pequeña sonrisa y un toque de provocación. “¿Una nueva sirvienta, quizás?”

Sus ojos se llenaron de desdén. “¿Oh, querido? ¿Parezco una sirvienta?” Puso una mano en su cabello, como si él tuviera la culpa de mi suposición en broma. Quizás había notado cómo mi mirada se había detenido en la tela deshilachada.

Sonreí y tomé otro bocado del brioche, apoyándome en la mesa. Su reacción—y el hecho de que no había reconocido que estaba bromeando—me divirtió. Estaba acostumbrado a que mis provocaciones se encontraran con indignación exagerada o coqueteo manifiesto.

“No se preocupe,” dije, consciente de cómo mis palabras vacilaban, pero incapaz de detenerlo. “No parece ni habla como una sirvienta. Pero cuando me acusa de estar en peligro de una enfermedad que afecta casi exclusivamente a los ancianos, merezco un poco de venganza. Es invitada de mi hermana, ¿supongo?”

“No,” dijo ella. “Es decir, sí. Soy la hermana de Duke, pero él no está aquí, así que supongo

que soy la invitada de su hermana en este momento."

Mi masticación se ralentizó, y la observé, tratando de forzar a mi mente a concentrarse a pesar del velo borroso que cubría la habitación. Así que, esta era la hermana de Russell. Ahora podía ver fácilmente el parecido entre ellos. Estaba demasiado oscuro y mi mente demasiado turbia para ver con certeza el color preciso de sus ojos, pero eran claros como los de él y enmarcados de manera similar por pestañas y cejas oscuras. Era una joven atractiva, pero tenía la manera ingenua de una señorita recién salida del aula.

No solía relacionarme con mujeres así. Nunca. Y ciertamente no cuando Duke Russell estaba involucrado. Valoraba mi vida más que eso.

"Es mi primera conocida en Brighton, ¿sabe?" Ella me miró mientras tomaba un gran bocado de su brioche. Su forma era tan poco femenina, tan visiblemente impulsada por el hambre, que apenas pude suprimir mi diversión.

Sus palabras finalmente me llegaron, apagando mi sonrisa. "Qué desafortunado para usted."

Su frente se frunció mientras masticaba. "¿Por qué?"

"Su hermano no desearía que me conociera, señorita Russell. Y creo que Diana tampoco lo aprobaría." Observé cómo algunas migajas caían sobre su bata de seda. "Una pena, porque sospecho que me gustaría."

Sus ojos se abrieron de par en par. "¿Realmente?" Era entrañable lo sorprendente que le parecía esto. "Lo sospecha, quiero decir."

"Sí," dije sin rodeos. "Pero no debe devolverme el favor de ninguna manera." No había peligro de eso, una vez que supiera más sobre mí. Muchas personas se asegurarían de eso. Me di la vuelta, decidido a encontrar una cama en la que dormir. Había sido un par de días largos y desagradables.

"¿Por qué no debería?"

Hice una pausa en mi camino hacia la puerta que conducía a las escaleras. "Me conoció subiendo por una ventana, señorita Russell. Y borracho. Seguramente eso es razón suficiente."

"¿Borracho?" repitió ella. "Eso significa ebrio, ¿no?"

Me volví más hacia ella. Con cualquier otra joven, podría haber pensado que estaba siendo coqueta. Pero la señorita Russell parecía todo menos eso. De hecho, parecía genuinamente curiosa.

"Tenía una razón sensata para subir por la ventana, sin embargo," dijo ella. "Y en cuanto a la bebida" se encogió de hombros "al menos todavía es amable. El abuelo se ha puesto muy irritable cuando ha estado borracho."

No sabía si reírme de su uso libre—y terriblemente incorrecto—de la palabra o reprenderla por ello. Su hermano sin duda preferiría lo segundo. Ella había mencionado a su abuelo también, y tenía un vago recuerdo de que Russell me había dicho que su hermana vivía en algún condado lejano con su abuelo. "No debería usar esa palabra."

Su frente se frunció. "Pero *usted* lo hizo."

"Porque soy irremediablemente vulgar y totalmente inapropiado. Y ahora acabo de enseñarte una palabra vulgar—probablemente la única en su vocabulario. Más evidencia de mi punto."

"Nadie es irremediable." No había lástima en las palabras. Era una afirmación simple, dicha con toda la confianza de alguien que nunca ha hecho nada que requiera redención. Eran las palabras de una santa.

Eso es a lo que la señorita Russell me recordaba: a una estatua en una iglesia o abadía. Una figura suave y femenina que transmite y honra la inocencia, algo que debe ser reverenciado y

emulado, destinado a ser objeto de contemplación para mi tipo con la esperanza de inspirarnos con un deseo de arrepentimiento.

"Y *no* es la única palabra vulgar en mi vocabulario." Ella me lanzó una mirada significativa.

Alcé las cejas. "Por favor, ilumíneme." Tomé otro bocado de mi brioche, de repente y absurdamente curioso por escuchar lo que saldría de su boca.

Sus labios se fruncieron ligeramente, pero había un temblor en el lado, y mi mirada se fijó en él. Me resultaba diabólicamente difícil enfocar algo, con la combinación de bebida y oscuridad, pero ese pequeño temblor me parecía importante. Tal vez un indicio de rebelión en una santa.

"Bastardo." Las palabras salieron de su boca como un estallido, y me quedé inmóvil, parpadeando sorprendido. Esa era una palabra que apenas había anticipado.

Ella se vio avergonzada. "Oh, querida. La he sorprendido."

No pude evitar una risa, tan irónica como pudiera ser. En ningún mundo imaginario alguien como la señorita Russell podría verdaderamente sorprenderme. "Difícilmente. Solo fue inesperado, eso es todo."

"No debí haberlo dicho." Dejó el último bocado de su brioche como si hubiera perdido el apetito. "El abuelo casi tuvo una apoplejía cuando el señor Finner lo dijo en la cena una noche." Su mirada se volvió pensativa. "Aunque, por qué los hombres deberían ser tan reacios a hablar de sus disputas frente a las mujeres, no lo entiendo."

Mis ojos se entrecerraron. "¿Disputas?" Nunca había oído hablar de asuntos ilícitos de esa manera, y oírla hablar de ellos con tal franqueza me sorprendió. ¿Qué pensaría al saber que el hombre frente a ella generalmente se consideraba bastardo?

Su mirada se levantó y se encontró con la mía. "Sí. Las opiniones son fuertes y las emociones están a flor de piel, particularmente entre los hombres, creo. Parece inevitable que a veces se sientan obligados a resolver tales desacuerdos de manera física."

Apreté los ojos, tratando de comprender lo que decía la señorita Russell. Maldito sea el brandy.

"Su cabeza está doliendo," afirmó ella. "Y no es de extrañar, ya que está herido. ¿Desea que le traiga un paño caliente?"

Negué con la cabeza, ya que aún intentaba entender la extraña conversación. "¿Está usted segura de que no quiere decir *'camorrero'*?"

Ella arrugó la nariz. "¿Lo hago? El señor Finner dijo que había sabido de otro de los bastardos de su nieto. Entiendo que el nieto es bastante propenso a la violencia, aunque no podría decirlo con certeza, ya que no lo he conocido personalmente. No es que él se involucraría en tal actividad en mi presencia, porque si los hombres no pueden *hablar* de tales cosas en presencia de mujeres, seguramente deben abstenerse de participar en el comportamiento en sí. Aunque, si ha perdido todo sentido de la decencia, que es lo que su abuelo piensa, quizás se *volvería* violento en mi presencia."

Aproveché la oportunidad para tomar el último bollo, ocultando mi diversión. La falta de artificio en el comportamiento de la señorita Russell era encantadora. No podía ni siquiera usar frases vulgares correctamente.

"*Camorrero*,' dijo usted," continuó ella pensativa. "¿Es eso otra manera de decir 'bastardos'?"

Forcé mi boca a recomponerse y levanté la cabeza para encontrar su mirada. "No, no lo es. Pero estoy de acuerdo con su abuelo en que ninguna de las frases debería ser usada por usted."

"Oh, querido," dijo con una pequeña sonrisa. "Al menos debe decirme lo que significan,

porque odio ser ignorante, particularmente si he estado asumiendo erróneamente sobre el nieto del señor Finner. Quizás no es propenso a la violencia." Su expresión se iluminó. "¡Lo ve! Es justo como dije. Todos son redimibles."

Dudé, sin saber si sería más peligroso decirle a la señorita Russell las verdaderas ofensas del nieto del señor Finner o dejarla en la ignorancia, con la posibilidad de que en algún momento reprendiera a los hombres que se enzarzaran en una pelea por tener hijos ilegítimos. Tenía un deseo repentino y agudo de estar presente si alguna vez sucedía.

Un carruaje pasó afuera, sacándome de mis pensamientos, y miré alrededor. Había olvidado que estábamos solos en una cocina oscura, comiendo bollos y discutiendo expresiones vulgares como si fuera lo más natural del mundo.

"Consuélese, señorita Russell," dije. "Aunque puede haber estado equivocada sobre la naturaleza precisa de las faltas del nieto del señor Finner, su redención no está en absoluto asegurada." Necesitaba irme antes de que, sin querer, familiarizara a la señorita Russell con algo más vulgar. Mi mera presencia estaba ensuciando su inmaculada reputación e inocencia.

Con el bollo en la mano, me di la vuelta.

"Pero su herida," llamó ella.

Me detuve nuevamente, notando el escozor en mi rostro por primera vez. No era la peor herida que había sufrido, pero ella parecía genuinamente preocupada.

Ella se acercó a mí, mirando un punto en mi mejilla. "Tiene un corte. Supongo que de las cajas."

Puse un dedo en mi mejilla, y mi dedo salió sin sangre. "No es nada."

Ella frunció los labios. "Fui yo quien causó que se lo hiciera, y siento una cierta responsabilidad por ello. Las pequeñas heridas pueden llevar a situaciones graves, señor Donovan. El señor Finner, de quien recordará que estaba hablando..." Se detuvo, frunciendo el ceño. "Quizás *no* lo recuerde, ya que he encontrado que el abuelo es particularmente olvidadizo cuando ha estado borracho. En cualquier caso, el señor Finner, el que tiene el nieto violento que mencioné, sufrió un corte en la mano de su caja de rapé, y casi murió a causa de ello."

"¿Su caja de rapé?" repetí.

Ella asintió, encontrando mi mirada con sinceridad de ojos abiertos.

"Cualquier hombre que aún use una caja de rapé merece ser cortado por ella. Quédese tranquila, señorita Russell. Le aseguro que no moriré, y no necesito tratamiento."

Ella no parecía muy complacida, pero asintió. "Como desee. ¿Lo veré mañana entonces?" La idea parecía hacerla feliz. Era una criatura extraordinaria.

"Lo dudo," dije. "Sería mejor que olvidara esta noche por completo." Era posible que lo hiciera, ya quisiera o no.

"Oh, no podría olvidar a mi primer amigo en Brighton. Además, mañana no estará borracho, y podrá pasar por las puertas de manera adecuada en lugar de trepar por una ventana. Y quizás pueda enseñarle la melodía correcta de la canción infantil que estaba cantando."

Me reí suavemente. Cantar cuando estoy bebido es un hábito desafortunado, desafortunado, porque la calidad de mi canto empeora con cada copa.

"Una oferta amable, pero creo que no." Deje que mi mirada recorriera su rostro de nuevo, la luz de la luna reflejándose en sus ojos, la forma en que parecía estar a punto de sonreír. En otro mundo, quizás nosotros dos podríamos haber sido amigos. Pero este no era otro mundo, y ni siquiera una noche de bebida podría convencerme de que lo fuera. "Me *gusta* usted."

No debí haberlo dicho en voz alta. Se dicen muchas cosas mal aconsejadas cuando se está borracho. Era cierto, sin embargo. Me gustaba ella, y sentía un atisbo de arrepentimiento de que

esta conversación nunca se repetiría, y que podría no recordarla en absoluto.

Pero no podía permitir otra interacción como esta con la señorita Russell, por encantadora que pudiera ser. Lo último que necesitaba era añadir la ira de Diana y Russell a mis problemas.

La señorita Russell sonrió ampliamente, y su cabeza se inclinó mientras me miraba de manera franca. Había sido mirado de todo tipo de maneras desde mi regreso de la Marina hace dos años—con el mayor desdén, con intención de seducir, con miedo inconfundible—pero nunca había sido mirado con tanta curiosidad franca.

"También me gusta usted," dijo ella, "incluso si *canta 'Oh Mistress Mine'* incorrectamente"—su nariz se arrugó ligeramente, aunque estaba sonriendo—"y desesperadamente desafinado. Y, sinceramente, me gustaría más si no hubiera tomado el último bollo. Vine todo el camino hasta aquí expresamente para esos, sabe, y sólo he comido uno. Es decir, comí cuatro en la cena, pero eso fue hace horas, y tengo mucha hambre de nuevo, además de estar completamente incapaz de dormir, lo que encuentro que sucede con mayor frecuencia cuando mi estómago está vacío."

Deslicé el lado suave del bollo en mi mano izquierda, el que no había mordido aún. No debería querer que ella siguiera gustándome, no debería estar considerando darle el último bollo para apaciguarla. Esta joven no tenía la menor idea de con quién estaba hablando, cómo era visto por la Sociedad, o la magnitud de mis pecados y fechorías. No debería gustarle.

Mi mano agarró el bollo más fuerte, las yemas de mis dedos hundiéndose en su suave corteza.

"Buenas noches, señorita Russell."

# Capítulo 4

VALENTINE

Alguien me empujaba y golpeaba la cabeza al mismo tiempo, pero mis extremidades estaban pesadas y me costaba girar.

“Valentine.”

Me estremecí ante la voz fuerte y abrí un poco los párpados para darme cuenta de que la agresora también había traído el sol mismo a mi dormitorio. Me apresuré a cerrar los ojos con fuerza y a girar la cabeza para alejarme de la luz, pero no podía escapar de ella.

“Valentine.” La voz de la mujer era más insistente esta vez. “*Despierta*.”

De repente, mi almohada se deslizó de debajo de mí, y mi cabeza cayó con un golpe sobre el colchón. Mis ojos se abrieron justo a tiempo para ver la almohada lanzándose hacia mi cara. Golpeó con un ruido sordo.

“Estoy despierto,” gruñí, agarrando la almohada y lanzándola de vuelta hacia mi hermana. Lo había hecho sin mirar y estaba bastante seguro de que había fallado por completo.

“Qué bueno que te unas al mundo civilizado.” Ella abrió otra cortina.

Mis ojos se ajustaron lentamente a la luz, y mi cabeza latía mientras trataba de incorporarme. Abrí un ojo, y la vista que encontré me recordó que estaba en Brighton, no en Kent en Blackwick Hall. El recuerdo de la discusión con el Almirante atravesó el dolor de cabeza, y fruncí el ceño más profundamente. Habíamos tenido demasiadas discusiones y peleas para contar desde mi regreso de la Marina, pero esta había sido... diferente. Suficientemente diferente como para estar molestándome dos días después.

Diana me lanzó algo más, y maldije, reaccionando demasiado tarde para evitar que el trozo de tela me golpeara en la cara y dejara una sensación punzante detrás.

Apreté la mandíbula y la miré con desdén. “¿Podrías dejar de lanzar cosas durante tres segundos? ¿No puede un hombre tener un momento para despertar?”

Ella dio una risita desdeñosa. “Me acusas de ser incivilizada cuando eres tú quien insiste en dormir como un hombre que no puede permitirse ni siquiera una camisa. Ponte eso, por el amor de Dios.”

Accedí a regañadientes, colocando la camisa que me había lanzado sobre la cabeza.

Ella se sentó en una de las dos sillas cerca de la ventana. “Ahora, ¿qué demonios estás haciendo en una de mis camas otra vez? Mi ama de llaves me informó que dormiste aquí anoche también.”

Ajusté la camisa sobre mi pecho y estómago. Había llegado tarde la noche anterior y, tras un poco de prueba y error, descubrí que uno de los pestillos de la ventana de la cocina estaba roto. “Y yo pensaba que había hecho la cama tan bien.”

“No según los estándares de la señora Groves. Pero basta de eso. ¿Por qué estás aquí?”

“El Almirante me echó.”

Ella frunció los labios, con un poco de simpatía en los ojos. “Quizás si lo llamaras Padre como el resto de nosotros, estaría menos inclinado a hacer esas cosas.”

Me burlé, pero había un grano de verdad en lo que decía. Le molestaba cuando me refería a él por su título—sin duda porque no se hacía con el respeto que él sentía que merecía—y esa era

parte de la razón por la que lo hacía. Tenía tan poco poder en mi relación con él que debía aferrarme a lo que fuera disponible para mí.

Pero esa no era la única razón por la que insistía en ello. Era un recordatorio necesario para mí mismo de que él *no* era mi padre. Al menos, estaba razonablemente seguro de que no lo era, y así lo creía la Sociedad, si se hacía caso al chisme. Y el chisme siempre se tiene en cuenta. El asunto de mi ascendencia había sido objeto de especulación durante tanto tiempo como podía recordar. Tenía poco en común con el Almirante o con mis tres hermanos en apariencia, y, con los años, se había convertido en un pasatiempo favorito de muchos especular sobre el tema de mi paternidad.

Miré hacia arriba y encontré la mirada intensa de Diana sobre mí. Ella frunció el ceño con simpatía. “Dale unos días, y se olvidará, como siempre lo hace.”

Negué con la cabeza. Diana no entendía. Ambos éramos obstinados, pero ella era del tipo de obstinación que el Almirante admiraba. Yo no lo era. Y ella no había estado presente en esta discusión en particular. “No esta vez, Di. Esta vez fue diferente. Exige que haga cambios.”

Ella cruzó los brazos y me miró a través de los ojos entrecerrados. “¿Qué tipo de cambios desea?”

Sacudí la manga torcida de mi camisa. “Que me dirija a la Marina en Trafalgar, logrando el rango de capitán a los catorce años, nunca haber nacido, entre otras cosas, diría yo.”

“Vamos, Val, no es tan irrazonable. ¿Cuáles son sus verdaderas demandas?”

Me encogí de hombros. “Evidencia de reforma, por supuesto. Nada de juegos de azar. Mantener compañía más respetable. Casarme con alguien apropiado.”

Su mirada se dirigió a mi mejilla. “Y supongo que por tu herida has desechado esa idea. ¿Tuviste una pelea con alguien en la taberna anoche, verdad?”

Pelea. La palabra encendió un recuerdo, y me esforcé por recordarlo un momento, con una pequeña sonrisa en mis labios al evocar mi conversación con la señorita Russell. No lo había olvidado. Eso me parecía una victoria.

“¿Dónde está Duke?” pregunté, absteniéndome de responder a su pregunta.

“En Kent, atendiendo asuntos en la finca. Espera regresar en diez días o algo así. Sabes, quizás *es* un buen momento para reformarse, Val. Todo disoluto debe hacerlo en algún momento. Hay algo particularmente repugnante en un disoluto de edad avanzada, como estoy seguro de que estarás de acuerdo. Además, dicen que los disolutos reformados son los mejores esposos.”

Me burlé ligeramente. “¿Y quién, te pregunto, son *ellos*? Quien sea a quien te refieras aparentemente no lo dijo lo suficiente para que creas tal cosa, ya que te casaste con el más recto de los hombres.”

La frase era un sinsentido. ¿Qué mujer en su sano juicio desearía unirse a un sinvergüenza, preguntándose siempre si su supuesta reforma era genuina y duradera? Y, además, ¿qué mujer podría amar a una figura así en primer lugar?

“Podría llegar a gustarte ser reformado,” continuó Diana. “Nunca pensé en casarme, como bien sabes, pero confieso que me he convertido en una ferviente defensora de ello ahora. Hay algo que decir sobre tener a una persona que ha jurado amarte y quedarse contigo, no importa cuán terrible seas o cuán miserable los haga.” Ella sonrió en tono de broma.

Ni siquiera pude devolverle la sonrisa. Si jurar amar a alguien realmente significaba que me amaría siempre, podría haberme sentido tentado por el matrimonio. Quizás. Pero un juramento era simplemente una cadena de palabras, tan fácilmente olvidadas y desechadas como los restos de la cena de ayer. Mi propia madre había hecho tales juramentos, y parecía que los había olvidado lo suficiente como para *producirme* a mí—y ella había sido una persona mucho mejor

de lo que yo jamás sería. En cuanto a los juramentos del Almirante a mi madre... bueno, ciertamente no se había quedado con ella, optando por la vida mucho más preferible de navegar sin ella siempre que fuera posible.

"O," dije, "simplemente podrías prestarme suficiente dinero para evitarme la molestia de reformarme."

Ella sacudió la cabeza antes de que terminara mi frase. "Duke me ha prohibido expresamente hacer tal cosa. Está convencido de que necesitas experimentar las consecuencias de tus acciones."

Me recliné contra el respaldo de la cama. No podía culpar a Russell por ser desobediente. No me habría prestado dinero si hubiera tenido alguno para dar. Era una mala inversión, y Russell era demasiado sabio para eso.

"Podría escribirle a Padre y abogar por ti," ofreció Diana.

"No te molestes." Cerré los ojos, deseando que mis problemas desaparecieran tan fácilmente como mis párpados bloqueaban la luz. "Él mencionó específicamente que tal acto sería inútil."

"Bueno, no hay daño en intentarlo."

Negué con la cabeza. "Me enderezaré. Solo necesito un lugar donde quedarme mientras tanto."

Cómo me enderezaría, no lo sabía. Necesitaba dinero, y lo necesitaba pronto. El Almirante generalmente me había rescatado de la peor parte de mis deudas. Siempre había sido justo suficiente para saldar a los más insistentes de mis acreedores, pero nunca lo suficientemente para ofrecerme una hoja de ruta limpia. El resultado era que seguía bajo su poder, al que resistía con fuerza—demasiado a menudo acumulando más deudas solo para enojarlo.

Esperaba no tener que resistir su poder por mucho más tiempo. El dinero del premio que me correspondía por mi tiempo en la Marina—una suma considerable de mil libras—no podía quedarse en la Corte del Almirantazgo para siempre. Ya había tardado mucho más de lo habitual en resolver todo. En mi última carta, Jones, el agente del premio asignado al caso, me había asegurado de que se había hecho progreso y que podría esperar una resolución pronto. Había pasado casi un mes desde esa comunicación.

Diana me miró con disculpas. "No puedes quedarte aquí, Val. La hermana de Duke acaba de llegar, y estaré ocupada acompañándola a varios compromisos." Sonrió y levantó la barbilla. "Ahora soy una chaperona respetable."

"Una chaperona, digamos," bromeé. "Sin embargo, no veo qué tienen que ver tus compromisos sociales con que yo me quede aquí. Particularmente cuando sigues en deuda conmigo por toda la ayuda que te di con Russell."

Ella me dirigió una expresión impaciente. "Rebecca es una joven impresionable, Val. En el viaje aquí quedó muy claro que casi no tiene experiencia en la Sociedad. Ha estado bajo el cuidado de su abuelo desde la muerte de su padre, y como el hombre era algo inválido y un recluso, ella también se vio obligada a serlo. Lo último que necesito es que tu rostro apuesto y travieso haga las cosas aún más difíciles mientras intento darle un buen comienzo en la Sociedad."

"En un aliento, me amonestas para que me reforme, y en el siguiente, me prohíbes relacionarme con alguien respetable."

El único reconocimiento que me dio fue una sonrisa arrepentida. "Te ayudaré de cualquier otra manera."

"De cualquier manera excepto proporcionando las únicas cosas que necesito," contraatacó.

“Refugio y dinero.”

Ella me miró con consideración. Al ver una oportunidad para presionar mi ventaja, continué.

“Me mantendré alejado de tu cuñada,” dije. “No estoy en el hábito de aprovecharme de mujeres jóvenes e ingenuas, sabes. Todo lo que necesito es un techo sobre mi cabeza y una cama donde dormir. Incluso comeré con los sirvientes—o aquí mismo. Solo por unos días. Una semana, quizás.” Si lograba descubrir cuán pronto recibiría el dinero del premio, estaría en una posición mucho mejor.

Diana sostuvo mi mirada, sopesando mis palabras frente a cualquier duda que pudiera tener. La duración de la duda solo subrayaba cómo me percibía, incluso por la última mujer en mi vida que me amaba. Era un riesgo, una mancha en la reputación de la familia.

“Está bien,” dijo. “Puedes quedarte aquí. Pero solo si prometes que me obedecerás, Valentine. Ahora estás bajo *mi poder*.” La amenaza de la última frase se vio atenuada por la forma en que sonrió al decirla.

“Lo prometo,” dije, demasiado desesperado para hacer otra cosa que estar de acuerdo. “Tus deseos son órdenes, querida hermana.”

***

Ya había asegurado un refugio. Ahora me faltaba el dinero. Un acreedor en particular se había vuelto beligerante conmigo, y no dudaría en enviarme a prisión por deudas si fuera necesario. Estar en Brighton me compraría algo de tiempo, al menos, ya que nadie sabía que estaba aquí aún.

Si mi hermano mayor, Theo, no hubiera estado en India, podría haberme humillado lo suficiente como para pedirle ayuda. Pero como esa no era una opción, me vi obligado a buscar en otro lugar. Necesitaba noticias sobre el dinero del premio, y había una persona que podría tener conocimiento más reciente sobre el asunto que yo.

Me vestí para el día y, con una mirada por el pasillo para asegurarme de no romper mi palabra con mi hermana al encontrarme con la señorita Russell, salí y me dirigí hacia la escalera de servicio. Sin embargo, si la señorita Russell solía pasar tiempo en la cocina, mis esfuerzos podrían resultar en vano.

No estaba allí, sin embargo. Quizás la cocina vacía de bollos de brioche no era un lugar de interés para ella. Las únicas personas allí eran la cocinera y dos sirvientas, cuyos ojos se redondearon al verme. La boca de una de las sirvientas se curvó en una sonrisa que daba la bienvenida a la interacción.

Les di un rápido asentimiento a las tres y me desplacé a través de la puerta antes de que alguna de ellas pudiera dirigirse a mí. Las cajas estaban apiladas ordenadamente de nuevo, y subí las escaleras de dos en dos hasta el pavimento. Qué diferencia puede hacer la sobriedad y una puerta sin trabas para entrar y salir de una casa.

Me dirigí a pie a la casa del Capitán Yates, solo para decepcionarme al ser informado de que no se encontraba.

“¿Sabe cuándo espera que regrese?” pregunté al mayordomo.

“No, señor,” respondió sin mucha ayuda. Tuve la impresión de que no le gustaba particularmente, aunque no estaba seguro de qué podría haber hecho para inspirarle tal desagrado después de solo unos segundos.

“Quizás podría hacerme el favor de informarle que regresaré antes de la cena,” comencé a darme la vuelta.

“Sería un esfuerzo desperdiciado, señor,” dijo el mayordomo con frialdad. “Mi amo tiene

otros compromisos esta noche...con la estimada familia Lawrenson.”

Me volví lentamente hacia él. Las palabras estaban destinadas a ponerme en mi lugar, deduje. “Bueno,” dije con un desdén, “odiaría que desperdiciara algún esfuerzo haciendo algo que no sea ser desagradable, así que no es necesario que le informe de mi visita.”

Parece que asistiría a la fiesta de los Lawrenson esta noche.

# Capítulo 5

REBECCA

Mientras avanzábamos hacia la fiesta de los Lawrenson, froté la tela ligera de mi sobrevestido entre mis dedos enguantados. Solo me había puesto este vestido un puñado de veces. No había habido muchas ocasiones para usarlo en la casa del Abuelo, y aun así no pude resistirme cuando vi la gasa en la tienda de la modista del pueblo más cercano a Millbury House. Había sido una compra lujosa para un futuro que solo podía esperar.

Ese futuro estaba aquí, a solo minutos de distancia, y mi corazón latía erráticamente a medida que nos acercábamos.

Diana me sonrió desde el otro lado del carruaje. “¿Nerviosa?” Ella parecía una visión en seda color salmón, y tan completamente a gusto.

“Emocionada,” respondí. Estaba nerviosa, pero no era un nerviosismo temeroso. Era todo anticipación.

“Me alegra oírlo. Espero que la velada sea placentera. Y te prometo que no te asfixiaré como tu chaperona. Estoy aquí para ayudarte, sabes. Para asistirte en conocer gente nueva, incluyendo algunos caballeros, espero” levantó las cejas enigmáticamente “y para protegerte de los libertinos y sinvergüenzas que se alterarán tanto por tu belleza que podrían olvidarse de sí mismos.”

Solté una pequeña risa, encontrando difícil imaginar tal situación—o cómo exactamente manejaría Diana una situación así. No tenía dudas de que sabría exactamente qué hacer. Ella parecía un paradigma de sabiduría y elegancia para mí, razón por la cual no me atreví a preguntarle la duda que zumbaba en mi mente: ¿qué exactamente era un libertino?

Por supuesto, había oído el término y sabía que los libertinos eran mal vistos, pero nunca nadie había proporcionado una definición. Nunca lo hacían. La gente simplemente lanzaba palabras, esperando que todos las entendieran implícitamente. En las pocas ocasiones en que había pedido al Abuelo que me explicara una palabra en particular, él fruncía el ceño profundamente y me decía que no me molestara en pensar en ello. Me había dado cuenta de que a menudo podía adivinar las definiciones en lugar de mostrar mi ignorancia, y hasta ahora, eso me había servido bastante bien. Pero "*libertino*" era uno de esos conceptos vagos que nunca había podido entender.

Miré por la ventana del carruaje mientras nos deteníamos frente a la casa de los Lawrenson. Estaba iluminada como un faro en la noche, cada una de las ordenadas ventanas que adornaban la fachada de ladrillo rojo mostrando un trío de velas. Nunca había visto algo tan hermoso y acogedor.

Nuestro carruaje era uno de los muchos alineados para dejar a los pasajeros, y como más estaban esperando detrás del nuestro, Diana nos apresuró a salir y a caminar hacia la acera. Un par de lacayos con librea azul claro nos dieron la bienvenida por la puerta principal, y de inmediato el zumbido de las conversaciones llenó mis oídos. Nunca había oído un sonido tan glorioso. Tantas voces mezclándose, acompañadas de risas, y todo con un fondo de violines y un violonchelo.

Mi pulso se aceleró ante las posibilidades que se presentaban. ¿A quién podría conocer esta

noche? Cuando me acostara a dormir en unas pocas horas, ¿qué rostros y nombres me acompañarían en mis sueños?

Diana me sonrió, como si notara mi asombro, y nos guio hacia el salón, de donde provenía la música. Me dejé llevar por el tirón de su brazo en el mío, permitiendo que mis ojos recorrieran el pasillo, admirando las sedas, los tafetanes, los chalecos, las plumas y las cuentas. Era todo lo que siempre había esperado, pero necesitaría una semana para apreciarlo todo.

Apenas fui consciente de nuestra breve interacción con los anfitriones, tan distraída estaba por la grandeza del evento, y antes de darme cuenta, ya habíamos entrado en el salón. Mi mirada se dirigió de inmediato a las personas reunidas en el centro del salón de baile. Ver a la gente preparándose para bailar no debería haberme afectado tanto, y, sin embargo, me provocó un estremecimiento de placer.

Diana observó la dirección de mi mirada, y su expresión adoptó un ligero matiz de aprensión. “¿Puedes bailar, verdad? Debería habértelo preguntado antes de traerte”.

“Sí”, respondí con entusiasmo.

Hace un año, había logrado convencer a mi abuelo de que contratara a un maestro de baile. Ni siquiera el hecho de que el señor Abbot no hubiera dado una lección en dos décadas o que tuviera setenta y cinco años había disminuido mi entusiasmo, ni tampoco el tempo lento que nos veíamos obligados a mantener debido a su avanzada edad. No me había quejado en absoluto, limitándome a practicar por mi cuenta a un ritmo más rápido después de que él se marchaba cada semana, con un joven caballero imaginario guiándome, o, en una o dos ocasiones, una de las doncellas, aunque eso nunca había salido del todo bien.

Pero esta noche, no necesitaría imaginar un compañero ni pedir a una doncella que me ayudara. Finalmente podría poner en práctica lo que había aprendido.

“Quizás podamos encontrar algo de refresco mientras nos orientamos”, sugirió Diana, señalando las mesas en la esquina. “Me encanta cuando los refrescos se presentan de esta manera. Cuando los sirvientes los traen, nunca parecen pasar por mi lado cuando más los deseo. Además, estoy hambrienta, y es mucho menos incómodo llenar un plato que tomar cinco piezas de la bandeja de un lacayo. ¿Vamos?”

Feliz por cualquier oportunidad de admirar más los alrededores, acepté rápidamente, con la esperanza de que me ayudara a orientarme. Además, yo también tenía hambre, y la cena no sería hasta dentro de un rato.

Las mesas de refrescos estaban llenas de bandejas con pequeños dulces y sándwiches salados, con grandes tazones de cristal en cada extremo, ofreciendo bebidas para gargantas secas tras un baile vigoroso.

Un sirviente con librea sirvió la bebida en dos tazas, y tomé la mía con agradecimiento, bebiendo con cuidado. Era dulce y afrutada, y la sensación de que bajaba por mi garganta hasta mi estómago me hizo darme cuenta de lo sedienta que estaba. La bebí con avidez, saboreando el sabor de algo diferente al té que casi exclusivamente tomaba. Por supuesto, una taza caliente de chocolate por las mañanas, antes de que mi abuelo se despertara, también había sido un placer culpable para mí, un secreto entre la cocinera y yo.

Antes de darme cuenta, mi taza estaba vacía. Tras un momento de duda, la dejé en una bandeja vacía y miré a Diana. Tenía un pequeño plato en la mano y estaba añadiendo cosas a él. Era rápida, seleccionando fácilmente una opción de cada bandeja entre la variedad de ofertas.

La imité, tomando mi propio plato y mirando la variedad que tenía delante. No estaba segura de qué eran la mayoría de los platos, y algunos de ellos parecían francamente cuestionables. Mi mano vaciló mientras miraba el plato de Diana, notando lo lleno que estaba.

Tragué saliva. ¿Y si elegía algo que no me sentara bien?

Dudando entre dos bandejas llenas de cosas que no reconocía, levanté la mirada, esperando ver si Diana realmente había seleccionado una de cada cosa. Si lo había hecho, ¿era porque tenía hambre o porque sentía que era lo correcto?

Sin embargo, ella estaba de espaldas a mí, conversando con un hombre mayor. Miré a las otras personas que estaban eligiendo refrescos. Dos mujeres estaban en el otro extremo de la mesa, junto a los tazones de bebida. Una de ellas sorbió de su vaso, y una expresión de disgusto apareció en su rostro.

"Ratafía", comentó su amiga. "Horrible, ¿verdad?"

La otra mujer asintió, y, dejando los vasos casi llenos, se alejaron de la mesa.

Miré mi propio vaso vacío, de repente cuestionando mi disfrute de la bebida. Un leve sentimiento de agobio ensombreció mi emoción. La gran cantidad de personas desconocidas a mi alrededor era igualmente emocionante e intimidante. En la rara ocasión en que mi abuelo había recibido invitados en Millbury House, nunca había habido más de diez sentados a la mesa, y ninguno de ellos tenía menos de cuarenta años.

A mi izquierda, un caballero salió de la puerta que daba al salón, y mi corazón dio un pequeño vuelco. El señor Donovan había sido apuesto en la oscuridad, pero a la luz del salón, me encontré mirándolo fijamente por un momento. A diferencia de Diana, sus rasgos eran oscuros, acentuados aún más por el ceño en su frente mientras se detenía frente a las bebidas. La herida que había sufrido la noche anterior con las cajas aún era visible en su mejilla, pero no disminuía su atractivo.

Inspeccionó el contenido de los vasos, y su ceño se profundizó, como si él también sospechara de la bebida. Tomó uno de un lacayo y lo levantó hacia sus labios.

Aliviada de ver un rostro familiar entre una multitud de extraños, me acerqué rápidamente a él. "Señor Donovan".

Él levantó la cabeza, y su mirada se posó en mí por un momento antes de que el reconocimiento iluminara sus ojos y relajara el ceño en su frente. "Señorita Russell". Hizo una pequeña reverencia, luego miró a su alrededor. Sus ojos se detuvieron en su hermana, aún inmersa en la conversación.

Recordando la cortesía, hice una pequeña reverencia. "Qué bueno es ver un rostro amigo".

Sus ojos se entrecerraron por un momento. "En efecto". Parecía que estaba a punto de alejarse.

"Estoy segura de que está muy ocupado", dije, "pero ¿le importaría decirme qué son estos?" Me acerqué a las bandejas que me habían hecho dudar.

El señor Donovan me miró por un momento, luego volvió a mirar a su hermana, y finalmente se unió a mí.

Señalé la comida en cuestión. "Tengo bastante hambre, y por supuesto, deseo dar una oportunidad justa a los refrescos que los anfitriones han preparado tan amablemente, pero admito sentir un poco de duda sobre estos dos en particular".

"Regaliz y mazapán", dijo el señor Donovan, señalándolos en orden. "Pero no está bajo ninguna obligación de comer nada, señorita Russell, por muy amables que sean los anfitriones. De hecho, le instaría a que no comiera ninguno de esos".

"Pero no quisiera parecer grosera". Miré alrededor de la sala, preguntándome dónde estarían los anfitriones, y *quiénes* eran. Los había conocido, pero no lograba recordar sus rostros. "¿Quiénes son los anfitriones, por favor? Los conocí cuando entramos, pero estaba tan ocupada admirando todo que no recuerdo sus caras".

Una pequeña sonrisa apareció en sus labios. “Allí, junto a la orquesta”.

Mi mirada se dirigió al lugar indicado, y tomé nota de la visión de una mujer de mediana edad con un vestido escarlata y un tocado con plumas, y un hombre con un traje negro bien confeccionado y zapatos con hebillas doradas que brillaban a la luz de las velas.

“Muchas gracias”, dije, aliviada. Ahora que los había señalado, los reconocía vagamente. De hecho, las enormes plumas de la señora Lawrenson habían sido lo que me había distraído de sus rostros cuando los conocí. “Y está seguro de que no pareceré grosera por no probar *todos* los refrescos?”

“Estoy seguro de ello, señorita Russell”.

Miré una vez más el regaliz, luego al señor Donovan. “Imagino que es preferible a la posibilidad de atragantarme con ellos o escupirlos”.

Su diversión creció, aunque el ceño en su frente continuaba siendo una constante. “Sin duda. Aunque podría hacerse un argumento en favor de la última opción”.

Mis cejas se elevaron. “¿Realmente?” No podía imaginar cómo.

"Sería un comentario valioso para los Lawrenson, proporcionándoles algo en qué pensar sobre la selección de refrescos ofrecidos aquí. Quizás me proponga atragantarme con la ratafía, que no es apta para el consumo humano". Miró el vaso que sostenía con aversión.

"Oh". Me mordí el labio con una sonrisa avergonzada. "Parece que tengo muy mal gusto, porque me ha gustado mucho. Ya terminé mi vaso".

"Entonces debería tomar otro", dijo sin dudar. "No necesita disculparse por sus gustos, señorita Russell, ni preocuparse tanto por lo que les gusta o disgusta a los demás. Ese es el camino hacia la infelicidad".

"Quizás tenga razón", respondí. "Pero realmente deseo causar una buena impresión".

Sus ojos buscaron los míos con una expresión indescifrable. Pero fue un alivio admitir algo así, y no había ningún rastro de disgusto en su mirada.

Me incliné un poco más hacia él, bajando la voz. "La verdad es, señor Donovan, que he estado esperando con ansias una fiesta como esta durante años, pero ahora que estoy aquí, me doy cuenta de que no tengo la menor idea de cómo comportarme en un lugar así". Lo miré, esperando medir su reacción. Intenté sonreír. "A cada minuto, estoy segura de que acabaré avergonzándome a mí misma y a su hermana antes de que termine la noche".

Su mirada todavía descansaba en mí, sus ojos marrones oscuros escrutadores, pero no de manera incómoda. "Le prometo, señorita Russell, que no podría hacer nada que avergonzara a mi familia más de lo que somos perfectamente capaces de hacer por nuestra cuenta. Deje de pensar en eso y disfrute". Me ofreció su vaso. "Si quiere otro vaso de ratafía, debería beberlo, que el diablo se lleve mi opinión y la de todos en esta sala".

Dudé por un momento, luego tomé el vaso de su mano. Una leve sonrisa apareció en sus labios, como si aprobara que aceptara la bebida. "Buenas noches, señorita Russell". Con una ligera reverencia, se dio la vuelta y se alejó.

Lo observé desaparecer por la puerta de donde había venido, deseando poder dejar de lado tan fácilmente las opiniones de la multitud de personas aquí, como lo hacía el señor Donovan. Quizás eso es lo que significaba ser un libertino, alguien que no prestaba atención a la opinión de la sociedad. Si era así, daría mucho por ser exactamente ese tipo de libertina en este momento.

Con una mirada alrededor del salón de baile, tomé un sorbo de la bebida que me había dado, sintiendo un pequeño escalofrío por el acto de ser libertina. Pero cuando otro par de mujeres miraron el tazón con decepción, dejé el resto tan discretamente como pude. Tomando mi plato en su lugar, comencé a seleccionar los artículos de las bandejas que me interesaban, omitiendo

aquellos contra los que me había advertido el señor Donovan, deseando fervientemente que él tuviera razón sobre no ofender a los Lawrenson.

"¿Aún eligiendo?" Diana se acercó a mí. "Perdón por no presentarte al señor Gamblin, con quien estaba hablando. Fue una omisión intencional de mi parte, porque pensé que preferirías no conocerlo". Su nariz se arrugó con desagrado. "Es un viudo que cree tener treinta en lugar del doble, y me imagino que encontrarías su asertividad desagradable. Yo lo hago. Pero ven, déjame presentarte a las señoritas Bradley. Son las jóvenes más encantadoras".

Con el plato en mano, permití que me llevara hacia un grupo de tres mujeres que estaban junto a las ventanas con cortinas que alineaban un lado de la sala. Después de un breve saludo con la mujer que supuse era la madre de las más jóvenes, Diana me instó a avanzar.

"Permíteme presentarte a mi cuñada, la señorita Russell. Rebecca, estas son la señorita Bradley y la señorita Maria Bradley. Las conocí hace días e inmediatamente pensé en presentártelas cuando llegaras". Volvió su atención a las jóvenes. "La señorita Russell llegó ayer desde Northumberland".

Las hijas Bradley me sonrieron e hicieron una reverencia. Sintiendo esperanza ante la perspectiva de agregar dos caras más a las que reconocería, respondí con mi propia reverencia, haciendo mi mejor esfuerzo para ser un crédito para Diana.

Ella y la señora Bradley comenzaron a discutir sobre el paradero de mi hermano, y las hijas se acercaron a mí, con la mayor de ellas tomándome del brazo.

"Señorita Russell, qué alegría que su cuñada haya pensado en presentarnos. Maria y yo la estábamos admirando hace apenas cinco minutos mientras estaba junto a la mesa de refrescos".

"Oh", dije, preguntándome si me habrían visto bebiendo la ratafía y cuál sería su opinión sobre ella. "Es muy amable de su parte decirlo. Yo también me alegro por la presentación, pues no conozco a nadie aquí aparte de Diana".

Las hermanas intercambiaron miradas.

"Pero usted conoce al señor Valentine Donovan", dijo la señorita Bradley.

"Eso parece", dijo la señorita Maria con un destello en los ojos. "Lo suficiente como para que le diera su propia bebida".

Un leve rubor subió a mis mejillas ante el tono de sus comentarios. "Bueno, ya sabe que es el hermano de mi cuñada".

"¿Y qué tiene eso que ver con algo?" replicó la señorita Bradley, con los ojos suavemente burlones.

"Simplemente estaba siendo amable", dije, esperando que mis mejillas no estuvieran tan rojas como la sensación de calor me hacía imaginar.

"Pero ese es el punto, ¿no?" dijo la señorita María. "Él no es el tipo de hombre que es amable".

Mi mirada se dirigió hacia la puerta por la que él había desaparecido antes, y sentí un poco de ganas de defender su nombre. Mis interacciones con él habían sido limitadas hasta ahora, pero aparte de tomar el último brioche de manera desafiante, no había hecho nada que me hiciera pensar que no era amable.

"Quizás la reputación se le haya otorgado injustamente", dije.

Las hermanas compartieron miradas de nuevo, aunque el significado en ellas me era desconocido. Sentí un inesperado toque de envidia por la relación que tenían, la forma en que podían comunicarse entre ellas sin decir una palabra. Siempre había deseado tener una hermana, o al menos una amiga íntima. Quizás, solo quizás, lo encontraría en las hermanas Bradley. Se habían mostrado dispuestas a conversar conmigo con tanta prontitud, después de todo, y eso era

una amabilidad que no olvidaría pronto. Diana era una opción más natural, por supuesto, ya que era mi cuñada, pero ella estaba tan por encima de mí en todos los aspectos que se sentía más como una mentora que como el tipo de conexión femenina íntima que había esperado.

"Bueno, es una pena si él no es un pretendiente suyo", dijo la señorita Maria. "¡Qué cosa sería si lo fuera! Un libertino empedernido es casi tan codiciado como un caballero con título".

Ahí estaba de nuevo esa palabra: libertino. Y empedernido, además. Sea lo que eso significara.

"¿Tiene usted algún otro pretendiente?" preguntó la señorita Bradley.

Pensé en mi tiempo en la casa del abuelo, preguntándome si habría alguien durante mi estancia allí que pudiera calificar como pretendiente. Pero ni con la mayor de las imaginaciones podría afirmar tal cosa. "Me temo que no", dije con una risa tímida. "¿Y usted?"

"Por supuesto", dijo la señorita Bradley de manera tan natural.

"El señor McGrory le pidió a Grace que bailara dos piezas la semana pasada", dijo la señorita María. "Está justo allí. El que lleva chaleco azul. Y justo detrás de él está el señor Kinsley". La pequeña sonrisa que llevaba me dijo que él era su pretendiente. "Es el hijo de un baronet".

"Un segundo hijo", aclaró la señorita Bradley.

"Sí, pero hijo de un baronet, al fin y al cabo, y el hermano mayor no goza en absoluto de buena salud, así que hay razón para tener esperanzas". La señorita Maria lo admiró por un momento, luego volvió su atención a mí. "Debemos encontrarle un pretendiente, señorita Russell".

"Toda joven debe tener uno si desea tener una Temporada exitosa", dijo la señorita Bradley. "No hay nada más seguro para atraer a una docena de otros pretendientes. A los hombres les encanta la competencia".

"Oh", dije, preguntándome qué otras cosas además de pretendientes me faltaban y cómo podría conseguir uno sin demora. Tenía tantas preguntas para las hermanas Bradley, pero las guardé para mí, sin querer dar más evidencia de mi ignorancia por temor a que me consideraran inadecuada para la asociación.

Sin embargo, cumplieron su palabra. Entre los esfuerzos de Diana y los suyos, pronto fui presentada a no menos de cinco jóvenes caballeros, todos ellos agradables, uno de los cuales me pidió que bailara.

"Participar en una danza campestre en un grupo de personas de mi edad bajo el resplandor de un candelabro lleno de velas fue algo como nunca antes había hecho. Mis sobrias lecciones con el señor Abbot no me habían preparado para la excitación de aquello, ni para la forma en que la energía de quienes me rodeaban se sumaba a la mía propia. Y aunque mi propio compañero no era el bailarín más entusiasta, los otros caballeros con quienes compartí figuras pasajeras lo compensaron con creces. Terminé el set sin aliento y con las mejillas adoloridas de tanto sonreír.

Tal como prometió, Diana como acompañante fue útil pero no abrumadora. Cuando no estaba comprometida en la pista de baile, se mantenía lo suficientemente cerca para estar a mano, pero lo suficientemente lejos como para ofrecerme la oportunidad de entablar conversación.

Fue una noche de maravilla y exaltación, casi onírica, mientras pasaba de conversar a bailar en la pista de baile, a maravillarme por la opulencia de la casa, con su piso de cuadros blancos y negros, techo de estuco ornamentado y molduras de madera intrincadamente talladas.

Pero la noche no debía continuar en magnificencia inmaculada.

# Capítulo 6

VALENTINE

Si había albergado alguna esperanza de que mi estancia en la cena de los Lawrenson sería breve, me decepcioné. El capitán Yates parecía decidido a evitarme, bailando en cada turno, sin oportunidad de que pudiéramos intercambiar siquiera una palabra entre bailes.

Me refugié en la sala de cartas, observando a otros caballeros en juego que tenían la suerte de poder permitirse perder dinero. Yo, ciertamente, no podía. Al menos, no todavía. Una vez que recibiera mi dinero del premio, estaría en condiciones de saldar mis deudas y aún me sobraría algo de dinero. El almirante entonces dejaría de tener poder sobre mí.

Cada diez minutos, aproximadamente, me deslizaba en el salón con la esperanza de vislumbrar al capitán Yates desocupado. Las tres primeras veces, mi única recompensa fue una breve interacción con la señorita Russell en la mesa de refrigerios y, más tarde, un grupo de jóvenes risueñas que me preguntaron si pensaba bailar. No respondí ni una palabra, sino que las miré con expresión sombría hasta que se alejaron corriendo en otra oleada de risitas nerviosas.

Emergí una cuarta vez, buscando al capitán entre los bailarines que saltaban, los espectadores y los pequeños grupos de personas que conversaban en dondequiera que encontraban un espacio. Mi mirada se posó en la señorita Russell, que estaba bailando, con las mejillas encantadoramente sonrojadas, su rostro adornado con una sonrisa de genuino placer, y mechones de su cabello escapando de su peinado debido a la vivacidad de su baile. Era la imagen de la inocencia y el placer sin afectación; un espectáculo poco frecuente entre todas las personas desilusionadas que asistían esa noche.

En unas semanas, ella se convertiría en una de las demás, bailando menos por el gusto de hacerlo y más por el juego del gato y el ratón que atraía a la multitud presente. Realmente era una pena, pues su sonrisa era encantadora y sin malicia.

Cometió un error en los pasos del baile, y mis músculos se tensaron mientras observaba la consiguiente vergüenza. Supuse que esto era a lo que se refería cuando hablaba antes, su temor a avergonzarse a sí misma y a mi hermana.

Si me dejara afectar por lo que la gente piensa de mí, no sobreviviría. Alguien como la señorita Russell podía permitirse hacerlo, pues comenzaba aquí con una hoja en blanco, una reputación inmaculada.

Pero simplemente se rio del error de una manera que resultaba imposible no encontrar entrañable. Me alegré por ella al verla impasible ante el fallo, aparentemente despreocupada por lo que pensaran su pareja o el público.

“¿Has recibido alguna inspiración?” Diana se acercó a mí, tratando de seguir la dirección de mi mirada.

Crucé los brazos y volví mi atención al capitán Yates. “¿Aparte de una renovada determinación de no volver a asistir a un evento así?”

“Y, sin embargo, aquí estás”, dijo con una mirada significativa. “Lo que quería *decir* es si alguna joven te ha llamado la atención y te ha inspirado un deseo de reformarte.”

“Odio decepcionarte, querida Diana, pero imagino que ya estás bien acostumbrada a ello. Por mucho que te sorprenda, no vine con tal propósito. Vine a hablar con el capitán Yates.”

“Eso dices,” comentó, arqueando una ceja. “Pero debe haber alguna joven aquí a la que hayas observado con más interés que a las demás.”

Apenas logré reprimir un gesto de exasperación. “He cambiado de opinión. Esta noche me he inspirado, gracias a la viveza de tu imaginación. Si me disculpas, volveré a la sala de cartas.”

Diana suspiró, pero no hizo ningún movimiento para detenerme, y me abrí paso entre las personas que se interponían entre mi refugio y yo. Una vez dentro, inspeccioné las mesas que habían sido dispuestas, decidiendo qué juego sería más interesante de observar.

Sentí que alguien me observaba, y mi mirada se detuvo en la mesa de la esquina donde jugaban dos hombres de mediana edad. El que me miraba tenía el cabello sal y pimienta, aunque sus cejas permanecían de un negro sólido. Era Lord Newham, un barón con recursos y una expresión hosca. La sociedad podría tener sus propias opiniones sobre a quién debía mi paternidad, pero instintivamente sentí que Lord Newham era el hombre desde el primer momento en que lo vi.

Su mirada volvió a sus cartas, como siempre lo hacía cuando coincidíamos en la mirada, algo que había sucedido con frecuencia desde mi renuncia a la Marina y mi incursión en la sociedad de Brighton. Más de una vez había considerado hablar con él, pero nunca lo había hecho. No estaba seguro de si realmente quería hacerlo. Si el hombre era mi padre, ciertamente no deseaba que se supiera. Y yo ya había tenido suficiente de figuras paternas poco dispuestas.

Me acomodé para observar un juego de piquet, sorbiendo un vaso de oporto mientras lo hacía. Mi paciencia fue finalmente recompensada un cuarto de hora después cuando el capitán Yates apareció en la puerta. Sus ojos recorrieron la sala y, una vez que se posaron en mí, se dirigió hacia mí.

“Donovan,” dijo con una sonrisa entrecortada. Sin duda, acababa de terminar otro animado baile campestre.

“Tu apetito por el baile es insuperable, Yates.” Si el almirante me hubiera oído dirigirme al capitán sin su título, habría tenido un ataque.

Yates desabrochó los botones de su abrigo, como si estuviera listo para acomodarse en un ambiente menos formal. “Solo compensando tu falta de tal apetito.”

“Mis más sinceras gracias,” dije secamente, sirviéndole un vaso.

“¿De qué se trata, entonces? Tu hermana dijo que me estabas buscando.”

Hice una nota mental para agradecer a Diana por salvarme. Solo Dios sabía cuántos turnos más habría tenido que esperar. Le entregué su vaso y lo guie hacia dos sofás cerca de la chimenea apagada, donde él desplegó las colas de su abrigo antes de sentarse.

Me senté, estirando las piernas y cruzando los tobillos. “Tengo algunos acreedores, uno en particular, que se están volviendo molestos. Tal vez conozcas el tipo.”

“Decididamente,” respondió con una carcajada, dando un sorbo de su vaso. De alguna manera imaginé que no lo sabía del todo. Ambos veníamos de familias adineradas, pero el capitán Yates tenía dos ventajas distintas sobre mí: en primer lugar, era el heredero de su padre, y, en segundo lugar, su padre no se parecía en nada al mío. Si realmente estuviera en apuros financieros, su padre no dudaría en pagar sus deudas. No podía saber lo que se sentía al estar constantemente amenazado con la prisión de deudores.

“Pensé en preguntarte si habías escuchado algún desarrollo reciente con respecto al dinero del premio. Lo último que escuché de Jones fue que esperaba que las cosas se resolvieran pronto.”

Yates frunció el ceño. “No he oído nada de él en una quincena o así, creo. Estas cosas pueden llevar un maldito tiempo, ya sabes. Y nuestro caso ha tardado mucho más de lo normal.”

Apreté los dientes. “Soy consciente de eso.” Después de mi renuncia a la Marina, el capitán Yates había estado al mando cuando tomó otro barco como premio. El dinero de esa empresa ya había sido pagado.

“Te prestaría el dinero yo mismo, Donovan, pero resulta que estoy en una posición algo difícil.”

Solté una maldición, dejando mi vaso en la mesa auxiliar junto a mi silla. “No te estoy pidiendo dinero, Yates.”

“No,” dijo, terminando el resto de su oporto. “Pero aun así te lo daría si lo tuviera. Ahora, si me disculpas, he prometido el siguiente baile a la señorita Robles.”

“Por supuesto que lo has hecho,” dije.

Él me lanzó una sonrisa y dejó su vaso con un golpe. Lo observé irse, reprimiendo un suspiro. Toda una noche desperdiciada.

Terminé mi bebida y me levanté de mi silla, deseando tener la perspectiva de un juego de faro o veintiuno para distraerme de mis problemas. Observé a Yates hacer una reverencia a la señorita Robles y llevarla al salón de baile. La señorita Russell no formaba parte del grupo, y miré hacia la mesa de refrigerios, preguntándome si habría decidido que deseaba otro vaso de ratafía.

Sin embargo, no estaba allí, así que miré a mi lado y la encontré a unos cuatro metros de distancia de mí, con otro vaso en la mano. Estaba de perfil hacia mí, admirando un juego de jarrones de porcelana ornamentados sobre la repisa frente a ella. Fiel a su estilo, Diana estaba cerca, pero enfrascada en una conversación.

La señorita Russell me miró y su boca se curvó en una sonrisa. Tenía las mejillas sonrosadas, con la alegría de la noche reflejada en la expresión de su rostro.

“Señor Donovan,” dijo, haciéndome un gesto para que me acercara.

Después de un momento de indecisión, me acerqué a ella.

“¿Ha visto estos jarrones?” preguntó. “Son exquisitos.”

Había visto cientos de jarrones similares a lo largo de mi vida, pero con sus ojos grandes y llenos de asombro mirándome expectante, como si un tesoro me esperara si solo diera unos pasos más cerca, me encontré acercándome, aunque a regañadientes.

“Mire el detalle.” Acercó su rostro a solo unos centímetros de uno de ellos. El jarrón estaba sostenido por un conjunto de patas de porcelana con uñas doradas.

Mis labios se torcieron con disgusto. Le había dicho a la señorita Russell que no se preocupara por cómo sus gustos diferían de los de otras personas, pero ahora me arrepentía de ese comentario. “Es horrible.”

“Positivamente grotesco,” respondió, llenándome de alivio por su bienestar. “Pero eso hace que la atención al detalle sea aún más fascinante, ¿no le parece? Gastar tanto tiempo, esfuerzo y dinero en algo tan...”

“Espantoso.”

“Precisamente,” dijo con reverencia, inclinando la cabeza hacia un lado como si estuviera en una admiración asombrada. Sus ojos se entrecerraron. “Me parece fascinante, por ejemplo, que el artista...”

“Una descripción generosa.”

“...haya logrado hacer las hojas de oro más delicadas, y sin embargo esta criatura sobre ellas sea imposible de identificar.” Arrugó la nariz. “¿Es un cerdo? ¿Una vaca?” Puso una mano sobre ella.

“Cuidado, señorita...”

El jarrón tambaleó sobre sus patas y ambos nos apresuramos a estabilizarlo.

Ninguno de los dos lo logró. Se deslizó de su lugar y cayó al suelo, haciéndose añicos en cien pedazos de hojas de oro y porcelana pintada de blanco. El estruendo fue ensordecedor, resonando en la sala de techos altos y poniendo fin a la música, el baile y las conversaciones, mientras todas las miradas buscaban la fuente de la conmoción, posándose directamente sobre nosotros.

Miré a la señorita Russell, quien había saltado para evitar los fragmentos esparcidos a nuestros pies. Sus ojos estaban muy abiertos, su expresión consternada, su cuerpo inmóvil, como si hubiera sido congelada en el tiempo y en el horror."

El silencio fue asombroso en su crudeza, contrastando con la cacofonía de sonidos presentes tan solo momentos antes.

"¡Oh, querido!" La señora Lawrenson se abrió paso entre la multitud, levantando sus faldas a un lado, con la mirada consternada al contemplar la escena de destrucción. "¡Mi preciado Sèvres!" Se inclinó y recogió una de las patas con garras, de la cual se había roto una de las uñas.

Sentí un deseo abrumador de reír ante el ridículo espectáculo de verla acunar el fragmento repulsivo en sus manos. Pero la señorita Russell no mostró tal deseo. Sus mejillas pasaron rápidamente de un tono pálido, muy parecido a la porcelana blanca, a un rojo manchado. Pensé en sus palabras anteriores, cuánto tiempo había anticipado esta noche, su miedo a estropearla. La forma en que miraba los restos del jarrón era como si los pedazos rotos significaran las ruinas de su reputación, las oportunidades perdidas de una entrada exitosa en la sociedad.

La mirada de la señora Lawrenson había estado examinando los escombros, pero se dirigió hacia mí.

"¿Cómo sucedió esto?" Sus ojos alternaron entre mí y la señorita Russell.

Este era el peor miedo de la señorita Russell hecho realidad, y no pensé que podría verlo desmoronarse, verla desmoronarse a *ella*. Había sido tan vivaz, tan vibrante hace apenas dos minutos.

Di un pequeño paso hacia adelante, atrayendo la atención firmemente hacia mí. "Qué torpeza la mía."

# Capítulo 7

REBECCA

Mi mandíbula se aflojó y me quedé completamente quieta. ¿El señor Donovan estaba asumiendo la culpa?

Sus palabras actuaron como agua sobre las cabezas de la audiencia, y el silencio dio paso a murmullos apagados.

"Está *sonriendo*", dijo una voz cercana, sin molestarse en susurrar.

"Probablemente está borracho", dijo otra. "Suele estarlo, ya sabes."

Miré al señor Donovan, frunciendo el ceño. No había notado ningún signo de embriaguez en él, ciertamente nada como anoche. Algo brilló en sus ojos, y un músculo en su mandíbula se tensó. Sus párpados de repente se entrecerraron apenas perceptiblemente. Al recoger un pequeño fragmento que estaba a sus pies, se lo ofreció a la señora Lawrenson con un pequeño tambaleo.

"Supongo que eso va junto al que tiene," dijo, con un ligero arrastre en sus palabras mientras intentaba volver a colocar lo que tenía en la mano—aparentemente la uña de garra—en la pata. Esta cayó en la mano de la señora Lawrenson.

¿Qué demonios estaba haciendo?

La boca de la señora Lawrenson se apretó en una fina línea. "Este jarrón," su voz temblaba con ira contenida "costó quince guineas."

Mis ojos se agrandaron. Había roto quince guineas. Las había hecho añicos. Era un precio asombroso, y para algo tan... monstruoso.

"Entonces pagó usted un sobreprecio, señora."

El cuerpo de la señora Lawrenson temblaba de furia. "Era parte de un juego...un juego único en su tipo. Debe ser reemplazado."

Diana se acercó a mi lado, tomando mi brazo con el suyo. Cerré la boca, parpadeando como si hubiera estado en trance hasta ese momento. Los ojos de Diana estaban fijos, concentrados en su hermano, quien habló.

"Si es, como dice, único en su tipo—agradezcamos a los poderes que así sea—¿cómo podría ser reemplazado?"

Su mirada se volvió pétrea. "Con dinero, señor Donovan. Su dinero."

Esperaba que él pagara. Pagar por *mi* error, ya que yo había sido quien intentó alcanzar la figura en la parte superior, y el señor Donovan había intentado advertirme. Miré alrededor de la habitación a los numerosos ojos que nos observaban. Cómo deseaba poder retroceder hasta las cortinas y desaparecer. Pero no podía permitir que el señor Donovan asumiera la culpa en mi lugar.

Di un paso adelante, reuniendo mi valor. "Por favor..."

"Por supuesto, señora Lawrenson", dijo el señor Donovan, cortándome de manera abrupta. "Solo envíe la factura." Parpadeó perezosamente y miró a Diana. "A la residencia Russell."

"Se hará de inmediato", dijo la señora Lawrenson.

Intenté hablar de nuevo, pero el señor Donovan me lanzó una mirada de advertencia que no me atreví a ignorar. Su claridad reconfirmó mi sospecha de que solo estaba *fingiendo* estar borracho.

Aparecieron dos lacayos, uno con una escoba y el otro con un cubo, y Diana me alejó para hacer espacio para la limpieza. Me sentía enferma mientras la seguía, buscando al señor Donovan con la mirada. Pero ya se había ido.

"Me siento un poco indispuesta," dijo Diana. "¿Te importaría mucho si nos fuéramos a casa?"

Mi garganta se cerró. "Por supuesto que no. Sin duda es lo mejor."

Instruyó a un sirviente cercano que trajera nuestro carruaje.

"Tonterías," dijo mientras nos dirigíamos a la entrada de la casa. "No tiene nada que ver con ese tonto jarrón y todo que ver con el hecho de que no duermo bien cuando Duke está ausente, lo que significa que estoy un poco cansada. Valentine," llamó Diana mientras salíamos a la calle iluminada por lámparas.

Él estaba a unos metros delante de nosotras, aparentemente con la intención de caminar a casa, pero al oír la voz de su hermana, se detuvo. Su postura erecta se relajó cuando se giró hacia nosotras.

"Puedes viajar con nosotras," dijo Diana.

"Voy a caminar," dijo, lanzándome una rápida mirada bajo sus párpados caídos.

Mi pecho se apretó. ¿Estaba enojado conmigo? ¿Por ser tan imprudente? ¿Por ser tan cobarde que no hablé de inmediato, como debería haberlo hecho?

Los labios de Diana se curvaron con diversión cuando nuestro carruaje se detuvo frente a la casa. "No puedo permitir que mi hermano vague por las peligrosas calles de Brighton en tal estado. Sube, Valentine."

Parecía como si fuera a resistirse—una mandíbula tan rígida no era el resultado de un hombre sumiso—pero después de un momento de silencio, cedió. Arrastrando los pies, se acercó al carruaje mientras Diana y yo descendíamos las escaleras hacia él.

"La puerta," dijo Diana, y el señor Donovan se detuvo a medio movimiento, retrocediendo fuera de la puerta del carruaje y apartándose para ayudarnos a subir el único escalón. Traté de captar su mirada, pero fue en vano. Su mirada velada evitaba la mía.

Suspirando, elegí un asiento junto a Diana mientras el señor Donovan tomaba su asiento frente a nosotras, deslizándose en la esquina y apoyando su codo en el pequeño borde de la ventana.

Diana golpeó el techo con el puño, y el carruaje se puso en marcha. Viajamos en silencio por un momento. El señor Donovan cerró los ojos y su cabeza cayó sobre su mano de apoyo.

"Basta con la actuación," dijo Diana. "Si crees que no puedo distinguir cuando estás bien y verdaderamente bebido, me haces quedar como tonta. Y me alegra que no lo estés, porque necesito hablar contigo."

La mirada del señor Donovan se desvió hacia mí por un momento.

Yo también necesitaba hablar con él. Necesitaba que supiera lo agradecida que estaba por su intervención, y que tenía la intención de devolverle cada centavo del costo del jarrón. Pero esa conversación tendría que esperar.

"Recibí una carta de padre hoy," dijo Diana.

El señor Donovan hizo ademán de levantarse. "Ahora *voy* a caminar."

Diana levantó una mano para detenerlo. "No, no lo harás. Esto es importante."

La mandíbula del señor Donovan se tensó, y se recostó contra los cojines.

"Ha adivinado, por supuesto, que viniste a mí después de... todo. Desea que le envíe informes semanales sobre tu progreso."

El señor Donovan giró la cabeza hacia un lado y soltó una risita.

"Puedes burlarte todo lo que quieras, pero lo necesitas. Me atrevería a adivinar que no tienes quince guineas para ofrecer a la señora Lawrenson, por no hablar de las otras deudas que te atormentan."

Mi conciencia culpable se alzó, instándome a hablar. "*Voy* a pagar las quince guineas."

"No," dijo firmemente.

Diana permaneció en silencio por un momento, su mirada alternando entre los dos. "Sea cual sea el caso, los insto a reconsiderar seriamente su enfoque a las exigencias de Padre. Creo que con un poco de esfuerzo por su parte—unos paseos por el parque con mujeres elegibles, hacer acto de presencia en más fiestas como la de esta noche, ser visto en compañía de jóvenes respetables—él podría ceder lo suficiente para pagar algunas de sus obligaciones más urgentes..."

*"Basta."* La voz del señor Donovan era tan tensa como su expresión; cualquier rastro de embriaguez fingida había desaparecido hace rato.

Diana apretó los labios, manteniendo su mirada por un momento antes de volverse hacia mí. "Perdónanos por hablar tan libremente, Rebecca. Espero que lo disculpes, ya que ahora somos familia. Sé que podemos confiar en tu discreción."

"No hay nada que perdonar, por supuesto," me apresuré a responder. "Y no se me ocurriría... es decir, sí, pueden contar con mi discreción—y mi ayuda, si puedo ofrecerla." Miré al señor Donovan, esperando que entendiera lo ansiosa que estaba por devolverle su amabilidad.

Diana me sonrió agradecida. "Eres muy amable." Luego volvió su atención a su hermano. "Podemos hablar de esto mañana, cuando hayas tenido tiempo de considerar las cosas."

"No se requiere ninguna consideración," le respondió bruscamente. "Si él piensa que simplemente puedo empezar a frecuentar la compañía del grupo de mojigatas, es más obtuso de lo que pensaba. Ahora, viajemos en silencio."

Pensé que Diana podría ignorar su solicitud—¿o había sido una exigencia? Pero cerró la boca con prudencia. Por mi parte, mi estómago era un manojo de nervios. El señor Donovan no solo había asumido la culpa por mi error, sino que lo había hecho estando ya en una situación financiera difícil. Parecía, además, estar en desacuerdo con su padre. No podía imaginar que eso fuera fácil, aunque apenas tenía recuerdos de mi propio padre ahora.

Cuando el carruaje se detuvo, el señor Donovan bajó de un salto, ayudando a Diana a bajar y luego a mí. Una vez que mis pies estuvieron firmemente plantados en el suelo, me quedé quieta, mirándolo con el ceño fruncido. "*Voy* a pagar el jarrón, señor Donovan." Traté de infundir en mi voz toda la terquedad que pude reunir.

"No hará tal cosa," respondió, cerrando la puerta con fuerza.

Su resistencia despertó en mí una llama de determinación. "Sí lo haré."

Él sostuvo mi mirada, y mi corazón se detuvo ligeramente ante la ferocidad en sus ojos. "No lo hará. Fin de la discusión."

"No puedo dejar que tome la culpa por *mi* error."

Él comenzó a caminar hacia la puerta. "No fue su error. Yo derribé el jarrón."

Tuve que apresurarme para seguirle el paso. "Eso es falso, y lo sabe."

Se volvió hacia mí una vez que estábamos dentro. "Sé que lo dejó inestable. Pero fue mi intento de corregirlo lo que lo hizo caer al suelo." Se quitó los guantes y se los entregó al lacayo.

"Seguramente no," repliqué.

Él soltó un suspiro frustrado. "Podemos seguir especulando, señorita Russell, pero el hecho es que le di mi palabra a la señora Lawrenson de que pagaría por el jarrón, y tengo la intención de hacerlo. No se entrometa en el asunto, por favor."

Sus palabras eran cortantes, pero como insistía en asumir la responsabilidad por la

humillación pública que yo había causado, perdieron su filo.

Torcí la boca hacia un lado. "Si esos malditos jarrones no hubieran sido tan llamativamente feos, todo esto podría haberse evitado." Una pequeña sonrisa se deslizó en mis labios sin querer al recordar la imagen de la señora Lawrenson sosteniendo una de las patas como si fuera un pájaro herido. No había sido divertido en ese momento, pero en retrospectiva, no podía evitar encontrarlo gracioso.

El ceño de Mr. Donovan se frunció. "¿Qué?"

Una pequeña burbuja de risa se escapó de mí a pesar de mis mejores intentos de sofocarla. "No debería reír, porque es algo serio, pero" me mordí los labios "creo que el mundo es un lugar mejor sin ese jarrón."

La comisura de su boca se levantó ligeramente. "Desafortunadamente, la otra mitad del par aún está intacta."

Suspiré, y un movimiento cercano captó mi atención. Diana estaba al pie de la escalera, observándonos con una expresión pensativa. Debía desconocer que su hermano había aceptado una responsabilidad que no le correspondía.

El señor Donovan también se dio cuenta de ella y se apresuró a quitarse el abrigo, entregándoselo al lacayo y procediendo a salir del vestíbulo hacia el área más amplia en la base de la escalera, terminando efectivamente nuestra conversación.

"Entonces se lo *reembolsaré*," dije.

"No quiero su dinero, señorita Russell," dijo mientras subía rápidamente las escaleras y desaparecía hacia su dormitorio.

Apreté los labios con frustración.

"Es imposible," dijo Diana con una pequeña sonrisa. "Mejor dejar las cosas como están que gastar energía en vano."

Suspiré. "Pero no puedo en buena conciencia permitir que haga esto. No debes escuchar lo que dice, Diana, porque es totalmente mi culpa que el jarrón se rompiera, y debería haberlo dicho inmediatamente, pero fui una cobarde al ver tantas miradas puestas en mí. Simplemente me congelé."

Ella me sonrió y me hizo un gesto para que subiera las escaleras a su lado. "Es completamente comprensible, especialmente dada la reacción de la señora Lawrenson."

Negué con la cabeza mientras llegábamos a la cima de la escalera alfombrada de rojo. "Debo encontrar una forma de reembolsarle. ¿No se le puede persuadir para que lo acepte?"

Diana hizo una mueca. "Valentine es el hombre más terco que jamás conocerás, Rebecca. Me temo que es un rasgo familiar. Pero no debes preocuparte por esto. Tiene problemas mucho más importantes en los que concentrarse que un jarrón ridículo." Se tapó la boca con una mano, bostezando. "Ahora, si me disculpas, estoy bastante cansada. Imagino que lo mismo te ocurre a ti después del día que has tenido."

Asentí con una sonrisa, y nos separamos, aunque mi mente y corazón aún estaban preocupados por el asunto.

Mi doncella estaba esperando con entusiasmo en mi habitación para ayudarme a prepararme para dormir. No era, propiamente, mi doncella, ya que la que me asistía en la casa de mi abuelo se había quedado en Millbury House. En su lugar, Dorothea era una de las sirvientas de Diana, y amablemente se había ofrecido a atender mis necesidades, lo cual agradecía mucho. Era una muchacha vivaz, baja y delgada, con cabello castaño claro, pero me había apegado a ella de inmediato, deseosa de una amiga, y ella había estado más que dispuesta.

Me preguntó sobre los sucesos de la noche, y aproveché la oportunidad para lamentar mis

fracasos sociales, confesar la mortificante situación que había causado y contar cómo el señor Donovan había aceptado la culpa.

"¿El señor Donovan?" dijo con su fuerte acento, mirándome en el espejo con los ojos muy abiertos mientras quitaba los alfileres de mi cabello. "¿Asumió la culpa, lo hizo?"

"Sí," dije lentamente, sorprendida por su reacción. ¿Estuvo mal que le contara? "¿Qué? ¿Por qué lo dice así?"

"Solo que es tan romántico, señorita," dijo. "No lo conozco tan bien yo misma, pero tiene a todas las otras sirvientas con el corazón acelerado. Y que haya venido en su rescate de esa manera..." Parpadeó como si el mero pensamiento la mareara. "Creo que me habría dejado débil de rodillas, lo imagino."

Fruncí el ceño, sin decir nada. No había nada de romántico en el gesto, ni en la forma en que había hablado de ello después. Por el contrario, parecía estar ansioso por terminar de hablar del asunto. Pero las palabras de Dorothea se instalaron en mi mente, impresionándome con lo poco que entendía de las cosas. Ni siquiera estaba segura de que reconocería un gesto romántico si ocurriera.

La lección de esta noche fue que estaba mal preparada para la Sociedad. Podía escuchar con simpatía a hombres ancianos que se quejaban de sus dolencias, podía jugar una partida tranquila de cribbage con ellos, podía asegurar la distancia adecuada de las sillas del fuego para evitar sobrecalentamientos o, Dios no lo quiera, un resfriado, pero no tenía la menor idea de cómo comportarme alrededor de caballeros de mi edad. Eso hacía que mis esperanzas de encontrar pareja parecieran muy improbables.

Lo que necesitaba era alguien que pudiera darme orientación—que me dijera de manera directa las cosas que todos asumirían que ya comprendía.

También necesitaba encontrar una manera de reembolsar al señor Donovan por su sacrificio en mi nombre. Diana dijo que no me preocupara por ello debido a los otros asuntos urgentes que lo ocupaban, pero precisamente por eso debía encontrar la manera. Y las palabras de Diana a su hermano me dieron una buena idea de lo que podría serle útil, si tan solo pudiera convencerlo de aceptarlo.

# Capítulo 8

VALENTINE

Desperté por la mañana con dolor de cabeza, mi noche atormentada por sueños de criaturas que eran mitad cerdo, mitad vaca, cubiertas de oro, con garras monstruosas que se desmoronaban, solo para ser reemplazadas en cuestión de segundos por garras aún más largas.

Me froté los ojos, disipando la imagen. Ese maldito jarrón no me dejaba en paz, y ahora tenía que encontrar quince guineas para pagarlo. Hubiera sido mejor derribar el segundo para que no pudiera usarse en la creación de una réplica.

No sabía qué me había llevado a asumir la responsabilidad por la rotura del jarrón. No era de hacer gestos galantes—si alguna vez había hecho uno—y ni siquiera tenía dos chelines para juntar, mucho menos quince guineas.

Pero lo hecho, hecho está, y al menos ahora la noche de Miss Russell no estaba ensombrecida por el incidente. Realmente no era culpa suya. El supuesto artista que creó el jarrón sin duda le habría dado una base más sólida si hubiera querido que sobreviviera.

Me levanté de la cama, haciendo una mueca mientras mi cabeza latía más intensamente con el movimiento. No había bebido lo suficiente como para que eso fuera responsable. Solo podía pensar que el dolor era resultado de las preocupaciones que me presionaban.

Busqué el cordón para llamar a uno de los lacayos. Mi estómago rugía, y un poco de comida podría ayudar también con el dolor de cabeza. Un bollo de brioche no sería mal recibido, en verdad.

El lacayo me ayudó a vestirme para el día, aunque no estaba en absoluto seguro de lo que iba a hacer. Le había prometido a Diana que me mantendría en un segundo plano, pero ¿a dónde iría? Un hombre sin dinero para gastar tenía pocas opciones apetecibles en un lugar como Brighton.

Otro lacayo apareció justo cuando estábamos terminando. Llevaba una bandeja de plata, sobre la cual reposaban dos cartas. Las miré con recelo.

“Dos piezas para usted, señor.” Parry me extendió la bandeja.

A regañadientes, tomé los papeles y despedí a ambos sirvientes, rompiendo el sello de la primera carta sin ceremonias. Se deslizó fácilmente, como si no hubiera estado sellada correctamente. Era una carta corta de Waudby, mi zapatero, formulada con civismo, pero cargada de amenazas implícitas sobre lo que sucedería si mi cuenta no se saldaba de inmediato.

Maldije entre dientes. ¿Cómo me había encontrado tan rápido? Apenas había llegado a Brighton.

Giré las cartas y rompí el segundo sello. Mis dientes se apretaron al reconocer la caligrafía ordenada pero dura del Almirante. La comunicación era aún menos bienvenida que la anterior—y sus amenazas menos veladas.

*Creo que apreciarás que te reenvíe la factura de Waudby, ya que parece un asunto urgente.*

Miré el reverso de la otra carta, apretando la mandíbula. El Almirante sin duda la había abierto, lo que explicaba el débil sello. El hombre era insoportable. Sentí un atisbo de culpa por haber dejado a mi hermano Phineas con él. Salvo por algún comentario sobre sus hábitos de lectura reclusos, el Almirante generalmente lo dejaba en paz, pero eso solo porque su atención

había estado suficientemente ocupada conmigo durante mi tiempo en Blackwick Hall. No me faltaban defectos que él pudiera criticar.

*También me tomé la libertad de informar a Waudby de tu nueva ubicación en Brighton. Me complace que se hayas instalado con tu hermana, pues demuestra una prometedora determinación de buscar lo mejor de la Sociedad y enmendar tu comportamiento. Hay muchas jóvenes elegibles en Brighton en esta época del año, y confío en que aprovecharás la oportunidad para conocerlas y elegir una esposa adecuada para ti—una que ejerza una influencia positiva sobre ti.*

*Espero los informes de Diana sobre el progreso que estás haciendo. Si el primero es favorable, Waudby se alegrará de saber que su cuenta allí ha sido saldada.*

Arrugué la carta y la lancé al fuego, donde rodó un momento en la parrilla, luego salió de nuevo y cayó sobre las tablas del suelo. Era lo adecuado. No importaba lo que hiciera, no podía librarme del Almirante ni de cómo estaba endeudado con su supuesta generosidad. La misma palabra era risible. No era la caridad lo que le movía a pagar mis deudas; era la búsqueda de dominio y control.

No era el único control financiero que tenía sobre mí. Mi madre me había dejado una herencia a su muerte—alrededor de ochocientas libras—pero el Almirante hasta ahora la había retenido, alegando que ella no desearía que se despilfarrara en brandy, mujeres de mala fama y cartas. Mis esperanzas de comprar una modesta propiedad con la herencia se habían desvanecido, y había aceptado que probablemente nunca vería el dinero, dejándome con el dilema de cómo abrirme camino en el mundo cuando la única formación que tenía era en la Marina—una profesión a la que preferiría morir antes que regresar, solo para desafiar al Almirante.

Cerré los ojos, presionando mis dedos en las sienes. Necesitaba comida. La comida siempre ponía el mundo en orden. Pero eso era otro problema por sí mismo.

Diana deseaba que me mantuviera fuera de la vista—de Miss Russell, supongo. Eso, podía manejarlo. Pero no había sido ignorante de las miradas intrigadas de las sirvientas desde mi llegada. Ayer por la mañana, una había entrado en mi cámara cuando solo llevaba la camisa—un milagro en sí mismo, ya que a menudo ni siquiera llevaba eso cuando dormía. Tras una mirada que duró mucho más de lo necesario para informarle de que aún no estaba decentemente vestido, había musitado algo sobre no darse cuenta de que la habitación estaba ocupada, luego se había retirado no tan apresuradamente, con los ojos aún en mí.

Entonces, ¿preferiría Diana que me aventurara en la cocina entre las sirvientas en busca de comida? ¿O que comiera en la mesa del desayuno con Miss Russell? O quizás Miss Russell también estaría en la cocina. No estaba claro si ella solía pasar tiempo allí o si simplemente la había sorprendido en el momento justo.

Podría ordenar que me trajeran la comida a la habitación, por supuesto, pero necesitaba salir—y odiaba tener migas en la cama. Esta habitación ya comenzaba a sentirse bastante estrecha.

Opté por pedir que el desayuno se sirviera en la terraza detrás de la casa. Poco convencional, quizás, y algo fresco, pero preferible a la alternativa. Revisé el pasillo en busca de cualquier señal de Miss Russell antes de salir de mi habitación. Satisfecho de que no estaba a la vista, me detuve en la cima de la escalera para escuchar cualquier movimiento abajo.

Era ridículo que necesitara ejercer tanta cautela, como un ladrón común en la casa de mi hermana. En mi experiencia, la vigilancia era tan necesaria para mantener el comportamiento de las mujeres en línea como para salvaguardar la conducta de los hombres. Como Miss Russell no me parecía del tipo que se lanzaría sobre un hombre, sin embargo, encontraba estas precauciones

molestas.

"¡Ahí está!"

Me detuve en medio del escalón, girando la cabeza para encontrar a Miss Russell mirándome desde la puerta del comedor. Sonreía ampliamente al verme. Estaba demasiado alegre para la hora temprana.

"¿Siempre se levanta tan tarde?" preguntó.

Fruncí el ceño. "Son solo las ocho y media."

"Precisamente. *He* estado despierta desde las seis. El abuelo siempre insistía en comenzar el día temprano. Y terminarlo temprano, para el caso. He estado prolongando mi propio desayuno durante la última hora con la esperanza de hablar con usted, pero una no puede beber tazas de chocolate hasta sentirse completamente enferma. Creo que cuatro es el número mágico. O el opuesto de mágico, quizás, porque no hay nada mágico en sentirse enfermo, que es el resultado que produce un poco más de cuatro tazas."

"¿Cuatro tazas?" pregunté, incrédulo. ¿Había bebido cuatro tazas de chocolate mientras esperaba para conversar conmigo?

Asintió, frunciendo un poco la nariz. "La primera siempre es la mejor." Me hizo señas para que la siguiera.

Dudé. Podía rechazar, pero eso sería ofensivo, y estaba extrañamente reacio a ver la expresión desolada en el rostro de Miss Russell si lo hacía. Su humor ya había recibido un golpe significativo después, aparentemente, de cuatro tazas de chocolate.

Miré escaleras arriba, buscando alguna señal de mi hermana, pero Diana no era una madrugadora. Evidentemente, Miss Russell mantenía las mismas horas que el Almirante.

"Una taza de chocolate le hará bien," dijo. "Me gusta añadir un poco de crema y canela en el mío. Puedo hacerlo por usted si lo desea. No le robaré mucho de su tiempo, pero sí deseo hablar con usted."

Podía suponer que la razón era el incidente de anoche con el jarrón, y tenía poco deseo de discutirlo más, pero admito que estaba intrigado por la canela. Nunca había pensado en añadir tal cosa al chocolate.

"Temo que solo puedo dedicarle unos minutos." Era una mentira, por supuesto, ya que tenía mucho tiempo y poco que hacer. "Ciertamente no suficiente para probar la teoría de las cuatro tazas."

Su boca se estiró en una sonrisa apreciativa. "Unos minutos serán suficientes. Puede probar mi teoría otro día." Se giró y me condujo.

El comedor era una pequeña sala empapelada en crema, con poco más que una mesa de caoba, una colección de sillas con asientos tapizados y un pequeño aparador. "¿Cómo pudo pasar una hora aquí?"

"Oh, bastante fácilmente," dijo, tomando la tetera de chocolate. "Me senté allí." Señaló el pequeño rincón de la ventana que daba a la calle. "Es asombroso cuántas carruajes pasaron durante la hora—y tan temprano en el día. Una ciudad tan bulliciosa, ¿no es así? Muy diferente a Millbury House, donde siempre era tan emocionante cuando llegaba un carruaje allí." Puso la tetera y tomó la de crema, vertiéndola con un pequeño floreo que hizo que frunciera el ceño. Terminó espolvoreando una pizca de canela de un pequeño cuenco de porcelana.

"Aquí tiene." Me lo entregó.

"Gracias," murmuré. Me di cuenta de que podría resultar incómodo si no me gustaba la mezcla. Normalmente no me gustaba mucho el chocolate.

Miré el líquido, levantando una ceja. Contra el marrón intenso del chocolate, la crema

blanca destacaba, formando dos gotas y una línea curva debajo. Miré a Miss Russell, que me observaba con algo de anticipación.

“Todos deberían comenzar el día con un poco de felicidad,” dijo.

La comisura de mi boca se movió. Era una cosa tan tonta y extraña, después de todo, pero el rostro sonriente aligeró un poco mi ánimo, y después de una mañana de noticias no deseadas, eso era algo, sin duda. “Mi día no comenzó así,” dije, “pero quizás aún haya esperanza.”

“Oh, querido. ¿Hay algo mal?”

“Nada más que un dolor de cabeza.” No deseaba contarle toda la historia.

“Encuentro que el chocolate es un remedio maravilloso para el dolor de cabeza,” dijo ella. “De hecho, si no lo tengo por la mañana, estoy bastante segura de que tendré un dolor de cabeza para el mediodía.”

Me reí suavemente. Era difícil mantener un mal humor cuando la señorita Russell decía cosas tan ridículas. Y había algo en esa cara de crema... Tal vez la señorita Russell estaba tan alegre porque había visto cuatro de ellas esta mañana.

Comencé a levantar la taza hacia mi boca, solo para detenerme. Mis labios se curvaron hacia abajo. “Se arruinará si la bebo.”

“Oh, no debe preocuparse por eso,” dijo ella, finalmente tomando asiento. “Si la deja un minuto o dos más, ya no será una cara feliz. De hecho, se convierte en algo un poco aterrador si se deja demasiado tiempo, y es mucho mejor recordarla como una cara feliz.”

Ella tenía razón, podía verlo. La línea curva de la boca se estaba formando más y más en una mancha con cada segundo que pasaba. Tomé un sorbo.

Una explosión de sabores llenó mi boca. Chocolate rico, matizado con la cantidad justa de crema, seguido de un pequeño toque de canela. Era la bebida más deliciosa que había probado—y había probado bastantes bebidas.

“¿Tomó cuatro de estas?” pregunté.

Ella asintió. “El abuelo se vio obligado a tomar medidas bastante extremas en su dieta debido a la gota, y aunque intenté apoyarlo siguiendo el mismo régimen, yo... no era lo suficientemente fuerte.” La cantidad de culpa en su expresión era ridícula. “Empecé a beber esto antes de que él se despertara por las mañanas.” Hubo una pausa. “Y a recorrer las cocinas una vez que la casa estaba dormida.”

“Bastante comprensible.” Tomé otro sorbo del chocolate. “Supongo que ofrecerme esto es una prueba de que ha dejado de preocuparse por el estado de mi salud. O quizás no le caigo bien y está tratando de apresurarme hacia un futuro de gota.”

Sus ojos se abrieron de par en par. “Lo primero, ciertamente, porque me agrada muchísimo. Y cualquier temor que tuve por su salud la otra noche fue, como he decidido desde entonces, un resultado del estado de embriaguez. La forma en que tropezó me hizo preguntarme si ya estaba sufriendo de un caso leve de gota. Pero veo claramente por su figura atlética y su forma de caminar destaca que está en su mejor momento.”

No solía tener el deseo de sonreír, pero en este momento era todo lo que podía hacer para contenerla. La forma franca en que hablaba la señorita Russell, de alguna manera simultáneamente insultando y halagando, era algo que aún no había encontrado. “Me alegra oírlo.” Tomé otro sorbo.

“¿Le gusta?” preguntó ella.

Dejé la taza y asentí. “Sí. Creo que ha dado en el clavo.”

“A veces le añado un terrón de azúcar,” dijo ella de repente. Sus ojos se dirigieron hacia el azucarero.

Levanté las cejas y, mientras ella me miraba, usé las pinzas para añadir un pequeño terrón de azúcar a mi propia bebida. La cara feliz ya no era reconocible, y mientras la removía, desapareció por completo, mezclándose con el espeso y oscuro chocolate y tornándolo de un marrón más parecido al cabello de la señorita Russell.

"¿Era el chocolate de lo que quería hablar conmigo?" No me hacía particular ilusión la idea de que Diana interrumpiera esta comida no planificada—al menos de mi parte—que estaba teniendo con la señorita Russell.

"No," dijo ella. "Es algo bastante diferente." Parecía ligeramente vacilante ahora que había llegado el momento de la conversación para la que me había llamado.

Sentí una repentina inquietud.

"Espero que no esté enojado conmigo por haber oído lo que usted y Diana discutían en el camino a casa desde la fiesta anoche..."

"No es como si hubiera podido hacer algo para evitar oírlo." Tomé un sorbo del chocolate. Estaba más dulce ahora, como un postre que se podría haber ofrecido en una de las fiestas de Prinny. Sus ajustadas prendas probablemente estallarían solo con la descripción de esta creación.

"Supongo que podría haberme tapado los oídos," dijo ella. "Lo correcto sería, sin duda, pretender que *no* lo oí, pero he estado pensando en ello desde entonces, y tengo una propuesta."

No era común para mí sorprenderme, pero la señorita Russell parecía tener un don para ello. Lo oculté detrás de otro sorbo de chocolate, tomándome mi tiempo para responder. "¿Qué tipo de propuesta?"

"Una manera de devolverte el favor por la amabilidad de anoche."

Dejé la taza y la miré directamente. "No fue una amabilidad, señorita Russell. Si me conociera mejor, sabría que he hecho algo así como un hábito hacer cosas que van en contra de lo que la mayoría de las personas consideraría sensato o adecuado."

Su ceño se frunció. "¿Por qué es eso?"

"Hemos hablado de esto, si la memoria no me falla. Porque soy irremediablemente vulgar e inapropiado."

"Hemos hablado de esto," respondió ella. "Nadie es irremediable. Pero eso es un punto aparte." Comenzó a revolver la taza de chocolate vacía frente a ella, y la pequeña cuchara hizo un sonido suave contra la porcelana. "Cualquiera que sea su motivo, me prestó un gran servicio, y tengo la intención de compensárselo."

"No aceptaré su dinero, señorita Russell."

"Lo creo, y por eso no es eso lo que estoy ofreciendo."

"¿Y qué es lo que *está* ofreciendo?" Tomé el último sorbo de mi chocolate.

"Ser una de sus respetables señoritas."

# Capítulo 9

VALENTINE

La miré fijamente. Ella seguía sonriendo, pero había un toque de ansiedad en su expresión mientras observaba mi reacción.

“No sé por qué Diana dice que debe ser vista con jóvenes respetables o cómo eso ayudará a arreglar las cosas con tu padre, pero eso no es asunto mío. Simplemente quiero ayudarlo, porque me agrada.”

Esas últimas palabras produjeron un pequeño retortijón en mi pecho. No podía recordar la última vez que alguien me había dicho que le gustaba, y esta era la segunda vez que la señorita Russell lo decía en los últimos cinco minutos. Pero podía imaginar que encontraría una razón para gustarle hasta al mismo diablo.

“Señorita Russell,” dije, reajustándome en mi silla. “Es muy generoso de su parte ofrecerse, pero me temo que debo declinar.”

“¿Debe?”

“Debo.”

“¿Por qué?” Era una pregunta obstinada, que exigía una razón sólida.

Tomé un momento antes de responder. “Es precisamente *porque* no entiende por qué Diana sugirió tales cosas que no debería ofrecerse a hacerlas.” La señorita Russell no tenía idea de que estaba ofreciendo su ayuda a un libertino ni cómo le afectaría hacerlo.

“Entonces dígamelo,” dijo ella, “para que pueda estar contenta.”

Apreté los dientes. Para alguien tan alegre, la señorita Russell era sorprendentemente obstinada.

“Déjeme ponerlo de esta manera,” dijo ella. “¿Cree que ser visto conmigo ayudaría a lograr lo que necesita lograr?”

No respondí de inmediato. En lugar de eso, empecé a hacer lo mismo que la señorita Russell —mezclar el líquido inexistente en mi taza de chocolate.

¿Qué *necesitaba* lograr? Necesitaba dinero, y con el retraso en el dinero del premio, las cosas con el almirante estaban llegando rápidamente a un punto crítico. Sin su buena voluntad y favor, era probable que terminara en la casa de los vagabundos. Ser visto en Brighton con la señorita Russell seguramente ofrecería algún nivel de apaciguamiento al almirante, pues nadie que hubiera pasado siquiera dos minutos en su compañía dudaría de su carácter.

Lo cual hacía que ella apareciendo con él fuera completamente incorrecto. “Creo,” dije lentamente, “que ser visto con usted causaría más daño a su reputación de lo que ayudaría a la *mía*.”

“¿De qué manera?” preguntó ella, visiblemente confundida por mi comentario.

No había manera de evitarlo. Tendría que ser directo con la señorita Russell si quería que comprendiera lo que estaba ofreciendo.

“Ser vista frecuentemente en mi compañía arruinaría su reputación.”

Ella se rio ligeramente. “Deberá hacerlo mejor que *eso*, señor Donovan. No lo creo ni por un segundo. De hecho, si soy completamente honesta, este plan mío no es completamente desinteresado, pues también me beneficiaría a mí.” Su color aumentó un poco mientras

continuaba. “Las hermanas Bradley me aseguraron que ser vista teniendo a un pretendiente como usted atraería la atención de muchos otros pretendientes.”

“Que el diablo las confunda.” Apreté los labios. “Perdone mi lenguaje. Es solo que... soy un libertino, señorita Russell. Asociarse de esa manera conmigo sería causar un daño irreparable a su reputación.”

Ella había dejado de revolver su taza vacía y ahora jugaba con el borde del mantel, frunciendo el ceño. “Un libertino, dice.”

Apreté la mandíbula. “Exactamente.” A menudo me habían llamado así, pero era algo muy diferente *etiquetarme* como uno. Y a la señorita Russell, por menos.

Ella miró hacia arriba de repente, de manera decidida. “Señor Donovan, ¿qué es un libertino?”

Mi mandíbula se abrió de par en par.

Ella se apresuró a hablar. “Es solo que, bueno, es una palabra que he escuchado muchas veces, pero nadie ha tomado el tiempo de explicármela. Simplemente la dicen en voz baja, como si su tono de voz solo comunicara la definición. Y, sin embargo, sigo en la oscuridad.” Sus ojos me suplicaban. “Por favor. Acabe con mi ignorancia y dígame: ¿qué es exactamente un libertino?”

Estaba sin palabras. Y mientras la señorita Russell me miraba, esperando que le proporcionara la definición, los segundos pasaban en el reloj de la repisa y los carruajes pasaban por la calle. “No soy la persona adecuada para explicárselo.”

“Es precisamente la persona para hacerlo, pues ¿quién mejor para decirme qué es un libertino que un verdadero libertino?” Sus ojos se estrecharon por un momento, inclinando la cabeza de lado mientras me consideraba. “¿Qué tipo de libertino es?”

“¿Qué tipo de libertino soy?” repetí, pues no podía pensar en nada más que decir ante una pregunta tan extraña.

“No será un libertino *empedernido*, ¿verdad? Grace y Maria Bradley me aseguraron que tener un libertino empedernido como pretendiente es casi tan bueno como tener un caballero titulado.”

“Empedernido. Un libertino *empedernido*. Y un libertino empedernido y un caballero titulado no son cosas mutuamente excluyentes en absoluto. Pero créame cuando le digo que no desea a un libertino, sea cual sea su tipo. En absoluto debe prestar atención a tales tonterías.”

“No son tonterías, pues Grace me dijo que Bessie Nicholas tuvo la atención de uno durante dos semanas, y ahora es la mujer más cortejada en Brighton. ¡Aparentemente, no tuvo ningún pretendiente que mencionar en las últimas dos temporadas!” Mantuvo mi mirada significativa, como si tal evidencia debiera pesar mucho en mi decisión.

“Bessie Nicholas no fue cortejada por un libertino,” dije. Conocía al hombre que la había cortejado, y era un coqueto, ciertamente, pero no un libertino.

“Pero ¿qué es un libertino?” dijo ella con exasperación. “¿Y qué es un libertino empedernido?”

Cuando no respondí, ella se levantó y caminó hacia la ventana. Miró a través de ella, suspirando. “Es muy embarazoso ser ignorante en un mundo de hombres y mujeres experimentados.” Habló suavemente, y en contra de mi voluntad, sentí un poco de simpatía por ella.

Sabía cuán cruel podía ser el mundo con aquellos que eran ingenuos en su comprensión de su funcionamiento. Lo había visto de primera mano en la Armada, pues los marineros más astutos se apresuraban a aprovecharse de los novatos, humillándolos para su diversión.

Suspiré. “Un libertino, señorita Russell” ella se volvió hacia mí, escuchando atentamente “es un hombre que no se preocupa más que por su propio placer, ya sea entre cartas, bebida o mujeres.” La última palabra fue la más difícil de decir, aunque todo ello hacía que mi estómago se sintiera tenso e inquieto. Era extraño oír tal descripción de mí mismo salir de mi propia boca. No sentía que fuera una descripción precisa—o al menos no una completa—pero ciertamente había actuado como un libertino.

Sentí un raro destello de arrepentimiento, de decepción en mí mismo. Tras mi renuncia a la Marina, me había entregado a la disolución, en parte como una forma de enfrentar la muerte de mi madre. Lo había hecho igualmente como una especie de venganza contra el Almirante, quien me había forzado a entrar en la Marina y me había manipulado para que permaneciera en ella más tiempo del que habíamos acordado. En el proceso, me había privado de estar presente en el lecho de muerte de mi madre.

¿Y qué tengo para mostrar por mis elecciones ahora? Todos mis esfuerzos por vengarme del Almirante se habían vuelto en mi contra, poniéndome aún más a su merced y arruinando mi reputación en el proceso. Estuve tan ocupado castigándolo por el pasado que arruiné mi propio futuro.

Hubo momentos de placer en los últimos dos años, ciertamente. Pero en su mayor parte, mis aventuras con cartas, mujeres y bebida me habían traído muchos problemas y muy poco alivio. Los placeres eran fugaces, y cuando se iban, no había nada que cubriera el enorme vacío que había tratado de llenar con ellos.

“Oh,” dijo la señorita Russell simplemente. “¿Y aún... hace esas cosas?”

“Sí. No. Es decir...” Me detuve, frustrado por mi torpeza. ¿Por qué deseaba tanto decir que no? ¿Y por qué hacía tal pregunta? Después de todo, me había visto borracho la otra noche y le había *dicho* que era un mujeriego. “Lo importante es que las he hecho lo suficiente como para ser un mujeriego. Incluso uno empedernido.”

“Pero seguramente lo que uno está haciendo *ahora* y lo que uno hará en el futuro tiene más importancia que lo que uno ha hecho en el pasado.”

“No para la Sociedad,” dije. “Además, mis pecados son lo suficientemente recientes, se lo aseguro.”

Ella me miró pensativa. “¿Y su padre exige que deje de ser un... libertino?”

Mi labio se movió a pesar de mí mismo. “Lo exige. Demanda que me vuelva respetable.”

Ella asintió. “¿Y no soy yo lo suficientemente respetable para ayudarlo en eso?”

“Señorita Russell,” dije, frunciendo profundamente el ceño, “yo...”

La puerta se abrió, y Diana entró, desacelerando mientras su mirada abarcaba la escena. Observé en busca del indicio revelador en sus labios que mostrara su enfado, pues había desobedecido su demanda de mantenerse alejado de la señorita Russell.

Pero no había enojo. Tras una breve pausa de observación, incluso sonrió. “Buenos días, a los dos.”

“Diana,” dije, aprovechando la oportunidad para que otra persona explicara a la señorita Russell por qué su idea era completamente inapropiada. “Quizás puedas hacerle entender a la señorita Russell.”

“¿Oh?” Ella tomó asiento frente a mí, con las cejas levantadas. “¿De qué estamos hablando?”

“No debes enojarte conmigo, Diana,” se apresuró a decir la señorita Russell, acercándose a la mesa y sentándose en el borde de la silla al lado de mi hermana. “Es solo que había pensado en el problema de tu hermano, así como en mi deseo de hacer que mi tiempo en Brighton sea

exitoso—fui una grave decepción en la fiesta de anoche—y se me ocurrió que podría haber una solución para ambos problemas."

Diana se sirvió un poco de chocolate. "Sigue."

La señorita Russell se acomodó en la silla de manera que estaba completamente frente a Diana. "Tu hermano necesita demostrarle a su padre que ha dejado de ser un libertino" miré a Diana, cuya ceja se alzó ante la formulación mientras terminaba de servir "y yo podría beneficiarme de ser vista en compañía de alguien ampliamente admirado."

La mirada de Diana se dirigió rápidamente hacia mí, y yo fruncí el ceño. "Ves por qué tu buen sentido es tan desesperadamente necesario. Nada de lo que le he dicho a la señorita Russell parece haberla persuadido de cuán mal aconsejado está tal plan. O que *no* soy ampliamente admirado."

La señorita Russell me miró, con la cabeza inclinada hacia un lado. "No puedo forzarlo, señor Donovan, pero creo que es un muy buen plan. Si está tan en contra, quizás podría presentarme a uno de sus amigos libertinos, y *ellos* podrían ayudarme en su lugar."

"¿Mis amigos libertinos?"

Ella me miró con franqueza. "¿No tiene tales amigos? Las personas con intereses similares generalmente se agrupan, así que supongo que sí. No sería por mucho tiempo, ya sabe, y por supuesto, podrían retomar su conducta de libertino después...quizás incluso durante."

Le lancé una mirada apresurada a Diana, quien estaba mirando a la señorita Russell pensativamente. Tras un momento, volvió a su chocolate. "Creo que es un muy buen plan, Rebecca."

La señorita Russell me miró con una sonrisa victoriosa. "¿Lo ve?"

Pero no podía ver, pues estaba ocupado mirando a mi hermana. ¿Qué demonios estaba diciendo? "*Querida* Diana," dije entre dientes. "¿Podría hablar contigo junto a la ventana?"

Ella levantó un dedo mientras tomaba un sorbo de su chocolate, luego dejó la taza y se secó la boca con una servilleta. "Por supuesto."

"Si nos disculpa, señorita Russell," dije, con las fosas nasales dilatadas. Me levanté de la silla y me dirigí hacia la ventana, esperando a mi hermana.

"¿Qué demonios, Di?" susurré mientras ella me miraba. "¿Estás loca?"

"Muy probablemente," dijo ella. "Todos nosotros, los Donovan, lo estamos, imagino."

"No hace falta imaginar en tu caso," respondí. "Un momento exiges que me mantenga alejado de la señorita Russell, y al siguiente me dices que lleve a cabo una farsa de coqueteo con ella?"

"Sí, una reflexión puede hacer maravillas, ¿no es así?"

"¿De dos segundos? Pues es todo el tiempo que ha tenido para reflexionar sobre este plan."

"Cambié de opinión acerca de mis demandas de anoche. Y el único defecto en el plan es que no se me ocurrió a mí, pero no puedo culpar a Rebecca por eso." Miró a la señorita Russell, que estaba en la mesa, sirviéndose otra taza de chocolate. Ella estaría enferma. O extremadamente feliz. Quizás ambas cosas.

"En cualquier caso," dijo Diana, "creo que servirá muy bien."

"Servirá para arruinar su reputación," dije.

"Tonterías. Todavía soy su chaperona, y como eres el hermano de su cuñada, naturalmente habrá un elemento de protección en la conexión entre ustedes. Se espera que pases tiempo en su compañía ahora que ella está viviendo conmigo. Es suficiente para la seguridad, pero no para detener el interés en las posibilidades de la conexión. La receta perfecta, de hecho."

Desvié la mirada, frotándome la mandíbula con exasperación. Debería haber sabido que

Diana se alinearía con la señorita Russell. Siempre tenía las peores ideas.

"Valentine," dijo ella, más contenida que antes. "Estás en una situación difícil, y esto podría ser la solución—temporal, al menos—para tus problemas. Si la gente tiene razones para pensar que has comenzado a reformarte, no solo papá se ablandará, sino también tus acreedores." Tomó mi mano en la suya, esperando a hablar hasta que encontrara mi mirada. "No puedes desperdiciar toda tu vida desafiando a papá."

Sacudí la cabeza y miré por la ventana. Era como había dicho la señorita Russell. La ciudad estaba llena de tráfico constante: ecuestre, peatonal, vehicular. Había venido aquí para escapar, pero escapar comenzaba a parecer imposible. Si el almirante estaba decidido a que mis deudas me siguieran, podría asegurarse de que así fuera sin importar a dónde fuera. No es que tuviera el dinero para ir a otro lugar.

"Además," dijo Diana, "ahora eres un huésped en mi casa y, como tal, espero que me ayudes a hacer que el tiempo de Rebecca en Brighton sea agradable y memorable, lo que significa asistir a eventos con nosotros, por supuesto, o llevarla a pasear cuando yo no pueda entretenerla."

Abrí la boca para hablar, pero ella levantó una mano.

"Y a cambio," dijo, "enviaré informes favorables a papá. Y te aseguro que no permitiré que Rebecca sufra ningún daño. Si percibo que eso está ocurriendo, naturalmente pondré fin a la situación sin demora. Pero no *temo* eso."

Reprimí un gruñido, incapaz de negar el sentido de lo que decía. Me resultaba increíblemente difícil decirle que no a Diana, o a las mujeres en general. No fueron las amenazas del almirante, después de todo, las que me mantuvieron en la Marina; fue la súplica de mi madre para que no hiciera nada que pudiera desgarrar a la familia.

Por eso exactamente que solo me rodeaba de mujeres que nunca me pedían nada. Mis interacciones con ellas eran un asunto de negocios, las expectativas claras desde el principio. Lo necesitaba así, porque cuanto más daba, más me importaba, y no había nada que odiara más que preocuparme.

Pero esto también era un acuerdo comercial. Podría darle un poco de brillo a mi reputación mancillada, y la señorita Russell podría volverse de mayor interés para la sociedad. Mantendría a los acreedores a raya hasta que llegara el maldito dinero del premio, y detendría al almirante de seguirme presionando.

Era temporal. Y una vez *tuviera* mi dinero del premio, el almirante vería que sus planes para mí habían fracasado una vez más—y ya no podría obligarme a cumplir con ellos.

"Está bien," dije. "Lo haré."

# Capítulo 10

REBECCA

Me sentí mucho más tranquila sabiendo que podría asistir al Sr. Donovan de alguna manera. No parecía entusiasta con el plan, por supuesto, pero no estaba segura de que el Sr. Donovan fuera el tipo de hombre que se entusiasmara con nada. Parecía el tipo que resistía aceptar ayuda, y afortunadamente, estaba acostumbrada a eso, pues mi abuelo había sido igual. Algunos hombres necesitaban ser persuadidos para aceptar lo que era bueno para ellos, y esperaba que viera los beneficios con el tiempo.

Después de todo, parecía apropiado que yo le ayudara con su reputación después de que él había preservado la mía. La idea sin duda parecería algo dramática para algunos, pero no podía evitar pensar que habría sido una gran mancha negra en mi entrada a la sociedad haber tenido una primera impresión de torpeza—y romper algo tan precioso como un jarrón de *Sèvres*, por muy feo que me pareciera. Las cosas ornadas y feas deben llevar tanto tiempo para producirse como las ornadas y bellas. Quizás más.

De todos modos, cualquiera que hubieran sido sus intenciones, lo que el Sr. Donovan había hecho había sido un servicio por el cual estaría eternamente agradecida.

Tenía un compromiso con su amigo el Capitán Yates en la tarde, y Diana y yo teníamos un compromiso en la noche, por lo que no lo vi hasta la mañana siguiente, mientras terminaba el desayuno.

Se detuvo en la puerta cuando vio que yo era la única ocupante de la habitación, con las cejas ligeramente fruncidas. Era algo curioso, pues parecía que siempre estaban en una especie de ceño. No hubiera pensado que fueran capaces de fruncirse más, y, sin embargo, nunca dejaban de hacerlo. Era realmente impresionante, particularmente porque no restaba nada a su atractivo. En verdad, nunca había conocido a alguien con una expresión tan descontenta, y, sin embargo, me resultaba más intrigante que desagradable. ¿Qué podría hacer que un hombre se viera tan serio, tan sombrío todo el tiempo?

“Buenos días, Sr. Donovan,” le dije. “¿Le apetecería una taza de chocolate?”

Él entró en la habitación. “Sí. Pero no es necesario que se moleste. Puedo hacerlo yo.”

Alcé las cejas. “¿Puede? Creo que encontrará que la cara feliz es un desafío mayor de lo que cree. He tenido mucha práctica, sabe, y probablemente lo hago parecer engañosamente fácil.”

Tomó asiento frente a mí. “Con cuatro tazas de chocolate al día, habrá tenido bastante práctica, de hecho.”

“Oh, solo bebo cuatro tazas cuando estoy particularmente nerviosa.”

“¿Y no está nerviosa hoy?”

Sacudí la cabeza y me levanté para servir del pote. “Estoy llena de anticipación, de hecho.”

“¿Ha estado aquí una hora más?”

“No, estoy intentando acostumbrarme a los horarios de la ciudad. Me resultó difícil dormir después de las seis con los ruidos en la calle. ¿Azúcar, señor? Si desea, puedo ponerla ahora para que no estropee la cara feliz.” Parecía que él pudiera necesitar una cara feliz. O cuatro.

“Sí, por favor.”

Deslicé un terrón de azúcar en el líquido espeso. “Diana dice que ofreció llevarme en la

carreta hoy y darme un tour por Brighton. Es muy amable, pues he estado muy ansiosa por conocer mejor la ciudad."

Ahí estaba ese profundo ceño nuevamente. "Sí, Diana es muy generosa con mi tiempo."

Vacilé con la jarra de crema en la mano, sintiendo que mis mejillas se calentaban un poco. "Oh. ¿No hizo usted tal oferta? No es necesario..."

"Sí lo hice." Los músculos de su mandíbula se tensaron, como si le costara mucho decir tal cosa. ¿Era una mentira? "Sería un honor que me acompañara esta tarde en un paseo por la ciudad, señorita Russell."

Mantuve mi mirada en él por un momento, decidiendo cómo tomar una invitación tan poco entusiasta. "Gracias, Sr. Donovan." Serví la crema, haciendo la sonrisa más dramática de lo habitual antes de dejar caer dos gotas para los ojos. Después de espolvorear un poco de canela por encima, se la entregué. Haría que sonriera hoy, si era lo único que lograba.

***

El Sr. Donovan me asistió mientras subía al faetón, manteniendo un trozo de papel doblado en la otra mano. Se veía sombrío, como de costumbre. Apenas un augurio prometedor, pero estaba decidida a hacer que el paseo fuera agradable. Había tanto que ver en Brighton, y estaba ansiosa por sentirme en casa en sus calles, reconocer sus edificios. Y quizás, para el Sr. Donovan, parecer sombrío era el equivalente a lo que en otros sería una expresión agradable.

"Me recuerda al Sr. Philpotts, sabe," le dije mientras él subía y tomaba su lugar a mi lado.

"¿El Sr. Philpotts?"

Asentí. "Cuando lo conocí por primera vez, era muy grosero. Pero no pasó mucho tiempo antes de que insistiera en sentarse a mi lado cada vez que venía a cenar, contándome todas sus últimas dolencias."

El Sr. Donovan asintió, y el mozo se apartó de las cabezas de los caballos. El Sr. Donovan dio un pequeño tirón de las riendas, y el faetón avanzó.

"¿Y cuántos años tiene el Sr. Philpotts?"

"Sesenta y tres, creo."

"¿Gota?"

"Oh, no," respondí. "Los problemas del Sr. Philpotts son más del tipo reumático."

"Entiendo," dijo con gravedad. "Su insistencia en compararme con hombres que se acercan a la muerte no es particularmente halagador, señorita Russell."

Lo miré de lado. Era una buena oportunidad para admirar su perfil, que era decididamente atractivo. Parecía un poco menos severo desde este ángulo. "No lo hago para ofender. Simplemente es que son los únicos hombres con los que *puedo* compararlo, señor."

Apreté las manos en puños mientras pasábamos junto a otro carruaje con solo unos centímetros de separación. El Sr. Donovan no dio ninguna señal de que el estrecho margen le hubiera perturbado en lo más mínimo.

"Seguramente tuvo otros amigos en..." Lanzó una mirada interrogante hacia mí.

"Northumberland. Y no, no exactamente. Nuestra parroquia era un refugio para los ancianos. Los eventos más emocionantes eran los frecuentes funerales. Las personas más jóvenes estaban solo de paso, asistiendo a uno de esos funerales, o no eran el tipo con el que mi abuelo deseaba que me relacionara. Le resulta difícil salir de casa debido a su gota, así que mis interacciones generalmente se limitaban a las ocasiones en las que tenía la energía para entretener a sus amigos."

"¿En emocionantes fiestas de baile y diversión?"

Me reí. "¡Solo en mis sueños!"

“¿Y qué tipo de entretenimiento *se* encuentra entre hombres aquejados de gota y reumatismo?”

“Cenas de comida sencilla que empiezan puntualmente a las cuatro y media y duran hasta que todos hayan compartido sus últimas quejas.”

“¡Santo cielo! ¿Y a qué hora es eso, en general?”

Alcé un hombro. “A las siete y media. Aunque dos o tres veces, mi abuelo tuvo que insistir en que la gente se fuera a las ocho y cuarto. Cuando llueve, el reumatismo del Sr. Philpotts es particularmente molesto, sabe.”

“No,” dijo. “Afortunadamente *no* lo sé. Pobre chica.”

Sonreí nostálgicamente. “No me importaba tanto, pues era una desviación de mi rutina habitual. De hecho, encuentro que extraño al Sr. Philpotts. Y a mi abuelo, por supuesto. Pero ahora ve por qué estoy tan perdida en cuanto a cómo comportarme en eventos como la fiesta de los Lawrensons—y por qué necesito su ayuda para saber cómo proceder en Brighton.”

“¿Mi ayuda?” Se rió un poco, dándome un vistazo de cómo podría ser una sonrisa de él. Pero se fue tan pronto como llegó. “Un libertino no es el mejor guía para la conducta apropiada en la sociedad, señorita Russell.”

Se acercó un carruaje abierto, y reconocí a alguien que había conocido en la fiesta la otra noche. Le di una pequeña sonrisa y un saludo. Mis músculos se tensaron mientras pasábamos junto al carruaje nuevamente, pues había apenas espacio para los dos carruajes, y esperaba que nuestras ruedas se bloquearan. Pero no lo hicieron.

Exhalé un suspiro de alivio. Me acostumbraría con el tiempo. “Confío en que me diga la verdad, pues no es del tipo que adorna las cosas, ¿verdad? Y eso es justo lo que necesito—alguien que me diga cuando cometo un error y responda a mis preguntas de manera directa y honesta. ¿Puede hacerlo por mí?”

Él me miró, con sus ojos oscuros considerando. Eran ojos encantadores—marrones como el chocolate cremoso una vez que se había removido la cara feliz. Quizás había algo de felicidad en esas profundidades también.

Asintió cortésmente.

Apreté su brazo con mis manos. “¿Lo hará? Muchas gracias.”

Su mirada se desvió hacia mi agarre en su brazo, luego se apartó de nuevo.

“Oh,” dije, soltando el brazo. “¿Fue eso incorrecto de mi parte? Si es así, debe decírmelo, pues eso es precisamente lo que necesito.”

Sus labios se presionaron juntos. “No me molestó, pero otros hombres podrían interpretarlo como una... invitación de algún tipo.”

Reí nerviosamente. “Oh cielos. Todos mis impulsos parecen erróneos. Qué agradecida estoy de que sea lo suficientemente bueno como para permitirme cometer mis errores con usted. No piensa demasiado mal de mí, ¿verdad?”

“No lo pienso,” dijo él, con la mirada fija en el camino por delante. “¿Qué es eso?” Asintió hacia mi mano.

Miré el papel que sostenía. Lo había olvidado por completo. “Oh, sí. Pensé que podríamos discutir algunas cosas mientras tenemos un momento.”

Él lo miró nuevamente con desconfianza. “¿Qué tipo de cosas?”

Desplegué el papel. “Escribí algunas cosas que podría hacer para hacer que la gente crea que está enamorado de mí.”

“¿Hacer que la gente crea...?” El carruaje dio un sacudón cuando la rueda golpeó el pavimento elevado. Cerró la boca de golpe. “¿Es eso lo que se supone que debo hacer?”

Parpadeé. “Bueno, sí. Ese es el punto, ¿no? Que su padre crea que está dirigiendo sus esfuerzos hacia una joven respetable, y que la sociedad se sorprenda de que la nueva señorita Russell parece haber capturado el esquivo corazón del Sr. Valentine Donovan.”

Él parecía más sombrío que nunca. “¿Qué contiene esta lista suya?”

“Apunté algunas cosas que se me ocurrieron esta mañana.” Enderecé el papel y aclaré mi garganta. “Primero, llevarme en un paseo, que supongo que ya podemos tachar de la lista, aunque quizás un segundo paseo sería aún más efectivo que el primero. Segundo, mirarme con ojos que brillen con anhelo. Tercero, enroscar uno de mis rizos alrededor de su dedo. Cuarto, llevar un anillo con un mechón de mi cabello. Quinto, besar fervientemente mi mano, y luego mirarme a través de sus pestañas. Sexto, bailar dos danzas conmigo. Séptimo, pelear un duelo por mí.”

Él arrebató el papel de mi mano, sosteniéndolo frente a su rostro. Sus ojos se movían entre el camino y las palabras que había escrito, y su expresión se torcía con desdén. “¿De dónde demonios sacó usted una lista así?”

Me encogí de hombros. “De mis observaciones en la fiesta.”

Me devolvió el papel. “¿Observó un duelo en la fiesta?”

“No,” admití. “Eso fue algo que se me ocurrió a partir de una conversación que escuché en casa de mi abuelo una noche.”

“¿Entre hombres que crecieron en la época en que los duelos estaban de moda,” respondió el Sr. Donovan cáusticamente, “y eran legales?”

Miré el papel, con dudas llenando mi pecho. “¿Es una mala lista? ¿No transmiten estas cosas que un hombre está enamorado de una mujer?”

Él dio un pequeño resoplido. “Si es un vanidoso, quizás.” Me miró, volviéndose más serio. “No creo que sea prudente que pretendamos estar enamorados, señorita Russell.”

“Oh, no estaría pretendiendo estar enamorada de *usted*,” le aseguré. “Usted estaría enamorado de mí, y yo simplemente estaría coqueteando.”

“Entiendo,” dijo él secamente. “Sea como sea, no desearía...” Sus labios se cerraron con fuerza, como si dudara en seguir hablando de lo que pensaba.

“Continúe,” le dije. “Después de todo, prometió hablarme con franqueza. Y aunque no pueda ser la joven más experimentada, mis sentimientos no son fácilmente heridos, se lo aseguro. Difícilmente habría sobrevivido a la vida con mi abuelo si lo fueran.”

Exhaló un suspiro por la nariz. “Está bien, entonces. En resumen, no desearía que la línea entre el engaño y la realidad se difumine.”

Me quedé en silencio un momento, considerando sus palabras. “¿Quiere decir que le preocupa que empiece a pensar que realmente está enamorado de mí...o yo de usted?”

Asintió, y pude ver la reticencia en sus ojos, como si aún temiera cómo sus palabras pudieran afectarme a pesar de mis aseguraciones.

Sonreí. “Es muy considerado de su parte, Sr. Donovan. Pero no tiene que temer eso. Es muy guapo, por supuesto, pero creo que cuando me enamore, será con alguien que no odie cuando yo sonría.”

Él se echó hacia atrás un poco. “No odio cuando sonríe. Tiene una... sonrisa muy encantadora.”

“Gracias,” respondí, mostrando justamente esa sonrisa. “Entonces no es el sonreír de otros lo que detesta, sino sonreír usted mismo.”

“No detesto sonreír,” respondió él.

“Y no le creo,” respondí, saludando a un carruaje que pasaba. “Porque aún no lo he visto

hacerlo, lo cual es muy desafortunado, ya que creo que este paseo en carruaje sería más útil para mi reputación si no pareciera que lo odia."

"No lo odio," dijo él, aparentemente molesto por mis palabras. Hubo una pequeña pausa. Estiró la boca para que pudiera ver sus dientes.

"Oh cielos," dije, apartándome ligeramente. "¿Le duele?"

Me lanzó una mirada de desdén y me dio un codazo en el brazo. Fue un gesto juguetón, y me produjo una pequeña ola de placer.

"Solo estoy bromeando," dije. "Podemos practicar, por supuesto. Es como cualquier otra cosa—se vuelve más fácil cuanto más lo hace. Encuentro que ayuda pensar en cosas en su vida que lo hagan feliz."

"¿Y en ausencia de tales cosas?"

"Eso es imposible. Todos tienen cosas en la vida que los hacen felices, si tan solo las reconocieran. Podría fruncir el ceño como usted si lo eligiera, pues he conocido la tristeza en mi vida, y *usted* tiene cosas por las que estar agradecido que yo no tengo."

"¿Como qué?"

Vacilé un momento. Pero me sentía un poco atrevida ahora. ¿No esperaba ayudar al Sr. Donovan y a su padre a reconciliarse? "Un padre vivo."

Él dio un pequeño resoplido, sacudiendo la cabeza. "Una elección irónica, señorita Russell. Sea quien sea el padre que imagina, el Almirante no es él, se lo aseguro."

"¿Quién es el Almirante?" pregunté, desconcertada.

"El hombre que la gente asume que es mi padre."

Lo miré, sorprendida por su extraña elección de palabras. "¿Asumen?"

"Asumen." Su boca se curvaba en una sonrisa, pero era irónica. "¿Sabía usted, señorita Russell, que tiene el dudoso placer de estar en compañía no solo de un disoluto, sino, usando una frase que ahora puede apreciar mejor, de un hijo ilegítimo?"

Lo miré, con las ideas girando en mi cabeza. "¿*Eso* es lo que significa? ¿Un hijo ilegítimo?"

"Sí," dijo plano.

"Oh, cielos," dije, con los ojos abiertos de par en par.

Él me miró de reojo, y creí ver un destello de decepción allí. Se ocultó rápidamente—o quizás era una impresión mía. "Sí, en efecto. Ahora ve por qué intenté advertirle sobre este plan suyo—y sobre mí."

"No, no," dije. "No es eso. Solo estaba pensando en el nieto del Sr. Finner. *No* es violento, entonces."

El Sr. Donovan se rió. "¿Se permite a las personas tener solo un defecto? Si es así, soy muy excepcional, de hecho, porque tengo un aljibe lleno."

"Eso no es lo que quería decir. Solo que inadvertidamente le había atribuido a su nieto un defecto del cual no es culpable."

"A menos que lo sea."

"Sí," dije. "Pero creo que es mejor asumir lo mejor de las personas, ¿no cree?"

Él me miró de manera extraña.

Respiré hondo y plegué la lista que había hecho. "Bueno, basta de hablar del nieto del Sr. Finner. Estábamos hablando de *usted*, y dos padres es seguramente una razón para sonreír, pues es uno más de lo que la mayoría tiene. Creo que todo puede verse como una bendición si se mira de la manera correcta."

"¿Realmente?" Doblamos una esquina hacia la calle que corría paralela al mar. "Probemos su filosofía. ¿Qué tal una montaña de deudas de juego?"

Levanté el mentón, pensando por un momento. “Evidencia de muchas noches pasadas en compañía de amigos.”

Él se rió, aunque esta vez no era mordaz. “No siempre es exacto, pero entiendo lo que quiere decir. ¿Qué tal una reputación arruinada?”

Pensé por un momento. “Una oportunidad para la redención.”

Su labio se levantó en una esquina. “Un jarrón roto.”

“Una amistad improbable.”

Él me miró y le ofrecí una pequeña sonrisa, aunque mi corazón latía con fuerza en mi pecho. Esperaba que me viera como su amiga, pues deseaba considerarlo el mío.

“Ahora es su turno,” dije. “Un compañero sombrío.”

Él no respondió mientras ralentizaba los caballos a medida que un carro cruzaba frente a nosotros, y me pregunté si pensaba ignorarme. El carro se apartó y él dio un movimiento con las riendas. “Un hombre preocupado por la tarea de mantenerla segura.”

Sonreí. “¿Ve? Es usted un natural.” Mi corazón dio un brinco al ver a las hermanas Bradley caminando por la acera delante de nosotros. Miré a mi lado a Mr. Donovan, que aún mantenía su expresión habitual de solemnidad. “¿No puede intentar parecer un *poco* más complacido de estar conmigo? Nadie creerá que se está divirtiendo si se niega a sonreír o saludar.”

“Por el contrario, señorita Russell. La gente comenzaría a preocuparse por mí *si* sonriera o saludara.”

Saludé a las hermanas Bradley con un efusivo movimiento de mano, disfrutando de cómo sus miradas se movían entre Mr. Donovan y yo.

“Creo que usted está mostrando suficiente entusiasmo por ambos,” dijo él.

Mis ojos se abrieron al ver un gran edificio color crema, con ocho columnas y tres veces más ventanas. Había estado tan concentrada en conversar con Mr. Donovan que había olvidado el propósito de nuestro paseo. “Parece que hemos descuidado la parte del recorrido de este paseo.”

“Así es,” dijo él. “Bueno, eso se corrige fácilmente. Esa anomalía que se cierne frente a nosotros es el Pabellón Marino de Prinny. Delante de nosotros está el Steyne. Y allá está la Calle de St James.”

“Qué gran recorrido ofrece, Mr. Donovan,” dije irónicamente, “pero no importa. Lo haremos correctamente en nuestro próximo paseo. Oh cielos. ¿Es esa la Sra. Lawrenson acercándose a nosotros?”

“Creo que sí,” dijo él con frialdad.

Intenté estar tan calmada como él mientras nos acercábamos, arreglando mi boca en una sonrisa educada y esperando que la Sra. Lawrenson nos saludara. Pero, aunque nos miró directamente, no hubo saludo. Miró hacia otro lado con intención hasta que nuestros carruajes pasaron uno al lado del otro.

Solté una exclamación de ofensa. “¡Nos ha ignorado!” Apenas sabía si reír o llorar. Cuando tengo dudas, siempre elijo la primera. Y mientras me permitía sonreír, la hilaridad de la situación se hizo evidente y la risa se fue acumulando. “¡Nos ha ignorado!” Luché por sacar las palabras. “¡Por el jarrón más horrible!” Me puse una mano en el estómago, doblándome.

Mr. Donovan me miró por un momento, luego sonrió con reticencia. “Me alegra que le parezca divertido, señorita Russell. Bienvenida a la primera muestra de lo que puede esperar al mantener compañía conmigo. Es un día inusual si no me cortan al menos una vez.”

Respiré hondo, parpadeando para despejar las lágrimas de risa mientras me componía. “No puedo culparla del todo. Qué frustrante debe haber sido para ella tener su fiesta encantadora—y

su jarrón favorito—arruinada por nosotros.”

Mr. Donovan guardó silencio por un momento. “¿Siempre cree lo mejor de las personas, entonces?”

“Lo intento.” Me limpié las esquinas de los ojos, decidida a recomponerme. “Es un poco egoísta, quizás, pero encuentro que me hace más feliz hacerlo.” Lo miré de nuevo. No era difícil creer lo mejor de Mr. Donovan, cualquiera cosa que sea lo que diga o piense de sí mismo. Tenía una especie de encanto, a pesar de su actitud sombría y su manera directa de hablar. De hecho, si entrecerraba los ojos, casi podía imaginarlo sonriendo.

Sus cejas se fruncieron, haciendo más difícil para mí fingir tal cosa. “¿Qué está haciendo?” preguntó.

“Imaginándolo sonriendo,” dije. “Tengo la ambición de verlo con una sonrisa de oreja a oreja.”

Él dirigió sus ojos hacia adelante. “Modere sus ambiciones, señorita Russell.”

Seguí mirándolo, y él me envió unas rápidas miradas de desaprobación. “¿Cuánto tiempo le lleva imaginar una sonrisa?”

“Ya no estoy imaginando una sonrisa,” dije. “Estoy admirando su perfil. Es tan... joven y libre de arrugas.”

Él hizo una mueca.

# Capítulo 11

VALENTINE

Como el abuelo de Miss Russell, yo también necesitaba beber menos oporto, aunque quizás por razones diferentes. Mi taza matutina de chocolate caliente con un poco de canela, un terrón de azúcar y solo suficiente crema para hacer una cara feliz se estaba convirtiendo en mi consuelo por abstenerme. Aparentemente, no era tan diferente del anciano con gota como me hubiera gustado pensar. Miss Russell había dicho que mi rostro era menos arrugado, al menos, así que estaba eso. Más consuelo.

Desde nuestro paseo, solo había tenido que asistir a la iglesia con ella y mi hermana, luego acompañarlas a dar un paseo por la playa. Diana había invitado a una amiga suya a unirse a nosotros en esta última ocasión, dejando a Miss Russell y a mí para conversar—y para que yo sostuviera la colección de conchas que Miss Russell insistía en adquirir.

No soy de conversación educada, pero estaba descubriendo rápidamente que Miss Russell tampoco lo era. Era más probable que me hiciera una pregunta directa sobre alguna frase cantada que comentara sobre el clima. Aunque, cuando sí comentaba sobre el clima, no era un asunto mundano. Nunca antes había estado en el mar, y estaba encantada con la cantidad de sol que recibía Brighton—y el atardecer en particular.

Parecía confiar en mí implícitamente—una confianza que no había hecho nada para merecer, pero que de manera extraña estaba reacio a romper. Era como si dependiera de mí, y esa era una experiencia nueva que me hacía sentir incierto. Había hecho un punto de ser poco fiable hasta ahora.

Una semana después de mi llegada a Brighton, Diana tiró de las cortinas de mi cama y me informó que debíamos asistir a un baile al aire libre esa noche.

“Seguramente no necesitas mi presencia.” Cubrí mi cara con una almohada como había llegado a hacer en otras oportunidades. Esta no era la primera vez que Diana irrumpía en mi habitación de esta manera. Generalmente no era de despertarse temprano, pero siempre que lo hacía, parecía ir directamente hacia mí.

“Lo necesito. Y como enviaré mi informe semanal a Padre en la mañana, el momento es afortunado. Imagínate cómo será decirle que has asistido a no uno, sino dos bailes en el espacio de una semana.”

Cerré las cortinas del lado donde estaba Diana, luego salí de la cama por el lado opuesto y tomé la ropa que uno de los lacayos había dispuesto. “Quizás no deberías mencionar el primero. Dudo que el Almirante esté encantado al descubrir que rompí un jarrón borracho.” Me quité la camisa con la que había dormido y la lancé a la silla más cercana, luego me puse los calzones. “Por cierto, ¿ha visto la factura de la Sra. Lawrenson?” Ella había prometido enviarla de inmediato, pero aún no la había recibido.

“La he visto,” respondió ella. “Y la he pagado.”

“¿Qué?” Me puse una camisa nueva y salí del resguardo de la cama, mirándola.

“No te preocupes. Ella cree que vino de ti, así que no hay daño hecho.”

“¿No hay daño hecho? Esa era una deuda de honor.” Fruncí el ceño y me puse los tirantes de mis calzones sobre los hombros. “Y prometiste a Russell que no pagarías mis deudas. Se lo

devolveré.”

“No seas ridículo, Val. Fue Rebecca quien rompió el jarrón, y como está bajo mi cuidado, el Duque esperaría que yo lo pagara. Ahora, por favor, dejemos de hablar de eso, porque estoy cansada hasta la muerte de ese ridículo jarrón. En cuanto a los planes para esta noche, cenaremos aquí a las siete y media y saldremos a las nueve.”

Estaba demasiado aliviado para hacer más alboroto sobre el baile o el jarrón, ya que no tenía idea de cómo conseguir quince guineas. Incluso había visitado a un prestamista en Brighton, solo para ser completamente humillado cuando rechazó mi solicitud. No sabía si mi reputación me precedía o si el Almirante y mis acreedores habían advertido a la gente sobre mí.

***

Diana y Miss Russell ya habían comenzado a comer cuando entré en el comedor a las siete y cuarenta y cinco. Me detuve un momento en el umbral mientras mis ojos se posaron en Miss Russell. El vestido verde salvia que llevaba parecía haber sido teñido para resaltar el color de sus ojos, y su cabello estaba elegantemente recogido en la corona de su cabeza, con dos cintas de crema rodeando el peinado.

Ella me sonrió. “Qué bien se ve.”

Entré en la sala y miré a mi hermana, que estaba atravesando judías verdes con su tenedor en lugar de mirarme. Esperaba que ella me librara de la necesidad de responder interviniendo, pero no lo hizo.

“Gracias,” dije un poco rígido. “Usted se ve...”

Miss Russell levantó una mano para detenerme. “Oh, no necesita felicitarme ahora. Prefiero que lo haga en el baile.”

Diana *sí* levantó la vista al escuchar eso, con una sonrisa divertida mientras comía. “Muy sabio.”

Estaba extrañamente nervioso mientras nos dirigíamos al baile una hora después. Hasta ahora, mis tratos con Miss Russell habían sido tales que podían ser vistos por la sociedad como ligeras aberraciones de mi comportamiento habitual. Pero esta noche estaba destinada a cambiar eso. Como había dicho Diana, dos bailes en el transcurso de una semana eran inauditos para mí, y no pasaría desapercibido.

¿Creerían las personas que estaba cambiando? Y, si es así, ¿comenzarían a esperar cosas de mí? Eso era lo que más me inquietaba. Era mucho menos doloroso confirmar las malas opiniones de las personas que decepcionarlas.

El baile se celebraba en el jardín trasero de Peckley House, y escolté a Diana y a Miss Russell por el camino que rodeaba el lado de la casa hacia la parte trasera.

Parecía que no se había escatimado en gastos para la ocasión. Se había construido un suelo de baile provisional y rodeado en tres lados con postes de madera. Guirnaldas verdes se colgaban entre ellos, mientras que lámparas de aceite ornamentadas descansaban en la cima, iluminando la escena. Una pequeña orquesta tocaba desde su posición en la terraza de piedra. Lacayos con bandejas de plata estaban dispersos, listos para refrescar a los invitados con comida y bebida. Más allá del suelo de baile, un camino conducía a los jardines cuidados, que estaban rodeados de setos lo suficientemente bajos como para que se pudieran ver algunos bancos de piedra en varios puntos. Lámparas de aceite iluminaban los caminos, eliminando cualquier pensamiento de que alguien pudiera tener un encuentro clandestino en la oscuridad.

“Qué glorioso,” dijo Miss Russell en un susurro. Sonrió y se acercó un poco más a mí. “Y no hay ni un jarrón a la vista, así que puede descansar tranquilo. Aunque no me sorprendería si derribo una de esas encantadoras lámparas.”

Su cortesía me relajó un poco y me recordó que no era el único nervioso por esta noche. Miss Russell querría causar la mejor impresión posible después de la última fiesta, y confiaba en mí para asegurar que eso ocurriera. También debía felicitar su apariencia en algún momento de la noche, ostensiblemente de una manera que permitiera a otros escuchar.

¿Qué *había* estado pensando al aceptar esto? No podía recordar la última vez que había ofrecido un cumplido a alguien. Provocar un duelo era una solicitud mucho más natural.

Ya había una serie de miradas fijas en nosotros. Las ignoré, recordándome a mí mismo lo que estaba haciendo allí—salvarme de la prisión por deudas y ayudar a Miss Russell.

La orquesta comenzó el preludio de un reel, y las parejas empezaron a reunirse en la pista de baile.

"Todavía no me ha pedido bailar, Mr. Donovan," dijo Miss Russell.

"Difícilmente podría haberlo hecho dado que recién acabamos de llegar. Además, no soy un bailarín."

"Es un muy buen bailarín," dijo Diana. "Simplemente elige no hacerlo para ser desagradecido. Hasta esta noche." Me sonrió, su significado claro. Esto era parte de lo que se esperaba de mí, y no aceptaría un no por respuesta, particularmente si deseaba que ella enviara un buen informe al Almirante por la mañana.

La factura de Waudby sentada en mi dormitorio vino a mi mente. Aprieto los dientes por un momento, maldiciendo la situación que me negaba lo que más valoro en la vida: ignorar los deseos de los demás en favor de lo que me conviene.

Tragándome el orgullo con la misma facilidad con que podía tragar un atizador, extendí mi mano, con la mandíbula aún apretada. "¿Le gustaría bailar, Miss Russell?"

Ella sonrió ampliamente, como si el tono poco entusiasta no le molestara en absoluto. Colocando su mano enguantada sobre la mía, hizo una pequeña reverencia. "Me gustaría sobre todas las cosas."

Guie el camino hacia la pista de baile, y tomamos nuestros lugares entre el conjunto. Mi corazón latía con fuerza y mi pecho estaba tenso de una manera que no había experimentado en años. Miss Russell, por otro lado, alternaba entre mirarme con anticipación y mirar alegremente a las parejas del conjunto. No podría haber parecido más complacida de estar allí.

Comenzaron las figuras del baile, y me alegré de sentir que a pesar de no haber bailado mucho en los últimos dos años, la memoria era lo suficientemente fuerte para asistirme.

"No le gustó mi lista," dijo Miss Russell mientras nos reuníamos, "pero nunca me dijo qué cosas *usted* recomendaría para convencer a la gente de que está cayendo víctima de mis múltiples encantos." Su sonrisa me guiñó, como si la idea fuera una tontería. Y lo era para mí, pero podía ver cuán fácilmente otro hombre podría hacer tal cosa, pues Miss Russell estaba llena de un encanto vivaz y natural. Era una rareza en un lugar como este.

Había rechazado su lista de ideas, pero, de hecho, no tenía alternativas que ofrecer. No estaba en la práctica de hacer o decir cosas para seducir a mujeres respetables. En mis tratos con el sexo opuesto, había ganado una reputación por ser frío y distante. Había algunas mujeres de moral más suelta que no les gustaba eso y preferían que los hombres las colmaran con cumplidos vacíos y palabras susurradas de amor. Nunca había sido capaz de hacer tales cosas, pues me parecían huecas, y siempre había tenido miedo de llevar a cualquiera de esas mujeres a pensar que sentía más por ellas de lo que realmente sentía—o quizás igualmente temeroso de comenzar a sentir realmente tales cosas por *ellas*. Necesitaba una conexión que fuera tan fácilmente rota como un hilo de la telaraña.

"Quizás podamos hablar de eso más tarde," dije.

“Muy bien,” dijo ella. “Disfrutemos de este baile, entonces.”

Miss Russell no era una bailarina perfecta de ninguna manera. De hecho, cometió más de algunos errores, pero como solo se reía y mantenía un nivel impresionante de alegría a pesar de ello, me encontré disfrutando la experiencia en un grado sorprendente. Incluso me reí una vez, una distracción que lamenté cuando vi los ojos muy abiertos de los espectadores. Podría haber anunciado mi intención de convertirme en monje.

“No necesitamos bailar el segundo,” dijo Miss Russell un poco jadeante al finalizar el reel.

Enderecé mi abrigo mientras trataba de recuperar el aliento. “Le pedí que bailara para el set.”

“Sí, pero es lo más justo que bailemos uno de los bailes y luego hagamos algo que disfrute durante el segundo. Vamos.”

No argumenté más, pues estaba demasiado aliviado. No me disgustaba bailar, pero sí me desagradaba ser observado mientras lo hacía.

“¿Qué desea hacer, entonces, con el tiempo que le queda, Sr. Donovan?” La señorita Russell envolvió su brazo en el mío de una manera tan familiar como sin artificios.

“¿Cuántas opciones tenemos realmente?”

Se encogió de hombros. “Podríamos tomar refrigerios, por supuesto, aunque creo que están sirviendo ratafía, que usted detesta. Podríamos observar los bailes, pero preferiría no hacer eso, si no le importa, porque creo que la gente podría suponer que no podría traerse a sí mismo a bailar conmigo si simplemente estuviéramos de espectadores.”

“Tranquila, señorita Russell. No tengo deseo de ser un espectador.”

“Podríamos pasear por los jardines—¡oh! Quizás eso es lo que deberíamos hacer. Nos daría la oportunidad de observar a otras parejas y encontrar algunas ideas para reemplazar las que estaban en mi lista y de las cuales usted no estaba de acuerdo.”

Casi dije que no, pero estaba lo suficientemente ansioso por distanciarme de las miradas curiosas de aquellos que habían observado mi momentáneo lapso en la austeridad, y nunca podría decir no a tener menos gente cerca. Además, sabía lo que un poco de curiosidad sobre lo que hacían las parejas en el jardín podría enseñarnos. Quizás la lista de la señorita Russell no estaba tan equivocada como pensaba.

Informamos a Diana de nuestras intenciones, y su reacción fría me hizo fruncir el ceño hacia ella por un momento. Era casi como si estuviéramos haciendo precisamente lo que ella deseaba que hiciéramos y estaba tratando de no traicionarnos. O quizás simplemente era demasiado sospechosa.

Adquirí un vaso de ratafía para la señorita Russell de uno de los sirvientes mientras nos dirigíamos hacia los setos bajos. Ella no me había visto tomarlo, así que cuando se lo entregué, miró de él a mí con sorpresa. “Qué considerado de su parte.”

Mis entrañas se revolvieron un poco. Ella era rápida para alabarme por atributos que no poseía. Había sido bastante fácil tomar la bebida de la bandeja que pasaba.

Ella bebió contenta, mirando alrededor de nosotros, incluyendo arriba. “Se pueden ver algunas estrellas,” dijo con una sonrisa.

Miré hacia un cielo de azul profundo, con algunas nubes grises dispersas y una pizca de estrellas. La vista de los pequeños puntos de luz despertó algo en mí. Nostalgia, quizás. A menudo miraba el océano como guardiamarina, pensando en lo pequeño que era en una vasta extensión de aguas profundas. Pero el cielo nocturno era aún más vasto, sus alturas menos exploradas, menos comprendidas incluso que las profundidades del mar.

“¿En qué piensa?” preguntó la señorita Russell de manera franca.

Sacudí la cabeza y volví la mirada hacia la tierra. “Solo que no he mirado las estrellas en un tiempo.”

En medio de los jardines llegamos a una pequeña fuente que gorgoteaba, y la señorita Russell se sentó en el borde de piedra, levantando su mirada hacia el cielo. “Me gusta mirarlas a menudo—siempre que las nubes lo permitan, al menos. Las encuentro... reconfortantes.”

Fruncí el ceño. Nunca había pensado en usar tal palabra para describir las estrellas. “¿Por qué?” Si ella podía hacer preguntas francas, yo también podía. Vacilé un momento, luego me senté a su lado.

“Mis propios problemas no parecen tan grandes cuando las veo. Me recuerdan que hay luz en los cielos más oscuros, incluso cuando están enmascarados por las nubes.” Me miró. “¿No las encuentra reconfortantes?”

Miré hacia arriba, fijando la Estrella Polar y tratando de decidir cómo me sentía acerca de ella y sus compañeras.

“Debe haberlas visto a menudo como marinero.”

“Sí. No puede evitarlas en un barco, pues lo rodean. Por la noche, son lo único que delinea un horizonte en absoluto. De lo contrario, el mundo a alrededor es simplemente una vasta extensión de negro tinta. Las fuentes de luz son difíciles de encontrar en un barco, así que ver un manto de estrellas que se extiende de horizonte a horizonte es…”

“Sobrecogedor.” Sus ojos estaban en los míos, pero estaba claro que intentaba imaginar lo que le contaba. Si alguien pudiera apreciar tal vista, sería la señorita Russell.

“No creo que alguna vez me acostumbre a ello,” dije. “En noches sin nubes, siempre estaba maravillado.” Lo que ella había dicho sobre las estrellas siendo reconfortantes... Lo había *sentido*. No importaba cuánto me había humillado el Almirante frente a los otros marineros, no importaba cuán miserable había sido el día, me sentía un poco menos enojado, un poco menos abrumado bajo las estrellas.

Un pequeño salpicón de agua sonó, y bajé la mirada. La señorita Russell tenía la mano en el agua de la fuente.

“¿Qué está haciendo?” ¿Había dejado caer algo?

Ella sacó la mano y la sacudió suavemente. “Quería saber si estaba tibia.”

La miré con diversión. Nunca se me hubiera ocurrido hacer tal cosa.

“Es una pena solo *ver* las cosas cuando pueden olerse, tocarse, escucharse o saborearse.”

Alcé las cejas. “¿Tiene intención de probar el agua, entonces? ¿U olerla?”

Ella rió, pero la llegada de una pareja cercana desvió su atención. Inclinó la cabeza hacia un lado mientras los observaba, sus ojos se entrecerraron ligeramente.

“No creo que estén enamorados,” dijo. Seguí su mirada hacia el hombre y la mujer que caminaban. Había tanta distancia entre ellos como el camino entre los setos permitía.

“No,” dije. “Creo que tiene razón.”

“Él es tan rígido.” Se volvió hacia mí, considerándome por un momento. “Me recuerda un poco a usted.”

Mis cejas se contrajeron. “No soy rígido.”

“¿No lo es? Entonces, ¿cómo llama a esto?” Se levantó y con un movimiento teatralmente rígido, extendió un brazo doblado lo más lejos posible de su cuerpo, como si yo fuera una mujer y ella me estuviera ofreciendo el brazo.

“Eso no es lo que hice,” me quejé.

“Oh, pero sí lo es.”

“Perdóneme por no ofrecerle el brazo de la manera adecuada. No sabía que había una.”

“Bueno, no la hay... *si* desea que todos piensen que no le agrada la persona a la que está escoltando a la pista de baile, lo cual es completamente opuesto a lo que estamos tratando de transmitir.”

“Si le desagradara tanto, podría haber dicho algo entonces.”

“No quise molestarlo o decir algo no bienvenido.”

“¿Y cuándo eso le ha detenido alguna vez?” Cerré la boca, esperando que su expresión cambiara al darme cuenta de lo hiriente que había sido lo que había dicho.

Pero ella simplemente mordió su labio, su sonrisa aún visible. “Muy cierto. ¿Le desagrada mucho eso?”

“Extrañamente, no.” Solté un suspiro de alivio, pues no estaba seguro de qué habría hecho si hubiera herido sus sentimientos. Solo el pensamiento me hacía sentir incómodo. “En cualquier caso, lamento decepcionarla con la forma de mi brazo.”

“No es solo la forma.” Dejó su bebida en el borde de la fuente. “Vamos. Le mostraré la manera correcta.”

Me quedé donde estaba, lanzándole una mirada destinada a comunicar lo que pensaba sobre tal idea.

“Qué gruñón es usted.” Me tomó de la mano, y me levanté a regañadientes. Ella puso una mano en mi antebrazo y la otra en mi brazo superior, obligando a mi codo a doblarse. “Un hombre que está ansioso por estar cerca de la mujer que está escoltando ofrecerá un brazo” puso mi brazo doblado de manera que estuviera extendido en invitación “y luego, una vez que haya sido aceptado” puso su mano suavemente sobre la mía “lo atraerá de nuevo cerca de su cuerpo, así, trayendo a la joven más cerca de él.”

La miré a su lado, a regañadientes divertido.

“Sí, ya tiene la forma correcta. Y si realmente desea ser convincente, debería mirarme frecuentemente, como si no pudiera evitarlo.” Su boca se torció hacia un lado mientras me miraba. “Idealmente, debería mirar con anhelo en lugar de estar a punto de reírse de mí.”

De hecho, me reí. “Sin duda, me vería tan conmovido por la mera vista de usted, que me llevaría a las lágrimas.”

Sus labios se torcieron en una expresión pensativa. “Creo que eso sería un poco excesivo. Y conociéndolo, la gente podría inclinase a pensar que llora de aburrimiento en lugar de inspiración.”

Que realmente hubiera considerado mi sugerencia en broma me hizo sacudir la cabeza con diversión. “¿Cómo ha adquirido tal sabiduría cuando ha pasado su vida rodeada de gente con un pie en la tumba?”

“Es de sentido común,” dijo ella de manera directa. “Otra forma de ser convincente sería un apretón de mano encubierto.”

“¿Lo suficientemente encubierto para parecer secreto pero lo suficientemente obvio para que otros lo vean?”

Ella sonrió ampliamente. “¿Ve? ¡*Entiende*! Y yo pensé que se suponía que usted era el experto en el amor.”

“No es el amor lo que caracteriza a los libertinos, señorita Russell.”

“Ah, sí. Lo había olvidado.”

Reí suavemente. Ella había olvidado que era un libertino. Nadie *olvidaba* que era un libertino. Era central a lo que la mayoría de la gente sabía de mí—eso y que era un bastardo.

Ella frunció el ceño y tomó un sorbo de su bebida. “¿Por qué es un libertino?”

Parpadeé. “¿Qué?”

“¿Por qué es un libertino?” Me miró, y su expresión se volvió repentinamente cautelosa. “¿No se supone que debo preguntar eso?”

“No sé sobre lo que se *supone*, solo que generalmente la gente no lo pregunta.”

“¿Por qué no? Todos tienen razones para hacer lo que hacen. Me gustaría saber las suyas.”

El agua en la fuente que corría detrás de nosotros y las notas de música orquestal atenuada llenaban el silencio. Nadie había preguntado nunca por qué era un libertino.

Ella seguía mirándome, esperando una respuesta.

Me encogí de hombros, sin saber qué decir.

“Debe encontrar alegría en ser un libertino,” dijo ella, “de lo contrario, no lo haría.”

Consideré sus palabras. ¿Encontraba alegría en ser un libertino? Muy poca. “Alegría, no.”

Ella frunció el ceño. “Entonces, ¿por qué hacerlo? ¿Por qué hacer o ser algo que no lo hace feliz?”

Aparté la mirada de la suya. A veces, la certeza y la familiaridad de la infelicidad eran más fáciles que los riesgos de buscar la felicidad.

El capitán Yates apareció de entre el seto más cercano, acompañado por un hombre llamado Mattock. No sabía mucho de él, pero por el estilo de vestir tan refinado que había adoptado, estaba seguro de que no me caería bien. Su cuello estaba tan almidonado que podría haber sido de mármol, y su cabello había sido peinado hacia adelante y enmantecado hasta el olvido, de modo que temía que se desmoronara si lo tocaba.

“Oh,” susurró la señorita Russell con urgencia hacia mí. “Ahora sería el momento perfecto para hacerme un cumplido.”

“¿Hacerle un cumplido?”

Ella deslizó su brazo en el mío nuevamente. “Sí. Algo sobre mis ojos. O mis zapatillas. Seguramente sabe cómo hacer un cumplido.”

Abrí la boca para protestar, pero era demasiado tarde.

“Allí estás, Donovan,” dijo Yates. “Tu hermana dijo que encontraríamos a los dos aquí. ¿No nos presentarás a tu encantadora acompañante?” Pude ver el interés en los ojos de Yates y la intensidad en los de Mattock mientras sus miradas se dirigían hacia la señorita Russell.

“No,” dije sin disculpas.

La señorita Russell soltó una pequeña risa. “El señor Donovan está decidido a acapararme esta noche. Me ha llenado la cabeza de cumplidos. El último fue particularmente halagador.” Me miró, parpadeando como si fuera inocente. “¿Cuál era de nuevo?”

Apreté los dientes, y mi mirada se dirigió a Yates, cuyos ceños estaban ambos levantados. Me miraba con una expectativa paciente—y un toque de diversión que me hizo desear darle un puñetazo en la cara.

La señorita Russell me dio un codazo.

“Sus ojos y sus zapatillas,” dije, con las fosas nasales dilatadas y la mandíbula tensa.

Hubo silencio, pero no hice ningún intento de llenarlo.

Mattock aclaró su garganta. “Sin duda algo sobre cómo es una visión, desde sus ojos hasta sus zapatillas. Aunque, si hubiera sido yo, ciertamente habría incluido su cabello en eso, porque dudo que haya visto algo tan encantador.”

Apreté más el brazo de la señorita Russell.

Mattock dio un paso hacia nosotros. “A riesgo de parecer atrevido… Soy Henry Mattock, señorita Russell, y me preguntaba si querría acompañarme al siguiente set.”

La señorita Russell sonrió ampliamente e intentó sacar su brazo del mío, tarea algo difícil debido a mis esfuerzos por impedirlo. Todavía estaba tratando de evaluar a Mattock y decidir

qué tipo de hombre era. La inocencia de la señorita Russell podría ser fácilmente aprovechada.

Ella me miró por un momento, como si no estuviera segura de sí estaba actuando o hablando en serio. Yates aclaró la garganta de manera significativa, y solté mi agarre.

Apartando sus ojos de mí, la señorita Russell me entregó su copa de ratafía y sonrió a Mr. Mattock. “Estaría encantada.”

Él le ofreció su brazo, y mientras ella lo tomaba, él lo acercó a su cuerpo. La mirada de la señorita Russell se desvió hacia mí, llena de significado. Levanté una ceja mientras una pizca de molestia se alojaba bajo mi piel.

Vi cómo los dos se alejaban hacia los setos iluminados por faroles y hacia la pista de baile. Yates se volvió hacia mí, dándome una mirada enigmática. “¿Desde cuándo bailas un reel y paseas por los jardines, Donovan?”

Miré hacia abajo a la copa de ratafía casi vacía en mi mano y bebí el resto, frunciendo el ceño por el sabor. “Probablemente desde el mismo momento en que empezaste a actuar como chaperón de Mattock. ¿Te vas a poner gorros para completar el papel?”

Él se rió. “Simplemente ocurrió que estaba preguntándole a tu hermana por ti al mismo tiempo que él estaba preguntando por la señorita Russell. Ella es una mujer muy atractiva, ¿no?”

“¿Tenías algo particular que decirme, Yates?” Comencé a caminar en dirección a la casa.

“Entonces, las cosas son más serias de lo que pensaba,” dijo él. “¿Estas celoso de Mattock?”

“Simplemente me preguntaba cuándo piensas decirme por qué me buscaste. Si piensas pedirme que baile, la respuesta es no.”

Él aceleró el paso a mi lado. “Y sin embargo bailaste con la señorita Russell.”

“Tus habilidades de observación nunca dejan de asombrarme,” dije con sequedad. “¿Qué quieres, Yates?”

“¿No puede un hombre buscar a su amigo por compañía?”

“Desde luego.” Escuché el sonido de la risa de la señorita Russell y miré hacia la pista de baile donde ella saltaba alegremente. Aparté la mirada y tomé una tartaleta de la bandeja del criado más cercano. “Pero si él es tan molesto como tú estás siendo, no puede esperar que la compañía persista.”

“Bueno, ¿no eres encantador? Vine a preguntarte si quisieras acompañarme al club, pero me arrepiento de mi intención.”

Me detuve, girándome hacia él. No deseaba particularmente pasar el resto de la noche viendo a la señorita Russell bailar. Había hecho lo que vine a hacer; había cumplido con mi deber. “Sí.”

“¿Sí qué?”

“Iré contigo.”

“Un demonio que lo harás. No si vas a ser desagradable.”

Respiré hondo. “No lo seré.”

Yates me miró con una ceja levantada de escepticismo.

“Está bien,” concedí. “No más desagradable de lo habitual.”

Él sonrió y me dio una palmadita en el hombro. “Buen hombre.”

# Capítulo 12

REBECCA

Sintiendo que era una victoria, acepté de inmediato la invitación para bailar con el señor Mattock, ya que nos habían presentado en el último baile, pero él no me había pedido que bailara en ese entonces. Era un buen bailarín, aunque parecía estar más enfocado en lo que pensaban los espectadores de su baile que en mantener una conversación conmigo.

A pesar de eso, lo disfruté mucho, aunque prefería el baile más serio del señor Donovan, ya que al menos él había hablado conmigo durante toda la tanda. También había sido confiable en esos momentos en los que me había equivocado en las figuras, siempre dispuesto a ayudarme. Al final de la tanda, el señor Mattock me dejó bajo el cuidado de Diana y se dirigió de inmediato a la joven más cercana para pedirle el próximo baile.

"Está decidido a bailar cada tanda," explicó Diana, siguiendo mi mirada.

"Sí, puedo verlo," dije. Era un poco menos halagador haber sido invitada a bailar por el señor Mattock ahora que había experimentado lo que significaba y sabía que todas las jóvenes a su alrededor también lo serían.

"Sin embargo, se *tomó* la molestia de buscarte," dijo Diana, observándome.

Respiré hondo y le sonreí. "Me alegra, porque bailar no puede evitar hacerme feliz."

Mi mente volvió a la conversación que había tenido con el señor Donovan. Busqué a mi alrededor cualquier señal de él. ¿Había sido descortés de mi parte irme cuando estábamos discutiendo algo tan importante como la felicidad? Tenía la ambición de comprender mejor al señor Donovan, y parecía que había estado un poco más cerca de lograrlo antes de que apareciera el señor Mattock.

Del brazo, las hermanas Bradley se acercaron, interrumpiendo mi búsqueda. Era difícil ver a alguien entre las hordas de asistentes, especialmente si tenían la intención de evitar a la multitud, lo cual podía imaginar que era cierto en el caso del señor Donovan.

"Señorita Russell," dijo la señorita Bradley. "Esperábamos encontrarla aquí esta noche. ¿Ha tomado algo de refresco ya?"

"Un poco." Mi ceño se frunció levemente. Había dejado al señor Donovan con mi copa de ratafía. Ni siquiera había pensado antes de forzarle la copa, y sentí una punzada de culpa por ello, esperando que no lo hubiera sentido como un desaire. En retrospectiva, habría preferido quedarme con él en el jardín en lugar de bailar con el señor Mattock.

"Vamos, entonces." La señorita Maria me ofreció su brazo. "Uno de los lacayos lleva una bandeja con unos caramelos de mantequilla muy buenos."

Miré a Diana, quien me dio un asentimiento sonriente, y acepté su propuesta. Me halagaba que desearan mi presencia aquí, y estaba ansiosa por solidificar mi amistad con ellas.

Una vez que encontramos al lacayo en cuestión—y a algunos otros—Maria expresó su deseo de beber algo, con la mirada fija en el lacayo que llevaba una bandeja de copas.

Los labios de la señorita Bradley mayor se torcieron con desagrado. "Creo que solo queda ratafía."

La señorita Maria suspiró.

Yo había pensado en tomar una copa de la bandeja que se acercaba, pero me detuve. Parecía

que era la única persona a la que le gustaba la ratafía—yo y las personas que organizaban este tipo de fiestas, ya que parecía ser ofrecida con frecuencia.

Nos dirigimos a uno de los bancos de hierro forjado que estaban bajo las hebras delicadas de un sauce llorón.

"Ahora," dijo la señorita Maria, "debe contarnos todo, señorita Russell. Pensé que dijo que el señor Donovan *no* era un pretendiente suyo, y sin embargo lo vemos no solo llevándola a dar un paseo, sino también *bailando* con usted, nada menos."

"Sí," dijo la señorita Bradley, "nunca antes había visto al señor Donovan bailar. Debo decir que solo aumenta su atractivo, porque es inesperadamente hábil."

Sentí una extraña sensación de posesividad recorrerme y la dejé de lado. "Sí, lo es, ¿verdad?"

"E incluso se rió. ¿Quién sabía que tenía una sonrisa tan encantadora? ¡Me hizo palpitar el corazón solo con verlo! ¿Cómo lo persuadió para que bailara?"

La señorita María lanzó un codazo al costado de su hermana. "Grace," la reprendió. "No es civilizado asumir que ella tuvo que *persuadirlo*. Estoy segura de que le pidió bailar porque no pudo resistirse al verla tan hermosa esta noche."

Logré una sonrisa incómoda, recordando cómo Diana prácticamente había requerido que su hermano me pidiera el baile.

"No quise ser descortés." La señorita Bradley ajustó el pulgar de su guante. "Fue solo una sorpresa verlo bailar—y luego verlo acompañarla a los jardines." Levantó una ceja hacia mí.

"De hecho," dijo la señorita María con significancia. "Puedo decirle que no solo nuestros ojos estaban puestos en ustedes dos. ¿No le dijimos que reclamar a Valentine Donovan como pretendiente sería una victoria?"

"Lo hicieron," dije, con la voz un poco débil. No era realmente mi *pretendiente*. No de verdad. Pero todo el propósito de esto era hacer que la gente pensara que lo era, así que no podía seguir mi impulso de confesarles la verdad.

También era agradable ser admirada. No podía negarlo. Y todos mis anhelos de tener una hermana parecían un poco menos desesperanzados con las hermanas Bradley buscándome como lo habían hecho esta noche, invitándome a compartir refrescos juntas.

"Me pregunto si la buscará para una segunda tanda," dijo la señorita María.

"Lo dudo mucho," dijo la señorita Bradley. "Eso sería algo, sin duda."

"Hubo alguna conversación sobre una segunda tanda," dije. Eso era un poco exagerado, en realidad. Fui yo quien mencionó una segunda tanda, y nunca fue una sugerencia seria. Tal vez con el tiempo, el señor Donovan llegaría a disgustarle menos el baile, pero hasta entonces, un baile de una tanda tendría que bastar.

La señorita Maria y su hermana intercambiaron miradas impresionadas. "¿Una segunda tanda? Entonces no deberíamos estar ocultándola aquí bajo este sauce. ¿Qué tal si él la ha estado buscando y no puedo encontrarla? La acompañaremos hasta él y nos disculparemos por haberla mantenido fuera de vista." Se levantó, y yo la seguí, con el estómago retorcido al pensar en lo que haría el señor Donovan cuando nos acercáramos a él con la expectativa de bailar una segunda tanda. No sabía si temblar en mis zapatillas o reírme ante la inevitable reacción que tendría.

Nos dirigimos de regreso a la multitud que rodeaba la pista de baile, y desearía haber tomado la copa de ratafía después de todo, ya que sentía la garganta seca y las manos sudorosas bajo los guantes. Conocía al señor Donovan lo suficiente como para saber que no me humillaría rechazando bailar una segunda tanda juntos, pero ciertamente estaría obligada a disculparme

profusamente con él más tarde, y hacer algo más para repararlo.

Pero el señor Donovan no estaba a la vista. Tal vez estaba escondido bajo otro sauce. Cuando vimos a Diana, la señorita Bradley sugirió que le preguntáramos si lo había visto en algún lugar.

"Oh," respondió Diana, con una disculpa en los ojos. "Me temo que lo vi irse con el capitán Yates hace un rato."

Mi estómago se contrajo, y sentí las miradas de las hermanas Bradley volverse hacia mí.

Solté una pequeña risa. "Oh, sí. Es cierto. Me había advertido que, si venía el capitán, no podríamos bailar la segunda tanda."

Diana me miró intensamente. Ella vio a través de mi excusa, y yo lo sabía, pero sonrió después de un momento. "Sí, de acuerdo, no hay duda de que estará ansioso por esa segunda tanda la próxima vez. Mientras tanto, hay alguien a quien me gustaría presentarle..."

Le permití que me guiara hasta el caballero en cuestión, e hice lo mejor que pude para ser amable y cortés y hacer conversación con él. Pero mi mente estaba en otra parte. El señor Donovan se había ido, y lo había hecho sin decirme nada. No era fuera de lo común, por supuesto; nunca había deseado asistir a este baile.

Y, sin embargo, me dolía un poco, de todos modos.

# Capítulo 13

VALENTINE

El Club de Brighton no estaba lejos del baile al aire libre, lo que significaba que Yates y yo solo necesitábamos diez minutos para caminar hasta allí juntos. Había pasado mucho tiempo en ese lugar en el pasado, antes de que el río de mis finanzas se secara, pero sentí un cosquilleo de nervios al acercarnos a los escalones de entrada. ¿Sería lo suficientemente fuerte como para resistir las tentaciones que allí se encontraban? Si me importaba mi futuro, necesitaría serlo. El breve tiempo que iba a permanecer, esperaba, me ayudaría en esa determinación. Necesitaba regresar al baile a tiempo para acompañar a Diana y a la señorita Russell a casa.

"Todos estarán encantados de verte", dijo Yates mientras el portero uniformado abría la puerta azul con un gran llamador de bronce.

"¿Realmente?", dije secamente. Había perdido mucho dinero en las mesas de juego allí, la mayoría de las veces frente a Colin Sutcliffe. El pensar en él me hizo apretar los dientes.

La decoración dentro del Club de Brighton era lo que uno esperaría de un dominio masculino, con los tonos oscuros y ricos de caoba, oro y azul profundo predominando en todo el lugar. Se sentía familiar y, sin embargo, simultáneamente extraño, ahora que entraba sin intención de jugar. Pasamos a la sala principal, que estaba dispuesta con un aparador lleno de dulces, empanadas saladas y bebidas. Había principalmente hombres allí, pero una o dos mujeres estaban presentes, aunque no del tipo que presentaría a la señorita Russell. Había algunas caras nuevas en la sala que no reconocía, prueba del tiempo que había estado ausente, meses, de hecho. Dudaba que a Diana le encantara saber que estaba aquí, y mucho menos que había dejado el baile sin informarle.

La culpa me molestaba, y apreté los dientes. No era una emoción a la que permitiera alojarse en mí. Era demasiado peligrosa. La culpa provocaba cambios, y yo no deseaba cambiar. Deseaba que el Almirante *creyera* que había cambiado, solo para que se encontrara repentinamente despojado de control sobre mí.

Afortunadamente, había descubierto que cuanto más ignoraba la culpa, menos la sentía.

"¡Donovan!" El señor Duffy, que estaba observando un juego de cartas, dejó su lugar para venir a saludarme. "Te habíamos dado por muerto, o peor".

"¿Peor?", estreché su mano.

Me miró significativamente. "Nos preguntábamos si habías decidido ir a ese nuevo club que Gilby está tratando de fundar".

"Eres ofensivo", respondí mientras me daba una palmada en la espalda. "La verdad es mucho menos controvertida. Simplemente he estado acabado". Mi mirada recorrió la sala, deteniéndose por un momento en Lord Newham, que estaba sentado en una silla de respaldo alto al otro lado de la sala, con una mano sobre su bastón.

Me estaba mirando, y sostuve su mirada, curioso y cauteloso. Las palabras de la señorita Russell sobre lo afortunado que era al tener dos padres se repetían en mi mente. Cómo sabía que este hombre era mi verdadero padre, no podía decirlo con precisión; era simplemente algo que sentía de manera innata. Nunca había dicho a nadie de mi sospecha, sin embargo. No era asunto de nadie, y ¿qué diferencia hacía?

“Te refugiaste en casa de tu padre, ¿verdad?”, preguntó Duffy con conocimiento de causa.

“Llámalo el Almirante”, dijo Yates, “o Donovan no sabrá de quién estás hablando”.

Mis ojos permanecieron fijos en Lord Newham, observando cualquier indicio de sus pensamientos sobre la conversación.

“Todos tenemos nuestras propias teorías sobre quién realmente merece ese epíteto”, bromeó uno de los otros caballeros. “Mi dinero está en el viejo Clarkson”.

Mi ritmo cardíaco se aceleró mientras estallaba la risa. Lord Newham sostuvo mi mirada por un momento, luego se levantó y, apoyándose pesadamente en su bastón, salió de la sala.

No sabía qué hacer con eso.

“Vamos, Donovan”, dijo Duffy. “Ha pasado demasiado tiempo desde que jugamos. Creo que encontrarás que mi habilidad ahora es igual a la tuya. O tal vez mayor”.

“Puede jugar contigo después de jugar conmigo”. Colin Sutcliffe había salido por la puerta trasera por la que acababa de desaparecer Lord Newham.

Nuestras miradas se encontraron, y mi labio se torció en una mueca de desprecio al ver un rostro que había llegado a conocer mejor de lo que jamás hubiera deseado: el cabello rubio en perfecto desorden, los ojos azul perezosos, la expresión siempre autosatisfecha. Yo podría ser un libertino, pero era uno irritable, lo que significaba que había muchas mujeres que no me querían. Pero Sutcliffe… él era todo encanto, con mucho dinero también. Era una combinación mortal.

No me había ido bien la última vez que jugué a las cartas con Sutcliffe, y no deseaba nada más que enmendar el final de esa historia. Arriesgar dinero en las cartas me había hecho sentir vivo de una manera en que nada más lo había hecho desde la muerte de mi madre. Pero pagar mis deudas con él me había privado de los últimos restos de capital que tenía. No tenía nada que apostar, excepto la probabilidad de terminar en la cárcel de deudores. No era la insistencia del Almirante en que me abstuviera de jugar lo que me impedía apostar mi reloj de bolsillo; era mi promesa a Diana y a la señorita Russell.

“No esta noche”, dije. “Estoy aquí solo para observar, y escapar de un baile”.

“Eso es una lástima”, dijo Sutcliffe. “He echado tanto de menos nuestros… *animados* juegos, Donovan”.

Quería borrar la sonrisa burlona de sus labios de un golpe, y ganar todo mi dinero de vuelta de él. Pero esta noche no era la noche para eso, así que simplemente me di la vuelta y me situé donde pudiera ver a Yates jugar.

Cuando jugaba a las cartas, el tiempo pasaba en grandes bloques. Esta noche, pasaba lentamente. No sabía si eso se debía a que solo estaba observando o porque sabía que debería haber estado en el baile, pero la culpa de esta noche era como una mosca molesta, apenas la espantada que regresaba, exigiendo mi atención. La imagen de la señorita Russell bailando con el señor Mattock continuaba presentándose en mi mente, pero seguramente eso era prueba de por qué *no debía* sentirme culpable. Ella estaba ocupada y bien entretenida, mientras que yo me había estado sintiendo sofocado por todas las miradas sobre mí. Si el objetivo era ayudar a atraer otros pretendientes para ella, no podía quedarme con ella todo el tiempo.

Levanté la vista y mis ojos se fijaron en la mujer que entraba por la puerta. La última vez que había visto a Nellie White había sido hace meses, cuando habíamos disfrutado de una asociación prolongada. Estaba tan hermosa como siempre, con su rico cabello rubio recogido en lo alto de su cabeza, sus labios y mejillas acentuados con rouge. Sin embargo, la ostentación de su atuendo restaba algo de belleza. En mi ausencia de Brighton, parecía que había encontrado la compañía de otro caballero, uno lo suficientemente generoso como para proporcionarle los rubíes que colgaban de su cuello.

Su mirada se fijó en mí, sus ojos se iluminaron con curiosidad. Se acercó, moviendo las caderas bajo las telas transparentes de su vestido carmesí y negro.

"Valentine", dijo al acercarse. "No puedo decidir si besarte o abofetearte". Sus palabras eran juguetonas, pero había un trasfondo de resentimiento en ellas. Había dejado Brighton sin decir nada en mi última visita, ansioso por evitar a mis acreedores. Aparentemente, a ella no le había gustado eso.

Se acercó, rodeando mi cintura con un brazo y acercando su rostro al mío. Aparté la cabeza, y ella se detuvo.

Yates levantó la vista, su mirada cambiando entre nosotros mientras yo le quitaba suavemente el brazo de encima. No podía permitirme, y no solo literalmente, involucrarme con Nellie en ese momento. Ni con ninguna otra mujer, para el caso.

"Ha pasado mucho desde la última vez que viste a Donovan, Nellie", dijo Yates. "Ha conocido a alguien. Una cosita cautivadora llamada señorita Russell".

Casi pateé a Yates. Era una posición incómoda, sintiéndome inclinado a negar lo que estaba diciendo, pero incapaz de hacerlo. Todo el propósito de lo que la señorita Russell y yo estábamos haciendo era por las apariencias, después de todo.

Nellie me miró, tratando de obligarme a encontrar su mirada.

"¿No juegas?", dijo el señor Duffy. "¿Rechazando a Nellie? ¿Tenemos a un libertino reformado entre nosotros, caballeros?"

Un coro de risas saludó esto, y Nellie sonrió, deslizándome unos suaves dedos por la mejilla. "Una vez un libertino…" Dejó la otra parte de la frase sin terminar, pero *siempre un libertino* resonó en mi mente como el toque de su mano. "Avísame cuando hayas abandonado el acto". Se dio la vuelta, aunque miró hacia atrás por encima del hombro. "Encuentro la reforma aburrida, y sería una lástima que Valentine Donovan me aburriera".

La observé alejarse, frunciendo el ceño mientras se dirigía hacia Sutcliffe.

"Una vez que te fuiste, encontró su lugar en el bolsillo de Sutcliffe", explicó Yates, como si la forma en que ella se sentaba en su regazo no fuera suficiente prueba de ello. Sutcliffe me miró, con el brillo de la victoria y el desafío mezclados en sus ojos.

"Ya veo", dije, apartando la mirada. Eso explicaba la finura de su atuendo.

"No necesitas hacer pucheros, Donovan," dijo el Sr. Duffy. "Todos sabemos que ella te prefiere a ti."

"Pero él prefiere a la Srta. Russell," añadió Yates, lanzándome una mirada burlona.

Ya había tenido suficiente de esos comentarios, y como continuaron durante el juego que estaba observando, me levanté para irme, esperando poder volver al baile sin que notaran mi ausencia.

"No puede soportar estar lejos de la infame Srta. Russell ni un momento más," bromeó Sutcliffe mientras me dirigía hacia la puerta. Las risas se extendieron por la sala, y, apretando los dientes, me fui.

Mi escape al Club Brighton no había sido el respiro que esperaba, y casi me arrepentí de haber dejado el baile. Al menos allí me habría librado de la burla de Sutcliffe o de los comentarios de Nellie.

Pasé sigilosamente junto a los lacayos en la entrada y tomé el camino alrededor de la casa, deteniéndome donde tenía una vista del salón de baile. Mis ojos buscaron en la escena cualquier señal de mi hermana o de la Srta. Russell. No eran fáciles de encontrar, y comencé a preguntarme si se habían ido sin mí. No las habría culpado.

Finalmente, mis ojos se posaron en las dos, juntas, sentadas en el área que rodeaba la pista

de baile improvisada. La Srta. Russell observaba el baile, pero la expresión que llevaba era la más sombría que había visto hasta ahora.

Diana me miró, encontrando mi mirada como si hubiera sentido mi regreso—o hubiera estado esperando por él. Solté una suave maldición. Sabía que me había ido, y se levantó de su asiento, excusándose ante la Srta. Russell.

Solté un suspiro, quedándome donde estaba para que no pensara que estaba intentando escapar. No podría haberlo hecho incluso si lo hubiera deseado, porque mantuvo su mirada fija en mí.

"¿Tuviste un interludio agradable?" preguntó. "Supongo que fuiste al club." Acercó la cabeza, oliéndome—supuse que para detectar alcohol.

Me alejé, pero pareció lo suficientemente satisfecha con su investigación. "No," respondí. "Y sí."

"Lo tienes está bien merecido," dijo. "¿No se te ocurrió decirme a mí o a Rebecca que te ibas?"

"No pensé que importara tanto." Mis ojos volvieron a la Srta. Russell. Sus manos estaban cruzadas en su regazo, su mirada fija en los bailarines, pero parecía tener una expresión distante en sus ojos, como si realmente no los estuviera viendo. "¿Por qué no está bailando la Srta. Russell?"

"Una pregunta perspicaz," respondió mi hermana. "Parece que una vez que te fuiste, también lo hicieron las invitaciones para bailar. Y luego, desde que descubrió tu partida, ha estado menos entusiasta en general."

La culpa volvió a surgir mientras la observaba. ¿Por qué le importaba a la Srta. Russell si yo estaba presente cuando había estado ocupada con otro compañero?

"¿Y no pudiste encontrarle otros compañeros?" dije con incredulidad. "Conoces a todas las personas aquí, Di."

"Rebecca no es una simplona, Val. Quiere que la inviten a bailar, no que le organicen los bailes. E incluso si no fuera así, me pidió específicamente que no lo hiciera, ya que se sentía un poco indispuesta." Apretó los labios para mostrarme lo que pensaba de esa excusa. "Intenté persuadirla de que nos fuéramos, pero estaba preocupada por cómo encontrarías tú el camino de regreso a casa." Su expresión me decía que pensaba que no merecía en absoluto la solicitud de la Srta. Russell.

No dije una palabra, dejando a Diana mientras me dirigía hacia la Srta. Russell. Silenciosamente, me senté junto a ella. Me miró con un poco de sorpresa en sus ojos.

"Oh," dijo. "Es usted."

"Soy yo," confirmé, sintiendo que mis entrañas se retorcían más que nunca ante la mezcla de emociones en su rostro. Era como si intentara parecer feliz por mi llegada, pero no pudiera ocultar del todo sus persistentes sentimientos de decepción.

Me hizo sentir como un miserable. "Lamento haberme ido. No… Pensé que estaba bien ocupada."

Sonrió y negó con la cabeza. "No necesita disculparse. Estoy segura de que tiene cien cosas que preferiría hacer antes que jugar a ser mi pretendiente." Soltó una risa que sonaba tan valiente como forzada.

Sentí la necesidad de verla reír genuinamente de nuevo, de devolverle la sonrisa a su rostro. "¿Bailamos?" Fue difícil pronunciar las palabras, pero lo logré. "Podemos deslizarnos en la segunda danza del set, ya que hay un poco de espacio al final."

Negó con la cabeza, una sonrisa triste en su rostro. "No, no le pediré eso. Me siento bastante

cansada. A menos que desee quedarse, preferiría regresar a casa.” Hizo el ademán de levantarse de su asiento, pero la tomé de la mano.

“Srta. Russell, no estoy acostumbrado a pedir disculpas, pero puedo ver que he arruinado su noche, y eso no era mi intención.”

“No lo ha hecho.” Su seriedad desapareció en una urgencia por corregirme. “Fui yo quien lo hizo.”

Fruncí el ceño.

Mordió el borde de su labio. “Fue egoísta y vano de mi parte, pero les dije a las Bradley que usted me había pedido bailar un segundo set, y ellos insistieron en venir conmigo para encontrarle. Pero…”

“Yo ya me había ido.”

Asintió, volviendo a colocar esa sonrisa poco convincente en mí. “A algún lugar más agradable, espero.”

“De ninguna manera.” Era un miserable, pues la había humillado frente a personas que deseaba impresionar. Por qué le importaba la opinión de Grace y Maria Bradley, no lo sabía, pero eso no cambiaba el hecho de que le importaba. Si tan solo le hubiera dicho que me iba, podría haberla ahorrado la vergüenza. Había sido cobarde al salir de esa manera.

“No es demasiado tarde para ese segundo baile,” dije. “Podemos esperar al siguiente y ubicarnos justo frente a las Bradley. Incluso intentaré sonreír la mayor parte del tiempo.”

“Espero que no sea la sonrisa del carruaje. Además, los Bradley se fueron hace diez minutos. Pero no tiene importancia.” Me miró a los ojos. “De verdad. Vámonos a casa. Creo que Diana también desea irse.”

Y así lo hicimos. Pero me prometí a mí mismo que de alguna manera compensaría a la Srta. Russell por esta noche, aunque solo fuera para escuchar de nuevo esa risa genuina.

# Capítulo 14

REBECCA

A pesar de lo que el señor Donovan parecía pensar, nunca había estado enojada con él por su desaparición. Simplemente había estado... triste. Pensé mucho en por qué mientras me quedaba dormida esa noche, y me di cuenta de que era porque había llegado a preocuparme por él, por lo que pensaba de mí. Consideraba al señor Donovan un amigo valioso. Las hermanas Bradley también eran amigas, pero mi amistad con ellas se sentía diferente. Tenía que ser más reservada frente a ellas para evitar hacer o decir algo que las hiciera reconsiderar nuestra relación.

En cualquier caso, la salida inadvertida del baile del señor Donovan se sentía como evidencia de que él no valoraba nuestra amistad de igual manera. Eso era mi culpa, pues había disfrutado tan pocas amistades que ahora disfrutaba en Brighton que estaba demasiado ansiosa por pensar más en lo que tenía de lo que merecía.

No ayudaba que mi personalidad fuera del tipo que abrazaba rápidamente a quienquiera que se cruzara en mi camino. No era particularmente hábil en contener mi entusiasmo por conversar con cualquier persona que tuviera esa inclinación. Pero necesitaba adaptarme a mi nueva situación. Ya no estaba en casa de mi abuelo; estaba en la sociedad de Brighton, y las cosas eran diferentes aquí. La moderación era la norma del día, y necesitaba esforzarme más para demostrarla.

Hice precisamente ese esfuerzo cuando entré en el comedor la mañana siguiente. El señor Donovan estaba allí, sosteniendo un plato junto al aparador, lo que me hizo pensar que acababa de llegar. Había descubierto que Diana era de las que tomaban el desayuno más tarde.

El señor Donovan me miró, con una ligera sonrisa asomando en la comisura de su boca. “Buenos días.”

Su sonrisa me causaba extrañas sensaciones, pero tomando aire y recordando mi plan, le devolví una sonrisa moderada. “Buenos días.” ¿Ves? Podía ser amable sin ser abrumadora en mi entusiasmo.

Me observó por un momento, escrutándome, como si ya reconociera la diferencia. Sin embargo, no dijo nada mientras terminaba de llenar su plato y luego se dirigía a la mesa.

Tomé dos tostadas para mi propio plato, elegí un asiento frente a él y me serví una taza de chocolate. Sintiendo la necesidad de ello, tomé no uno, sino dos terrones de azúcar, luego vertí mi crema habitual y espolvoreé la canela.

Sentí que me observaban, y levanté la vista hacia el señor Donovan. Me estaba mirando con el ceño fruncido.

“¿Estoy siendo castigado?” preguntó. “¿He perdido el derecho al chocolate sonriente por mi comportamiento reprobable de anoche?”

“¿Qué?” pregunté sorprendida. “¡No! No. Solo me di cuenta de que” removí la crema que acababa de verter, haciendo un lío con la sonrisa “quizás a usted no le guste tanto mi mezcla como a mí, y que le había dado a entender que esperaba que tomara un poco cada mañana.”

“Señorita Russell,” dijo. “¿Parezco alguien que bebería algo que realmente no le gustara?”

Lo observé por un momento. Por su apariencia, podría no parecer del tipo que lo haría, pero

tenía la sospecha de que o Valentine Donovan se consideraba peor persona de lo que realmente era, o hacía un esfuerzo concertado para que otros asumieran eso de él. “Con suficiente razón, sí.”

Su ceño se profundizó. “Si cree que poseo ese tipo de desinterés, me temo que está destinada a decepcionarse de mí una y otra vez.”

“Lo dudo,” dije. “¿Le gustaría un poco de chocolate, entonces?”

“Sí,” respondió. “Me doy cuenta de que estoy volviéndome un poco supersticioso. He comenzado a preocuparme de que mi día no será bueno si no comienza con una taza caliente de chocolate feliz. Pero si ya se ha cansado de servírmelo, puedo hacerlo yo mismo—o intentarlo, al menos.”

Le sonreí y me levanté. “Estoy muy dispuesta a servírselo.”

“Se lo agradezco.” Me observó mientras realizaba el ritual de verter, endulzar, agregar la crema y condimentar. “Por cierto, me preguntaba si le gustaría acompañarme al teatro mañana por la noche.”

Mi mirada se dirigió a la suya, y mi mano se detuvo sobre la jarra de crema.

Su mirada se desvió a la jarra, y usó un solo dedo para inclinar el pico hacia arriba.

Volví a mirar hacia abajo, descubriendo que la carita feliz se había transformado en algo... diferente.

El señor Donovan inclinó la cabeza a un lado y luego al otro. “La carita de hoy tiene un ojo inusualmente grande.”

“Quizás está guiñando.” Torcí la boca hacia un lado. “No, creo que tiene razón.”

“¿Debo prepararme para un día peculiar?” Me sonrió más de lo que era habitual en él, y mi corazón comenzó a latir más rápido al verlo.

Dejé la jarra de crema para espolvorear un poco de canela encima, mirándolo mientras él observaba mis movimientos. “¿Hablaba en serio sobre el teatro?”

Se rió suavemente. “Por supuesto que sí. Puede que sea un libertino, señorita Russell, pero no soy tan desalmado como para extender una invitación como una cruel cortesía.”

La anticipación comenzó a revolotear en mi estómago como una bandada de palomas, y entrelacé mis manos para evitar aplaudir de emoción. Nunca había ido al teatro, pero siempre había deseado tener la oportunidad de ir—de ver el drama desarrollarse en el escenario, de ver a todos en sus galas, de reírme de la farsa. Era algo totalmente diferente a lo que había experimentado, y el señor Donovan me estaba ofreciendo la oportunidad.

Recordando mi determinación de ser más medida, tomé una respiración profunda y asumí una postura más digna. “Me encantaría acompañarlo al teatro mañana, señor Donovan.”

Su ceño se frunció, su mirada se dirigió a mis manos aún entrelazadas, colgando en una posición más relajada. Solo la blancura de mis nudillos delataría lo difícil que me resultaba contenerme.

“No oculte su entusiasmo por la vida, señorita Russell,” dijo. “Es una de sus mejores cualidades. ¿Cenamos a las seis y media mañana, entonces?”

***

Diana insistió en que uno de sus vestidos fuera ajustado para mí, y estuvo listo justo a tiempo para la salida al Teatro Real. Los últimos adornos en el cuello y el dobladillo se terminaron con solo una hora de sobra.

Le rogué a Dorothea que tuviera especial cuidado con mi cabello para esa noche, pues quería lucir lo mejor posible. No era solo para mí, aunque mi propio orgullo ciertamente era una consideración; lo que hacía y cómo me presentaba también reflejaba al señor Donovan y a Diana.

Mientras me ponía el vestido y esperaba a que Dorothea abrochara los cierres en la parte trasera, me miré en el espejo. El vestido de seda era de un rosa pálido, pero la sobrefalda transparente hacía que pareciera casi blanco, excepto en el cuello y el dobladillo donde la costurera de Diana había añadido una trenza perfectamente teñida para combinar con la seda rosa. Mi cabello estaba recogido con largos rizos que enmarcaban mi rostro de una manera que me hacía parecer mayor. Lo suficientemente mayor, tal vez, para estar a la altura del señor Donovan.

Me quedé quieta al pensarlo, asombrándome. Seguramente no era al señor Donovan a quien pretendía impresionar con mi apariencia esta noche. Quería ser admirada por quienes asistieran al teatro, tanto por extraños como por conocidos.

Mirándome fijamente, me encontré con mi propia mirada bajo las espesas cejas en las que nunca había pensado mucho hasta ahora. Era mucho más fácil notar todas mis fallas y defectos cuando estaba rodeada de decenas de mujeres jóvenes de mi edad.

Me mordí el interior del labio. Tenía que admitir ante mí misma que era la aprobación del señor Donovan lo que deseaba, tanto como la de cualquiera a quien pudiera ver esta noche.

“Ahí está, señorita.” Dorothea dio un paso atrás y me miró en el espejo también. “Vaya, pero ahora luce usted elegante. Una verdadera dama. Si no tiene un puñado de nuevos pretendientes al final de la noche, será porque están ciegos, todos y cada uno.”

Reí nerviosamente y me alejé del espejo. Dorothea tomó mis manos entre las suyas. “Espero que disfrute usted de esta noche, señorita Russell. Se lo merece.”

Sonreí, asintiendo y obligándome a respirar. *Disfrutaría* de esta noche. No permitiría que la pregunta de lo que todos pensaban de mí—ni siquiera el señor Donovan—manchara lo que podría ser una noche perfecta.

Era imposible no sentir un poco de alivio y victoria cuando entré en el comedor. Diana y el Sr. Donovan estaban de pie junto a la mesa, y este último levantó la vista cuando pasé por la puerta, deteniéndose en el acto de sentarse, con una expresión de asombro en sus ojos. Él también se veía particularmente apuesto. Su cabello oscuro, que normalmente dejaba a su aire, estaba peinado con un poco de pomada, o eso supuse. El efecto fue suficiente para hacer que mi corazón diera un pequeño salto.

“Te ves radiante, Rebecca,” dijo Diana mientras el Sr. Donovan se apresuraba a acercarse para retirar mi silla. El resultado fue otro pequeño revoloteo en mi corazón.

Oh, cielos. Estas reacciones que estaba teniendo no eran en absoluto adecuadas.

Diana alzó las cejas enigmáticamente. “Me imagino que captarás tanta atención como los actores esta noche.”

Me reí, sintiendo un poco de calor en mis mejillas.

“Como nadie presta atención alguna a la obra,” dijo el Sr. Donovan, “eso no es precisamente un cumplido.”

Un poco de mi orgullo se desinfló y mi sonrisa titubeó.

“Cómo alguien tan inepto para los halagos como tú ha tenido tanto éxito con las mujeres es algo que nunca entenderé,” dijo Diana, lanzándole una mirada molesta.

Su hermano frunció el ceño hacia ella. “Solo estaba señalando la debilidad de tu cumplido, no en desacuerdo con el sentimiento. De hecho, se ve usted radiante esta noche, Srta. Russell.”

No estaba del todo segura de cómo tomar el cumplido, pues no solo era una mera repetición de lo que Diana había dicho, sino que además había sido prácticamente obligado.

“¿Por qué la gente no presta atención a la obra?” pregunté, esperando cambiar el tema lejos de mí.

“Están demasiado ocupados conversando y observando a los otros bellos asistentes,” respondió él. “Debe prepararse para una cantidad inusitada de miradas descaradas.”

***

Diana había invitado a una de sus amigas, la Sra. Henry, a acompañarnos al teatro, y para cuando los cuatro llegamos, tanto mi anticipación como mi determinación de disfrutar habían vuelto a recuperarse.

El cálido resplandor de las luces fuera del teatro columnado nos atraía, capturando el brillo de los vestidos y chalecos de quienes iban entrando. La función había comenzado hacía media hora, pero tanto Diana como su hermano me habían asegurado que nadie llegaba al principio, ya que era algo poco elegante. Tenía ganas de ver la totalidad de la función, pero no deseaba ser poco elegante, así que no me quejé.

El Sr. Donovan me ofreció su mano al bajar del carruaje, ajustándola para que descansara en su brazo mientras me escoltaba hacia dentro. Acomodó su brazo más cerca de él, tal como le había enseñado a hacerlo. Solo deseaba que fuera porque quería hacerlo y no porque yo se lo había indicado.

Mi cuerpo vibraba con anticipación mientras pasábamos por el vestíbulo de entrada, envueltos en perfumes, conversaciones y el sonido amortiguado de la obra. Con Diana y la Sra. Henry detrás de nosotros, el Sr. Donovan nos guio por dos tramos de escaleras hasta el palco donde nos sentaríamos. Cuando llegamos, él abrió la puerta y me dejó pasar, lo cual hice, solo para detenerme casi de inmediato. El palco estaba ocupado.

Miré hacia el Sr. Donovan, sin saber qué hacer. Las miradas de los que estaban en el palco se volvieron hacia nosotros, deteniendo su conversación. El Sr. Donovan miró dentro para ver por qué me había detenido, y frunció el ceño al ver que todos los presentes devolvían su mirada.

“Oh,” dijo una de las mujeres.

Diana se deslizó más allá de su hermano y de mí para dirigirse a los que estaban dentro. “¿Nos hemos equivocado? Pensé que habíamos decidido que tendríamos el palco los lunes, miércoles y viernes, y que ustedes lo tendrían los martes, jueves y sábados.”

La mujer mostró una mirada de disculpa y una sonrisa forzada. “Me temo que está usted equivocada, Sra. Russell. Sin duda dijimos lo contrario. Lo recuerdo bien, porque mi hermana viene a cenar cada miércoles, y pensé lo propicio que era que pudiera acompañarnos aquí después. Como lo está haciendo ahora.” Extendió una mano para mostrar a la mujer dos asientos más allá de ella, que llevaba un horrible turbante verde y un vestido de un tono amarillo que me hacía sentir como si pudiera volver a saborear la mostaza de la cena.

“Ah, sí, claro,” dijo Diana con una sonrisa. “Perdónenos por la inconveniencia.” Se volvió hacia mí. “Duke y yo decidimos compartir el costo de un palco con los Standerwick. No venimos lo suficientemente a menudo como para justificar uno propio.”

“Oh,” dije, tratando de no delatar mi decepción al saber que estaríamos obligados a irnos. Podía ver apenas un poco del escenario desde donde estaba, y anhelaba ver más.

“¿Hay algún problema?” Una cabeza se asomó alrededor de la partición que separaba el palco en el que nos encontrábamos del de al lado. Era un caballero, muy apuesto, con cabello dorado, ojos azules y una sonrisa encantadora.

“No,” dijo el Sr. Donovan con frialdad, justo cuando Diana decía, “Sí.”

Se miraron el uno al otro, Diana con confusión y su hermano con lo que solo podría describir como una advertencia.

Diana la ignoró. “Parece que nos equivocamos sobre qué noche era la nuestra para usar el palco. Mi cuñada está aquí por primera vez, y estamos muy desilusionados de que no pueda ver

la función."

"No hay necesidad de desesperarse," dijo el hombre. "Pueden acompañarnos en nuestro palco. ¿No es así, Donovan?" Sus ojos estaban puestos en el Sr. Donovan, con una sonrisa extendida en sus labios.

Era una oferta muy amable, y miré al Sr. Donovan con una mirada suplicante.

"No," dijo con franqueza.

Los ojos de Diana se abrieron de par en par. "Valentine," lo reprendió suavemente.

"No queremos incomodarlo, Sutcliffe," continuó el Sr. Donovan. "Podemos encontrar un lugar en el patio de butacas. O en la galería."

Diana retrocedió con repulsión.

"No se trata de incomodar a nadie, Donovan," dijo el Sr. Sutcliffe. "Aquí hay suficientes asientos vacíos. Estoy seguro de que la Srta. Russell preferiría sentarse cómodamente en este palco a tener que estirar el cuello en el patio o sentarse tan lejos que no pueda ver nada. ¿Qué opina, Srta. Russell?" Me miró, con su apuesta sonrisa dirigida hacia mí.

Vacilé, dividida entre mi deseo de experimentar el teatro en su mejor versión y mi reticencia a ir en contra del Sr. Donovan. Dejé que mi mirada se deslizara hacia la parte del patio que podía ver y luego hacia la galería. De hecho, parecía una manera más incómoda —y abarrotada— de ver la obra, que continuaba mientras debatíamos la oferta del hombre. Mi mirada se desplazó hacia el Sr. Donovan mientras intentaba descifrar su estado de ánimo, para determinar por qué estaba tan reacio a aceptar la amable invitación de un hombre tan agradable.

"Estaría feliz de ver la obra desde cualquier lugar," dije, esperando encontrar un equilibrio.

"Creo," dijo uno de los Standerwick con un poco de vacilación, "que no quedan asientos en el patio ni en la galería esta noche. Escuché cuando entrábamos que los boletos se agotaron esta mañana por la actuación especial de la Srta. Blanchard que vino de Londres."

"Entonces volveremos mañana por la noche," dijo el Sr. Donovan.

"No seas ridículo, Valentine," dijo Diana, con su molestia apenas disimulada. "Ya hemos aceptado una invitación para cenar en casa de los Woods mañana por la noche. Vinimos a ver la obra, y la veremos. Es muy amable de su parte, Sr." hizo una pausa, mirando al hombre que nos ofrecía un lugar en su palco "¿Sutcliffe, verdad?"

Él asintió. "Es un placer, Sra. Russell. Por favor, vengan y pónganse cómodos aquí."

La mandíbula del Sr. Donovan estaba apretada, y desearía poder llevarlo a un lado y preguntarle qué lo tenía tan irritado. ¿Estaba simplemente molesto por el malentendido? ¿O quizás lamentaba haber sugerido el teatro en absoluto? Intenté forzarlo a encontrarse con mi mirada, pero sus ojos estaban fijos en su hermana, quien me hacía una señal para que la siguiera.

"Vamos, Rebecca. Debemos tomar asiento."

Sintiendo que no tenía poder y más confundida que de costumbre, obedecí la llamada.

# Capítulo 15

VALENTINE

“No debes hacer caso a Valentine,” dijo Diana a la señorita Russell. “Se deleita en ser complicado.”

A pesar de todos mis esfuerzos por advertirle a Diana, ella me había ignorado. Ese era el problema de ser tan desagradable todo el tiempo: nadie creía que tu aversión a algo tuviera otra razón que tu tendencia natural a ver el mundo con desdén.

Sin embargo, tenía una buena razón. Lo último que quería era pasar las siguientes horas en un espacio confinado con Sutcliffe. Sus sonrisas no me engañaban. Siempre estaba tramando algo. No cabía duda de que sentía curiosidad por la señorita Russell tras escuchar mi conexión con ella. No me sorprendería que intentara ganarse su favor, así como lo había hecho con Nellie.

Un destello de protección hacia la señorita Russell recorrió mi cuerpo. Había muchas mujeres jóvenes con más experiencia que ella que habían sucumbido al encanto de Sutcliffe. Cualquier pensamiento que hubiera tenido de dejarla a ella y a Diana para que se las arreglaran solas se evaporó. Diana no conocía a Sutcliffe ni su reputación.

Con los dientes apretados, dejé el palco de los Standerwick y me dirigí al de Sutcliffe. Me detuve en la puerta.

“Señora Russell, señorita Russell,” decía Sutcliffe, “permítanme presentarles a la señorita White.”

Nellie estaba vestida con un elegante vestido de seda plateada, adornado con lentejuelas brillantes, y su cabello dorado resplandecía de manera impresionante en su cuidadoso peinado. A simple vista, podría haber pasado por una dama distinguida.

Las tres mujeres intercambiaron reverencias, y yo miré en silencio mientras Sutcliffe me sonreía con complicidad. El sinvergüenza. Había orquestado esto, o al menos aprovechado la oportunidad que se le presentaba.

Finalmente, Diana pareció notar mi presencia. “Nos vimos obligadas a presentarnos, ya que no te tuvimos para que lo hicieras por nosotras.” Estaba descontenta conmigo, eso era obvio, pero yo estaba igualmente descontento con ella. Sin su interferencia, podría haber evitado esta situación diabólica. Y no era yo quien había confundido las noches en que el palco estaba disponible. Si lo hubiera sabido, podríamos haber venido la noche anterior.

“Debe conocer a la señorita White, señor Donovan,” dijo alegremente la señorita Russell. “¿No es muy amable de su parte compartir su palco con nosotras?”

Crucé miradas con Nellie, notando la chispa traviesa en sus ojos. “El señor Donovan y yo no necesitamos presentación,” dijo, acercándose a mí y haciendo una reverencia. Estaba haciendo su mejor esfuerzo para ocultar el acento que delataba que no era de buena familia, y el esfuerzo era suficiente para que la señorita Russell pudiera no notarlo. Pero yo lo noté, y me sorprendería si Diana no lo notaba también. Aunque tal vez simplemente asumiría que Nellie venía de orígenes más humildes.

“Sí,” dijo Sutcliffe. “La señorita White y el señor Donovan son amigos particulares, ya sabe.”

“Oh,” dijo la señorita Russell, mirando entre mí y Nellie con deleite. “¡Qué maravilla!

Entonces todos podremos estar muy cómodos juntos. Aquí" se movió hacia Sutcliffe "pueden sentarse uno al lado del otro, ya que estoy segura de que tienen mucho de qué hablar."

Nellie mantuvo los ojos en mí, sonriendo mientras respondía, "Qué considerado de su parte, señorita Russell." Tomó el asiento vacío junto a la señorita Russell, dejándome solo el asiento entre ella y Diana.

Esta noche no iba en absoluto como la había imaginado.

Respiré hondo, ignoré la mirada de Nellie y me senté en el único asiento disponible para mí. La señorita Russell estaba conversando con Sutcliffe, un hecho que me hizo apretar los dientes. Pero, aunque ella respondía de manera muy cortés, estaba claro que estaba más interesada en la obra en sí, y *eso*, bueno, no podía hacerme más que sonreír. ¿Quién habría pensado que alguien tan discreta y sin pretensiones como la señorita Russell sería la que pondría en su lugar la enorme opinión que Sutcliffe tenía de sí mismo: firmemente por debajo de *Dos caballeros de Verona*?

Nellie se inclinó hacia mí, manteniendo la voz baja para que ni la señorita Russell ni Diana pudieran oír. "Entonces," dijo, "*esta* es la infame señorita Russell. Admito que estoy sorprendida. No pensé que tus gustos se inclinaran hacia jóvenes tan... inexpertas."

"Y yo no pensé que los tuyos se inclinaran hacia hombres tan tediosos."

Ella se rió, y el sonido trajo recuerdos de muchas noches como esta que habíamos pasado juntos en el pasado. "¿Es eso celos lo que escucho?"

"Desilusión," corregí. Nellie sabía perfectamente que Sutcliffe y yo éramos algo así como adversarios.

"Sutcliffe es un hombre generoso," dijo ella.

"Puedo ver eso." Miré el vestido y el collar de diamantes que llevaba. El conocimiento de que el dinero que Sutcliffe había usado para comprar tales cosas para Nellie era posiblemente dinero que me había ganado en las cartas no me alegraba particularmente.

"Y," dijo ella, "tiene el atractivo adicional de no haberme abandonado."

"Aún no," dije. "Vamos, Nellie. Si esperabas sentimentalismo y despedidas llenas de lágrimas de mi parte, no fue por culpa mía. Sabías lo que era yo cuando comenzamos."

"Lo sabía," coincidió ella. "Y es lo que me atrajo de ti. Lo que me atrae aún." Miró hacia nuestras piernas, que se rozaban.

Haciendo una mueca, me aparté suavemente, pues había un candelabro lleno de velas justo encima de nuestro palco, iluminándonos para cualquiera que quisiera observar. Ella sostuvo mi mirada por un momento, luego se volvió y se dirigió a la señorita Russell.

Intenté concentrar mi atención en la obra y no prestar atención a la conversación, pero estaba tenso y molesto. Nellie parecía estar evaluando a la señorita Russell, llegando incluso a hacerle preguntas sobre mí y, cuando la señorita Russell respondía, aprovechando la oportunidad para demostrar su propio conocimiento superior. Hubo suficientes referencias veladas al tipo de relación que habíamos compartido como para que casi interviniera más de una vez. Basándome en las miradas provocativas que me lanzaba de vez en cuando, Nellie parecía disfrutar de mis ansiedades y frustraciones. Hace meses, me había gustado su actitud desafiante; ahora, solo me irritaba.

Pero la señorita Russell era demasiado pura e ingenua para entender las referencias, y escuchaba con interés las cosas que Nellie decía sobre mí y era rápida en elogiarme basándose en su propia experiencia. Ella estaba llena de amabilidad y curiosidad, y no tenía idea de que estaba hablando con una mujer que era su opuesta en muchos aspectos. Nellie no había tenido un comienzo feliz, y su trasfondo la había convertido en la mujer emprendedora y decidida que era

ahora.

Para cuando terminó la primera mitad de la función, me sentía de mal humor e inquieto. En cuanto se presentó la oportunidad, me levanté. “Señorita Russell, ¿le gustaría acompañarme para tomar un refresco?” pregunté, con un tono menos cálido del que habría sido en otras circunstancias.

“Con gusto.” Aceptó la mano que le ofrecí para ayudarla a levantarse. “¿Le gustaría acompañarnos, señorita White?”

Mi mano se apretó instintivamente sobre la de la señorita Russell, y ella me miró, con sus ojos agrandándose como si temiera haber hecho algo mal. Lo había hecho, pero no podía decirle por qué.

Nellie me miró, con un destello de travesura en los ojos. Puse en mi mirada toda la advertencia que pude. Había límites para lo que toleraría de ella.

“Es muy amable de su parte, señorita Russell,” dijo ella, “pero creo que esperaré a Mr. Sutcliffe.”

La señorita Russell asintió con una sonrisa, y abrí la puerta para que pasáramos, ansioso por salir del sofocante palco.

“Qué amables y agradables son sus amigos,” dijo la señorita Russell.

Escucharla referirse a Sutcliffe y Nellie como mis *amigos* me dejó sin saber cómo responder. Ella me miró y pareció notar mi reacción desalentada a su comentario.

“¿No está de acuerdo?” preguntó.

Tomé un momento antes de responder. “No toda la amabilidad es tan genuina como la suya. Ojalá lo fuera.”

Su ceño se frunció a medida que llegábamos a las mesas de refrigerios al final del pasillo. Estaban cubiertas con café y algunos tipos de galletas.

“Ambos parecían bastante genuinos,” dijo ella mientras tomaba un pequeño plato. “Y yo no soy nadie para ellos, así que creo que es una gran amabilidad que nos hayan invitado a su palco cuando podrían habernos dejado a nuestro aire y quedarse con el espacio para ellos solos.”

De nuevo, me encontré eligiendo entre dos alternativas poco agradables: romper la visión idealista de la señorita Russell sobre sus semejantes o dejarla vulnerable a personas con motivos menos puros que los suyos.

“Parecía contrariado por la invitación,” dijo ella. “Lo siento mucho si hubiera preferido regresar a casa. He esperado con ansias esto desde que me invitó, y es todo lo que había soñado. Pero no quiero en absoluto que la noche sea miserable para usted.” Con el plato vacío en la mano, me miró con preocupación. “Podemos regresar a casa ahora si lo desea. Al menos he podido experimentar el teatro.”

Sentí un pinchazo de culpa. Había estado pensando principalmente en mí mismo—en la incomodidad de estar en un palco con Sutcliffe y Nellie—en cómo la noche no iba como la había imaginado. Pero para la señorita Russell, era tal como ella deseaba, y, aun así, estaba ofreciendo acortar la velada en mi nombre porque percibía mi desagrado.

Podía soportar otra hora de incomodidad si era una hora de felicidad para ella.

“Me temo que a menudo parezco miserable y contrariado.” Intenté una sonrisa. “Pero no regresaremos a casa hasta que haya visto la obra.”

Intenté grabar en mi memoria la sonrisa que me ofreció para evitar arrepentirme de mis palabras.

Mientras tomábamos refrigerios y los comíamos juntos, la señorita Russell aprovechó la oportunidad para decirme lo que pensaba de la obra. Era sorprendente cuánto había observado

dado el tiempo que había estado inmersa en la conversación. Casi me hizo desear *haber* prestado mejor atención. Pero estaba descubriendo que la señorita Russell veía el mundo con ojos diferentes a los míos. A veces, deseaba un vistazo a las cosas como ella las veía.

Pasamos junto a Nellie y Sutcliffe en el pasillo de regreso al palco, pero Diana y la señora Henry aún estaban allí. La señora Henry se dirigió a la señorita Russell, y juntas caminaron hacia el balcón del palco. Diana, por otro lado, se acercó a mí.

"No sigues amargado, ¿verdad?" dijo ella.

"Eres una tonta, Di." Mi molestia regresó rápidamente al recordar su intervención.

"¿Por obligarte a quedarte en un lugar al que tú mismo quisiste venir?"

Miré a la señorita Russell y, satisfecho de que su atención estaba ocupada, me incliné más cerca de Diana. "Por obligarnos a compartir un palco con las últimas dos personas en este teatro con las que deseaba estar cerca."

"Sí, lo dejaste bastante claro con tu grosería que preferías irte a casa. ¿Cómo pudiste hacer tal cosa cuando sabías cuánto ha esperado la señorita Russell esto? Además, ¿qué tienes contra el señor Sutcliffe o la señorita White?"

Apreté la mandíbula y la miré intensamente. Estaba bastante seguro de que no era completamente ignorante de la sociedad que había estado frecuentando durante los últimos dos años. Después de todo, el Almirante se deleitaba en lamentar y enumerar mis excesos en las cenas familiares. "¿Te refieres a la señorita *Nellie* White?"

La comprensión se reflejó en sus ojos. "¿Nellie?"

No dije nada, satisfecho de que ahora comprendía lo que había hecho.

"Dios mío," susurró con una rápida mirada hacia la señorita Russell. "¿Por qué no me lo dijiste?"

"Pensé que el simple hecho de que ella fuera una mujer soltera en un palco con Sutcliffe sería suficiente para hacerte reflexionar. ¿No es parte de tu trabajo como dama de compañía asegurarte de conocer los antecedentes de aquellos a quienes presentas a tu cuñada?"

"Perdóname por no estar más atenta a los muchos lugares en los que podría encontrar a tus *Anónimas*."

Apreté la mandíbula aún más. Diana era una de las pocas personas en el mundo que no pensaba lo peor de mí, pero estaba claro que en ese momento no tenía intención de extenderme ninguna gracia. Pero había aprendido hace mucho tiempo a no corregir a las personas cuando decían algo desfavorable e incierto sobre mí. La gente pensaría lo que quisiera pensar.

"Quizá en el futuro," dije entre dientes, "no despreciarás tontamente mis intentos de advertirte. O quizás eso es pedir demasiado."

Ella entrecerró los ojos y cruzó los brazos sobre el pecho mientras la función comenzaba nuevamente en el fondo. "¿Qué te enfurece, Valentine? ¿La idea de que la inocencia de Rebecca se haya mancillado, o el pensamiento de que su opinión sobre ti pueda verse contaminada?"

Ella sostuvo mi mirada con intensidad, y yo respondí con la misma fuerza. Sin embargo, su pregunta era más difícil de responder de lo que había anticipado. Hasta ahora, estaba bastante seguro de que la señorita Russell no tenía idea del tipo de relación que había existido entre Nellie y yo. ¿Qué pensaría de mí si lo descubriera? ¿Y por qué me importaba la respuesta a esa pregunta? Ella sabía que era un libertino, después de todo. ¿Qué diferencia hacía si conocía la identidad de una de las mujeres con las que había asociado?

Un grito de dolor sonó, y giré la cabeza rápidamente.

# Capítulo 16

REBECCA

Puse mi mano sobre la piel ardiente de mi mejilla mientras otro ardor me quemaba la frente. Grité de nuevo en sorpresa y dolor, justo cuando lo hacía la señora Henry.

A lo lejos, en la platea, las cabezas se volvieron hacia mi dirección. Miré hacia la araña sobre mí, sus velas resplandecían y se reflejaban en los cristales que las rodeaban. Algunas de las velas empezaban a parpadear, la cera derretida acumulándose en sus bases y goteando sobre nosotros abajo.

El señor Donovan y Diana se apresuraron a acercarse, y el primero tomó mi mano, sacándome de debajo de la araña mientras Diana guiaba a la señora Henry lejos.

"¿Está herida?" Los ojos del señor Donovan exploraban mi rostro, deteniéndose en mi mejilla y frente donde la cera se había adherido a mi piel.

La charla en el teatro había cambiado, pasando del constante murmullo a susurros apagados. No necesitaba mirar para sentir las miradas de toda la sala sobre nuestra caja.

"¡Detengan la función!" Alguien gritó en la platea. "Ha habido un accidente."

"Señorita Russell," dijo el señor Donovan de nuevo, llamando mi atención. "¿Está herida?"

Sacudí la cabeza rápidamente, aunque los lugares donde me había quemado dolían. El calor que llenaba mis mejillas por la vergüenza era tan probable de quemarme como la cera de las velas. ¿Cuántas veces debe uno humillarse antes de volverse insensible a ello? "No. Estoy bien. No es necesario que detengan la función por mi causa."

"Que al espectáculo se lo lleve el diablo." Con el ceño fruncido, el señor Donovan puso una mano suave sobre la cera de mi mejilla, usando el borde de su pulgar para despegarla, observándome en busca de signos de dolor mientras lo hacía.

El contacto de sus manos en mi rostro y la intensidad de su expresión hicieron que mi corazón latiera como el disparo de una pistola en una carrera. Nunca había visto al señor Donovan tan de cerca, nunca había visto cuán uniforme era el marrón de sus ojos ni cómo la barba en su mandíbula estaba salpicada de rojo. La dura inclinación de sus cejas contrastaba con la suavidad de su piel en mi mejilla, haciendo que mi corazón latiera aún más rápido.

Él no parecía notar mi reacción, tan concentrado como estaba en su tarea.

"¿Le dolió?" preguntó.

Sacudí la cabeza ligeramente. Continuó aplicándose a la cera en mi frente. Era un trozo más grande, y colocó su otra mano en mi brazo para estabilizarme. Una vez que la retiró, la lanzó al suelo. Sus ojos recorrieron mi rostro, buscando otras áreas afectadas y, al no encontrar nada, su mirada se movió a mi línea de cabello.

Toqué con el dedo un punto en la cima de mi cabeza. "Aquí hay más," dijo con una mueca, "pero dudo que pueda quitarlo, al menos no sin tirar de su cabello y lastimarla, lo cual no deseo hacer."

Sus ojos descendieron hacia los míos, y nuestras miradas se encontraron. Nos miramos fijamente, su agarre en mi brazo se apretó imperceptiblemente mientras nuestras miradas se entrelazaban.

La puerta se abrió, y ambos miramos hacia ella. La señorita White y el señor Sutcliffe

entraron, mirando alrededor como si intentaran entender qué escena habían encontrado. Unos metros detrás de nosotros, Diana y su amiga nos observaban. Así, parecía, lo hacía cualquier persona en el teatro que pudiera vernos, incluso si tenía que hacerlo de puntillas.

La mano del señor Donovan se apartó de mi cabello y brazo, y dio un pequeño paso atrás, endureciendo su mandíbula.

La interrupción actuó como sales aromáticas, despertándome de mi inmovilidad, pues no me había movido desde que él comenzó a retirar la cera. “No es importante,” dije. “Dorothea me ayudará a quitarlo en casa.”

“¿Qué pasó?” preguntó la señorita White. Su mirada saltaba entre el señor Donovan y yo. En mi confusión, encontré fácil interpretar su pregunta como una referencia al contacto cercano que acabábamos de compartir el señor Donovan y yo, en lugar de a lo que lo había provocado.

“Las velas se dejaron demasiado tiempo sin recortar,” explicó Diana, con sus ojos posándose en nosotros por un momento más.

"Hablaré con el teatro para evitar más víctimas." La voz del Sr. Donovan era cortante, su comportamiento tierno fue reemplazado por brusquedad. Al pasar junto a la Srta. White, sus miradas parecían encontrarse momentáneamente antes de que él pasara por la puerta y desapareciera.

*Son amigos particulares*, había dicho el Sr. Sutcliffe sobre el Sr. Donovan y la Srta. White. En su momento no había prestado atención a esa palabra *particular*, pero ahora parecía terriblemente importante. Y esa mirada compartida...

El murmullo en el teatro se había vuelto más fuerte, y comencé a sentirme un poco enferma por la cantidad de ojos que estaban sobre nosotros. Afortunadamente, la función comenzó de nuevo, y solo podía esperar que la gente se olvidara de la interrupción.

“¿Está bien, señorita Russell?” dijo la Srta. White mientras ella y el Sr. Sutcliffe se acercaban a mí.

Sonreí, esperando que fuera convincente. “Sí, gracias. Qué tontería. No debí gritar tan fuerte cuando la cera cayó. Solo fue la sorpresa.”

“Cualquiera habría hecho lo mismo,” dijo el Sr. Sutcliffe. “Deberían cuidar las velas más de cerca. Por la forma en que algunas están inclinadas, parece que han estado economizando, usando sebo en lugar de cera de abejas.”

“Sí, y cuando han vendido todas las entradas para toda la noche, no deberían *necesitar* hacer tales economías,” coincidió la Srta. White.

Hubo un pequeño golpe en la puerta, y Diana fue a abrirla. Después de un momento, la abrió de par en par, revelando a las hermanas Bradley. Sus miradas buscaron el palco hasta que me encontraron. Se apresuraron hacia mí, llenas de preocupación, y la Srta. White y el Sr. Sutcliffe se movieron para darles paso.

“Estoy bien,” dije rápidamente, sintiéndome algo avergonzada por el alboroto causado por un incidente tan insignificante. “Solo fue inesperado.”

“Oh, pero mira las manchas rojas en tu mejilla y frente,” dijo la Srta. Maria, frunciendo el ceño en señal de preocupación.

“No duele,” dije. Era mayormente cierto. El ardor se había desvanecido en general, y estaba ansiosa por minimizar la conversación sobre lo sucedido. El Sr. Donovan aún no había regresado, y me preguntaba cuándo volvería. Mi entusiasmo por ver la función se había disipado significativamente, y me iría gustosamente si se me diera la oportunidad.

“Estábamos tan preocupadas por usted,” dijo la Srta. Bradley, con la mirada cambiando hacia la Srta. White y el Sr. Sutcliffe. “Pensamos que deberíamos venir a ver por nosotras

mismas que no estaba demasiado herida."

"No lo estoy," les aseguré. "Pero me gustaría mucho tomar una bebida."

Las hermanas Bradley accedieron a esto, y Diana y la Sra. Henry acordaron acompañarnos por el corredor. No necesitaba realmente una bebida, ya que había tomado una hace no más de veinte minutos, pero, esperaba que salir del palco nuevamente brindara una oportunidad para cambiar la conversación. Sin embargo, era totalmente posible que encontrara algo cerca de los refrescos que utilizara para mi mayor mortificación. Venir a Brighton me había familiarizado con esa habilidad, al menos.

Las cinco salimos del palco y nos dirigimos a la mesa de refrescos, con Diana y la Sra. Henry liderando el camino. Las hermanas Bradley tomaron mis brazos, y caminamos tres en fila —en una configuración muy apretada e incómoda—por el corredor, ambas inclinándose hacia mí.

"¿Cómo es que comparte un palco con el Sr. Sutcliffe y... esa mujer?" preguntó la Srta. María en voz baja.

Fruncí el ceño ante la extraña manera en que se refería a la Srta. White. Su acento no era tan refinado, pero eso no me preocupaba. No compartía el prejuicio que algunas personas tenían contra aquellos que habían hecho sus fortunas mediante la industria. Mientras las personas fueran amables, me alegraba conocerlas. "El palco de mi cuñada lo comparten los Standerwick, y hubo un malentendido sobre qué días usarían el palco las familias. El Sr. Sutcliffe y la Srta. White amablemente ofrecieron compartir su palco con nosotros."

Las hermanas compartieron miradas significativas. "Qué incómodo debe ser."

Sintiendo confusión, tardé en responder. "Ambos han sido bastante atentos."

"¿Lo han sido?" preguntó la Srta. Bradley. "Francamente, me sorprende que la Sra. Russell" miró hacia Diana para asegurarse de que no estuviera escuchando "lo tolere."

"Diana fue quien insistió en aceptar la invitación," aclaré, enojándome un poco por ella. "Quería asegurarse de que pudiera ver la obra."

La Srta. María parpadeó asombrada. "Pero someterla a la compañía de uno de sus hermanos... Paphios. Parece bastante irresponsable. Y extraño."

Solté una risa ligera, sin querer parecer completamente ignorante sobre qué era un Paphio—o que aparentemente había sido sometida a uno. ¿Era una palabra política? A menudo oía a mi abuelo quejarse de Whigs y Torys, aunque no entendía realmente lo que significaban esas palabras. ¿Era Paphio otra designación en ese misterioso mundo? ¿Compartían el Sr. Donovan y el Sr. Sutcliffe opiniones radicales que los Bradleys pensaban que no debía conocer? Parecía una tontería, si era así. "Estoy segura de que no le presté atención. Después de todo, no es asunto mío."

Sus ojos se abrieron un poco, y no estaba segura de si la sorpresa estaba a mi favor o en contra. ¡Qué difícil era pretender ser más conocedora de lo que uno realmente era! Si tan solo el Sr. Donovan hubiera estado aquí, seguramente habría sabido exactamente qué decir.

"Bueno, eso es muy tolerante de su parte," dijo la Srta. María. "Pensé que quizás el Sr. Donovan y el Sr. Sutcliffe tendrían una pelea, ya que el Sr. Donovan parecía molesto toda la noche. Aunque, para ser justos, a menudo *parece* estar así. Pero la forma en que la atendió después del incidente con la cera…" Me lanzó una mirada llena de significado. "¡Pensé que podría besarla allí mismo, a la vista de todo el teatro!"

"¿Besar?" dije débilmente. Mi mente volvía al momento en que la mano del Sr. Donovan estaba en mi brazo y nuestras miradas se fijaron en el otro. Duró solo un corto tiempo, y, sin embargo, en esos momentos había pasado tanto. No podía decir qué exactamente había pasado—

o incluso si él había sentido lo mismo. Todo lo que había era una... agitación dentro de mí.

"Ni siquiera Valentine Donovan es tan libertino como para besar a una mujer en el teatro," dijo la Srta. Bradley.

"No," coincidió su hermana. "Pero parecía no importarle" hizo un gesto con la cabeza hacia el corredor en dirección a nuestro palco "en ese momento, al menos."

La única persona a la que razonablemente podía referirse era a la Srta. White. La realidad de que podría haber hecho una suposición muy incorrecta sobre el significado de la palabra Paphio se hizo evidente.

"No, él estaba *muy* dedicado a usted, señorita Russell," dijo la Srta. Bradley. "Y si esa mujer no hubiera entrado en ese momento, ¿quién sabe qué podría haber pasado? Sé que estaba al borde de mi asiento...mucho más interesante que en la función, sin duda."

"Lo que me recuerda, señorita Russell," dijo la Srta. Maria, "que debes contarnos inmediatamente si él la *besa*, y debe hacer un esfuerzo por recordar cada detalle."

Asentí distraídamente, mi mente oscilando entre la idea de que el Sr. Donovan me besara alguna vez y mi comprensión en transformación de la Srta. White—y qué era un Paphio.

# Capítulo 17

REBECCA

Diana, la Sra. Henry y yo acompañamos a las hermanas Bradley de regreso a su propio palco, dejándolas allí al sonido de su madre reprendiendo su desaparición sin compañía.

"Creo que quizás deberíamos regresar a casa," dijo Diana mientras volvíamos al palco del Sr. Sutcliffe. "Quitar esa cera de tu cabello tomará tiempo, imagino."

Asentí. "Sí, creo también que deberíamos irnos." No me sentía en el estado de ánimo adecuado para una comedia en ese momento. Tampoco estaba particularmente entusiasmada con la perspectiva de ser observada durante el resto de la noche por aquellos curiosos sobre la compañía en nuestro palco o el incidente de la cera. O por aquellos que conocían la naturaleza precisa de la relación entre el Sr. Donovan y la Srta. White.

Diana me dio una palmadita en el brazo. "Solo daremos nuestras gracias al Sr. Sutcliffe y a... la Srta. White, y nos iremos, entonces."

No pasé por alto la vacilación antes del nombre de la Srta. White, pero al llegar a la puerta del palco, no hubo oportunidad de preguntar sobre ello—no es que lo hubiera hecho. No deseaba poner a Diana en una posición incómoda, dada la forma en que las hermanas Bradley habían respondido a su decisión de permitirme estar en el palco del Sr. Sutcliffe y la Srta. White. Ella había sido presentada a la Srta. White al mismo tiempo que a mí, por lo que era probable que no supiera de la conexión con su hermano.

Había un sirviente del teatro con uniforme en el palco, atendiendo la lámpara de araña con el uso de un taburete y un apagavelas. El Sr. Donovan estaba conversando con la Srta. White, y sentí un pinchazo de celos mientras ella le dirigía su hermosa sonrisa. Había algo en la forma en que lo miraba que podía ver fácilmente que sería irresistible. ¿Eran todos los Paphios tan bellos? ¿Era ella una Paphia *empedernida*? Fuera cual fuera el caso, no tenía sentido que mi estómago se retorciera al verlos juntos.

Permanecí en la parte trasera del palco, alejada de las miradas curiosas de aquellos en la platea y de los palcos adyacentes al nuestro, mientras Diana se acercaba y hablaba con su hermano. Él me miró mientras ella conversaba con él, luego asintió.

La Srta. White se acercó a mí, extendiendo sus manos para recibir las mías. Conocía el ligero deseo de negárselas, pero mi conciencia rápidamente lo desestimó. Cualquiera fuera su conexión con el Sr. Donovan, no tenía razones para rechazarla. Ella había sido nada menos que amable conmigo, después de todo.

"Lamentamos verla irse antes de que termine la noche, señorita Russell," dijo ella, "pero lo entendemos. Espero que no esté demasiado herida. Fue un placer conocerla."

Sonreí genuinamente y le apreté las manos. "Podrá disfrutar de la noche en paz ahora que nos vamos. Gracias por hacernos sentir bienvenidas en tu palco."

El Sr. Sutcliffe se acercó y, después de que le agradeciera suficientemente, me dio un pequeño beso en el dorso del guante. Su mirada se dirigió al Sr. Donovan. "Espero que el Sr. Donovan cuide bien de un tesoro como usted, señorita Russell."

Tragué y traté de reír mientras él tomaba su lugar junto a la Srta. White nuevamente, ofreciéndole su brazo y una mirada cálida. No estaba acostumbrada a que me hablaran de esa

manera. Había oído que las jóvenes recibían cumplidos similares con una risa despreocupada, pero me encontré frotándome el dorso del guante donde sus labios habían tocado. ¿Cómo se reacciona ante un hombre que coquetea con una mujer un momento y con otra al siguiente?

El Sr. Donovan permaneció en silencio durante el viaje de regreso a casa, y como mi mente estaba llena de los eventos de la noche, la tarea de mantener la conversación recayó en la Sra. Henry y Diana.

Era extraño sentarse al lado del Sr. Donovan en la relativa oscuridad del carruaje. Nos habíamos sentado de la misma manera en el trayecto hacia el teatro, pero ahora se sentía diferente. Era consciente de que nuestras piernas chocaban con los movimientos del carruaje, y me inquietaba. ¿Qué era lo que sentía? ¿Y qué debía hacer con ello?

Pero más allá de eso, me preocupaba por el Sr. Donovan mismo. Había planeado esta noche, pero no parecía disfrutarla en lo más mínimo. ¿Estaba celoso de la Srta. White y el Sr. Sutcliffe? ¿Era esa la razón por la que no había querido aceptar la invitación para unirse a ellos en su palco?

Cuando llegamos a la casa unos momentos después, Diana dio instrucciones para que se preparara agua para un baño caliente que se llevaría a mi dormitorio. “Creo que es la mejor manera de quitar la cera de tu cabello.” Cubrió un bostezo con la mano. “¿Debería ir a verlo yo misma? He sido salpicada en el pasado, sabes.”

Negué con la cabeza. “Es amable de tu parte, pero no es necesario. Estoy segura de que estás bastante cansada.”

Sonrió con resignación. “Mis bostezos me delatan. Me temo que he perdido un poco de mi resistencia para los compromisos sociales. Antes de que te des cuenta, me estaré quedando dormida frente al fuego. Pero confío en Dorothea para encargarse de todo.” Me sonrió. “Buenas noches, Rebecca. Buenas noches, Valentine.” Con un movimiento de sus faldas, subió las escaleras, dejándome a mí y a su hermano solos en la entrada.

El Sr. Donovan había aflojado su corbata en el momento en que entramos, y su chaqueta de cola colgaba de su brazo izquierdo. Me miró por un momento.

“Buenas noches, señorita Russell.”

“Espere,” dije, y él se detuvo.

Cuando no dije nada de inmediato, él se volvió hacia mí, un poco a regañadientes.

Tragué. “¿Está enojado conmigo?”

Su ceño se frunció. “¿Qué? Por supuesto que no. ¿Por qué iba a estar enojado con usted?”

Levante un hombro. Me dio alivio oírlo reaccionar de esa manera, pero eso significaba que su bajo estado de ánimo estaba causado por otra cosa... o por otra persona. “Por avergonzarlo. De nuevo.”

El pliegue en su ceño se profundizó, incluso mientras el borde de su boca se curvaba hacia arriba. “¿Avergonzarme?” Dio unos pasos hacia mí. “¿Por la cera, quiere decir?”

Asentí. “Detuvieron la función. Todos estaban mirando. Y todos vieron...” Me detuve.

“¿Vieron qué?” preguntó.

Volteé la cabeza, insegura de si podría mirarlo a los ojos mientras respondía. Dudé un momento. “Vieron cómo usted... me ayudaba.”

“¿Y qué hay de eso?”

Me moví incómoda. Qué extraño era decir todo esto en voz alta. “Solo que estuvimos bastante cerca, y...”

Sus ojos buscaron mi rostro, y su labio se curvó en una sonrisa. “¿Acaso no era eso lo que quería? Recuerdo que la lista que escribió mencionaba algo sobre tocar su cabello.”

No pude evitar reír. “Supongo que sí. ¿Es esa la razón por la que lo hizo?”

Su sonrisa vaciló ligeramente. “No. No es por eso.”

Asentí, preguntándome qué hacer con eso. O por qué necesitaba hacer algo al *respecto*. “Supongo que solo estoy avergonzada por mi insistencia en mortificarme a mí misma y a quienes me rodean sin importar a dónde vaya.”

“Rebecca...” dijo él.

Mis labios se partieron al escuchar mi nombre de pila en su voz. Nunca había amado mi nombre tanto como ahora.

“Señorita Russell, debería decir,” se corrigió.

Negué rápidamente con la cabeza. “No me importa. Parece extraño ser tan formal cuando compartimos una conexión tan cercana...y vivimos en la misma casa.” Reí, tratando de que mis palabras fueran ligeras.

“Lo es,” coincidió él. Hubo una pausa. “Lo que quería decir, sin embargo, es que no necesita preocuparse por lo que ocurrió esta noche...o en cualquier otra noche. No se ha mortificado a sí misma ni a nadie. La cera fue completamente culpa del teatro, y les hice tomar responsabilidad por su negligencia.”

“¿Lo hizo?” pregunté, de alguna manera reconfortada por la idea.

“Lo hice. Pero el punto es que cualquiera que hubiera tenido cera hirviendo caída varias veces habría hecho lo mismo que usted. No necesita sentirse avergonzada.”

Suspiré. “Pero ¿qué sabe usted de la vergüenza? Es Valentine Donovan. Dudo que siquiera sea capaz de sentir algo así.”

“Entonces está equivocada.”

Entrecerré los ojos. “Solo lo dice para hacerme sentir mejor.”

Él sacudió la cabeza. Fruncí los labios, aún reacia a creerle. ¿Qué posible causa de vergüenza podría tener alguien como él? ¿Era tan mortificante ser el hombre más guapo de Brighton y objeto del interés de tantas mujeres? Porque no había dejado de notar cuántas mujeres lo *miraban* con una fascinación nada sutil cuando íbamos a cualquier lugar.

“Debe haber escuchado muchos rumores sobre mí,” dijo él. “Es amiga de las hermanas Bradley, después de todo, y ellas parecen enorgullecerse de conocer los chismes.”

Mi corazón se detuvo por un momento, preguntándome si se refería a Miss White. “¿Qué rumores?” Mi voz era inestable, y aclaré mi garganta.

“Sobre mi ascendencia.”

Fruncí el ceño. La idea de que él sintiera vergüenza me hacía sentir… mal, casi. Y también un deseo de confortarlo. “¿Y esos rumores lo avergüenzan?”

Su boca se torció en una mueca. “Ya no. Pero sí lo hacían cuando era joven.”

¿Había estado escuchando rumores sobre sí mismo desde que era un niño? Odiaba esa idea. “¿Y cómo lo hacen sentir los rumores ahora?”

Frunció aún más el ceño.

“Perdóneme,” me apresuré a decir. Siempre estaba haciendo algo que las jóvenes adecuadas no deberían hacer. “No quería ser entrometida. Soy demasiado rápida para preguntar exactamente lo que me viene a la mente...”

“Lo cual me gusta,” dijo él.

Mantuve mi mirada en la suya, y él la sostuvo, como para reafirmar lo que había dicho. “No he considerado su pregunta en mucho tiempo. No estoy completamente seguro de qué sentir acerca del tema de mi ascendencia. Tengo más preguntas que respuestas, y muchas de esas respuestas murieron con mi madre.”

“¿Nunca le hizo ninguna de esas preguntas?”

Su mandíbula se tensó, y los músculos allí se definieron más. “Para cuando era lo suficientemente mayor para entender qué preguntas hacer, no tuve la oportunidad.”

“No entiendo.”

Sus fosas nasales se ensancharon ligeramente, algo que ocurría siempre que hablaba de su padre. “El Almirante había accedido a permitirme dimitir de la Marina después de que aprobara el examen de teniente. Pero cuando llegó el momento, se aseguró de que el proceso se prolongara. Como resultado, no estuve presente en la muerte de mi madre.”

Estuve en silencio al principio, sin saber cómo responder. “Lo siento mucho. Seguramente no fue intencional.” Hubo una pausa. “¿Lo fue?”

“Si alguna vez tiene el dudoso placer de conocer al Almirante, verá por usted misma que todo lo que hace es bastante intencional. Esto no fue diferente, le aseguro.”

Me costaba creer que una persona hiciera algo tan cruel—y a su propio hijo. Bueno, quizás no a su propio hijo, pero a alguien a quien había criado como tal. Me parecía que muchas de las tendencias más oscuras de Valentine surgían de su relación con su padre. Pero también era amable y bueno, aunque poco lo admitiera o incluso lo viera.

“¿Cómo era su madre?” pregunté.

“Un ángel,” dijo él suavemente. “Un ángel casado con un demonio.”

Estuve en silencio por un momento, intentando imaginar tanto al Almirante Donovan como a su difunta esposa. “Desearía haberla conocido.” Miré a Valentine, tratando de imaginar qué partes de sus rasgos compartía con ella. “¿Se parece a ella?”

Él sacudió la cabeza. “Teníamos los mismos ojos, pero poco más.”

Sonreí. “Sus ojos son mi rasgo favorito de usted.”

Él sostuvo mi mirada por un momento, luego se volvió, y me pregunté si había hablado demasiado libremente—o revelado demasiado de cuánto lo admiraba. Pero había sido criada en un hogar donde las alabanzas y los cumplidos se daban con parsimonia, y me había prometido nunca retener eso de los demás.

“Sus cejas a menudo parecen severas,” expliqué, “pero sus ojos... son amables y profundos.”

Su boca se curvó en una expresión irónica. “Ve el reflejo de su propia amabilidad dondequiera que mire, Rebecca.”

Sus palabras me recordaron nuestra conversación en el teatro. *No toda la amabilidad de las personas es tan genuina como la suya*. Se había referido a Miss White y a Mr. Sutcliffe.

“¿Puedo hacerle una pregunta, Valentine?”

Él sonrió ligeramente, y me pregunté si le gustaba escuchar su nombre tanto como a mí el mío. “Una pregunta peligrosa por sí sola, creo, si la historia es algún indicio. Pero sí, puede.”

Respiré hondo, tratando de prepararme para la respuesta. “¿Qué es un Paphian?”

# Capítulo 18

VALENTINE

Me quedé quieto, mirando a Rebecca. Sus ojos estaban llenos de una mezcla de cosas: curiosidad, cautela, ansiedad.

"¿De quién escuchó eso?" pregunté. Pero estaba bastante seguro de que ya lo sabía. "¿De los Bradley?"

Ella frotó sus labios y asintió. "Pensé que quizás se referían a Mr. Sutcliffe, que era un término político o algo por el estilo, pero creo que era más bien Miss White a quien aplicaban el término. ¿Qué significa?"

Cerré los ojos, sintiéndome un poco enfermo por la conversación en la que me encontraba. "Rebecca..." Sacudí la cabeza, sin mirar su rostro.

"Dijo que respondería a mi pregunta," dijo ella, pareciendo percibir mi vacilación.

"Dije que podía *hacerme* una pregunta," corregí.

La mirada de traición en sus ojos quemaba mi conciencia, pues mi acuerdo a la pregunta había sido una disposición implícita a responder. Y, sin embargo, estaba dudoso.

Más temprano esa noche, Diana me había acusado de estar preocupado por la opinión de Rebecca sobre mí, y ahora sabía que tenía razón. Eso me *preocupaba*. Nadie más en este mundo me veía como lo hacía Rebecca. Ella estaba decidida a pensar lo mejor de mí, a describir mis ojos como *amables y profundos*. ¿Era tan malo desear preservar eso?

Sería imperdonablemente egoísta, particularmente frente a la joven que tenía delante. Ella estaba pidiendo mi ayuda, pidiéndome que la ayudara a navegar una Sociedad que no comprendía.

Solté un gran suspiro. "Un Paphian es…" ¡Maldita sea! ¿Por qué era tan difícil decir las palabras? "Es una mujer que se ofrece como… compañera para hombres que desean una."

"¿Una compañera?" repitió ella, como si intentara entender lo que esa palabra abarcaba.

"No el tipo de compañía que su hermano desearía para usted," dije. "Lamento que se hayas visto obligada a compartir un palco con Nellie...o con Mr. Sutcliffe, en realidad."

"Nellie," dijo ella. "¿Es Miss White?"

Asentí, lamentando la informalidad. Nunca me había referido a ella de otra manera que no fuera su nombre de pila.

"Y por eso ella dijo que era su amiga *especial*."

Mis labios se presionaron. "Sí."

"¿Y ahora Miss White es la Paphian de Mr. Sutcliffe?"

La forma en que usó la palabra podría haber sido humorística para algunos, pero yo no tenía ganas de reír. "Sí."

Ella tragó saliva, y deseé poder ver en su mente y saber qué estaba pensando.

"Si lo hubiera sabido," dijo ella, "hubiera encontrado alguna excusa para no compartir su palco. Siento haberlo puesto en una… posición difícil."

Parpadeé. "¿Qué?"

Ella levantó un hombro. "Sabía que no estaba de buen humor durante la noche, pero no sabía que estaba experimentando el dolor de los celos."

Luché por responder. ¿Ella pensaba que había estado de mal humor porque estaba celoso?

"No debe ser fácil ver a Miss White y a Mr. Sutcliffe juntos. Aunque, debo decir, me parece claro que ella preferiría ser su Paphian en lugar de la de él." Sonrió débilmente.

Cerré los ojos, sacudiendo la cabeza, pues no podía entender el giro que había tomado la conversación. "Rebecca, no estaba celoso. Estaba de mal humor porque no debía haber sido sometida a todo lo que ocurrió esta noche. Debería estar enojada conmigo y con Diana; ciertamente no debería estar pidiendo disculpas." Pasé una mano por mi cabello y me di la vuelta. ¿Qué clase de criatura celestial era ella para reaccionar de esta manera?

Ella no entendía. Ese era el problema. Aún, después de una semana juntos como habíamos estado, no sabía quién era yo, *qué* era yo.

"Creo que deberíamos detenernos." Me volví hacia ella.

"¿Detenernos?" Sus ojos se llenaron de aprensión. "¿Detener qué?"

"Detener *esto*." Gesticulé hacia el aire entre nosotros. "No la está ayudando, y no podemos pretender que lo hace."

Ella me tomó de la mano, en un gesto suplicante. "Sí lo hace. Le juro, sí lo hace."

Sacudí la cabeza y retiré mi mano suavemente de la suya. "Sería mejor para usted no volver a ser vista conmigo, Rebecca. Esa es la verdad." Apreté la mandíbula, dominado por la frustración. "Le advertí. Traté de hacerle entender."

"Lo *entiendo*," respondió ella.

"No lo entiende." Giré la cabeza, y la sorpresa en sus ojos sofocó las llamas de mi ira...ira conmigo mismo. "No lo entiende," dije en voz baja. "No tenía idea con quién compartía un palco esta noche."

"¿Pero qué importa eso?"

"Importa," dije lo más igualado posible, "porque mi mera presencia en su vida es corruptiva." No deseaba ser esa influencia en Rebecca. Ella merecía algo mejor que eso. Y en cuanto a mí mismo… podía sentir la conexión fortaleciéndose entre nosotros, y no había nada más aterrador para mí que eso...y lo mucho que lo deseaba.

Y no era solo una conexión. Sentí algo en el teatro, ese momento en que nuestros ojos se encontraron.

Apreté la mandíbula. Ni siquiera podía pensar en eso.

Ella sacudió la cabeza. "Es mi único verdadero amigo, Valentine." La forma en que tragó después hizo que mi corazón se contrajera. "Si no lo está ayudando, no le pediré que siga, por supuesto." Hizo una pausa. "¿Es eso de lo que se trata esto?"

Fruncí el ceño. "No."

Ella parecía inconforme. "Quizás el hecho de que la vean conmigo tan a menudo la esté alejando de otras… compañías." La forma en que me miraba dejaba claro que se refería a Nellie. Que pudiera estar preocupada por algo así me hacía sentir un poco enfermo.

"Lejos de eso," respondí. "Hasta ahora ha sido un éxito. Diana leyó al Almirante ayer, y dijo que él sonaba alentado." Todo era cierto. Y aunque mi asociación con Rebecca había producido algunos comentarios burlones, en general, ser visto con ella regularmente estaba haciendo lo que queríamos que hiciera. La forma en que la gente me miraba estaba cambiando, aunque solo fuera un poco. Lo había notado esta noche. Había más interés, más curiosidad, como si quizás la gente estuviera cuestionando sus ideas previas sobre mí.

"Entonces, por favor, no ponga fin a las cosas," dijo ella. "No por mí. Odiaría perderlo." Su mirada se encontró con la mía. "Como amiga. Aunque no como amiga *especial*." Allí estaba esa débil sonrisa de nuevo.

Mantuve su mirada, con una extraña opresión en mi garganta. Nunca nadie había luchado por mí o expresado un deseo tan firme de mi amistad. La forma en que Rebecca me veía no era precisa—lo sabía—pero ¿qué importaba eso? Ella creía que me necesitaba, no solo por lo que pudiera proporcionarle, sino por mi amistad, y no la abandonaría.

La tomé de la mano, manteniendo su mirada. “Siempre seré su amigo. Mientras desee mi amistad.”

Ella presionó mi mano, y temía el momento inevitable en que se daría cuenta de que mi presencia en su vida no sería de ningún valor.

# Capítulo 19

VALENTINE

Rebecca y yo habíamos acordado ser amigos, y después de nuestra conversación la noche del teatro, parecíamos adaptarnos a esa amistad con bastante facilidad. Encontré que mi tiempo con Rebecca era precisamente eso: fácil. Si alguien me hubiera dicho que estaría deseoso de pasar tiempo con una joven ingenua y optimista que, a pesar de su experiencia en el mundo, bien podría haber tenido dieciséis años en lugar de sus verdaderos veinte, me habría reído en su cara —o quizás los habría ignorado como lo loco que sería.

Pero la verdad era que encontraba que mi deseo de bebidas fuertes y altas apuestas en la mesa de juegos era menos poderoso cuando estaba con ella. Su *joie de vivre* hacía que las cosas que desde hacía mucho tiempo no me interesaban fueran un poco más entretenidas y emocionantes nuevamente. Ya fuera un paseo por la playa lleno de entusiasmo por la sensación de la arena húmeda en los pies y el descubrimiento de conchas dispersas, o una cena más con nuevos alimentos para probar y personas para conocer, Rebecca encontraba disfrute en ello. Y aunque nunca igualaría su energía, encontraba diversión y satisfacción secreta en su placer.

Pero no era el único que notaba o apreciaba a Rebecca. Cada vez más, me veía obligado a renunciar a su compañía mientras otros caballeros solicitaban el placer de su compañía para sí mismos. Y aunque podía celebrar tal éxito por el bien de Rebecca, encontraba que las invitaciones no tenían un efecto positivo en mi propio estado de ánimo. Había un sentimiento de protección que brotaba dentro de mí, un deseo de negar a los caballeros *lo* que querían, sin mencionar una sospecha sobre lo que querían. Conocía a demasiados hombres que encontraban satisfacción en abrir los ojos de una inocente para confiar completamente en cualquiera.

No era mi lugar, sin embargo, aunque dudara de que ellos apreciaran a Rebecca adecuadamente, aunque me preocupara por lo que pudieran decir y que ella podría no entender. Su ignorancia probablemente les hacía simpatizar con ella como lo había hecho conmigo. Ella había perdido hace tiempo su vacilación en hacerme preguntas, y aunque yo no había perdido mi vacilación en responder algunas de ellas, nunca parecía poder negarle esas respuestas. Y la forma en que aceptaba todo era tan práctico que nunca podía encontrarme arrepentido de ello.

Cada sonrisa de Rebecca me unía más a ella, como si hubiera estado hambriento toda mi vida de la luminosidad que ella irradiaba. No podía evitar empaparme de ella más de lo que podría una esponja seca en medio del océano.

Nuestra amistad no estaba exenta de estímulo, tampoco. De hecho, Diana parecía tener un compromiso para que asistamos o una tarea que deseaba que cumpliéramos cada día, todo en preparación para la fiesta que había decidido organizar para marcar la entrada de Rebecca en la sociedad.

“Es extraño, ¿no?” le dije a mi hermana una mañana cuando pidió mi ayuda y la de Rebecca para desempolvar la biblioteca.

“¿Qué es extraño?” Frunció el ceño al mirar el menú de la semana que tenía frente a ella y garabateó algo en él.

“Qué incompetentes se han vuelto recientemente tus sirvientes.”

Ella volvió a mojar su pluma. “Por el contrario. Están tan ocupados con otras tareas que no

puedo, con buena conciencia, pedirles que hagan esto además de todo lo demás. Además, me aseguraste que te ganarías el sustento aquí, sabes, y ya han pasado más de dos semanas desde que llegaste cuando me aseguraste que no serían más de una."

"Entonces me iré," dije, dándome la vuelta.

"No," exclamó, apartándose de su tarea. "Te necesito aquí."

Sonreí, pero en secreto me sentí aliviado por su reacción. Era lo que esperaba, pero si ella hubiera accedido a mi partida, me habría encontrado en una posición difícil. No estaba más forrado en el bolsillo de lo que había estado hace dos semanas, y no deseaba irme. Desde que llegué a quedarme con ella, comencé a sentir que el mundo ofrecía cada vez menos para mí fuera de las paredes de la casa.

La miré nuevamente. "¿Me necesitas aquí?"

Ella asintió, pero no explicó más.

"Vamos, Di. ¿Cuál es tu juego? Y no creas que no me he dado cuenta de que nos has unido a Rebecca y a mí en cada oportunidad."

"No estoy *uniendo* a nadie," dijo. "Ustedes hicieron un acuerdo para ayudarse mutuamente, y yo me estoy asegurando de que ambos cumplan su parte del trato."

Le lancé una mirada que decía *yo no te creo*. Ella me ignoró con atención, volviendo a mirar el menú.

"Si pudiera tener el desempolvado hecho para mañana, será lo mejor," dijo. "Phineas llegará el jueves, y deseo que pueda mirar los libros sin todo el horrible polvo que hay ahora."

"¿Phineas?" dije sorprendido.

"Sí. Lo invité a quedarse."

Le levanté una ceja. "Quiere decir, que lo atrajiste con la promesa de libros para que estuviera aquí para la fiesta." Nunca lo había dicho, pero sospechaba que Diana tenía la ambición de casar a Phineas y a mí.

Se encogió de hombros.

"Desearía que no lo hubieras hecho," me quejé. "El Almirante sin duda lo acompañará."

"Tranquilo, querido hermano. Le dije a padre que no necesitaba molestarse en asistir."

No me importaba que Phineas estuviera aquí. Mi culpa por haber dejado a mi hermano menor para que enfrentara solo los estados de ánimo del Almirante había persistido desde mi partida de Blackwick Hall. Phineas merecía un respiro, y no había nada que le interesara más que una habitación llena de libros sin explorar.

"¿Y qué dirá Russell cuando regrese aquí y descubra que ha llenado su casa con Donovans?" pregunté.

"No dirá nada." El tono cortante que usó me dijo que sentía más fuerte sobre esto de lo que estaba dejando ver. "Los negocios en Birchleigh se han vuelto más complicados de lo que anticipó, lo que lo mantendrá alejado otra quincena."

La observé por un momento. Ella no dio ninguna indicación de que las palabras la afectaran, pero no me engañaba. No podía ser fácil estar tan lejos de su nuevo esposo, y en contra de mi voluntad, sentí un poco de compasión por Diana.

Ella levantó la vista hacia mí. "Rebecca ya está en la biblioteca, así que a menos que quieras hacer que ella haga la mayor parte del trabajo, te sugiero que te unas a ella más pronto que tarde."

Suspiré y me dirigí hacia la puerta. "De alguna manera dudo que Russell haya tenido la intención de hacer de su hermana una sirvienta cuando la convirtió en tu dama de compañía."

"Gracias, querido hermano," dijo Diana, ignorando completamente lo que había dicho. "Oh,

y si pudieras informarle a Rebecca que le recomiendo que elija una Boulangère y el vals para el primer set, lo apreciaría."

Me detuve en la puerta. "¿El vals? ¿Un poco atrevido para una fiesta de presentación, no crees?"

Ella sonrió, llena de su confianza y travesura habituales. "Precisamente."

No me gustaba particularmente la idea de que Rebecca bailara el vals con alguien, pero difícilmente podía decírselo a Diana. O a nadie. Además, era justo como Diana hacer algo así. No era el tipo de mujer que hacía lo seguro o respetable. No. La fiesta de Rebecca sería comentada, tal como Diana lo había previsto. "Transmitiré tu mensaje."

Cuando llegué a la biblioteca, Rebecca estaba en el tercer peldaño de la escalera, con un plumero en la mano. Pequeñas ráfagas de polvo, iluminadas por la luz que entraba por la ventana, se levantaban frente a ella con cada barrido del plumero. Ella estaba tarareando algo alegre, como si no hubiera nada en el mundo que deseara hacer más que desempolvar la biblioteca de su hermano.

Retrasé el notificarle mi llegada mientras intentaba captar la melodía. Era "*O Mistress mine, ¿where are you roaming?*", lo que me hizo sonreír.

Como si pudiera escuchar el sonido de mi sonrisa, ella se dio la vuelta. "Oh, ahí está. Quizás pueda alcanzar el estante más alto. O quizás si me pongo en la cima" puso un pie en el siguiente peldaño.

"No," grité, apresurándome hacia ella con las manos en alto por si acaso pudiera caerse. Ella se detuvo, mirándome con las cejas levantadas.

"Haré los estantes superiores," dije, con el corazón latiendo un poco más rápido.

"Muy bien," dijo con resignación. "Pero si va a divertirse todo el tiempo, quizás pueda al menos empujarme unos metros hacia allí."

Miré hacia el lugar que había indicado, frunciendo el ceño. Al no encontrar nada, volví mi mirada hacia ella.

Ella sonrió. "Siempre he deseado deslizarme por los estantes de la biblioteca en una escalera. Mi abuelo solo tenía una fija en su biblioteca. Era terriblemente incómodo de mover y no la aventura que deseaba."

Solté una risita, sacudiendo la cabeza ante sus extrañas ambiciones. "Cumpliré *si* baja tres peldaños más."

Su sonrisa creció, y el pequeño atisbo de travesura en sus ojos era completamente encantador. "¿Está preocupado por mí, Valentine?" Sujetando el costado de la escalera con una mano, ella estiró el brazo para que su cuerpo colgara lejos de la escalera y de la pared de estantes. Era un gesto juguetón pero desafiante, y casi deseaba que se cayera solo para poder atraparla en mis brazos.

"Preocupado hasta la distracción," dije secamente. "Si se cae, tendré que desempolvar toda la biblioteca yo mismo."

Ella se rió y, ajustándose más firmemente en la escalera, bajó dos peldaños.

"Y el tercero," dije, inflexible.

Ella obedeció, luego miró hacia abajo con expectativa.

"¿Se sostiene firmemente?" pregunté.

"Me sostengo por mi vida."

Con una risita, empujé la escalera.

Ella rió con deleite mientras se deslizaba unos tres metros hacia un lado, y yo observaba con una sonrisa mientras ella dejaba que su plumero pasara por un estante hasta que la escalera se

detuvo. Ella hacía que desempolvar la biblioteca pareciera menos una tarea y más un entretenimiento.

"Es su turno," dijo, dando el último toque de polvo a los libros más cercanos mientras descendía.

"*No* es mi turno."

"*Sí*, es su turno." Ella tomó un segundo plumero que estaba en el alféizar de la ventana y lo colocó firmemente en mi mano. "No se arrepentirá. Se lo prometo." Me dio un empujón hacia la escalera. "Dijo que haría los estantes superiores, ¿no?"

"Lo dije." Me rendí ante la presión que ella ejercía en mi espalda y puse un pie en el peldaño inferior. "Pero no es necesario deslizarse. De hecho, deslizarse está completamente prohibido."

"No estoy de acuerdo," dijo ella. "Deslizarse siempre es necesario cuando es posible. Adelante, solo una vez."

Suspiré y subí por la escalera. Mi incapacidad para decir no a Rebecca Russell sería mi perdición. Llegué al peldaño cuarto desde arriba y miré hacia abajo. Ella ya estaba lista para empujar la escalera y la miré con una mezcla de risa y preocupación.

Fue mucho más fuerte de lo que yo la había empujado a ella, y la escalera se deslizó por el riel mientras yo me aferraba con más fuerza al costado con una mano e intentaba sacudir el polvo con la otra. Fue una maniobra peligrosa, levantando nubes de polvo frente a mí, lo que me provocaba ganas tanto de reír como de estornudar. La risa de Rebecca que me seguía indicaba que estaba corriendo detrás de mí.

La escalera golpeó el final del riel con un ruido seco, poniendo a prueba mi precario equilibrio con un sacudón, incluso mientras Rebecca estabilizaba la escalera con una mano.

"*Ese* fue un buen empujón", dijo ella.

"¿Realmente?", respondí mientras bajaba. "Permítame corregir mi intento anterior, entonces".

Me moví, haciéndole espacio para que tomara mi lugar, pero no lo hizo. Sus ojos estaban fijos en mí, juguetonamente cautelosos, como si no supiera si confiar en mí o no. Después de un momento de consideración, sin embargo, subió.

"Valiente dama", dije, esperando hacerla reconsiderar su decisión.

Ella simplemente sonrió y subió hasta el cuarto peldaño desde arriba. "No. Confío en usted. Jamás me haría daño".

Sus sencillas palabras me tomaron por sorpresa. Las dijo con tanta naturalidad, como si no tuviera ninguna razón en el mundo para dudar de ello. Y tenía razón. No podía imaginar hacerle daño a Rebecca Russell, al menos no intencionadamente.

"¿Y bien?", me miró hacia abajo, esperando con el plumero en alto y lista.

Me aferré al costado de la escalera con una mano y la empujé con fuerza, corriendo junto con ella y subiendo al primer peldaño para acompañar a Rebecca mientras volábamos a lo largo de los estantes, con la falda de su vestido golpeando mi rostro sonriente.

Entre estornudos, deslizamientos y una buena dosis de risas—más de su parte que de la mía, por supuesto—sacudimos el polvo de la biblioteca durante la siguiente hora. Al final, Rebecca se frotó las manos, observando la biblioteca. "Hicimos un buen trabajo. Si alguien llega a entrar aquí la noche de la fiesta, quedará justamente asombrado por el admirable estado en el que se encuentra".

No era tan tonto como para pensar que alguien realmente entraría en la biblioteca la noche de la fiesta. Todo esto había sido una excusa para que Diana nos obligara a pasar tiempo juntos.

Y lo había disfrutado, maldita sea.

"Hablando de la fiesta" dejé mi plumero junto al suyo "Diana me pidió que le dijera que recomienda seleccionar una Boulangère y un vals para la primera tanda".

"¿Un vals?" Sus ojos abiertos me indicaron que esta no era una noticia particularmente bienvenida.

"Sí, y una Boulangère".

"Pero no sé bailar el vals".

"Ah." No era sorprendente, en realidad, que una joven que había asistido a su primer baile en Brighton no supiera bailar el vals. Muchas personas no lo sabían. Era una adición tan reciente a la escena de baile en Inglaterra—y no felizmente aceptada por todos. "Podemos decirle a Diana que no, entonces. Nada está decidido. La fiesta es en su honor, y es su prerrogativa elegir la primera tanda". Sentí un poco de alivio, ya que significaría que no estaría obligado a ver, o siquiera *imaginar*, ese estúpido baile.

"¿Pero lo recomendó?", preguntó.

"Lo hizo", confirmé. "Pero eso no debería pesar en su decisión". Tan pronto como lo dije, me di cuenta de que podría haberme ahorrado el esfuerzo. Rebecca veía a Diana como un ejemplo de cómo comportarse en la sociedad. No ignoraría su consejo.

Mordió su labio. "¿Sabe *usted* bailar el vals?"

"Lamentablemente", dije con ironía. "Parte de una apuesta que tuve la mala fortuna de perder".

Su ansiedad dio paso a la curiosidad. "¿Tuvo que aprender el vals porque perdió una apuesta?"

"Aprenderlo y bailarlo—solo—en un baile en algún pueblo obscuro cuyo nombre ya he olvidado".

Rebecca se rió. "Qué encantador. Los hombres siempre se divierten, ¿no?"

"Le aseguro que no hubo nada *divertido* en que el Maestro de Ceremonias me arrastrara fuera de la pista de baile—o en que la orquesta dejara de tocar porque todos los demás bailarines dejaron de bailar el vals para observarme".

"Me hubiera gustado verlo", dijo, claramente intentando imaginarlo. "Mi vida ha sido tan aburrida en comparación con la suya".

"Más aburrida, quizás, pero ciertamente mejor aprovechada. Usted estaba cuidando a su abuelo mientras yo hacía el ridículo". Ella siempre hablaba de él con cariño, pero había leído entre líneas lo suficiente como para darme cuenta de que debía tener una personalidad difícil y terca. Era un milagro que ella tuviera una disposición tan alegre después de pasar tanto tiempo con él como su único compañero. "¿Extraña Millbury?"

Respiró hondo, reflexionando, y exhaló lentamente. "A veces. Extraño a mi abuelo. Incluso extraño al señor Philpotts de vez en cuando. Extraño saber cuál era mi lugar. Todo era familiar". Me miró. "Estaría terriblemente perdida en Brighton sin usted".

¿Cómo era posible que una observación tan sincera y no coqueta lograra acelerar mi corazón?

"Se las arreglaría perfectamente bien", dije. "Incluso mejor".

"No discutiremos esto de nuevo". Inclinó la cabeza hacia un lado, mirándome con duda reflejada en la suave inclinación de sus cejas. "Si Diana desea un vals, yo también lo deseo. ¿Le molestaría enseñarme?"

"No", respondí con sinceridad. No me molestaría en absoluto. De hecho, me gustaría demasiado. Pero no tuve tiempo de contemplarlo realmente, porque Rebecca estaba tan

entusiasmada con su gratitud que me obligó a prestar toda mi atención para recibirla y amortiguarla a niveles más manejables.

Solo unos minutos después me di cuenta de que probablemente había sido el plan de Diana desde el principio—obligarme a enseñarle a Rebecca cómo bailar el vals. Como todas las ideas de Diana, esta era una poco sensata, y no dejaría que ella arruinara los términos amistosos en los que Rebecca y yo nos habíamos asentado. Y por asentado, por supuesto, me refería a que estaba peligrosamente al borde de esos términos, manteniendo algún tipo de equilibrio solo por pura fuerza de voluntad y el afecto que sentía por Rebecca.

Ella merecía algo mejor que yo, y pronto se daría cuenta de ello.

# Capítulo 20

REBECCA

La idea de realizar un baile que no había tenido mucho tiempo para practicar antes de la fiesta era, lo admito, desalentadora. Era bastante difícil recordar los pasos de los reels, minuetos y danzas campestres que había aprendido con el Sr. Abbot. Había abandonado mi búsqueda de la perfección con esos bailes y estaba decidida a simplemente disfrutar, aunque eso significara pisar los zapatos de mi compañero. Descubrí que no era particularmente hábil siguiendo el liderazgo de quien bailara conmigo. Mi cuerpo era demasiado impaciente para ello—otro ejemplo de por qué nunca sería la bella de Brighton, incluso si no hubiera sucedido el incidente del jarrón roto o el de la cera de vela del teatro.

¡Dios mío! ¿Qué otros errores desafortunados me esperaban? Era un pensamiento desalentador.

Y aunque hacer de compañía a Valentine estaba teniendo el efecto deseado en el sentido de que ya no me sentaba fuera de los bailes ni me faltaban compañeros de conversación dondequiera que fuéramos, no pude evitar notar la variación en tales compañeros. Pocos parecían volver para un segundo set, y esa reflexión era desalentadora. Sin duda, sería mejor tener uno o dos pretendientes decididos que una serie de hombres que decidían que no les gustaba después de una sola conversación.

He pensado mucho sobre lo que podría ser responsable de la falta de un pretendiente consistente, y no pude poner el dedo en ninguna cosa particular excepto que tal vez no era como las otras jóvenes que me rodeaban. No sabía cómo coquetear o ser reservada. Estas no eran habilidades que me habían enseñado en casa del abuelo, y mis intentos de imitar lo que había visto era extremadamente insatisfactorio. De hecho, cuando intenté usar un abanico para coquetear con un caballero, el episodio terminó con mis dedos atrapados entre las varillas, algo que más de una persona me dijo que no pensaban que fuera posible.

Sin embargo, el vals era algo que podría ayudar en mi deseo de ser tomada en serio. Grace y Maria Bradley habían hablado de él más de una vez en mi presencia, siempre con la mayor seguridad de que un vals ponía a un hombre y a una mujer en un tipo de contacto que no podía más que llevarlos a pensar en el matrimonio.

Así que, aprendería a bailar el vals.

Dorothea abotonó los últimos botones de mi vestido blanco de bombasí mientras yo acomodaba la chemisette en mi cuello. Me gustaba mucho cómo Dorothea había comenzado a peinar mi cabello. Cuando llegué a la ciudad, tres matronas diferentes me habían preguntado si ya había cumplido los dieciocho—una experiencia desalentadora, sin duda. Pero eso había cesado desde entonces, y lo atribuía casi por completo a los nuevos peinados que Dorothea había estado probando.

“¿Necesita algo más, señorita?” preguntó.

“No, gracias.”

Valentine y yo habíamos acordado tomar un desayuno tardío y luego comenzar nuestras lecciones de vals en el salón, y sentía una oleada de anticipación ante la perspectiva. Era como siempre me sentía antes del desayuno en estos días. A veces Diana se unía a nosotros cerca del

final, pero a menudo éramos solo Valentine y yo, con nuestro chocolate sonriente y cualquier conversación que yo le imponía.

No podía evitarlo. Mi curiosidad no tenía límites—sobre la Sociedad, por supuesto, pero también sobre él. Valentine había conocido una gran cantidad de tristeza, había llegado a entender, aunque él no lo había expresado en términos que se acercaran a ese lenguaje, pues no era del tipo que lo admitiera. Pero cuanto más sabía de él, más deseaba traerle felicidad de cualquier manera que pudiera.

La verdad más grande, sin embargo, era que estaba haciendo precisamente lo que le había asegurado que no haría. Pues *había* prometido no enamorarme de él. Pero ese era el problema con enamorarse; no se hace intencionalmente, así que ¿cómo se puede detener?

Llegó más tarde de lo habitual para el desayuno y parecía estar en un estado de ánimo inusualmente sombrío, menos hablador de lo habitual—y nunca era particularmente locuaz. Pero cuando ambos terminamos nuestra comida y bebida y propuse que nos trasladáramos al salón, él asintió con suficiente disposición y me siguió allí. Solo la dura expresión de su mandíbula me indicó que algo podría estar mal a pesar de sus afirmaciones en sentido contrario.

El salón era una habitación elegante, tapizada en verde salvia con cortinas esmeralda y detalles dorados. Había algunas sillas y otros pequeños muebles esparcidos por la alfombra, así que tuvimos que hacer un poco de reorganización para hacer suficiente espacio para nuestra lección. Valentine rechazó mi sugerencia de llamar a los sirvientes para realizar la tarea, así que intenté no admirarlo demasiado mientras movía pieza tras pieza de mobiliario con aparente facilidad.

Para cuando despejamos el área en la alfombra, había algunas gotas de sudor en la frente de Valentine. Se quitó el abrigo, y yo ignoré diligentemente la forma en que sus mangas se adhirieron a su piel en los hombros antes de sacudirlas. Aunque había pensado que Valentine era un hombre diabólicamente apuesto en nuestro primer encuentro, el conocimiento posterior solo lo había mejorado, pues con él había venido una familiaridad con las sutilezas de expresión que me decían cómo se sentía—los diversos tipos de fruncimientos que usaba, los diferentes ángulos de sus sonrisas renuentes, la posición de su mandíbula en frustración o determinación.

Se volvió para mirarme, exhalando un suspiro y colocando sus manos sobre los muslos de sus pantalones. “Entonces, el vals.”

Asentí y respiré hondo, preparándome para aprender.

“Lo que debe saber ante todo es que el mareo es su mayor enemigo cuando se baila un vals.”

“¿Mareo?” repetí.

“Mareo,” confirmó. “La única manera de combatirlo es mantener los ojos en su pareja mientras gira. Puedo decirle esto desde mi propia experiencia de no tener una pareja.”

“Oh, cielos,” dije, tratando de no sonreír. “¿Qué lo llevó a aceptar una apuesta así?”

Él levantó una ceja, como si no debiera hacer tal pregunta.

“Estaba borracho,” dije.

Un pequeño resoplido salió de él. “¿Dónde en nombre del cielo aprendió esa palabra?”

Sonreí enigmáticamente. “Diana la dijo una vez. He estado anotando en un cuaderno las expresiones que he aprendido—principalmente de usted y algunas de otras personas. Esas últimas definiciones las he tenido que asumir del contexto, por supuesto, así que es posible que estén equivocadas. Esperaba que aceptara revisarlas y ver si las he entendido correctamente.”

Él susurró algo entre dientes. Podría haber adivinado la palabra en voz alta, pero pensé que podría no gustarle en ese momento particular. Me había familiarizado con los insultos elegidos

por Valentine, pues no los susurraba tan bien como pensaba. “Su hermano probablemente me desafiará a un duelo si descubre este cuaderno suyo.”

Levanté las cejas. “¿Realmente? Eso es muy prometedor, pues podríamos tachar el duelo de mi lista.” Fruncí la nariz. “Aunque tal vez no sería ideal tener a mi propio hermano como uno de los participantes. Menos romántico, creo.”

“¿Es eso más que el pensamiento de verme muerto por una herida de bala lo que la disuade?”

El comentario me sacó de mis imaginaciones, y encontré la mirada sarcástica de Valentine. “Duke nunca lo *mataría*, por supuesto. Naturalmente, se retiraría. O quizás un leve roce en el brazo sería mejor. Justo aquí, por ejemplo.” Acerqué mi mano en la parte superior de su brazo, cerca del hombro. Qué conmoción causaría si la gente supiera que Valentine Donovan, empedernido mujeriego, había sido herido en un duelo en mi nombre. La firmeza de su brazo bajo mi mano me distrajo por un momento, y la retiré. “Podría llevar un vendaje alrededor de su abrigo en la próxima fiesta a la que asistamos.”

Una de sus cejas se levantó. “¿Un vendaje por fuera de mi ropa?”

“Bueno, podría llevar uno debajo también, si le preocupa que sus mangas se manchen con la sangre.”

“Qué generosa es usted. Quizás deberíamos centrarnos en el vals y dejar la discusión sobre un duelo hasta que su hermano pueda dar sus propias sugerencias creativas. O quizás ha decidido no aprender el vals. Sin duda, hay algo más impactante que preferiría... ¿un duelo público?”

Me reí. “¡Ahora me está tomando el pelo! Pero tiene razón. Deberíamos concentrarnos en el vals.” Respiré profundamente y enderecé los hombros. “Estoy lista para aprender.”

“Muy bien,” dijo. “Desafortunadamente, no tenemos música, así que simplemente tendremos que contar.”

“Podría tararear,” ofrecí.

“Si lo prefiere, por supuesto. Ahora, para las posiciones.” Inspiró y se acercó más a mí. “Ambos colocamos nuestras manos en la cintura del otro. Así.”

Contuve la respiración cuando su mano envolvió mi cintura, todos los pensamientos salieron de mi cabeza salvo la sensación de sus dedos y palma sosteniéndome en el costado. Había sido escoltada por Valentine, había bailado con él, pero esto... esto era algo diferente, y mi corazón lo sabía.

“Ambos lo hacemos” dijo.

Lo miré, parpadeando. “¿Qué?”

“Debe colocar su mano en mi cintura también.” Las palabras estaban tensas, su mandíbula fija, como si no disfrutara repetirlo.

Forcé una sonrisa. “Oh, por supuesto. Qué tonta.” Coloqué mi mano en su lugar, notando una casi imperceptible tensión en sus músculos debajo de mi mano, y esos músculos ya eran bastante firmes.

Asintió. “Nuestras otras manos se unen por encima de nuestras cabezas.”

Obedecí, esforzándome por concentrarme en la mecánica de los movimientos mientras él describía las figuras y pasos que el baile requería, y para tararear mientras los ejecutábamos. Era algo difícil con nuestras caras tan cerca y sin otro lugar a donde mirar más que a sus ojos o a sus labios. Nos encontramos chocando un par de veces debido a mis errores.

La tercera vez que tropecé con él resultó en un apretón instintivo de su mano alrededor de mi cintura. Retrocedí, separándome.

“¿Qué sucede?” preguntó. “¿Está cansada? ¿Deberíamos tomar un respiro?”

“No, no,” dije. “Es solo que... bueno, no soy una buena bailarina, como bien sabe, y me pregunto si tal vez el vals no sea tan buena idea después de todo.”

“Tonterías. Es usted una bailarina perfectamente buena. He bailado con usted y la he observado muchas otras veces. Nunca parece más feliz que cuando está bailando. Es solo que aún no conoce estos pasos lo suficiente como para disfrutarlo.”

Asentí, consciente de que esa *no* era la razón por la cual estaba luchando. ¿Cómo iba a mantener los pasos y figuras en mi mente cuando me estaba perdiendo en los ojos de Valentine? ¿O imaginando cómo se sentiría besarlo?

No había nada en su comportamiento que indicara que él estaba luchando. Valentine simplemente estaba cumpliendo con un deber. Y eso era de esperarse, pues ¿qué era para él bailar el vals con Rebecca Russell cuando había experimentado mucho más con otras mujeres?

Pero no era la intimidad física con Valentine de Nellie White ni de ninguna otra mujer la que más envidiaba, aunque ciertamente la *envidiaba*. Era la idea de que ellas podrían conocerlo mejor que yo, que en su asociación con Valentine podrían haber llegado a conocer partes de su carácter que yo aún no conocía o quizás nunca llegaría a conocer.

“Estoy siendo tonta, por supuesto,” dije. “Intentemos de nuevo.”

Asintió y, con esa mandíbula fija que me decía que estaba decidido a ayudarme a aprender, colocó su mano en mi cintura y unió la otra a la mía por encima de nuestras cabezas. Un temblor incontrolable recorrió mi cuerpo con su toque, y su mirada se encontró con la mía. Algo me decía que, si Valentine supiera lo que sentía por él, no dudaría en terminar las cosas de inmediato. No habría más tazas de chocolate sonriente por las mañanas, no más pedirle que explicara las complejas reglas y expectativas de la sociedad de Brighton, no más intentar hacerlo sonreír y reír. Y esa era una perspectiva que no podía aceptar.

“Perdóneme,” dije. “El Sr. Abbot siempre tenía las manos más frías, y creo que está incrustado en mí temblar cuando estoy aprendiendo a bailar.”

Valentine frunció el ceño. “¿El Sr. Abbot?”

Asentí. “Era mi maestro de baile. Se había retirado de la enseñanza formal, pero, como amigo de mi abuelo, accedió a ayudarme.”

“¿Y cuántos años tenía?”

“Ochenta y siete.”

Valentine parecía menos que complacido. “Por supuesto. ¿Y no usaba guantes cuando le daba clases?”

“Sí,” balbuceé, “pero eran terriblemente finos y desgastados, así que aún podía sentir su piel fría y arrugada bajo la tela desgastada.” ¿Por qué estaba mintiendo? Y ni siquiera era una buena mentira. Nadie lo creería.

La culpa me devoraba. El Sr. Abbot *siempre* había usado guantes, y nunca había sentido si su piel estaba fría o cálida. Pero había sentido la piel de mi abuelo muchas veces, y *siempre* estaba terriblemente fría. También había sentido la de Mr. Philpotts una vez, y estaba helada. “Creo que las personas mayores sufren con frecuencia de manos frías,” ofrecí en apoyo a mi invención. Incluso a mis propios oídos, sonaba desesperada. Y lo *estaba*. Desesperada por mantener a Valentine sin saber cómo su toque me hacía sentir cosas que nunca había sentido antes, cosas que él no quería que sintiera.

Frunció el ceño profundamente. ¿Cómo podía un hombre parecer tan atractivo con una expresión tan ominosa? “Sigue halagándome con estas comparaciones con hombres a punto de enterrar su cuchara en la pared.”

Incliné la cabeza hacia un lado, momentáneamente distraída.

“Sí,” dijo resignado, reconociendo la causa de mi curiosidad. “*Enterrar la cuchara en la pared*. Significa morir. Puede agregarlo a su colección de frases de jerga, que espero le brinden gran consuelo cuando el Duque me haya disparado y matado en un duelo.”

No pude evitar reír. “No lo comparo con viejos porque sea como ellos. Es muy diferente, se lo aseguro, ser abrazada por un hombre encorvado y arrugado de ochenta y siete años que ser abrazada por” me mordí la lengua para evitar que saliera de mis labios *el hombre más guapo que había visto* “que ser abrazada por usted.” De alguna manera, mi elección de palabras aún sonaba llena de implicancia.

Sus ojos buscaron los míos por un momento. Aún estábamos en posición para comenzar a bailar el vals, y el brazo sostenido por encima de nuestras cabezas empezaba a cansarse. “Bueno, dudo que baile con algún viejo en la fiesta, así que sería mejor que se acostumbre a un agarre menos tembloroso y un paso más ágil.”

“Por supuesto,” respondí, preguntándome si reaccionaría de la misma manera si otro caballero me abrazara. Sospechaba que no. “Continuemos.”

Alguien aclaró su garganta, y ambos giramos la cabeza hacia la puerta, de donde había provenido el sonido. Dos hombres estaban allí, uno con una expresión sombría y el cabello entre gris y blanco, el otro con el cabello rubio arenoso y grandes gafas de alambre sobre su nariz. Diana se apresuró desde detrás de ellos y se abrió paso, con una mirada apresurada y de disculpa hacia nosotros.

Las manos de Valentine cayeron, y yo hice lo mismo con las mías, preguntándome qué tan pronto todos podríamos ahogarnos en el espeso aire que nos rodeaba—y si estaba mirando a las dos personas que creía que estaba mirando.

# Capítulo 21

VALENTINE

Por la expresión en el rostro de Diana, estaba claro que no sabía que el Almirante tenía la intención de venir. Phineas, también, parecía grave y disculpándose.

Pero eso no cambiaba el hecho de que el Almirante estaba aquí, y la visión de él, con su ropa impecablemente planchada y su expresión severa, hacía que mi estómago se revuelva y mi pecho se tense, justo como había ocurrido la última vez que nos vimos.

Sería demasiado fácil empezar donde lo habíamos dejado. Irónicamente, él había exigido que dejara Blackwick, y ahora aquí estaba, persiguiéndome para que no pudiera escapar de él. Quería decirlo, pero la experiencia me decía que las cosas solo empeorarían a partir de ahí, y no quería someter a Rebecca a eso.

Sostuve la mirada del Almirante. "¿No hay algún picnic al que debamos asistir, Diana?"

No hubo una respuesta inmediata, y moví mi mirada hacia mi hermana, cuya boca estaba abierta, como si no estuviera completamente segura de cómo responder. Había recibido una invitación a un picnic para hoy, pero después de una semana llena de supuesta alegría, la había convencido para que la rechazara.

Ahora me arrepentía de eso. Sería mejor asistir a algún picnic que tener que pasar tiempo en compañía del Almirante—y más seguro que cómo había pasado la mayor parte de una hora: con mi mano alrededor de la cintura de Rebecca y nuestras caras lo suficientemente cerca como para haber memorizado cada matiz en sus ojos y preguntarme si, en alguna otra versión de la vida, podría haber sido digno de sostenerla sin la excusa del vals.

"Sí," dijo Diana lentamente. "El picnic en los Wolcott. Deberíamos cambiarnos, ciertamente, o llegaremos tarde."

No lo haríamos. Si la memoria no me fallaba, el picnic no empezaba hasta dentro de otras dos horas, pero no me importaba. Necesitaba una razón para estar fuera de la presencia del Almirante, incluso si eso significaba soportar más tiempo conversando con gente que no me importaba en lo más mínimo.

"Muy bien," dijo el Almirante. "Nos uniremos a ustedes."

Apreté la mandíbula.

"¿Sin invitación?" preguntó Diana.

"George Wolcott es un amigo," dijo el Almirante. "Estará más que contento de verme, con invitación o sin ella."

"Al menos uno tiene," dije en voz baja. Quería escapar del Almirante, y ahora no solo asistiría a un picnic que nunca había deseado asistir, sino que lo haría en su compañía. Me volví hacia Rebecca a mi lado. Ella parecía una cierva enfrentándose a un grupo de cazadores. Mi ira disminuyó un poco. "Podemos continuar esto más tarde, aunque creo que ya casi tienes la idea." Intenté una sonrisa tranquilizadora, y su postura se relajó al verla, apareciendo su propia sonrisa lista.

"Mentiroso," dijo suavemente.

Puse una mano sobre mi corazón. "Por mi honor."

Sus ojos brillaron. "¿Tienes alguno?"

“¡Dolió!” dije con una risa.

Diana aclaró su garganta, y encontré todas las miradas sobre nosotros.

“¿Sí?” dije con molestia, luego hice un gesto con la mano. “Pueden ir a vestirse.”

***

Lo último que quería era estar apretujado en una carreta con el Almirante—cuanto más cercanas eran las instalaciones, más explosivo era el resultado, había descubierto—por lo que insistí en tomar un coche de alquiler.

“Únete a él, Phineas.” El Almirante me observaba como si mi idea fuera meramente una intención velada de abandonar el picnic por completo e ir al club. No era una idea terrible, en verdad.

Phineas me miró para medir lo que pensaba al respecto, su mirada era cuidadosa detrás de sus gafas. Era un buen tipo de hermano. Nunca interfería, generalmente era silencioso, pero su disposición a cumplir con las eternas demandas del Almirante me molestaba.

Mi verdadera duda era dejar a Rebecca con menos compañía en la carreta para protegerla del Almirante. Dudaba que hubiera conocido a alguien como él. Era un poco como el jarrón que habíamos roto—único y desagradable. La única diferencia era que el Almirante no formaba parte de una pareja. Gracias al cielo por eso.

Pero Diana era perfectamente capaz de asegurarse de que él no hiciera nada para incomodar a Rebecca, así que le hice un pequeño gesto a Phineas para mostrar que estaba lo suficientemente satisfecho para que él se uniera a mí.

Una vez asegurado el coche, Phineas y yo subimos.

“No puedes estar esperando esto más que yo,” dije, acomodándome. La mayor similitud que compartíamos Phineas y yo era nuestra reticencia a participar en una interminable serie de actividades sociales. Pero mientras mi reticencia se basaba en la impaciencia por la charla superficial y sin sentido, la suya provenía de su preferencia total por los libros y el estudio.

“No,” respondió Phineas. “Pero padre insistió en que viniera.”

“Por supuesto que lo hizo. Y, naturalmente, accediste.”

Él me miró por un momento, luego giró la cabeza hacia un lado, en silencio.

“Dilo,” dije.

“¿Decir qué?”

“Lo que sea que estabas pensando, pero decidiste no decir. Sabes que tengo la piel lo suficientemente gruesa para soportarlo.”

Él me estudió a través de esas gafas delgadas nuevamente. “Está bien. Algunas batallas no valen la pena pelearse.”

“Por lo que quieres decir que, para ti, *ninguna* de ellas vale la pena pelear.” Eso no era del todo justo, en realidad. Aunque Phineas no era del tipo que se oponía abiertamente al Almirante, siempre había encontrado formas de rebelarse en silencio. Su necesidad de gafas desde una edad temprana era, sin duda, debido a todas las escapadas para leer en la luz tenue. Había sido molestado con frecuencia por su amor por los libros y su falta de interés en las partes más ásperas de la navegación. En una ocasión, había intervenido para detener la crueldad, resultando en una pelea que me había ganado un ojo morado y un labio ensangrentado. Phineas tampoco me había agradecido. Parecía más frustrado que otra cosa, pues prefería ignorar en lugar de enfrentar.

“Luché con él sobre su intención de venir a Brighton, Valentine. Pero no sirvió de nada. Estaba decidido.”

“¿Por qué? ¿Por qué echarme solo para seguirme?”

“Las cartas de Diana lo habían puesto curioso—y dudoso. Insistió en venir a ver tu supuesto progreso por sí mismo.”

Suspiré. Ese era el problema de hacer todo lo posible para convencer a alguien de que nunca harías lo que ellos deseaban: en el momento en que lo hicieras, se negaban a creerlo. “Gracias por intentarlo, Phin.”

***

Bebí de un vaso de limonada en las mesas de refrigerios cubiertas por tiendas de lona. Los platos y vasos habían sido revisados, y la mayoría de los invitados se había acomodado en los asientos en el césped, conversando y comiendo al ritmo de la pequeña orquesta que los Wolcott habían contratado. Esto hacía de este el lugar perfecto para escapar de la conversación que aturdía, y Phineas parecía estar de acuerdo, pues estaba cerca, tomándose su tiempo para comer el regaliz en su plato.

Había quizás sesenta personas presentes, y Lord Newham era una de ellas. Lo había visto con mucha más frecuencia últimamente. Parte de mí se preguntaba si era intencional por su parte, esta coincidencia en nuestros horarios. Pero podría ser igualmente que siempre había asistido a este tipo de eventos, mientras yo los había evitado. Sentí el cosquilleo familiar de curiosidad al verlo. Tenía las mismas cejas gruesas que yo, la misma línea de cabello, y una forma de nariz similar. Sin duda, su propensión a fruncir el ceño nos hacía similares. O quizás estaba tan desesperado por respuestas que me lo estaba imaginando todo.

De cualquier manera, no se va simplemente a un hombre y se presenta. Si él quisiera conocerme, sin duda ya habría buscado una presentación. Y si no deseaba conocerme, ¿por qué debería desear yo conocerlo a *él*?

Por encima del borde de mi vaso, mi mirada se posó en Rebecca. Ella estaba conversando con un grupo de personas compuesto por las hermanas Bradley y dos jóvenes caballeros, uno de los cuales había bailado un set con ella en una asamblea a principios de la semana.

Mis labios se curvaron hacia abajo en las comisuras. Ella sostenía un vaso en la mano, pero era limonada en lugar del ratafia que sabía que prefería. Culpaba a las Bradley. Eran inofensivas en su mayor parte, pero eran mujeres jóvenes tontas, y el efecto que tenían sobre Rebecca era hacerla más consciente que nunca de la imagen que presentaba a la Sociedad. Esto me resultaba frustrante. Ver a Rebecca en público era ver una versión alterada de ella, contenida y menos propensa a sonreír. Era una lástima, en mi opinión. Pero claramente, yo no era la persona a la que acudir para obtener consejos sobre cómo agradar a la Sociedad.

“Parece una joven irreprochable.”

No necesitaba girar la cabeza para saber que el Almirante se había unido a Phineas y a mí en los refrigerios. Aparté la mirada de Rebecca y dejé mi vaso vacío sobre la bandeja de plata con los demás. “Por supuesto que lo es. Es hermana de Russell.”

“Lo cual plantea algunas preguntas, ¿no es así?”

Me volví completamente hacia él. “¿Y qué preguntas son esas?”

Él sostuvo mi mirada con la suya inflexible. “Cómo tú, de todos los individuos, lograste despertar su interés.”

La parte superior de mi labio se curvó hacia arriba. “Este halago efusivo es inmerecido, Almirante.”

“¿Qué motivo me has dado alguna vez para halagarte? Estoy seguro de que no soy el primero en hacer la pregunta. Las afirmaciones de Diana sobre tu comportamiento pintan el cuadro de un cambio rápido en verdad.”

“De ahí esta encantadora visita no anunciada.” Me serví otro vaso, esta vez de ratafia.

“Recibí una serie de facturas el otro día, Valentine,” dijo el Almirante con severidad. “Si esperas que las pague, espero pruebas firmes de un progreso real. Diana siempre ha sido propensa a subestimar tus defectos—o pasarlos por alto por completo.”

“Más halagos.” Tomé un sorbo del ratafia para evitar arrojárselo a la cara.

“Entiéndeme, Valentine,” dijo. “No me engañarás para pagar tus cuentas.”

Apreté los dientes, y mi agarre sobre el vaso se apretó peligrosamente. “Quizás si me proporcionaras la herencia que mi madre me dejó, no estarías obligado a hacerlo. ¿De qué exactamente me acusas?”

“Eso queda por verse. Basta decir que, si estás intentando engañarme, te quedarás sin nada. Y no estaré allí para salvarte de la casa de acogida cuando inevitablemente termines allí.”

“Oh,” dije, apenas logrando mantener la voz firme mientras dejaba el vaso por segunda vez, “consuélate, Almirante. Eso es algo que solo esperaría de un padre.” Me di la vuelta, pero él atrapó mi muñeca.

“Puede que no sea tu padre,” dijo en un tono bajo que temblaba de rabia, “pero te he criado y he pagado tus deudas, y te convendría recordar eso.”

Phineas se acercó a nosotros, bloqueándonos parcialmente de la vista de quienes estaban sentados en el césped. “Quizás esta conversación sea más adecuada para otro lugar,” dijo mientras dos sirvientes se acercaban para recoger los platos.

Usando la mayor fuerza controlada que pude, me liberé del agarre del Almirante, tragando la amargura en mi boca mientras me volvía. No presté atención a las docenas de miradas que se dirigían hacia mí, mirándome.

Con la sangre hirviendo, me dirigí lejos de los refrigerios y del césped hacia la salida. Cuando me sentía así, lo único que había encontrado para hacer que se pasara era beber—una gran cantidad. Tenía que haber una posada o una taberna cerca.

“Valentine.” La voz jadeante de Rebecca me llegó antes de que ella lo hiciera.

Cerré los ojos y me detuve hasta que ella llegó a mi lado.

“¿A dónde va?” Ella se adelantó para quedar frente a mí. Su pecho subía y bajaba bajo su pañoleta por la prisa para alcanzarme, y sus ojos mostraban una expresión preocupada.

“A levantar la mano a mi cabeza, como se dice,” dije, demasiado frustrado para inventar una mentira plausible.

“Eso significa beber en exceso, ¿no es así?”

“Sí.”

Ella me miró, su mirada pensativa, y sentí como si estuviera viendo mucho de mí—cosas que no deseaba particularmente que nadie viera. “*Podría* hacer eso, o” sonrió como si sus siguientes palabras prometieran un premio “podría dar un paseo por los jardines conmigo. Maria dice que son algunos de los mejores en Brighton.”

Mi corazón seguía latiendo rápido, pero ya no era un latido ensordecedor en mis oídos. Dudé entre las dos opciones que Rebecca me estaba ofreciendo. El olvido que ofrecía el brandy era una alternativa tentadora a lo que sentía en ese momento, pero Rebecca claramente esperaba que eligiera los jardines, y de alguna manera eso me importaba.

“Creo que las rosas están en flor,” añadió como un aliciente.

Nunca me había importado un jardín de rosas en mi vida, y ciertamente no me importaba ahora. Miré detrás de Rebecca, notando algunos pares de ojos en nosotros.

“Entonces, rosas será,” dije. No podía—no quería—dejarla, avergonzándola como lo había hecho en Peckley House hace dos semanas. Si ella quería mi compañía en el jardín de rosas, se la daría. Y después, tendría mi brandy. O la mayor cantidad que las monedas en mi bolsillo me

permitieran.

# Capítulo 22

REBECCA

Estaba segura de que Valentine rechazaría la idea de un paseo por los jardines. No era algo que pudiera atraer a alguien como él, pero era lo único que se me había ocurrido—la única alternativa a que se perdiera en la bebida, solo.

No comprendía la relación entre Valentine y su padre, pero había visto lo suficiente para darme cuenta de que, detrás de toda esa ira, había un gran dolor—probablemente en ambos lados. No podía ayudar al almirante Donovan, porque no lo conocía, y no me habría atrevido a intentarlo incluso si lo hubiera hecho, pero darme cuenta de que Valentine estaba sufriendo profundamente me afectó. Puede que no pudiera quitarle ese dolor, pero tal vez podría compartirlo o aliviarlo.

Me ofreció su brazo, y aunque no tenía la ilusión de que estuviera particularmente feliz con mi propuesta de paseo, estaba decidida a que no se arrepintiera—no si yo podía evitarlo. Pero la rigidez de su brazo me decía que todavía sentía los efectos del enfrentamiento con su padre.

"Creo que lo vi servirse un vaso de ratafía", dije. "¿Ha cambiado su opinión sobre ella?"

Él sonrió ligeramente, y su brazo se relajó apenas un poco. "No, Rebecca. Sigue siendo tan repugnante como siempre. Pero ya que estamos en el tema, noté que *eligió* la limonada. ¿Ha cambiado *su* opinión sobre la ratafía? ¿Ha visto la luz?"

Negué con la cabeza, mirándolo con una expresión de burla. "Sigue siendo tan deliciosa como siempre."

Él hizo una expresión de desagrado, pero estaba atenuada por el brillo de diversión en sus ojos. "¿Por qué se priva de algo que disfruta?"

Me encogí de hombros. "Supongo que es porque siento que mi crédito es lo suficientemente frágil como para ser trastocado por la aversión general de la gente hacia la bebida. Suena tonto cuando lo digo, pero ahí lo tiene."

Su ceño se frunció. “Se hace un flaco favor a usted misma y a los demás al ocultar las partes más entrañables de su carácter.”

Pasamos bajo un arco y entramos en los jardines, y yo sonreí con tristeza. “¿Mi afinidad por la ratafía es la parte más entrañable de mi carácter?”

“Parte,” aclaró él. “Dije *partes de su carácter*, de las cuales su extraño paladar es solo una.”

Quería preguntar cuáles eran las otras partes entrañables de mi carácter, pero no estaba segura de querer saber la respuesta. *Entrañable* sonaba como una de esas palabras que se usan para describir a un niño, y estaba cansada de ser vista como una niña, especialmente por Valentine.

“No soy la única que oculta partes de su carácter, ¿verdad?”

Él me miró de reojo, con los ojos entrecerrados.

Mi corazón comenzó a latir más rápido, pero me había prometido a mí misma no retener los elogios. Después de lo poco que había observado del almirante Donovan, tenía la impresión de que los elogios no eran algo con lo que Valentine tuviera mucha experiencia. “El rostro que muestra al mundo no es el que yo he llegado a conocer.”

Él apartó la mirada. “¿Y qué le hace pensar que el rostro que conoce es el verdadero?”

Me detuve, girándome frente a él, obligándolo también a detenerse. “¿No pueden ser ambos? Todos somos más que nuestras reputaciones.”

Él sostuvo mi mirada. “Intente convencer al almirante de eso. Sospecha de nuestro engaño, Rebecca. Por eso ha venido, para revelarlo como una farsa destinada a persuadirlo de que pague mis deudas. Debería prepararse para que la interrogue.”

Quería preguntarle a Valentine si, para él, esto *era* una farsa. Pero fui cobarde. Tenía demasiado miedo de la respuesta, demasiado miedo de que me respondiera con mentiras para evitar herirme. “Muy bien,” respondí. “Si lo hace, le diré la verdad.”

Su mirada saltó a la mía, y pude ver que me había malinterpretado. Pero asintió. “Por supuesto. No debería mentir por mí.”

“No será necesario.”

Él negó con la cabeza. “Me conoce demasiado bien como para creer que alguien como usted permitiría que alguien como yo la cortejara o incluso se hiciera su amigo sin recibir algo a cambio.”

“Entonces se equivoca.” Mi voz se volvió más suave. “Al menos en mi caso, porque me sentí atraída hacia usted desde el momento en que lo conocí. Fui yo quien tuvo que convencerlo de participar en este engaño, como lo llama. Pero no es una mera farsa para mí, Valentine. Usted es mi amigo, y desearía que lo fuera incluso si no nos beneficiara a ninguno de los dos.”

El más pequeño de los movimientos bajo su corbata me indicó que mis palabras significaban algo para él.

“Y yo el suyo,” dijo, manteniendo mis ojos hasta que mi piel se erizó con escalofríos. Qué fácil era para mí ver lo que quería ver, escuchar más de lo que él estaba diciendo.

Pero no lo había traído a los jardines para esto.

Sonreí agradecida, luego me giré. Comenzamos a caminar de nuevo, siguiendo los setos hacia el centro donde Maria había dicho que estaba el jardín de rosas.

“¿Qué es lo que causa tanta tristeza entre ustedes dos?” La timidez hizo que mi voz fuera suave.

No respondió de inmediato, y nuestros pies crujieron en el camino de grava. “Todo.”

No respondí, esperando a ver si él elaboraba.

“Siempre me ha resentido, me ha tratado con... desprecio, supongo. Nunca pude estar a la altura de sus expectativas, nunca pude compararme con mi hermano Theo, sin importar cuánto me esforzara. Cuando la gente comenzó a burlarse de mí por ser ilegítimo, no lo creía, no quería creerlo. Pero, cuanto más pensaba en ello y más notaba lo diferente que el almirante me trataba en comparación con mis otros hermanos, se convirtió en la única explicación que tenía sentido.”

“¿Él lo sabe, entonces?” pregunté.

“Lo sabe. Lo admitió hoy. Al principio del matrimonio de mis padres, él estaba ausente durante largos períodos. Fue difícil para mi madre, creo. Tenía a Theo, y esperaba unirse al almirante en sus viajes. Pero él se negó a tener mujeres a bordo, insistiendo en que se quedara en Blackwick. Mi madre se sintió abandonada, me imagino, y creo que el almirante no era particularmente agradable incluso durante esos breves periodos en que estaba en casa. Solo puedo suponer que ella anhelaba consuelo y compañía y... soy el resultado de eso.”

“Pero pensé que su familia vivía junta a bordo de los barcos de su padre...del almirante...”

“En uno de sus barcos, el *Dominance*. Pero eso fue después de todo esto. Dobló sus propias reglas en un intento de evitar que se repitiera lo que había ocurrido durante su tiempo fuera. Pero nunca me perdonó...ni a mi madre.”

Llegamos al jardín de rosas, un área circular rodeada por setos bajos con caminos

serpenteantes entre una colorida variedad de arbustos en flor. Me senté en un banco de madera rodeado de flores de un rojo intenso, pero mi mirada se dirigió al césped, buscando al almirante Donovan. Estaba conversando con el señor Wolcott cerca de la carpa de refrescos. “Usted es un recordatorio de sus fracasos.”

Valentine ocupó el lugar junto a mí. “Si conociera al almirante, sabría que él no tiene fracasos...no al menos que admitiría. Yo soy un azote para él.”

“No es un *azote*,” dije. “Sus propios errores y su humillación son los azotes. Ha elegido injustamente hacerle el blanco de su ira en lugar de aceptar su propia responsabilidad.”

Valentine me miró, sus ojos oscuros llenos de... algo. Contemplación, tal vez. O quizá era esperanza. De cualquier manera, la intensidad de su mirada me mantuvo inmóvil, como si no me creyera si apartaba la mirada.

Finalmente, cerró los ojos y, apoyando los codos en las rodillas, se frotó los párpados con las palmas de las manos. “Estoy cansado de la ira. De la lucha. De pelear.”

Quería poner mi mano en su espalda, consolarlo, pero me abstuve. “Entonces no se enfrente,” susurré.

Él bajó las manos y me miró. “¿Y dejarlo ganar?”

“Siempre se debe dejar ganar a los ancianos.”

Él sonrió un poco, sacudiendo la cabeza ante mi comentario.

Suspiré. “Tal vez no enfrentarlo significaría que *usted* ganaría, Valentine. Porque, ¿no sería una victoria en sí misma dejar atrás tal conflicto?”

Sacudió la cabeza. “No creo ser lo suficientemente fuerte. La ira... me consume cuando lo veo. La siento en mis venas. La puedo saborear en mi lengua.” Incluso al decir estas palabras, su mandíbula se tensó y sus manos se cerraron en puños.

“Por eso busca refugio en... ¿la ruina azul?” Lo miré con una pregunta, ya que no estaba completamente segura de qué era la ruina azul. Lo había escuchado en una fiesta la semana pasada y lo había olvidado hasta ahora.

Él rió suavemente. “Mi preferencia siempre ha sido el brandy, si quiere saber.”

“¿Brandy en lugar de...?”

Su sonrisa creció. “Ginebra. Ruina azul es ginebra.”

“Ah,” respondí. “¿Y el brandy ayuda?”

Su sonrisa se desvaneció. “Muy temporalmente, sí.”

Aparté la mirada para ocultarle mi rostro, ya que no era buena fingiendo seriedad. “Tal vez lo intente la próxima vez que me enoje.”

“Ni en sueños,” dijo él.

Volví mi rostro hacia él, dejándole ver mi sonrisa. Valentine parecía tener un verdadero temor a su influencia sobre mí.

Él se relajó, dándome un golpecito juguetón bajo la barbilla. “Será mi perdición, lo sabe.”

“Ciertamente espero que no,” dije. “Lo extrañaría terriblemente.”

Su expresión se volvió seria, y bajo su corbata, su garganta se movió.

Mi corazón se aceleró. ¿Por qué no podía pensar antes de hablar, como una persona respetable?

Una pequeña brisa sopló por el jardín, lanzando algunos pétalos de rosa al aire y al suelo. Me agaché y recogí uno. Era de un rosa coral, el color más tenue cerca del centro. Incliné la cabeza hacia un lado, observándolo. “Cada vez que me enojo, el jardín es el primer lugar al que voy.”

El ceño de Valentine se frunció, con una ligera sonrisa en sus labios. “¿Usted, enojada?”

“Oh, sí,” dije. “Tengo un temperamento terrible.”

“Me aterra,” dijo. “¿Y qué clase de cosas enfurecen a Rebecca Russell?”

“Ah, cualquier cantidad,” respondí. “El abuelo podía ser terriblemente terco y malhumorado, especialmente cada vez que expresaba mi deseo de una vida más social que la que llevábamos.” Sonreí con ironía. “Una vez, cuando se negó a viajar a Londres para la temporada, me enojé tanto que destrocé la costura de tres bordados.” Fruncí el ceño, frotando el pétalo entre mis dedos.

“¿Y fue al jardín después de su arrebato con los bordados?”

“Sí. Millbury House tiene uno pequeño pero encantador.”

“¿Y le ayudó?”

Asentí. “Quizás usted podría intentarlo.”

Él miró a su alrededor. “¿No es eso lo que estamos haciendo ahora?”

“Sí, pero es más que solo *estar* en el jardín. Aquí.” Arranqué una de las flores a mi lado, teniendo cuidado de evitar las espinas. Le entregué el tallo, y él lo tomó con una expresión de curiosidad.

“¿Se supone que debo convertirme en el jardín?” preguntó en tono de burla.

“En cierto modo, sí. Debe usar todos sus sentidos para experimentarlo. Vamos, entonces. Cierre los ojos.”

No obedeció. “Pensé que debía usar todos mis sentidos. ¿Cómo voy a usar mi vista si cierro los ojos?”

“Ya ha visto el jardín, ¿verdad? Ahora es momento de usar sus otros sentidos. La vista es un sentido tan poderoso que a menudo eclipsa a los demás.” Quizás yo también debería haber cerrado los ojos. Cada vez que lo miraba, sentía su atracción. Pero su atracción iba mucho más allá de lo meramente físico. Me encantaba todo de él.

Sus ojos se entrecerraron con sospecha. “¿Acaso planea jugarme una broma en cuanto cierre los ojos?”

Fruncí los labios y le lancé una mirada. “Si es demasiado orgulloso, lo haré yo misma.” Le quité la flor de las manos y, una vez que la tuve en la mía, cerré los ojos. Inhalé profundamente, prestando atención a todo lo que mi vista había pasado por alto. “Primero, me concentro en los olores.” Inhalé lentamente, acercando la flor a mi nariz. “El sutil y dulce aroma de las rosas, un dejo de tierra húmeda. Luego, escucho los sonidos—conversaciones distantes, una abeja zumbando cerca. Noto la sensación de los pétalos aterciopelados entre mis dedos, el...” Me detuve, pues estaba a punto de mencionar la sensación de su brazo contra el mío.

Abrí los ojos, entregándole la flor. “El punto es que, cuando me permito experimentar el jardín de esta manera, me recuerda que mi enojo, por poderoso que sea, es solo una parte de la vida. Hay belleza y paz a pesar de todo, si tan solo presto atención.”

Él tomó la flor, mirándome por un momento antes de bajar la vista hacia la rosa, que comenzó a girar lentamente entre sus dedos. Era hipnotizante, la forma en que los pétalos se mezclaban en un remolino de color rosa al girar.

Después de un momento, dejó de girarla, y lo miré. Sus ojos estaban cerrados, y su pecho se elevaba con una respiración constante y profunda. Llevó la flor a su nariz, inhalando lentamente, y yo lo observé. Parecía tan en paz, su cuerpo relajado, con sus largas pestañas descansando en una media luna contra sus pómulos. El contraste con cómo se veía cuando lo encontré hace un cuarto de hora—con los ojos brillantes de ira, los músculos tensos, la mandíbula apretada—era sorprendente.

Sentí una oleada de afecto por él, y con ella, un fuerte deseo de tener la oportunidad de

demostrarle ese afecto. Quería tomar su rostro entre mis manos y decirle lo que pensaba de él, que la amistad que tenía con él comenzaba a quedarse corta en comparación con lo que deseaba compartir con él.

Sus ojos se abrieron y su mirada se encontró con la mía. Mis mejillas se calentaron, como si pudiera ver dentro de mi mente con solo mirarme. "¿Y bien?" dije. "¿Mejor que la ruina azul?"

Él sonrió y volvió a girar la rosa. "Mejor que la ruina azul. Y menos caro."

"¿Mejor que el brandy?"

Su sonrisa se desvaneció un poco, y las comisuras de su boca se inclinaron hacia abajo mientras miraba la flor. "Mejor que el brandy."

Sentí una oleada de alivio, y se manifestó como una risa nerviosa. Realmente no creí que apreciara mi pequeño truco.

Diana apareció en el jardín de rosas. Levantó una ceja y nos miró, con las manos en las caderas. "Aquí están. Están haciéndome parecer una dama de compañía muy laxa, lo saben."

Me levanté. "Lo siento mucho. No pensé que hubiera ninguna objeción, ya que aquí no hay privacidad y hay otras parejas paseando por el jardín."

Ella sonrió. "No seas tonta. No estoy enojada contigo. Después de todo, *soy* una dama de compañía laxa. Y tienes razón—he tenido el ojo en ustedes desde el césped. Pero no puedo dejar que Valentine acapare toda tu atención durante el picnic" le lanzó una mirada significativa "cuando hay varios jóvenes que preguntan por ti, Rebecca."

"¿Realmente?"

Ella asintió. "Prometí ir a buscarte yo misma."

Miré a Valentine. Habría pasado felizmente todo el picnic aquí con él en el jardín, pero no me convenía en absoluto ceder a mi creciente necesidad de su compañía. Y, sin embargo, después de la conversación más sombría que habíamos tenido en el jardín, no quería dejarlo.

Con una sonrisa torcida, él asintió, como diciendo, *puede irse.* Se puso de pie, todavía con la rosa en la mano. "Creo que veré si Phin quiere regresar a la casa. Alguien debería aprovechar la biblioteca impecablemente desempolvada."

"Todavía no," dijo Diana, deteniéndolo con una mano en su brazo. "Hay una o dos jóvenes que también esperan conversar contigo."

Mi corazón se hundió en el fondo de mi estómago. Era una reacción irrazonable. Debería estar feliz por él. Ya sabía que las actitudes hacia él estaban cambiando; se había vuelto más común que otras jóvenes preguntaran por él. La intriga siempre era evidente en sus ojos.

Encontré la mirada de Valentine en mí, y me esforcé por sonreír. "He sido muy egoísta al robarlo, ¿verdad?"

¿Cómo era posible estar feliz por él y al mismo tiempo desear tenerlo solo para mí?

# Capítulo 23

VALENTINE

Normalmente, habría enviado a Diana y a quienquiera que ella imaginara que deseaba hablar conmigo al diablo y habría seguido mi camino. Pero mi tiempo en el jardín con Rebecca había producido una extraña secuencia de emociones en mí.

Cuando ella primero se encontró conmigo, estaba consumido por la ira. Pero era imposible permanecer enojado en compañía de Rebecca. En cambio, la ira dio paso a algo crudo. Sus palabras y su presencia habían sido un bálsamo para las heridas que nunca quise admitir. Y el ridículo ejercicio de la rosa: lo había hecho por ella, porque no deseaba ofenderla o herirla, pero había hecho exactamente lo que ella dijo. Había enfriado las brasas restantes de mi ira, dejándome sin nada que me distrajera de cómo me sentía. No solo acerca de las cosas con el Almirante, sino de cómo me sentía por ella.

Solo un tonto podría haber pensado que merecía a Rebecca Russell, y yo no era un tonto, o al menos, era un tonto, pero no lo suficientemente tonto como para *eso*. Un hombre como yo, que había desperdiciado la mitad de su vida adulta en disolución y enojo, no tenía derecho a hacer otra cosa que soñar con una existencia alterna en la que una mujer como ella se dignara a considerarme de esa manera. Rebecca era un ángel, y aunque ella pudiera condescender a la amistad conmigo, los ángeles simplemente no se casan con los demonios—al menos no lo hacen y salen ilesos. Mi madre y el Almirante eran un ejemplo perfecto de eso.

Así que, con cierta reticencia, accedí a hablar con las jóvenes que mencionó Diana, esperando que, en alguna parte de esas conversaciones, me diera cuenta de que no solo era Rebecca quien me atraía. Quizás mis deseos estaban cambiando y todas esas jóvenes que nunca me habían atraído lo harían ahora.

Pero no tuve tal suerte, y después de suficiente tiempo para no ser considerado completamente perdido en cualquier sentido de la civilidad, pedí permiso para retirarme de ellas y encontré a Phineas, quien rápidamente accedió a regresar a la casa juntos. Temía la cena y consideré seriamente ausentarme de ella por completo. Pero Diana había anticipado tal decisión de mi parte, y me prohibió que me retirara, así que me preparé para una noche sumamente desagradable, mordiéndome la lengua.

Cuando nos sentamos a la mesa, mis ojos fueron inmediatamente atraídos por los dos jarrones llenos de rosas blancas en cada extremo.

"¿No son hermosas?", dijo Diana mientras tomaba asiento. "Rebecca fue quien las arregló".

Miré a Rebecca, y ella me devolvió la mirada con una pequeña sonrisa que me dijo que lo había hecho intencionalmente, sabiendo que mi paciencia sería puesta a prueba al tener que sentarme a cenar con el Almirante presente.

Durante la comida, tuve que morderme la lengua en varias ocasiones, pero cada vez, encontraba a Rebecca mirándome, como si reconociera que mi paciencia estaba siendo probada. Y luego, miraba las rosas, y de alguna manera, esas tontas flores hacían que todo fuera un poco más fácil, un poco menos miserable.

Y cuando las mujeres se levantaron para dejarnos ir al salón, Diana me evitó la perspectiva de quedarme a beber oporto con el Almirante con alguna excusa sobre necesitar mi ayuda con

tareas para el baile. Asentí de inmediato, sin importarme si las tareas implicaban vaciar orinales o escribir invitaciones.

***

Eran las ocho en punto, y bajé las escaleras con cautela. Era la hora de la mañana en que Rebecca y yo solíamos desayunar, pero el Almirante también madrugaba, y no pondría un pie en el comedor hasta estar seguro de que él no estaba allí.

Mantuve mis botas sobre la alfombra mientras me acercaba a la puerta del comedor, que estaba abierta. Podía ver a Rebecca, vertiendo crema en su taza. Sonreí ligeramente cuando levantó la jarra de crema y luego dejó caer dos gotas.

"...admito que me sorprendió escuchar que usted y Valentine estaban, bueno, conectados, supongo".

Me detuve, moviéndome al costado de la puerta y escuchando la voz del Almirante.

"Y ahora que la he conocido", continuó, "mi sorpresa solo ha crecido".

"¿Oh?", preguntó Rebecca. "¿Por qué es eso?".

El Almirante soltó una risa sin humor. "Seguramente conoce la reputación de Valentine, señorita Russell".

Apreté los puños, preparándome para entrar y poner fin a la conversación. Pero la voz de Rebecca me detuvo.

"Lo sé, señor, sí. Pero no le doy demasiada importancia a esas cosas". El tintineo de su cuchara contra el vaso me dijo que estaba removiendo su chocolate. Nunca lo removía una vez que la crema estaba en él. "Encuentro que las personas son mucho más que sus reputaciones, ¿no cree usted?".

"Ciertamente, una reputación no puede transmitir *todo* sobre una persona", respondió él, "pero ahí radica su valor, creo yo. Condensan las cosas en una forma que la Sociedad puede manejar, reduciendo una gran cantidad de información a los aspectos más importantes".

"O quizás a los más controvertidos", replicó ella. Podía oír la sonrisa en su voz, y me sorprendía cómo podía decir algo tan contrario de manera tan aceptable. Esas mismas palabras en mi voz habrían provocado una verdadera explosión. "Solo puedo imaginar cómo debe ser *mi* reputación: rompe jarrones, interrumpe obras de teatro, y aunque esas cosas son ciertas, le aseguro que soy mucho más de lo que esos incidentes implican. Al igual que Valentine es más de lo que la gente dice de *él*".

"Rompe jarrones", repitió el Almirante. "¿De qué jarrón habla?".

Puse mi mano en la pared, acercándome más para escuchar la respuesta, aunque ya podía escuchar todo lo suficientemente bien.

El alboroto de Rebecca cesó, y siguió una pausa.

"¿Se refiere al jarrón de la señora Lawrenson?", preguntó el Almirante. "Wolcott dijo que fue Valentine quien lo rompió en un estado de embriaguez cuando lo mencionó en el picnic de ayer".

"Él no estaba en un estado de embriaguez", dijo Rebecca, la primera muestra de molestia en su voz. Hubo una pausa. "No debería haber dicho nada. Valentine me pidió expresamente que no lo hiciera, así que, si puede por favor desestimarlo, se lo agradecería mucho".

"¿Quiere decir, señorita Russell, que fue *usted* quien rompió el jarrón?".

Mi mandíbula se tensó ante la clara ignorancia de su petición.

"Fui yo", dijo ella, "pero Valentine insistió en asumir la culpa y cubrir el costo".

Cerré los ojos. Rebecca no sabía que Diana fue quien pagó por el jarrón.

"¿Realmente?", dijo el Almirante. "Eso no suena en absoluto a él. Valentine haría cualquier

cosa para eludir sus responsabilidades".

Mis dedos se tensaron contra la pared, aunque no había nada allí para agarrar. Una cosa era que el Almirante destrozara mi carácter en mi cara; otra cosa era escucharlo hacerlo a mis espaldas, y con Rebecca, de todas las personas.

Inhalé profundamente en un intento de calmar mi naciente ira. Las rosas de Rebecca habrían sido útiles en este momento, o una taza del chocolate que ella había servido.

"Oh, al contrario, señor", dijo Rebecca, "ha sido de gran ayuda desde mi llegada. No puedo decirle cuánto agradezco su amabilidad hacia mí, su paciencia con mi falta de experiencia, su disposición a ser mi amigo cuando no tenía ninguno. No puedo imaginarme estas últimas tres semanas sin él. Le he pedido mucho, y él me ha complacido, incluso cuando no le convenía hacerlo. Es el mejor de los hombres, y me imagino que debe estar muy orgulloso".

Mi garganta se apretó. Era como escuchar a alguien describir a un extraño. Nunca me había considerado amable o paciente, y ciertamente no como el *mejor de los hombres*. Pero de alguna manera Rebecca pensaba en mí de esa manera, como la santa que era.

Siempre había asumido que los santos no se asociaban con pecadores, que su propia naturaleza se ofendería por la disparidad en la bondad. Me había equivocado. Los verdaderos santos no hacían que los pecadores se sintieran inútiles o inferiores; reconocían y enfatizaban lo mejor en esos pecadores, eligiendo verlos por lo que podrían ser en lugar de limitarlos a lo que habían sido. En presencia de Rebecca, no olvidaba mis defectos y fallos; simplemente me sentía inspirado a hacer y ser mejor.

El Almirante aclaró su garganta. Solo podía imaginar cómo debía ser su expresión ahora al escucharme caracterizado de una manera tan irreconocible. "Encuentro que la persona que describe me es... poco familiar, así que perdone por hacer preguntas tan directas, pero mi curiosidad me consume, ya que no encuentro otra manera de explicar lo que estoy escuchando. ¿Está, de hecho, enamorada de Valentine, señorita Russell?".

Cada músculo de mi cuerpo se tensó.

"¿E-e-enamorada?", respondió la suave voz de Rebecca. "Oh" una risa temblorosa "no sé si lo diría así. Es decir, lo admiro mucho, por supuesto, y lo considero mi amigo más cercano y alguien en quien confiaría mi vida, y, naturalmente, no se puede evitar notar lo guapo que es, como estoy segura de que estará de acuerdo...". Las palabras habían salido de su lengua con rapidez, pero de repente se quedó callada, como si se diera cuenta de cómo sonaban sus protestas.

Con su voz apagada, lo único que podía escuchar era el latido de mi propio corazón en mis oídos.

"Ya veo". La voz del Almirante dejaba claro que no estaba en absoluto convencido.

Me quedé inmóvil, mi mente girando. ¿Realmente Rebecca correspondía a mis sentimientos? Parecía imposible, pero...

"Señorita Russell, parece ser una joven muy buena, aunque un poco ingenua. ¿Puedo ser franco con usted?".

"Por supuesto".

"Espero que no tome mi advertencia a mal, pues está hecha con su propio bienestar en mente. Valentine sabe cómo ser encantador cuando le conviene. Es su mayor activo para obtener lo que quiere. Le insto a que se asegure de que no haya algo que desee de usted. Porque le aseguro, una vez que tenga lo que desea, no dudará en deshacerse de usted como lo ha hecho con tantas otras mujeres".

Apenas escuché sus palabras o la respuesta de Rebecca, pues aún estaba tratando de

comprender lo que había escuchado, lo que había *sentido* con las palabras de Rebecca: la esperanza y el desánimo simultáneos al darme cuenta de que ella me amaba. A *mí*.

La puerta se abrió más, y Rebecca salió, cerrándola detrás de ella. Se detuvo al verme, con sus ojos muy abiertos. Y por un momento, nuestras miradas se encontraron, mis ojos buscando en los suyos y los suyos en los míos, como si nos viéramos por primera vez.

"Valentine". Su voz era débil, y aclaró su garganta. "¿Venía a desayunar? Yo acabo de terminar".

"Sí, venía. Hasta que escuché la voz del Almirante".

Sus ojos se volvieron más alertas, y tragó visiblemente. "¿Estaba... ha estado aquí mucho tiempo?".

Vacilé. Su comportamiento me dijo que se sentiría extremadamente avergonzada al saber lo que había escuchado. Pero no quería mentirle.

Intenté sonreír. "Lo suficiente como para saber que no deseo desayunar con el Almirante". Esperaba que esto equilibrara el tranquilizarla y evitar una mentira. Antes de que pudiera hacer más preguntas, continué. "Me alegro de haberla encontrado, sin embargo. El baile es en solo dos días, y me preguntaba si se siente lo suficientemente segura en su vals o si desearía repasar los pasos nuevamente". Las palabras salieron de mi boca antes de poder considerarlas realmente.

Ella esbozó una débil sonrisa. "¿Segura? No. Pero después de un cuarto de hora de práctica, creo que me sentiría mucho mejor".

"Por supuesto", dije, con el estómago hundido. "¿Vamos? A menos que tenga otros compromisos en este momento".

Ella negó con la cabeza. "La modista viene para una última prueba a las diez y media, pero nada hasta entonces. Sin embargo, no me gustaría monopolizar su mañana. Estoy segura de que tiene cosas más importantes que hacer".

"¿Más importantes que evitar al Almirante? Poco probable. Vamos. Creo que los muebles que movimos permanecen donde los dejamos. Me gustaría que se sintiera preparada para mañana, para que deslumbre a la multitud con su vals".

Encabecé el camino hacia el salón.

"Nunca deslumbraré", dijo Rebecca con una risa. "Simplemente no está en mi naturaleza. Pero me gustaría ser competente, al menos".

Quería corregirla, hacerle saber que *sí* deslumbraba, que la razón por la que los hombres no eran más diligentes en sus atenciones hacia ella era una combinación de mi presencia constante pero ambigua a su alrededor y el hecho de que no sabían qué hacer con alguien tan buena como ella. Era diferente, y las personas estaban simultáneamente intrigadas y recelosas de lo diferente. Lo sabía bien.

Pero no podía decirle esas cosas. Podría tranquilizarla por un momento, pero cambiaría las cosas entre nosotros, poniéndonos en un camino que sabía que era incorrecto recorrer. Y me importaba demasiado como para abrir esa posibilidad para ella. Sería aprovecharme de su ingenuidad, ya que era un camino que no elegiría una vez que comprendiera mejor que había opciones mucho mejores que yo. El Almirante tenía razón al advertirle en mi contra, y ese hecho me perturbaba tanto como cualquier otra cosa.

"Entonces la haremos deslumbrantemente competente", dije.

Pero a pesar de morderme la lengua, las cosas en el salón estaban tensas, cada toque magnificaba diez veces, con cada mirada llena de algo que hacía que mi sangre corriera caliente y mi corazón doliera por más.

No podía darle más a Rebecca. No tenía nada que ofrecerle más que una reputación

desgarrada, problemas financieros y una personalidad rota. Ella merecía infinitamente más. Merecía todo lo que la vida tenía para ofrecerle. Había cuidado de su abuelo durante tanto tiempo; era su turno de ser cuidada, de ser atendida, y yo no podía proporcionarle eso.

Mientras la sostenía cerca de mí, con sus labios lo suficientemente cerca como para memorizar cada curva, podía imaginar cómo se sentiría presionar los míos contra ellos, el angustiante desgano me consumía. Nunca había pensado realmente que alguien como Rebecca se enamoraría de alguien como yo. Y ahora que lo había hecho, era mi innegable responsabilidad hacerle ver la realidad: cualquier hombre sería mejor para ella que yo.

# Capítulo 24

REBECCA

Nunca un vestido me había quedado tan perfectamente como el que ahora llevaba puesto. Diana me había animado a elegir una seda verde apio que hacía juego con las paredes del salón; ella insistía en que era el color más favorecedor para mí. Al principio dudé, preguntándome si simplemente me fundiría con las paredes tapizadas, pero al mirarme en el espejo, pude admitir que tenía razón. La tela resaltaba el verde claro de mis ojos, que siempre había considerado un color extraño e indefinible. La modista había adornado el vestido con una ancha cinta de champán en la cintura y una red con lentejuelas doradas en el dobladillo.

Dorothea había pasado la última hora rizando mi cabello con tenacillas, y lo estaba transformando en un peinado favorecedor, con pequeñas rosas dispuestas en una especie de corona. Mientras trabajaba, lo único que podía preguntarme era qué pensaría Valentine cuando me viera.

Nuestra lección de vals había sido... peculiar. Tenía la sospecha de que Valentine había escuchado lo suficiente de mi interacción con el Almirante como para oír mis torpes y nada convincentes argumentos en contra de estar enamorada de él. Si hubiera sabido que el Almirante me haría una pregunta tan directa, quizás habría estado mejor preparada para responderla. Tal como estaban las cosas, me quedaba encontrar el equilibrio entre convencerlo de que no era todo una farsa y convencerme *a mí misma* de que no estaba completa y totalmente enamorada de Valentine. Había fallado miserablemente en lo segundo. Esperaba haber tenido éxito en lo primero.

Valentine había estado tan formal y rígido mientras practicábamos el vals que mi estómago se revolvía ante la idea de que pudiera estar enojado conmigo por haber hecho lo que prometí no hacer. Pero dos veces, vi algo en sus ojos que desafiaba esa suposición: algo parecido al deseo, y me recorrió un escalofrío por la espalda.

Dorothea se detuvo, mirándome en el espejo. "¿Se encuentra bien, señorita?"

"Sí," dije, frotando la piel erizada de mis brazos que el recuerdo de su mirada había causado. "Solo he sentido un pequeño escalofrío."

"Hay un poco de corriente de la ventana," dijo, acercándose a cerrarla. "Ya casi termino con su cabello. El señor Valentine no podrá resistirse a usted, señorita. Si algo puede empujarlo a pedir su mano, verla esta noche lo hará."

Mis mejillas se encendieron. "Dorothea."

"Oh, perdóneme, señorita," dijo apresuradamente mientras volvía a su posición detrás de mí. "No debería haber dicho nada. Solo que ha habido tanto hablar de ello en las áreas de servicio, que supongo que olvidé mi lugar por un momento. Por favor, no se enoje conmigo."

Deseando tener un abanico para enfriar mis mejillas y que no causara aún *más* habladurías en las áreas de servicio al usarlo en ese momento, solté un suspiro. "No estoy enojada contigo." Vacilé. "¿Qué clase de habladurías hay en las áreas de servicio?"

Ella pareció desconfiada.

"No me enojaré," la tranquilicé. "Solo tengo curiosidad." No *solo* tenía curiosidad. La tenía vorazmente.

"Muy bien," dijo, tomando otro alfiler y perdiendo su timidez temporal. "Una de las criadas y uno de los lacayos decían que el señor Valentine solo estaba jugando con usted, que no es el tipo de mujer con la que probablemente cortejaría."

Mi corazón comenzó a latir con fuerza, pero mantuve mi voz tan firme y despreocupada como pude. "¿Y qué tipo de mujer es esa? ¿Dijeron?"

Ella inclinó la cabeza de un lado a otro, como si estuviéramos disfrutando de una charla cómoda, cuando la verdad era que mi corazón estaba en vilo. "Siempre ha sido de mujeres con una complexión más clara, si uno juzga por sus amant..." Se detuvo, con los ojos muy abiertos.

"¿Sus amantes?" terminé por ella, obligándome a sonreír con calma. Si mostraba siquiera un indicio de dolor, sería el tema de conversación en el salón de los sirvientes esta noche.

"Bueno, sí, señorita. Pero les dije, les dije, que el señor Valentine había cambiado sus costumbres. ¡Tome mis palabras en serio! No creo que me creyeran, pero usted y yo lo sabemos, ¿verdad, señorita?"

Le sonreí, sintiéndome enferma por dentro. No *sabía* nada excepto que quería a Valentine Donovan, que estaba completa e irremediablemente enamorada de él.

***

Cuando bajé para la cena, mi mirada buscó a Valentine entre el follaje y los arreglos de rosas blancas y amarillas que Diana había hecho traer al vestíbulo para decorar. Pero Valentine no estaba allí. Cenaríamos más temprano de lo habitual para estar listos para la llegada de los invitados a las ocho, y evidentemente, lo haríamos sin él. Me moría de ganas por preguntar dónde estaba, pero no tenía el valor para hacerlo, especialmente después de mi encuentro con el Almirante. Era un hombre severo, y había dejado claro que no creía que mis afectos fueran correspondidos por Valentine. Y, según las palabras de Dorothea, no era el único.

No fue hasta las ocho menos cuarto que Valentine finalmente apareció en lo alto de la escalera. La visión de él me detuvo el corazón. Llevaba un frac negro, un chaleco color champán y un ceño fruncido. Parecía concentrado en el suelo mientras bajaba las escaleras, como si sus pensamientos lo consumieran, pero al llegar al final, levantó la mirada y se fijó en mí. Se detuvo, y por un momento, el ceño desapareció al contemplarme.

Mi alivio al verlo disipó mis pensamientos no deseados, llevándome hacia él. "Pensé que quizás había decidido no venir".

Su ceño había vuelto, pero sacudió la cabeza. "No me lo perdería".

Sonreí un poco. "No, es demasiado buen amigo para hacer eso".

Su ceño pareció profundizarse. "Sí".

"¡Ahí estás!" Diana emergió del salón. "Los invitados están comenzando a llegar. Creo que confiaremos en que los refrigerios y la música mantengan la atención de la gente hasta, digamos, las nueve menos cuarto, cuando comenzaremos a bailar. Vengan, los dos, especialmente tú, Rebecca, ya que eres la razón por la que la gente está aquí".

Asentí, y Diana se alejó tan rápidamente como había llegado. Al mencionar el baile, un pequeño temblor de nervios me recorrió.

"No tiene por qué estar nerviosa", dijo Valentine, adivinando la causa de mi silencio. "Conoce los pasos perfectamente".

Encontré su mirada y sonreí débilmente. "¿Deslumbrantemente competente? Estaría menos nerviosa si bailara conmigo".

Abrió la boca, luego la cerró, apretando los labios en una mueca. "Me temo que he prometido el primer baile a la señorita Goulding".

Mi estómago se revolvió, un mar de decepción. Valentine no bailaba. Todos lo sabían. Pero

esta noche, bailaría con la señorita Goulding. Traté de no mostrar mi dolor o celos. "Por supuesto". Forcé una risa. "Estoy segura de que habrá una docena de mujeres deseando bailar con usted".

"Rebecca", dijo con tono sombrío, "esto es lo mejor. Esta noche es en lo que hemos estado trabajando. He cumplido mi función, y ahora es momento de dejar que otros caballeros tengan su oportunidad con usted".

No pude ni siquiera decir nada, porque de repente tenía la garganta gruesa. ¿Y si no quería que otros caballeros tuvieran su oportunidad conmigo?

Su expresión se volvió más sombría. "Concéntrese en disfrutar. Se lo merece".

"¡Rebecca!" Diana susurró desde la puerta del salón. Hizo un gesto para que fuera, y me giré y me apresuré hacia ella antes de que el escozor en mis ojos pudiera delatarme frente a Valentine.

Respirando hondo y parpadeando para alejar las lágrimas amenazantes, levanté la barbilla. Durante años, había deseado una oportunidad como la de esta noche. No, eso no era cierto. Esta noche era más de lo que había esperado, y Diana había trabajado incansablemente para asegurarse de que superara todas mis expectativas.

Entré en el salón y me detuve, maravillándome con la vista a través de unos ojos que aún picaban ligeramente con lágrimas. La habitación había sido transformada, se había retirado la alfombra y un gran candelabro, resplandeciente con velas, colgaba del techo. Rosas blancas y amarillas pálidas adornaban los verdes y dorados, y una pequeña orquesta ocupaba el lado de la habitación junto a la chimenea. Los invitados comenzaban a llegar, y rápidamente salí de mi asombro para unirme a Diana en recibirlos.

Desde ese momento, la noche se convirtió en un torbellino, mi tiempo y atención fueron consumidos en tratar de recordar nombres y entablar conversación. Estaba mucho más experimentada que cuando llegué, pero mi mente estaba en otra parte, y mi mirada constantemente intentaba seguir el rastro de Valentine.

Cuando llegó el momento de comenzar a bailar, el señor Trussler me pidió el placer del primer baile, y traté de aceptar la invitación con la mayor gracia que pude reunir. Me agradaba lo suficiente el señor Trussler, pero tenía un defecto evidente: no era Valentine Donovan.

Tener su brazo alrededor de mi cintura y nuestros rostros tan cerca no fue la experiencia electrizante que había sido al practicar con Valentine. Simplemente se sentía extraño e incómodo. Mi mirada buscó entre los presentes y encontró su objetivo fácilmente: Valentine bailando con la señorita Goulding.

Ella era una visión elegante, con sus faldas rosadas y fluidas, la hermosa pluma ondulante en su cabello dorado y sus labios y mejillas perfectamente rosados. Su mirada estaba fija en Valentine, intensa e... invitante. *Siempre ha preferido a las mujeres con cabellos más claros.* Con el estómago encogido y los primeros indicios de mareo acechándome, aparté la vista, fijándola en mi pareja y forzándome a conversar con él.

Después de una eternidad, el vals terminó e hice una reverencia al señor Trussler. No pude evitar buscar a Valentine con la mirada. Él estaba haciendo una reverencia a la señorita Goulding, pero al levantarse, sus ojos se encontraron con los míos. Nuestras miradas se mantuvieron por un momento, y durante el más breve de los segundos, pensé que vi un destello de arrepentimiento en los suyos.

La señorita Goulding le dirigió un comentario, captando nuevamente su atención, y pronto comenzó el Boulangère. Para cuando terminó, estaba ansiosa por un respiro. Me dirigí a las mesas de refrigerios con Diana y encontré que ofrecían tanto ratafía como limonada. Me detuve

frente a la ratafía.

Diana me miró y, al notar el objeto de mi atención, hizo una mueca. "Sí, esa fue una de las peticiones de Valentine. Traté de disuadirlo, pero fue insistente".

Miré hacia él, que estaba al lado de Phineas en la esquina. Sus cabezas estaban cerca mientras Phineas hablaba. "En realidad, me gusta bastante", dije, sintiendo una oleada de cariño llenarme el pecho.

"Oh". Diana parpadeó. "Entonces me alegra que Valentine lo haya sugerido". Su mirada se desvió detrás de mí. "Parece que tienes algunos amigos que desean hablar contigo. Te dejaré para que lo hagas en paz". Me dio un pequeño guiño y se alejó.

Me giré y encontré a las hermanas Bradley y a la señorita Goulding acercándose. Siempre me había resultado fácil que me agrade la gente, pero me resultó muy difícil sentir otra cosa que no fuera una punzante envidia al saludar a la señorita Goulding. Siempre me había gustado el color de mi cabello, pero esta noche, deseé que fuera tan rubio y brillante como el suyo.

"Qué fiesta tan espléndida", dijo la señorita Maria. "Nunca pensé que tendría la oportunidad de bailar un *vals* este verano, pero cuando mamá supo que la señora Russell estaba organizándolo, cedió. ¡Oh, qué aventura fue!"

"En efecto", dijo la señorita Goulding con una mirada significativa alrededor de nuestro círculo. "Una realmente comprende de qué se trata todo el alboroto, porque es tan íntimo".

Mi estómago dio vueltas.

"Y usted bailando con Valentine Donovan", dijo la señorita Maria con un poco de asombro. "Pensé que ciertamente *usted* bailaría con él, señorita Russell. ¿Ha ocurrido algo entre ustedes?"

"Maria", dijo la señorita Bradley con un toque de reproche, "recuerda que desde el principio nos dijo que su amabilidad y atención hacia ella se debían a la conexión que comparten y nada más. Además, la señorita Russell es demasiado pura, demasiado alegre para un hombre como él. Sin duda, un libertino reformado desearía una esposa con un poco de... experiencia".

"Bueno", dijo la señorita Goulding, "por mi parte, me alegra, porque he estado interesada en él desde hace tiempo. Solo que mamá nunca me permitió hablar con él hasta que se convenció" se volvió hacia mí "gracias a usted, señorita Russell, de que finalmente se esté reformando. Cuando aceptó que bailara con él el primer baile de esta noche, incluyendo un vals, de todas las cosas, apenas podía creer mi buena suerte".

Traté de sonreír y podía sentir lo miserablemente que fallaba, pero la señorita Goulding no pareció darse cuenta.

"Y usted tiene experiencia, ¿verdad, señorita Goulding?" La señorita Maria se inclinó hacia adelante y bajó la voz, sus ojos brillando con emoción. "¿Es cierto que el señor Sutcliffe intentó besarla en Vauxhall?"

La boca de la señorita Goulding se curvó en una sonrisa enigmática. "Oh, no podría decirlo con certeza. Pero" miró a su alrededor significativamente “basta decir que, en el camino de regreso a casa en el carruaje, temía que mi madre pudiera oler su colonia en mí".

Los ojos de las hermanas Bradley se abrieron de par en par, y la señorita Maria se llevó la mano a la boca.

La señorita Goulding, satisfecha con la reacción, dejó escapar un suspiro pensativo mientras buscaba con la mirada entre la multitud. "Creo que prefiero al señor Donovan sobre el señor Sutcliffe, pues presenta un desafío mayor. Un corazón aún por conquistar".

"¿Está bien, señorita Russell?", preguntó la señorita Bradley.

"Oh, sí", respondí, con un tono tan poco convincente como mi sonrisa. "Solo estoy sedienta después de tanto bailar". Seguí bebiendo para tener una excusa para mantenerme en silencio,

pero la ratafía solo empeoraba el malestar en mi estómago.

"Sin embargo, el señor Sutcliffe y el señor Donovan no están en buenos términos", dijo la señorita Maria. "¿No teme usted que, si el señor Donovan empieza a cortejarla y llegara a enterarse de su" se inclinó de nuevo "*romance* con el señor Sutcliffe, se enfadaría?".

La señorita Bradley rió, intercambiando una mirada condescendiente con la señorita Goulding. "Oh, Maria. Creo que tiene mucho que aprender sobre los hombres. No desean esposas jóvenes e ingenuas. Son sus madres quienes insisten en algo así—o, al menos, en la apariencia de ello".

"Exactamente", confirmó la señorita Goulding. "Y *creo* que el señor Donovan lo consideraría una victoria sobre el señor Sutcliffe, pues tengo entendido que tienen una especie de competencia para robarse la atención de las mujeres del otro".

Al darme cuenta de que mi vaso estaba vacío y mi estómago al borde de voltearse, me disculpé para llenarlo de nuevo. Intenté tragarme la emoción que sentía en la garganta. Ni siquiera estaba segura de qué era. Si la gente pensaba que la ratafía tenía un sabor detestable, deberían probar la mezcla de celos, decepción y vergüenza. Era mucho peor.

La palabra "*adorable*" se repetía en mi mente una y otra vez. Había sido la forma en que Valentine había descrito mi personalidad. Ahora, más que nunca, esa palabra me inquietaba. Era adorable, y los hombres como Valentine no querían mujeres adorables. Tampoco querían mujeres ingenuas, y yo había traicionado toda la extensión de mi ingenuidad a Valentine, haciéndole todas las preguntas que no me atrevía a hacer a otros. Tampoco era rubia ni tan hermosa como la señorita Goulding, y ciertamente no era tan experimentada. No podía coquetear ni atraer con la mirada, no podía presumir de tener pretendientes reales, nunca había tenido la colonia de un hombre en mí, como la señorita Goulding.

"Cuidado, señorita, o el vaso se desbordará".

Parpadeé, devolviendo mi enfoque al mundo. Había estado usando un cucharón para llenar mi copa vacía, y estaba a punto de derramarse.

"¡Por el cielo!", dije, dejando el cucharón de nuevo en el tazón y mirando al hombre que me había advertido. Debía tener cerca de sesenta años. Su cabello se había vuelto gris en su mayor parte, pero unas pocas secciones revelaban que alguna vez había sido oscuro. Tenía una expresión taciturna que podría haber intimidado a algunos, pero yo sabía mejor que muchos lo que podía esconderse detrás de una fachada así. "Gracias, señor. Mi mente estaba en otra parte".

Su labio se movió ligeramente, como si intentara sonreír, una expresión que no parecía natural en él, pues su frente estaba arrugada en un ceño fruncido, lo que hacía que la sonrisa fuera casi discordante. "Lo he supuesto".

Reí nerviosamente. Su respuesta no invitaba a continuar la interacción, pero yo estaba ansiosa por distraerme de mi conversación con las Bradley y la señorita Goulding. "No creo que nos hayamos conocido, señor".

"No lo hemos hecho". Sus ojos me evaluaron por un momento, y había algo en ellos que resonaba, un toque de familiaridad. "Soy Lord Newham".

"Un placer conocerlo, Lord Newham. Soy la señorita Russell". Hice una reverencia. No estaba del todo segura de cómo este hombre había llegado a estar en un baile en mi honor cuando nunca antes lo había conocido ni oído hablar de él. Era demasiado mayor para ser considerado un pretendiente potencial para mí; Diana podría ser poco convencional, pero me quería demasiado para *eso*. "¿Conoce a mi hermano, Duke? ¿O tal vez a mi cuñada?".

Llevó el vaso de ponche a sus labios, sin responder de inmediato. "Conocí a la madre de la señora Russell hace algún tiempo". Sus ojos duros se volvieron un poco nebulosos, fijándose en

algún punto frente a él. Seguí su mirada, que parecía centrarse en Valentine.

Una idea cruzó mi mente. Observé su rostro, las cejas espesas, la forma de la nariz, la clara propensión a fruncir el ceño, incluso el timbre de su voz envejecida. Al darme cuenta de que estaba mirando, aparté la vista, con el corazón latiendo rápidamente. "Lo envidio. He oído lo suficiente sobre ella como para entender que era una mujer fuera de lo común".

"Lo era, en efecto".

"¿La conoció bien, entonces?".

Hubo una pausa. "Sí, la conocí bastante bien".

Una vez más, la respuesta no invitaba a más preguntas. Pero ahora estaba demasiado curiosa por saber si mis sospechas eran correctas, curiosa por saber sobre la madre—y el padre—del hombre del que me había enamorado. "¿Cómo era ella, mi señor?".

Su boca se curvó hacia abajo, y su expresión se volvió más pensativa. Sus ojos se volvieron hacia mí. "Era un pedacito de cielo en la tierra, señorita Russell. Suave, buena, de gran corazón, y todo eso a pesar de una vida difícil—y una vida que terminó demasiado pronto". Su mirada volvió al salón de baile.

Tenía un vaso lleno de ratafía, pero no tenía ganas de beber más, porque mi estómago estaba lleno y mi atención cautivada. "Suena tan encantadora como la había imaginado. ¿Cree usted que sus hijos se parecen a ella?".

"No los conozco lo suficiente como para decirlo con certeza, pero creo que tal vez el segundo hijo sea el que menos se le parece".

Fruncí el ceño y lo miré. "¿Se refiere a Valentine?".

Estaba frunciendo el ceño mientras observaba a Valentine. "Creo que ese es su nombre, sí". Bebió un sorbo.

No me engañaba. Sabía el nombre de Valentine, y el hecho de que su atención seguía centrada en él me decía que mis sospechas eran correctas: este era el verdadero padre de Valentine.

Que pensara que Valentine no se parecía a su madre hizo que mi corazón se encogiera y que mi temperamento se elevara. Obviamente, había creído la interpretación de la Sociedad sobre el carácter de Valentine. ¿Por qué aquellos que tenían todas las razones para amar a Valentine eran tan críticos con él, tan rápidos para asumir lo peor?

Intenté controlar el temblor en mi voz mientras respondía. "Por supuesto, no conocí a la señora Donovan, señor, pero sí conozco a Valentine, y puedo decirle que, si las palabras que ha usado para describir a la señora Donovan son ciertas, él se parece mucho a ella".

Él encontró mi mirada, con sus ojos oscuros indagando. Eran del mismo tono profundo y uniforme de marrón que había llegado a conocer y admirar tanto.

Volví mi atención a Valentine, observando cómo se abría paso entre la multitud. La simple vista de él hizo que parte de mi frustración se desvaneciera. "Cuando llegué aquí, señor, no sabía nada del mundo fuera de la casa en la que me crie. Valentine fue el primero en hacerse amigo mío. Ha hecho todo lo posible para hacerme sentir cómoda, haciendo cosas que no son naturales para alguien de su temperamento. Ha sido, más que nadie, quien me ha ayudado a navegar por una Sociedad que, francamente, encuentro desconcertante. Me estremezco al pensar lo que habría hecho sin su amabilidad". Miré de nuevo a Lord Newham, encontrando su mirada con la barbilla ligeramente levantada. "Si la señora Donovan era suave, buena y de gran corazón, Valentine es ciertamente su hijo. Y él también ha tenido una vida difícil, como usted puede saber mejor que muchos".

Un destello de angustia iluminó sus ojos.

Dejé mi vaso, aún lleno, en la bandeja de plata junto a mí. "Fue un placer conocerlo, mi señor".

# Capítulo 25

VALENTINE

Si las cortinas de las ventanas no hubieran sido tan densas y cálidas, me habría escabullido detrás de ellas hace una hora. La única razón por la que no me había ido ya del baile era que no deseaba dejar a Rebecca en la noche más importante desde que llegó a Brighton.

Ahora parecía una tontería, pues no habíamos hablado desde que comenzó el baile, y no podía decidirme a buscarla. Para ser justos, ella tampoco me había buscado, pero por la manera en que encontraba su mirada buscándome cada pocos minutos—casi tan a menudo como la mía la buscaba a *ella*—sabía que lo habría hecho si las circunstancias hubieran sido diferentes.

Era mi culpa. Lo que le había dicho sobre haber cumplido mi función en su vida la había lastimado. Casi me retracté en ese momento y le hubiera dicho que bailaría con ella toda la noche si me lo permitía. Pero me contuve. Estaba haciendo esto por ella. Si solo se permitiera un momento para darse cuenta, entendería lo que todos los demás sabían: cualquier hombre en este baile sería una mejor opción para ella que yo.

"¿Cómo estuvo tu vals con la señorita Goulding?" Diana se había acercado a mí. Descubrí que ella tenía una habilidad especial para hacer eso. "Parecía bastante... centrada en ti."

Suspiré con molestia. Era cierto. Había llegado a conocer esa mirada en los ojos de una mujer cuando quería algo más de mí, y los ojos y sonrisas de la señorita Goulding no habían sido en absoluto sutiles. Ella era precisamente la razón por la que detestaba bailar. Siempre que cedía a las súplicas para participar en la actividad, las parejas que elegían para mí inevitablemente eran del tipo de mujeres fascinadas por mi reputación y la emoción del peligro que aparentemente les representaba.

"Fue largo," respondí.

"Bueno, no te compadezco. Deberías haber hecho lo sensato y haber invitado a Rebecca." Diana me lanzó una mirada de soslayo, pero no respondí nada. Sensato no era la palabra que habría usado. Egoísta, ciertamente, pero no sensato.

"Fue amable de tu parte sugerir la ratafía en su nombre," dijo ella. "Podrías haberme dicho que esa era la razón. ¿Cómo es posible que haya desarrollado un gusto por esa bebida?"

No pude evitar sonreír. "No tengo idea." Como un imán, mi mirada la buscó de nuevo, y cuando la encontró, me quedé inmóvil. Estaba conversando con Lord Newham, de todas las personas. Ni siquiera sabía que se conocían.

Diana siguió la dirección de mi mirada. "Cuando vi la invitación para Lord Newham entre las demás, casi la tiré, ¿sabes? Porque ciertamente no la había escrito yo. No he hablado con él más de dos veces, y mi padre lo odia. Pero entonces me di cuenta de que debías haber sido tú el responsable de invitarlo."

Ella tenía razón, por supuesto, pero guardé silencio. Mi curiosidad sobre mi ascendencia había ido creciendo lentamente, y cuando vi el montón de invitaciones, tomé la decisión impulsiva de enviarle una, todo por la pequeña posibilidad de que hubiera alguna interacción entre nosotros, ¿algunas... respuestas, tal vez? Pero ahora que él estaba aquí, me encontraba demasiado orgulloso. O tal vez me faltaba valor.

"Deberías hablar con él, Val," dijo Diana, con una voz más calmada y menos burlona ahora.

"Lo he visto mirarte una docena de veces. Casi tanto como te he visto mirar a Rebecca."

Ignoré la última parte de su comentario. "Si Newham quisiera la conexión, me reconocería."

"Quizás," dijo ella. "O quizás está esperando que muestres algún indicio de que lo recibirías."

Observé a Lord Newham y a Rebecca. Él la miraba, su expresión seria e intensa. Ella dijo algo, luego, con una pequeña reverencia, se dio la vuelta y se alejó, luciendo más altiva de lo habitual. Rebecca y altiva. Esas eran dos palabras que nunca habría pensado usar juntas. Qué no habría dado por saber de qué habían hablado.

"Extraño a Duke," dijo Diana de repente.

Me volví para mirarla. Ella estaba mirando hacia el salón. Era inusual que admitiera algo que tuviera tintes de emociones más tiernas, y sentí una punzada de culpa por lo centrado que había estado en mis propios problemas. Diana llevaba semanas sin su esposo, y se me ocurrió que se había volcado en la organización de esta fiesta para distraerse de su soledad.

Rodeándola con un brazo, la atraje hacia mí y deposité un beso en su sien. "Y pensar en todo el tiempo que pasaste rechazándolo."

Ella soltó una ligera risa. "Fui una tonta."

"Y te lo dije."

"Lo hiciste. Más de una vez. Pero ahora *tú* eres el tonto."

Mi sonrisa se desvaneció, y la solté suavemente, dejando que la distancia entre nosotros se ampliara.

Ella se volvió hacia mí. "No lo resistas como yo lo hice, Valentine. La vida es demasiado corta." Puso una mano alrededor de mi brazo y apretó, luego se apartó de mi lado.

Diana no entendía. Era casi tan culpable como Rebecca de estar ciega a la verdad. No estaba resistiendo el amor. Estaba actuando en base a él, asegurándome de que Rebecca recibiera lo que merecía.

Yates se acercó a mí, sonriente y sin aliento por la danza que acababa de terminar. "Cuando bailaste el primer set, admito que esperaba que continuaras con la tendencia."

"Cualquiera pensaría que me conoces mejor a estas alturas."

"Sí, bueno, me has sorprendido más de una vez últimamente, ¿sabes? ¿No piensas bailar con la señorita Russell?"

"No." Quería bailar con Rebecca como había deseado pocas cosas en la vida. Quería mi mano en su cintura, mirar esos ojos encantadores, y la constante mención de ello no me ayudaba en absoluto.

"¿Entonces son ciertos los rumores?" preguntó Yates, con un toque de sorpresa en su voz.

"¿Qué rumores?"

Él me lanzó una mirada inquisitiva. "Vamos, ahora. La coquetería no te sienta, Donovan."

"Puedes decírmelo o irte, Yates. No tengo interés en jugar juegos."

Se encogió de hombros. "Dicen que has terminado con ella. Que obtuviste lo que querías y ahora estás buscando... cosas más grandes y mejores."

Me giré de inmediato, tomándolo por la garganta. "La próxima vez que alguien tenga algo que decir sobre la señorita Russell, dile que puede decírmelo a la cara."

Con los ojos bien abiertos, Yates me miró fijamente. Trató de asentir tanto como mi mano apretando su garganta lo permitía. Consciente de que nuestra interacción no había pasado desapercibida para los que estaban a nuestro alrededor, lo solté.

Me ajusté el abrigo, apretando la mandíbula con arrepentimiento por mi reacción explosiva. "Perdóname."

"Tonterías," dijo Yates, enderezando su corbata y luciendo demasiado compuesto para un hombre que casi había sido estrangulado. "No hay nada que perdonar. Simplemente pensé que querrías saber qué efecto están teniendo tus acciones sobre la reputación de la señorita Russell."

"¿Qué acciones?"

Yates no respondió, y todas las personas que habían estado observándonos comenzaron a perder interés en la extraña interrupción. Sin duda lo descartaron como otra de mis excentricidades.

"¿Qué acciones, Yates?" repetí impaciente. Cuando no respondió, suspiré con molestia. "No volveré a estrangularte si eso es lo que te preocupa."

Se rió, frotándose la garganta. "Tienes la fuerza del diablo, Donovan. Lo que quiero decir es que te has mantenido alejado de ella toda la noche. Cualquiera puede ver que la chica te echa de menos, y no te has dignado a pararte siquiera a su lado. Dada tu reputación, hay algunos que piensan que has... bueno, que la has comprometido de alguna manera, y ahora has perdido el interés."

Solté una serie de insultos en voz baja. No importaba lo que hiciera, estaba destinado a herir a Rebecca. Esto era precisamente lo que me había preocupado desde el principio: que la gente asumiera lo peor de ella por *mi* culpa. Y de todas las personas en este mundo, Rebecca Russell merecía que la gente asumiera lo mejor.

"Gracias por decírmelo," dije con tensión. "Perdóname por..."

Yates soltó una risa irónica. "Si te disculpas de nuevo, Donovan, comenzaré a preocuparme por ti. No tengo ningún uso para tus disculpas. Un pequeño estrangulamiento tuyo no es lo peor por lo que hemos pasado."

Tenía razón, por supuesto. Ambos habíamos hecho cosas peores el uno al otro en nuestros peores momentos. Me volví para irme, pero él me detuvo.

"He recibido noticias de Jones. Dice que el caso debería resolverse en la corte dentro de la semana."

No me moví. Esta era la noticia más bienvenida que había recibido en mucho tiempo, y apenas sabía qué hacer con ella, especialmente después de recibir noticias tan desagradables. Los tribunales habían retenido el dinero durante casi dos años—dos años de tener que pedirle dinero al Almirante. Una gran parte de ese tiempo me había visto obligado a pasarla en Blackwick Hall porque no tenía otra alternativa.

Finalmente, sin embargo, todo terminaría. Eso merecía una celebración.

Pero en ese momento no tenía ganas de celebrar. Con los ojos fijos en Rebecca, agradecí a Yates y me alejé de su lado. Tenía que acallar los rumores, pero debía encontrar una manera de hacerlo sin darle a Rebecca la impresión de que podía haber algo más entre nosotros que amistad. Era un equilibrio difícil de lograr.

Ella había comenzado a conversar con Phineas al borde de la pista de baile. Sus mejillas estaban sonrojadas de una manera encantadora, y me pregunté si era resultado de su conversación con Lord Newham. De todos modos, nunca la había visto más hermosa que en esta noche.

"Valentine." Diana me cortó el paso y me agarró del brazo. "Padre y Lord Newham están teniendo... un encuentro."

Fruncí el ceño, mirando detrás de ella hacia donde estaba Rebecca, y luego hacia el Almirante y Lord Newham. Estaban de pie cerca de la mesa de refrigerios, tal como lo había estado Lord Newham cuando hablaba con Rebecca. Parecían estar intentando fulminarse con la mirada.

"¿Y crees que mi presencia ayudará?"

"No," dijo ella. "Pero puedo distraer a Padre si tú distraes a Lord Newham."

Fruncí los labios, mirándola con una expresión malhumorada. Esta era otra de las ideas oportunistas de Diana, su manera de hacer que hablara con Lord Newham, como creía que debía hacer.

El Almirante dio un paso hacia Lord Newham—estaba *demasiado* cerca, aunque Lord Newham respondió cerrando aún más la distancia, con el efecto algo perdido debido a su andar vacilante. Si no interveníamos, el baile de Rebecca probablemente incluiría un duelo de ancianos. Al menos Rebecca sabía lo suficiente como para no acusar a los hombres de tener hijos ilegítimos, aunque no estaría equivocada en el caso de Lord Newham.

Dejando de lado mis dudas, me dirigí hacia ellos, tratando de mantener un ritmo rápido pero discreto, con Diana pisándome los talones.

Ninguno de los dos hombres nos lanzó siquiera una mirada cuando nos detuvimos a su lado.

"No es, ni nunca ha sido, bienvenido cerca de esta familia, mi lord," dijo el Almirante. Incluso cuando era grosero, insistía en usar títulos apropiados.

"Padre," lo reprendió Diana.

"Le haré saber que fui invitado," respondió Lord Newham.

"¡Ja!" el Almirante se burló. "Estoy bastante familiarizado con el tipo de *invitaciones* que usted cree que la gente le extiende, Lord Newham."

"Yo lo invité," interrumpí antes de que los dos pudieran airear la historia no tan impecable de nuestra familia frente a los invitados.

La cabeza del Almirante se giró hacia mí, con las fosas nasales dilatadas y la mandíbula apretada. *"Tú."*

"Sí, yo. Si quieres descargar tu ira conmigo, tal vez pueda persuadirte de hacerlo en algún lugar arriba. Rebecca no merece que se haga una escena aquí."

El Almirante me miró fijamente, luego a Lord Newham. Después de un tenso momento, dio media vuelta y se alejó.

Sentí los ojos de Lord Newham sobre mí, y después de un momento de duda, lo miré. Su expresión no era feliz, ciertamente no era paternal.

"No permaneceré donde no soy bienvenido," dijo con voz áspera, girando hacia el bastón que descansaba contra la pared más cercana.

Me acerqué para tomarlo. "Permítame escoltarlo a la puerta, mi lord."

"No necesito asistencia." Lord Newham intentó arrebatar el bastón que yo sostenía, pero estaba más lejos de lo que había pensado, y aunque logró quitármelo de las manos, perdió el equilibrio como resultado. Me apresuré, logrando sujetarlo del brazo antes de que cayera al suelo.

Sonaron notas discordantes cuando algunos miembros de la orquesta se distrajeron de su tarea. Las cabezas se volvieron hacia nosotros, y un silencio cayó sobre los invitados. Lo ignoré mientras ayudaba a Lord Newham a ponerse de pie.

Antes de estar completamente estable, me apartó.

Apretando la mandíbula, di un paso hacia el lado. Cualquier idea que hubiera tenido de hablar con él se desvaneció. Este hombre no quería nada que ver conmigo. Por qué había aceptado la invitación para venir en primer lugar era un misterio, al igual que por qué había pensado en extenderla.

La punzada de su comportamiento hacia mí, y delante de todos los invitados, nada menos, comenzó a recorrer mis venas como agua hirviendo. "Perdóneme," dije con voz tensa, "por

intentar ser un hijo decente para otro padre reacio."

Me di la vuelta y me alejé, esforzándome porque mi ira cubriera mi vergüenza y dolor hasta que la gente inevitablemente perdiera el interés de nuevo.

# Capítulo 26

REBECCA

Mis ojos se abrieron de par en par mientras observaba a Valentine abrirse paso a empujones entre la multitud y salir de la habitación con paso firme. Lord Newham, por otro lado, se tambaleaba en la dirección opuesta, usando su bastón.

"Discúlpame," le dije a Phineas. Sin apartar la vista de la puerta por la que Valentine había desaparecido, levanté mis faldas y crucé la sala. Primero revisé la biblioteca, ya que Diana había mandado a colocar allí algunas mesas para aquellos que preferían jugar a las cartas en lugar de bailar.

Pero Valentine no estaba allí.

Revisé cada puerta a lo largo del corredor, asomándome en la oscuridad hasta estar segura de que cada una estaba vacía. Un recorrido por las escaleras hasta la habitación de Valentine fue igual de infructuoso, y cerré la puerta con decepción y un toque de preocupación.

Cuando el pestillo hizo clic, miré hacia la escalera de servicio, y se me ocurrió una idea. Corrí hacia ella y bajé las tres plantas por la escalera de caracol hasta los aposentos de los sirvientes. Salí a un pasillo tenuemente iluminado, pero un ruido cerca de la despensa del mayordomo llamó mi atención, y me apresuré, deteniéndome justo en el umbral.

Valentine sostenía el pomo de hierro de la puerta de la bodega y lo sacudía violentamente. Cuando la puerta se negó a ceder a sus esfuerzos, la soltó y le dio una patada, soltando una sarta de maldiciones, de las cuales me complació secretamente entender cada una. Pero mi satisfacción fue efímera, opacada por mi preocupación. Esto era lo que Valentine hacía cuando no sabía adónde ir, o qué más hacer: recurría al licor.

Poniendo una mano en su cadera, se frotó la otra con fuerza sobre la mandíbula, alejándose de la puerta de la bodega. Me vio y se detuvo. Una secuencia de emociones cruzó por su rostro.

“Marsh tiene la llave si desea llamarlo,” dije. En realidad, no quería que Valentine bebiera para olvidar lo que sentía, pero era necesario que él mismo decidiera abstenerse.

“Debería estar arriba.”

“No si usted está aquí abajo.”

“No soy buena compañía, y lo seré aún menos una vez que abra esta puerta.” Le dio otra patada, y no pude evitar admirar su contención, pues no emitió ningún sonido de dolor a pesar de lo mucho que debió dolerle el pie. Me di cuenta de que quizás había otro dolor que superaba a ese.

“No le tengo miedo, Valentine.”

Desató el nudo de su garganta hasta que se aflojó. “Debería tenerlo.”

Di unos pasos hacia él. “¿Qué pasó arriba?”

“Lo que pasó es lo que cualquiera podría haber anticipado.” Tiró del extremo de la corbata hasta que salió del cuello de su abrigo. “Usted dice que tengo suerte de tener dos padres, pero ¿cuál es preferible, Rebecca: un padre que, aunque ahora se ha ido, la amó profundamente mientras vivió, o dos hombres vivos que la desprecian? ¿Qué aspecto positivo puede encontrar usted en ser tan indeseado?”

“No es usted indeseado,” dije.

“Decirlo no lo convierte en realidad.”

“Yo lo quiero.” Las palabras escaparon de mí antes de que pudiera detenerlas. Pero no podía arrepentirme de ellas, suspendidas como estaban en el aire.

Había estado enredando la corbata entre sus dedos, pero se detuvo, aunque su mirada no se elevó para encontrarse con la mía. “No debería.” Su voz era suave, y reanudó su distraído enredo.

“No debería hacer muchas cosas, pero no me importa, ya no.” Di otro paso hacia él y le tomé la mano, deteniéndola. “Valentine, no sé lo que piensa Lord Newham, pero no creo que hubiera venido esta noche si no tuviera algún deseo de conocerlo. Cuando hablamos de usted, no pudo ocultar su interés, por más que lo intentara. Pero, cualesquiera que sean los pensamientos o sentimientos que él o el Almirante tengan sobre usted, no debe permitir que pesen más en su vida que los pensamientos y sentimientos de quienes lo conocen y lo aman de verdad.”

Con la mandíbula apretada, miró nuestras manos. Su pulgar rozó mi dedo enguantado por el más breve de los momentos, haciendo que mi corazón latiera con fuerza en mi pecho.

Las palabras para decirle lo que sentía llegaron a mi lengua, el impulso de compartir mis sentimientos más profundos surgió como una burbuja en la superficie. Pero me mordí la lengua. No era el momento adecuado. Estaba consumido por otras preocupaciones, preocupaciones que había estado albergando y combatiendo desde mucho antes de que lo conociera.

Llevé la mano a mi cabello, localizando una de las pequeñas rosas que había allí y tirando de ella suavemente hasta que cedió. Alcé su mano, abriéndola y colocando la rosa en su palma. Lo miré con una pequeña y vacilante sonrisa mientras cerraba sus dedos sobre ella.

Su ceño se suavizó ligeramente, y miró nuestras manos.

“Puede adormecer sus sentidos con alcohol por una noche, Valentine,” dije suavemente, manteniendo mi mano sobre la suya, “o puede usar esos sentidos para reconocer el bien que aún existe.”

Me puse de puntillas. Cerrando los ojos y acercándome, lo besé suavemente en la mejilla. Mis propios sentidos se llenaron con el aroma del jabón que había usado para afeitarse y la sensación del comienzo de la barba. El beso había sido un gesto impulsivo para mostrarle mi afecto, pero de repente, no me pareció suficiente. Estaba en aguas poco profundas, pero quería sumergirme en ellas. Quería rodearlo con mis brazos, moverme lo suficiente para que nuestros labios se tocaran. Quería irme con su colonia impregnada en mi piel.

Un ruido en la cocina me hizo dar un salto hacia atrás, parpadeando.

Los ojos de Valentine estaban fijos en mí, oscuros y atentos. Su mano flotaba en el aire con la rosa, como si no se hubiera movido desde que se la di. Había estado rígido, y yo…

El calor inundó mis mejillas. “Voy a decirle a Marsh que baje,” dije, con la voz áspera y entrecortada.

Me di la vuelta y me fui.

***

Valentine no estaba en el desayuno a la mañana siguiente. El Almirante sí, pero como estaba de mal humor, rechacé mi taza de chocolate. De alguna manera, me pareció mal beberla sin Valentine allí. Me conformé con unos bocados de tostada antes de retirarme de la habitación con la excusa de tener que atender la correspondencia.

El final del baile de anoche había sido largo, y yo había estado distraída, preguntándome qué estaría haciendo Valentine abajo. Como prometí, envié a Marsh, pero tuve demasiado miedo para preguntarle al mayordomo qué había sucedido cuando reapareció unos minutos después.

¿Habría pensado Valentine en el momento que pasamos en la despensa? ¿Había sido

simplemente una sorpresa desagradable para él?

La forma en que rozó su pulgar sobre mis dedos... un escalofrío recorrió mi piel al recordarlo, dejando a su paso un rastro de pequeños bultos. ¿Estaba equivocada al esperar que esos gestos significaran algo más para él que una mera amistad? ¿Al pensar que era su insistencia en pensar lo peor de sí mismo lo que le impedía actuar sobre esos sentimientos?

A pesar de la intensidad de planear y llevar a cabo un baile en un período de tiempo tan corto, Diana insistió en que saliéramos de la casa una vez que terminó su desayuno. Se trataba de una expedición de compras, aunque no tenía idea de qué podríamos necesitar al día *siguiente* de un baile. Sin embargo, estaba tan preocupada pensando en Valentine que una distracción era bienvenida.

Bajamos del carruaje al borde de Duke Street poco antes del

mediodía, ambas con nuestras bolsas de mano.

"¿Qué es exactamente lo que estamos buscando?" pregunté, observando la actividad bulliciosa que llenaba la estrecha calle.

"No tengo idea," respondió ella. "Pero estoy segura de que algo llamará nuestra atención, ¿no crees?" Me miró y sonrió. "Pareces desconcertada."

"¿Realmente? Admito que no estoy familiarizada con la actividad de ir de compras. Mi abuelo piensa que es un gran desperdicio de dinero, y supongo que puedo entender por qué lo piensa si no tenemos una compra específica en mente, sino que estamos decididas a gastar dinero simplemente por gastar."

Diana se rió y enganchó su brazo con el mío. "Tu abuelo suena increíblemente entretenido. Pero, aunque no tengamos una compra en mente, sí *tenemos* un *propósito*." Comenzó a caminar, y la seguí.

"¿Cuál es…?"

"Distraernos," respondió.

La miré de reojo, preguntándome cómo sabía que yo necesitaba algo así, pero ella estaba ocupada mirando la ventana más cercana, la de una zapatería con una bonita exhibición de botas, zapatillas y similares.

"Mientras tenía el baile que planear, podía mantenerme razonablemente distraída de la ausencia de Duke," continuó. "Pero ahora que ha terminado, siento su ausencia más que nunca. De ahí nuestra expedición de compras." Nos dirigió a la ventana de la zapatería, y nos detuvimos frente a ella. Diana entrecerró los ojos, inclinando la cabeza hacia un lado mientras inspeccionaba un par de botas de cuero a media pierna. "Debes saber eso de los Donovan, Rebecca. Haremos cualquier cosa para evitar sentir emociones desagradables." Puso una expresión de decepción y nos alejó de la ventana. "Creo que esas botas son demasiado estrechas para mis pies."

Apenas escuché sus últimas palabras. Mi mente estaba demasiado centrada en las anteriores. *Haremos cualquier cosa para evitar sentir emociones desagradables*. Tenía razón, al menos sobre Valentine. En lugar de enfrentar el dolor, se ahogaba—en alcohol, en juegos de cartas, en mujeres. Darme cuenta me dolía. Me dolía porque hablaba de un hombre tan lleno de dolor que haría cualquier cosa para escapar de él.

"Ah, entremos aquí por un momento," dijo Diana, ajena a mis pensamientos. "No es la mejor tienda de telas en Brighton, pero es la más extensa, y tengo la intención de hacerme un vestido a tiempo para la llegada de Duke."

La campana en la puerta tintineó cuando entramos, y mis ojos se abrieron de par en par. Telas de todos los colores, texturas y brillos estaban colgadas, enrolladas y dobladas en fila tras

fila. Jóvenes damas con bonetes las inspeccionaban, tocaban, debatían. Nunca había visto algo así.

Bajo la pared de la tienda con ventanas había rollos de muselinas—blancas, teñidas, estampadas, bordadas. Estiré un dedo y toqué la más cercana, un hermoso jaconet.

"Deberías buscar una más resistente, creo," dijo Diana. "Quizás un gris. Pronto nos retiraremos a Kent, y las prendas que tienes en la actualidad se ensuciarán rápidamente allí, pues imagino que te gustará caminar mucho. Es bastante bonito en Birchleigh. Estaré por allá, mirando las sedas."

Asentí, pero la mención de Kent hizo que mi estómago se anudara. Una vez que mi hermano regresara a Brighton, no permaneceríamos mucho más tiempo. ¿Y entonces qué sucedería? No había asegurado ningún pretendiente real, y si Birchleigh Hall era algo parecido a Millbury, no habría caballeros de los que hablar en los alrededores. Todo el gasto y esfuerzo que Diana, Duke y Valentine habían hecho en mi nombre habrían sido en vano.

Pero bajo esos pensamientos había otra preocupación. Dudaba que Valentine se uniera a nosotros en Birchleigh Hall. Pero entonces, ¿qué haría? ¿Volver a Blackwick con el Almirante y Phineas? Solo pensar en ello era angustiante.

Alcancé una muselina gris cercana, y mi mano chocó con la de alguien más.

"¡Señorita Russell! Qué placer verla."

Ni siquiera necesitaba mirar hacia arriba para saber quién me estaba hablando, pues reconocí el acento de inmediato. La señorita White—Nellie, como la llamaba Valentine—estaba a mi lado. Llevaba un vibrante vestido violeta con mangas a media altura y un escote bajo. Su cabello, de un rubio dorado resplandeciente, asomaba de su sombrero en forma de rizos sueltos. Era tan hermosa como la recordaba.

"Buen día, señorita White." Odiaba la oleada de celos que sentía al estar cerca de ella. No tenía idea de si Valentine seguía frecuentándola, pero pensar que podría recurrir a ella en su momento de angustia emocional me revolvía el estómago.

"Parece que queremos lo mismo." Aunque su mano estaba sobre la muselina, la sonrisa que llevaba y el tono que usó al decir esas palabras estaban cargados de insinuaciones. "Entiendo que tuvo un baile anoche."

"Así es." Me moví hacia la siguiente muselina en la fila de telas. Era demasiado oscura para que yo la usara, pero no tenía deseo de pelear por la gris con la señorita White. Mientras fingía inspeccionarla, traté de no delatar el pensamiento que cruzaba mi mente: ¿había sido Valentine quien le habló del baile? ¿Y si la había buscado después de nuestro encuentro en la despensa del mayordomo? Ese pensamiento me dolía de una manera que nunca antes había experimentado.

"¿Y cómo fue?" preguntó. "¿Agradable?"

Logré esbozar una sonrisa. "Sí, gracias. Muy agradable." Era extraño hablar de ello, no solo porque una gran parte de la noche no había sido agradable, sino porque no estaba segura de si ella pensaba que debería haber sido invitada. Tenía un buen corazón, pero no lo suficiente como para invitar a la amante del hombre que amaba a una fiesta en mi honor.

"¿Valentine no quiso acompañarla hoy?" Miró a su alrededor como si pudiera verlo en algún lugar de la tienda. Su uso de su nombre de pila me hizo apretar los dedos. "Supongo que es un poco temprano para él—siempre fue de los que se quedan en la cama hasta tarde." El brillo en sus ojos mientras me sonreía estaba cargado de insinuaciones.

Tragué saliva. No sabía que Valentine fuera un dormilón. Había tomado el desayuno conmigo temprano, como estaba acostumbrada. Pero el conocimiento que la señorita White tenía de él era diferente, de una manera que no sabía cómo manejar. Excepto para sentirme aún más

enferma del estómago.

"No estoy segura de dónde está," dije con sinceridad. "Estoy aquí con mi cuñada."

"Ah, de acuerdo," pasó detrás de mí, lo suficientemente cerca como para rozarme. Su comportamiento ahora era completamente diferente de su actitud en el teatro. Allí había sido amable; aquí era casi… amenazante. "No importa. Sin duda, pronto sabré de él." Me miró de arriba abajo. "Jugar a reformarse no puede mantener la atención de un libertino por mucho tiempo, como bien sabemos todas. Buen día, señorita Russell."

Se alejó, saludando a Diana cuando se encontraron al final del largo pasillo entre las telas. Diana miró a la señorita White por encima del hombro y le dio la más leve insinuación de una sonrisa—¿o fue una mueca? —para luego pasar de largo sin decir una palabra.

"¿Esa mujer estaba hablando contigo?" preguntó Diana cuando llegó a mi lado.

"Sí," respondí, ocupándome con las telas. "Por un momento."

"Si la hubiera notado en la tienda, nunca habría dejado tu lado. Puedo ver por la expresión en tu rostro que fue desagradable. ¿Qué te dijo?"

Sacudí la cabeza, tratando de sacudir las palabras y la presencia de la señorita White al mismo tiempo. "Nada importante."

Diana me miró con escepticismo, sus labios apretados. "No te creo ni por un segundo. Estuvo siendo odiosa, ¿verdad? Hablando de Valentine, supongo."

No respondí, pues mis ojos comenzaban a nublarse, y el patrón estampado en la muselina que me había agachado a mirar se desdibujaba en un revoltijo irreconocible. Si hablaba, Diana se daría cuenta de inmediato de lo alterada que estaba.

"Rebecca," dijo Diana, tomándome de la mano y levantándome. Parpadeé rápidamente, pues lo último que necesitaba era hacer una escena en la tienda de telas. Viendo las lágrimas que se acumulaban en mis ojos, dudó un momento. Una o dos cabezas se volvieron hacia nosotras.

"Ah, esta es bastante bonita," dijo Diana un poco más fuerte de lo necesario mientras se agachaba. "Ven a verla de cerca."

Obedecí, agradecida por lo que Diana estaba haciendo—me estaba dando tiempo para recomponerme.

"Rebecca," dijo en un susurro. "Imagino que ya estás al tanto de quién y qué es Nellie White." Su voz se alzó nuevamente. "No creo haber visto jamás un patrón tan bonito." Bajó el volumen de nuevo. "Por favor, créeme cuando digo que nunca habría aceptado sentarme en el palco del señor Sutcliffe en el teatro si hubiera sabido entonces lo que sé ahora."

Tomé una profunda respiración, intentando calmar mis emociones. "No es tu culpa."

"Sí lo es. Esa es mi responsabilidad como tu chaperona...evitar exponerte a personas como ella." Apretó mi mano, mirándome intensamente a los ojos. "Nellie White es una mujer celosa que está intentando herirte. Tengo una buena fuente que me asegura que el señor Sutcliffe ha terminado con ella. Ella está desesperada, y te eligió a ti como blanco de su ira. ¿Sabes por qué?"

Negué con la cabeza.

"Porque se siente amenazada por ti...amenazada por lo que vio en el teatro entre tú y Valentine."

Mis mejillas se sonrojaron y aparté la mirada. "No hay nada entre nosotros."

"Querida, tu afirmación se ve abrumada por la evidencia. Recuerda que yo también estuve allí para ver el incidente con la cera. Y muchas cosas desde entonces. Conozco lo suficiente a mi hermano como para reconocer cómo te mira. Pero no hablaré de ello si no lo deseas." Se levantó, tirando de mí junto con ella. "No, tienes toda la razón. Al observarlo de cerca, el patrón parece haber sido aplicado con un terrible sesgo. No servirá en absoluto. Tendré que pedirlo a Londres."

Permití que Diana guiara el camino fuera de la tienda, oscilando entre la desesperación por la conversación con la señorita White y la dolorosa esperanza por la conversación con Diana.

# Capítulo 27

VALENTINE

La noche del baile, había salido de la despensa antes de que Marsh llegara, asumiendo que Rebecca, en efecto, le había informado. En realidad, no deseaba entrar en la bodega, no después de haber tenido un momento para reflexionar. De hecho, había suficiente alcohol arriba si ese hubiera sido mi verdadero deseo.

Pero estaba cansado de la misma rutina que había mantenido los últimos dos años: tratando de apagar mis sentimientos con llamas hasta que no quedaran más que brasas. Las llamas abrasaban a quienes me rodeaban; consumían mi felicidad hasta que se hacía difícil sentir algo. Y nada me lo había recordado más vívidamente que la presencia de Rebecca en la despensa.

Cualquier pensamiento de beber hasta el olvido desapareció en el instante en que ella me besó en la mejilla. La ternura del gesto, especialmente después de sus palabras, hizo que se me formara un nudo en la garganta. Y cuando ella se quedó ahí, con su cálido aliento en mi mejilla y el roce de sus labios tan cerca, me quedé inmóvil, aterrorizado por lo que estaba sintiendo, por cómo mis brazos imploraban estar libres para rodearla, por cómo mis labios suplicaban hacer lo suyo.

Resistí todo lo que pude—un patético asunto de segundos—cuando el estruendo en la cocina se escuchó. Una distracción misericordiosa, aunque me he preguntado cien veces desde entonces qué habría pasado sin ella.

Me tomó unos minutos calmar mi corazón acelerado una vez que Rebecca se marchó. Con la rosa en la mano, salí de la despensa y subí apresuradamente la escalera de servicio hacia mi habitación. Allí, me recosté en la cama, completamente vestido, y cerré los ojos, sosteniendo la flor e intentando hacer lo que Rebecca me había enseñado. En algún momento, me quedé dormido.

Cuando desperté temprano a la mañana siguiente, no me moví, prestando atención a la novedad de la experiencia. El recuerdo de la noche anterior me invadió rápidamente, pero no había dolor de cabeza, ni lentitud, ni la garganta reseca, y lo más significativo, no había arrepentimiento.

Tenía arrepentimientos, claro, pero todos eran por mi trato hacia Rebecca. Nunca debí haber aceptado su alocada idea, por mucho que me hubiera ayudado. Nunca merecí tal ayuda, porque yo había sido responsable de la ruina de mi propia reputación, mientras que Rebecca…

La revelación de Yates me revolvió el estómago: que la gente pensara tal cosa de alguien tan puro y con principios como Rebecca Russell, y solo por haber elegido ser mi amiga, por ser vista conmigo.

Pero no era evidente cómo arreglarlo. Seguir viéndome con ella cuando conocía sus sentimientos por mí, cuando conocía mis sentimientos por ella, era dañino de otra manera. No sabía cómo protegerla, ni si *podía* hacerlo. El daño ya estaba hecho, y yo parecía ser la última persona en el mundo capaz de corregirlo.

Cargado con tal peso, me mantuve alejado de ella y del Almirante, cuya presencia solo me confundiría más al añadir al caos de emociones que intentaba desentrañar. Busqué refugio con Yates, quien no hizo preguntas cuando llegué a una hora incivilizada de la mañana y le informé

que me quedaría a dormir en su residencia por un tiempo indefinido. Y cuando él deseaba entretenimiento en el club, no protestó ante mi negativa de acompañarlo. No tenía apetito para tales cosas.

Aparentemente, sí tenía apetito por uno de los pasteles de manzana que preparó su cocinera. Lo hice traer a mi habitación, y lo comí en la comodidad y privacidad de mi cama. Contrario a lo que mi estómago insistía al ver el pastel, comerlo en su totalidad no alivió mi frustración ni mi creciente sensación de desesperación por arreglar el futuro de manera satisfactoria. De hecho, mi única recompensa por tal indulgencia fue un prolongado y molesto arrepentimiento y una feroz determinación de no volver a comer pasteles de manzana.

Mi resolución se mantuvo firme hasta bien entrada la mañana, cuando desperté de mi letargo inducido por el pastel. Sintiendo hambre e insatisfacción, tiré de la campanilla, pidiendo que me trajeran dos trozos más de pastel con la mayor urgencia.

Estaba cerca de terminar el segundo trozo—pues un caballero termina lo que empieza, sin importar el costo personal—cuando Yates irrumpió en la habitación de manera poco ceremoniosa.

Al verme en tal estado, sin camisa y con migas esparcidas por mi persona y los platos a mi alrededor, Yates soltó una maldición, su expresión era una mezcla de diversión y preocupación.

Tragué el último bocado del segundo trozo de pastel y empujé la bandeja con el plato mientras mi cuerpo intentaba rechazar lo que le había forzado a consumir. "Tu cocinera *debe* ser persuadida de dejar de hacer pasteles de manzana, Yates."

Él tiró de la campanilla y la hizo sonar. "*Tú* debes ser persuadido de dejar de comportarte como un cerdo. ¿Qué demonios, Donovan?"

"Déjame en paz. ¿No tienes algo mejor que hacer que molestarme a esta hora impía de la mañana?"

"Es mediodía."

Hice un sonido de irritación. "Eso es imposible. ¿A dónde se fue la mañana?"

"Quizás te la comiste."

Una mueca fue la única respuesta que le di, deslizándome hacia abajo para que las mantas me cubrieran por completo. Tenía la intención de volver a dormir, si las migas en las sábanas me lo permitían.

Yates se acercó a las cortinas y las abrió. "Newham ha caído enfermo."

Me detuve en el acto de barrer las migas hacia el borde de las sábanas.

Yates cruzó los brazos y me miró. "Fue el tema de conversación en el club anoche. No creen que se recupere. Aparentemente, ha estado enfermo por un tiempo."

Fruncí el ceño, sin saber qué sentir ante tal noticia. "¿Cuánto tiempo le queda?"

Yates se encogió de hombros. "Quizás unos días. No se puede decir con certeza. Simplemente pensé que debías saberlo."

Asentí, y Yates pronto me dejó en mi cama de migas y contemplación.

***

Me costó mucho más encanto y carisma de lo que solía mostrar, pero el mayordomo en la residencia de Lord Newham finalmente accedió a informar a su señoría que había venido a visitarlo. Me quedé en el umbral, tamborileando impacientemente con el dedo en la barandilla de hierro forjado a mi lado. Estaba seguro de que mi osadía al venir aquí, particularmente después de los eventos del baile de Rebecca, sería recibida con un rotundo rechazo, pero la vida me había preparado bien para tal cosa.

Esta era quizá mi última oportunidad para... ¿para qué? Ni siquiera estaba seguro de por qué

había venido. Un deseo de reprender a Lord Newham y decirle lo que pensaba de él luchaba con la necesidad de preguntarle, de una vez por todas, si era, de hecho, mi verdadero padre. Todo lo que sabía era que me había familiarizado demasiado con el arrepentimiento como para querer pasar el resto de mi vida preguntándome y deseando haber actuado mientras Newham aún estaba vivo, incluso si mis esfuerzos para hablar con él fracasaban.

El mayordomo regresó momentáneamente, su rostro altivo e impasible al aparecer de nuevo en la puerta. "Su señoría lo recibirá en su habitación."

Parpadeé sorprendido, pero el mayordomo no me dio tiempo para reunir mis pensamientos. Se giró sobre sus talones y me condujo, dejando a un lacayo para cerrar la puerta detrás de nosotros.

La residencia de Lord Newham contrastaba con su carácter sombrío. Habría supuesto que prefería la caoba y las alfombras azul oscuro, pero su residencia estaba llena de mármol cremoso y suelos de piedra clara que debieron costar una fortuna. El mayordomo me condujo por una escalera alfombrada en verde pálido, luego giró a la izquierda y abrió una puerta, anunciando mi llegada.

Entré en la habitación, que, aunque decorada en colores claros, estaba oscura debido a las cortinas cerradas. La puerta se cerró detrás de mí, y mi estómago, aún lleno de ese delicioso pero lamentable pastel de manzana se revolvió de nervios.

Newham estaba sentado contra una multitud de almohadas, su cabeza adornada con un gorro que lo hacía parecer más viejo de lo habitual. "¿Qué quieres, Donovan?" Su voz era notablemente más débil que cuando lo había visto en el baile.

Él podía pensar que me intimidaría con una charla tan directa, pero yo estaba a su altura en ese sentido. "Escuché que estabas a punto de recibir los últimos ritos."

Él resopló, lo que se convirtió en un ataque de tos. Me acerqué a la mesa de noche y serví agua del cántaro, entregándole el vaso. Lo tomó y bebió profundamente, calmando con éxito la tos.

"No me estoy muriendo", dijo.

No respondí, pues no estaba seguro de si deseaba que tuviera razón o no.

"¿Por qué has venido?"

Me encontré con su mirada, intentando decidir qué era lo que más quería de este hombre. ¿Era reprocharle por traerme a una existencia en la que crecí siendo objeto de rechazo y burla? ¿En la que fui incapaz de ofrecerle la vida que merecía la mujer que amaba?

No. Él solo tenía parte de la culpa por eso. Además, lo hecho, hecho estaba. Solo quería una cosa de él.

"Quiero saber si usted es mi padre."

Me miró fijamente, y ya sabía la respuesta, viéndolo allí en su cama. Pero quería escucharlo decirlo, si es que lo hacía. El silencio se prolongó, y aunque era respuesta suficiente, no era la forma en que quería obtenerla. Este hombre no había hecho nada por mí, su propio hijo, en toda mi vida, y aun aquí, en su lecho de muerte, no se le podía convencer de decirme la verdad, de pronunciar unas pocas palabras.

Mis fosas nasales se ensancharon. "Respóndame, maldi..."

"Lo soy."

Me quedé inmóvil, y Newham mantuvo mi mirada. Él era mi padre. Yo era el hijo bastardo de Lord Newham. Años de sospechas e incertidumbre, una infancia de rechazo y burlas se deslizaron de mis hombros. Exhalé lentamente.

"Le juré al Almirante Donovan que nunca te lo diría," añadió.

"¿Por qué?" ¿El Almirante estaba tan decidido a hacerme la vida tan miserable que me negó la verdad?

"Orgullo, por supuesto. Sabes cómo es. Cuando regresó de su asignación y descubrió la conexión que tu madre y yo habíamos compartido, me retó a un duelo. Tu madre hizo lo que pudo para calmarlo, y él lo pensó mejor—por el escándalo que se produciría. En su lugar, insistió en que te reclamaría como suyo, que nadie debía saber las circunstancias de tu nacimiento. Me hizo jurar que me mantendría alejado de tu madre, de ti, y que nunca diría la verdad o me arruinaría... y luego me atravesaría con su espada."

Apreté los dientes. En resumen, el Almirante había reaccionado con ira, luego cambió de opinión para salvar su propia reputación. No era tan ingenuo como para pensar que lo había hecho por mí o por mi madre.

"De mucho sirvió esa promesa," dije. "Mi origen ha sido objeto de chismes en la sociedad desde que tengo memoria."

"Bueno," dijo él, "tampoco te has esforzado mucho en acallar los rumores sobre ti, ¿verdad?"

"Supongo que no."

"Eres tan testarudo y necio como lo fui yo," dijo, mirándome con ojos críticos.

No era un cumplido de ninguna manera, pero el hecho de que en mí viera algo de él... bueno, nunca había tenido a un padre que reclamara ninguna parte de mí—especialmente no las menos agradables.

"Pero tal vez haya esperanza para ti todavía." Recostó su cabeza y cerró los ojos. "Tienes a una joven que te ama. La señorita Russell, ¿verdad? No es cualquier joven la que pondrá en su lugar a un hombre como yo."

Lo miré con atención, recordando cuando ella se había alejado de él con altivez. "¿Lo hizo?"

"Claro que sí. Me reprendió como si fuera un colegial."

No pude evitar sonreír. "Ella no es común."

"Lo sé." Newham abrió los ojos, lanzándome una mirada severa. "Así que deja de comportarte como un tonto y haz lo que sea necesario para merecerla."

Apreté la manija de la silla a mi lado. "Me temo que ya hemos pasado ese punto."

"No seas estúpido, Valentine." Las palabras eran duras, pero mi nombre las suavizó. "Mi vida habría sido muy diferente—y la tuya también—si no hubiera renunciado a merecer lo que quería. Estaba enamorado de tu madre antes de que ella conociera al Almirante Donovan, pero me convencí de que ella estaba por encima de mí. El resultado de esa pereza y estupidez es que tú y yo estamos aquí sentados hoy." Volvió a recostarse, como si el fervor de sus palabras le hubiera drenado la última pizca de energía. "Ahora, sal de mi vista y pon tu mente en orden como un hombre."

Tragué saliva e hice una breve inclinación de cabeza antes de darme la vuelta para dirigirme hacia la puerta.

"Valentine," dijo Newham cuando posé la mano en el picaporte.

Me volví y lo miré.

No habló por un momento. "Cuando me recupere, te venceré en una partida de piquet."

Mis labios se alzaron levemente en una esquina. "Ya no apuesto, señor, pero con gusto le venceré en una partida de ajedrez cuando considere oportuno probar suerte contra mí."

# Capítulo 28

VALENTINE

No sabía muy bien qué pensar de mi conversación con Lord Newham. Supuse que era un comienzo. Llevaba la marca del potencial. Nunca me reconocería públicamente, pero lo había hecho en privado, y eso era más de lo que esperaba cuando me dirigí a su residencia.

También me había dado consejos sobre Rebecca, y aunque se me habría perdonado el ignorar tal consejo de un hombre que nunca realmente me había hablado hasta hoy, no podía ignorarlo. No sabía que él y mi madre habían compartido una conexión antes de su matrimonio con el Almirante, y me atormentaba pensar en lo que podría haber sido, en los remordimientos con los que él debía vivir. No quería pasar mi vida con una carga semejante, viendo a Rebecca casarse con otro hombre porque yo decidí no hacer todo lo posible por tenerla.

Pero Rebecca debía saber lo que la gente estaba diciendo de nosotros, el daño que se había hecho a su reputación por su asociación conmigo. Al menos, le debía eso.

Marsh me recibió en la puerta principal de la casa de la ciudad con una sonrisa, y traté de devolvérsela, aunque me resultaba difícil concentrarme en otra cosa que no fuera cómo abordar la conversación que me esperaba.

"¿Sabe dónde está la señorita Russell?" pregunté mientras Marsh tomaba mi sombrero.

"Creo que está en la biblioteca, señor."

Asentí, preguntándome si estaría allí con Phineas. Un espasmo de celos me recorrió. Phineas era precisamente el tipo de hombre que Rebecca merecía: un temperamento equilibrado, una disposición reflexiva y sin un pasado turbio ni deudas aplastantes.

Salí del vestíbulo hacia el pasillo justo cuando el Almirante emergía del comedor. "Una palabra, Valentine."

Apreté la mandíbula. Nada me irritaba más que el Almirante hablándome como si aún fuera un guardiamarina desobediente en el Dominance.

"Una *palabra*, Valentine," repitió cuando mi obediencia no fue inmediata.

Asentí con rigidez y, mirando hacia la puerta que llevaba a la biblioteca, seguí al Almirante al comedor. Cerró la puerta tras nosotros y entrelazó las manos detrás de la espalda. Podría haber estado ocultando una vara de castigo por su comportamiento. "¿Dónde has estado?"

No respondí de inmediato, considerando si someterme a este interrogatorio inmerecido. Lo que hacía no era asunto suyo, aunque intentara hacerlo.

"Con Yates," finalmente respondí.

"El Capitán Yates," me corrigió.

"Perdóneme, Almirante," dije, sosteniéndole la mirada. "El *Capitán* Yates."

"¿Y por qué has regresado?"

"Pensé que ya se habría marchado." Al menos lo había esperado. La única razón por la que el Almirante seguiría aquí después del baile era para vigilarme.

Su expresión se volvió más severa. "Debes regresar a la residencia del Capitán Yates."

No dije nada, mis ojos fijos en él.

"Debes ser consciente," continuó, "de los desafortunados rumores que circulan en Brighton sobre tu relación con la señorita Russell."

Mis fosas nasales se ensancharon. "Lo soy." No me daba ningún placer admitir tal cosa ante el Almirante. Ya pensaba lo suficientemente mal de mí.

"Cuando Diana me informó del *progreso* que estabas haciendo," dijo con voz dura, "no anticipé que sería engañar a una joven inexperta—y la hermana de tu propio cuñado, nada menos. Lo último que esta familia necesita es otro escándalo asociado a tu nombre."

"No he engañado a nadie," murmuré entre dientes.

"No seas tonto, Valentine. El baile de la otra noche mostró públicamente cómo has encantado por completo a esa chica para que te ame, y luego te deshiciste de su compañía ahora que te has cansado de ella."

Sus palabras me quemaban, pero solo porque me dolía escuchar que confirmaran las palabras de Yates.

"No ha sucedido nada indebido entre Rebecca y yo," dije con un desesperado intento de calma.

"Ni la Sociedad ni yo te creemos," respondió. "Te has asegurado de eso con tu despreciable reputación." Se acercó más y me clavó un dedo en el pecho. Me negué a dejar que la violencia del gesto me moviera de mi lugar, que me empujara siquiera un centímetro.

"Te casarás con esa chica, Valentine," dijo entre dientes.

Mis labios se torcieron en una mueca. "Si alguna vez me caso," dije con voz peligrosamente baja, "puede estar seguro de que no será para complacerlo a *usted*."

Sostuvo mi mirada, sus ojos ardiendo de furia. "Entonces no recibirás ni un centavo de mí. Que te ahogues en tus deudas, no me importa. He terminado contigo." Se dio la vuelta, extendió la mano detrás de él y recogió algo de la mesa: una pequeña pila de correspondencia. Empujó los papeles contra mi pecho. "Estas son las más urgentes. Ahora lárgate."

Apretando las cartas en mi mano, salí de la habitación y cerré la puerta de un portazo. No sabía a dónde ir, solo sabía que necesitaba poner la mayor distancia posible entre el Almirante y yo.

Un jarrón de rosas, sobrante del baile, llamó mi atención mientras cruzaba el vestíbulo, y disminuí el paso. ¿Qué pasaba con Rebecca? Había venido a hablar con ella, y no podía dejarla preguntándose dónde estaba o por qué no le había hablado desde el baile. Las cartas en mi mano temblaban de rabia, y cerré los ojos, deseando que las cosas no se hubieran complicado tanto, deseando no haber sido tan insensato en el pasado. Al decirme que me casara con Rebecca, el Almirante me estaba dando una orden que hubiera dado cualquier cosa por obedecer. Pero no podía casarme con Rebecca, no podía pedirle que se casara conmigo cuando merecía infinitamente más de lo que yo podía ofrecerle.

Apreté más las cartas. Eran solo una evidencia del desastre que había hecho de mi vida. Si quería liberarme de mis deudas, gran parte del dinero del premio que me correspondía se usaría para pagarlas. ¿Y entonces qué me quedaría? No tenía nada que ofrecerle a Rebecca, nada en absoluto, salvo la supuesta protección de mi nombre. ¿De qué servía eso cuando había pasado los últimos dos años arruinando ese nombre?

"Valentine," dijo Diana desde lo alto de las escaleras. "Has vuelto."

"No," dije. "Me voy. Por orden del Almirante."

Diana bajó apresuradamente las escaleras con las faldas en la mano. "Esta no es su casa para dar órdenes."

"No," dije. "Pero ¿cuándo lo ha detenido eso? Además, tiene razón al enviarme lejos."

"Tonterías," dijo. "¿Por qué dirías tal cosa? Nunca en mi vida te he escuchado estar de acuerdo con él." Puso una mano en mi frente, como si buscara fiebre.

Aparté su mano, sin humor para bromas. "Hay rumores."

Tomó mi mal humor con calma, mirándome con claridad. "¿Te refieres a los rumores de Sutcliffe? ¿O de Nellie?"

Fruncí el ceño, y los labios de Diana se apretaron. "Padre fue al Brighton Club ayer. Parece que Sutcliffe habló con él directamente. Llegó a casa enfurecido. Pero después de mis propias conversaciones con algunas personas, los rumores no parecen haberse extendido. Creo que Sutcliffe quería que te llegaran a ti más que transmitirlos a la Sociedad."

Exhalé un pequeño suspiro de alivio. "¿Y Nellie?"

La simple mención de su nombre fue suficiente para poner un destello de enojo en los ojos de Diana. "Digamos que ha estado trabajando arduamente también. Rebecca y yo nos encontramos con ella en la tienda de telas el otro día. No noté su presencia hasta que fue demasiado tarde." Me miró significativamente, y sentí una inquietud en el estómago.

"¿Demasiado tarde? ¿Qué hizo?"

Diana miró por el pasillo, como temiendo ser escuchada. "Fue lo que dijo. Rebecca no quiso decírmelo con precisión, pero la expresión en su rostro dejó claro que era algo malicioso, relacionado contigo, estoy segura. Traté de mitigar el daño lo mejor que pude..." Me miró con intensidad. "Tú *amas* a Rebecca, ¿verdad, Valentine?"

Apreté la mandíbula y desvié la mirada. Que me hicieran esa pregunta tan directamente cuando había estado intentando convencerme de no amarla... "No importa lo que sienta. No puedo casarme con ella."

"Pamplinas," escupió Diana.

"No seas tonta, Di. Sabes lo que soy, y sabes que Rebecca merece algo mejor." Si Diana tenía razón y los rumores solo habían sido para hacer mi vida más miserable, tal vez la situación de Rebecca no era tan grave como el Almirante o Yates la habían hecho parecer. Aún podía encontrar a alguien digno de su afecto, alguien que pudiera cuidarla adecuadamente.

"No sé nada de eso," dijo Diana. "Sé que ambos merecen amar y ser amados. Sé que nunca te he visto tan feliz o en paz como lo has estado recientemente. Y solo un imbécil sería tan ignorante como para no notar que ella también está locamente enamorada de ti."

Una puerta en el pasillo se abrió, y vi a Rebecca salir, con un jarrón de rosas en los brazos.

Diana me miró significativamente. "No seas tonto, Valentine." Luego, subió las escaleras. ¿Cuántas personas más me llamarían tonto antes de que terminara el día?

# Capítulo 29

VALENTINE

Rebecca se detuvo al verme, parpadeando, como si pensara que estaba imaginando cosas. Su vista me llenó de deseos dolorosos de lo que nunca podría ser, lo que *nunca* debería ser. Pero ella merecía saber lo que estaba pasando, por qué me había ido y por qué me iba de nuevo.

Caminé hacia ella, y me ofreció una sonrisa poco convincente. Estaba llena de incertidumbre, y deseé poder reemplazarla con una de sus sonrisas habituales, llenas de alegría. Con el tiempo, ella recuperaría esa alegría. No podía permanecer abatida por mucho tiempo; no estaba en su naturaleza.

Dejó su carga en la mesa junto a la puerta, limpiándose las manos en sus faldas. "Con todas las decoraciones de la otra noche todavía en la sala, pensé que podríamos poner los jarrones de flores por la casa para alegrarla un poco". Hizo una pausa, mirándome con vacilación. "¿Le gustaría uno en tu habitación?"

La esperanza velada en su voz, la implicancia de que deseaba mi regreso, me dificultó tragar. "Sería de mejor uso en otro lugar. Volveré a la casa de Yates."

"Ah."

Nos quedamos en silencio por un momento, mirándonos el uno al otro. No quería irme. No estaba listo para despedirme, pero no tenía razón para quedarme más tiempo. Rebecca era un punto brillante en mi vida abrumadoramente oscura, y no sabía cómo regresar al abismo después de conocer esa luz.

"¿Le gustaría ayuda?" pregunté.

Su expresión se iluminó un poco. "Lo agradecería mucho." Ofreció otra valiente sonrisa que tiró de mi corazón. ¿Cómo podía ser un ángel para alguien como yo? Sabía con certeza que no *merecía* a Rebecca Russell, pero comenzaba a preguntarme si *alguien* realmente la merecía.

Me moví para abrir más la puerta, y ella pasó a través de ella con un suave "gracias" y una mirada hacia mí que retorció mi corazón.

La sala era una hermosa ruina del baile, con jarrones de flores cubriendo cada superficie libre y la araña de luces colgando baja, ya limpia, pero aún no levantada tras la retirada de las velas. Dejé las cartas de mis acreedores en la mesa lateral, deseando que el contenido pudiera dejarse de lado con la misma facilidad.

Rebecca se dirigió al jarrón más cercano y comenzó a arreglar las rosas, quitando los pétalos que estaban marchitos y marrones. Había una energía nerviosa en ella, una rapidez en sus movimientos que no entendía del todo. Pero tampoco sabía cómo decir lo que había venido a decir.

Ella se volvió hacia mí de repente. "Me ha estado evitando." Se mordió los labios, como si las palabras hubieran salido sin que ella lo pretendiera.

Abrí la boca, planeando refutarlo, pero no pude. La *había* estado evitando. "Lo siento. Solo he estado pensando en su bienestar."

Sus cejas se fruncieron. "¿Cree que para mi bienestar es mejor privarme de usted?"

"Siempre lo he pensado", señalé suavemente.

"Y siempre he estado en desacuerdo". Lo dijo con más pasión de la que estaba

acostumbrado a escuchar de ella. Incluso con un toque de enojo.

"Rebecca..." Mi voz era lastimera, y di un paso hacia ella, necesitando que comprendiera. "Fui sincero cuando le dije antes del baile que mi utilidad en su vida ya se había agotado. Dudo que alguna vez haya *sido* otra cosa que un daño para usted. Ha confiado en mí antes, debo pedirle que confíe en mí ahora."

"Confiar en usted para que me explique el significado de las palabras no es lo mismo que permitirle decidir mi futuro, Valentine."

Suspiré. Tenía razón. "Mi retiro es necesario para darle a otros caballeros la oportunidad de conocerla. " Las mismas palabras me enfermaban de celos. Tragué el sabor acre, y quemó como el brandy.

"¿Con qué fin?" dijo. "Ninguno de ellos desea eso, y yo tampoco."

"Cuanto más la conozcan, más la amarán. Es inevitable." ¿Cuántas palabras que iban en contra de los verdaderos deseos de un hombre podía decir antes de que su lengua se rebelara contra él? Estaba alcanzando ese límite; lo sentía.

"No es inevitable." Hubo una pequeña pausa mientras tragaba. "Usted me conoce mejor que cualquiera de ellos, y no me quiere."

La miré, momentáneamente sin palabras. Sus ojos se llenaban de lágrimas, como si decir esas palabras en voz alta le hubiera quitado algo que nunca podría recuperar.

“¿Está usted loca?” dije, mis palabras suaves pero duras. “Nunca he *querido* a alguien como la quiero a usted, Rebecca. Estoy siendo llevado al borde de la razón por ello. Apenas puedo...” Me detuve. No tenía sentido insistir en el punto.

La forma en que Rebecca me miraba, con los ojos muy abiertos de sorpresa, me dijo que no lo había sabido.

Aparté la mirada, porque mirarla era desearla. “Lo importante,” dije en un tono uniforme, “es que no puedo darle lo que usted merece.”

“¿Esto tiene que ver con el dinero? ¿Las deudas? Tengo una dote generosa, Valentine, cinco mil libras, y el abuelo me ha asegurado que piensa dejarme una suma considerable...”

“Deténgase.” Me agarré al borde de la mesa junto a mí. “De ninguna manera estaría de acuerdo con eso.” Tomé aire, intentando calmarme. Que Rebecca ofreciera su propia herencia para pagar por mi irresponsabilidad era más de lo que podía soportar. Era el mayor reproche que podía imaginar. “El dinero es solo parte del problema.”

Hubo una pausa. “¿Es la señorita White?”

Fruncí el ceño. “¿La señorita Wh...?” Me interrumpí, echándome hacia atrás ligeramente. “¿Se refiere a Nellie?”

No dijo nada.

Mi resistencia crujió y gimió bajo el peso de su dolor, y di un paso hacia ella. “¿Es esto lo que ha estado pensando desde la noche en el teatro? ¿Que he estado suspirando por ella?” Con suavidad, le levanté el mentón para que me mirara.

Sus ojos, rosados y brillantes por las lágrimas a punto de caer, me devolvieron la mirada. “No puedo comparar nuestra amistad con lo que usted y” tragó saliva “Nellie tuvieron. O *tienen*. Pero puedo decirle que cada toque entre nosotros me ha conectado con usted de maneras que…”. Negó con la cabeza, evitando mi mirada. “No puedo describirlo. Pero el punto es que solo puedo imaginar lo que debe sentir el uno por el otro después de la clase de conexión que compartieron.”

“Rebecca.” Pensé que me partiría en dos por la forma en que mis entrañas se retorcían. Colocando mis manos a ambos lados de su rostro, incliné mi cabeza para buscar su mirada. “Tiene razón. Lo que usted y yo tenemos no puede compararse con lo que Nellie y yo tuvimos.

*Tuvimos*, Rebecca, porque todo eso está en el pasado."

Ella tragó saliva.

"Y la razón por la cual no se puede comparar es porque mi conexión con ella nació de la conveniencia y el egoísmo. Lo lamento por cien razones: por mi bien, por el de Nellie y por el suyo, por nombrar solo algunas." Apreté los dientes y retiré mis manos de su rostro. "Pero mi arrepentimiento no cambia el pasado. Y no cambia el hecho de que ella no es la única mujer con la que he compartido una conexión semejante. Mi comportamiento en el pasado ha sido imperdonable. Pero sería igualmente imperdonable y egoísta de mi parte pedirle ahora que esté conmigo."

Ella negó con la cabeza, tomando mis manos entre las suyas. "Creo que ha estado sufriendo durante mucho tiempo, Valentine, y el dolor puede llevarnos a hacer cosas extrañas. Eso no significa que no merezca ser feliz ahora y en el futuro. Tal vez lo merezca aún más."

Miré nuestras manos entrelazadas, preguntándome cómo podría mantener mi resolución por mucho más tiempo cuando ella sostenía mis manos de esa manera y me ofrecía una misericordia tan inmerecida. "Me concede indulgencias que no merezco." Indulgencias que ni siquiera el hombre que me crio me concedió. Levanté los ojos hacia su rostro. "¿Por qué?"

Ella me miró fijamente. "Todo el mundo merece misericordia. ¿Y quién soy yo para decir que, en su lugar y con su dolor, habría actuado de manera diferente?"

Busqué en sus ojos. "¿Su caridad nunca se agota?"

Era lo más extraño reír en una situación así, pero no pude evitarlo. Rebecca tenía el poder de hacerme sonreír en las circunstancias más improbables. Eso era lo que más amaba de ella. "Mujer ligera de cascos. Pero cerca."

"Mujer ligera de cascos", repitió, como si se lo estuviera grabando en la memoria. "Cuando lo entendí por primera vez, no fue su intimidad física lo que me perturbó, sino el pensar que ella podría conocerlo mejor que yo, mejor de lo que yo jamás lo haría".

Negué con la cabeza, pero ella continuó.

"Pero una vez que Grace Bradley me preguntó si ya me había besado..." Su mirada bajó a mis labios, y los frotó juntos como si estuviera saboreando un beso imaginario entre nosotros. Eso hizo que un pulso de deseo recorriera mi cuerpo, y sin querer apreté mi agarre sobre sus manos.

Ella volvió a mirarme. "Empecé a sentir celos de Nellie, y de todas las demás, por una razón completamente nueva. Y comencé a preguntarme si alguna vez *había* pensado en besarme."

*Un millón de veces.* Era todo lo que podía hacer para evitar hacerlo ahora, para no dejar que mi mirada se desviara hacia las curvas de sus labios rosados.

Su ceño se frunció mientras me miraba. Dio un pequeño paso hacia mí, poniendo cada uno de mis músculos en tensión. "Ha besado a tantas otras mujeres, pensé. ¿Por qué no a mí?"

"Porque no merezco besarla, Rebecca." Las palabras salieron de mí. "No merezco ninguna parte de usted. Todos lo saben, excepto usted. Cualquier hombre sería mejor que yo."

"No me importa lo que todos los demás piensen. Y a usted tampoco debería importarle. Se enorgullece de no preocuparse por lo que piensen de usted, pero deja que determinen cómo se ve a sí mismo. No puedo soportarlo más, Valentine. Si hay personas que se niegan a aceptarlo como algo más que un libertino, que se niegan a permitir que cambie, es una falla en ellos, no en usted."

Sentí un nudo en la garganta, y mis ojos ardían de una manera que no había experimentado desde que descubrí la muerte de mi madre—una de las tres veces en mi vida que había llorado. Mi madre era la única que me había dicho algo parecido a lo que Rebecca me estaba diciendo, la

única que había creído en mí más de lo que yo creía en mí mismo. Y escuchar a Rebecca repetir sus palabras se sentía como un mensaje desde el más allá, aún más poderoso porque Rebecca no estaba obligada a creer lo mejor de mí como lo estaba una madre.

"No sé cómo merecer una felicidad como usted", dije, con la voz ronca.

Soltó mis manos y levantó las suyas hacia mi rostro, tal como yo había hecho con ella minutos atrás. "Usted merece cada pedazo de felicidad que esté dispuesto a recibir, Valentine. ¿Esa felicidad no puede ser conmigo?"

Apoyé mi frente contra la suya, cerrando los ojos con fuerza. Parte de mí me decía que me rindiera a lo que quería, a lo que ella quería, mientras que la otra parte me exigía resistir, insistiendo en que nunca sería digno de ella.

Su mirada estaba fija en mi boca, y su pulgar rozó desde mi mejilla hasta mis labios, enviando escalofríos que recorrían mi piel, avivando las brasas de deseo que ardían dentro de mí. Había experimentado a Rebecca de muchas maneras como para saber que la amaba—había visto su belleza, escuchado su alegría, sentido sus manos y su cintura entre las mías, olido su dulce fragancia. Pero quería saborear sus labios, experimentar cada parte de ella. La quería en todos mis sentidos.

"No me tiente, Rebecca", supliqué, sintiendo el peso de mi debilidad, porque sabía en el fondo que, si la besaba, nunca sería el mismo, nunca estaría contento sin ella.

Pero eso ya era cierto. Desde el momento en que la conocí, todo había comenzado a cambiar para mí. No era el hombre que había sido cuando la encontré comiendo bollos de brioche en la cocina a medianoche, advirtiéndome sobre la gota. "No soy lo suficientemente fuerte para resistir".

Su voz salió en una súplica susurrada. "Entonces no se resista". Inclinó su cabeza, y sentí el fantasma de sus labios cerca de los míos, derritiendo el último vestigio de mi resistencia.

Levanté la barbilla lentamente, con cautela, hasta que mi boca se encontró con la delicada suavidad de la suya. Un estremecimiento recorrió mi cuerpo, una mezcla potente de placer y felicidad incomparable. Sus labios eran más suaves, más acogedores de lo que había imaginado, tan suaves y acogedores como la propia Rebecca, invitándome a explorarlos, a olvidar todo lo que había más allá de nosotros.

Y así, me perdí. Totalmente. Completamente. Irrevocablemente.

Puso una mano sobre mi pecho, y yo la cubrí con la mía, entrelazando mis dedos con los suyos y sintiendo los latidos de mi corazón a través de todo ello. Envolví mi mano alrededor de su cintura, acercándola suavemente hacia mí mientras nuestras bocas se encontraban una y otra vez, inclinándose y girando en una suave y lenta exploración del uno con el otro.

Pensé que había besado a mujeres antes, pues había besado para distraerme, besado para olvidar, besado para llenar un vacío. Pero ahora sabía que estaba equivocado. Nunca *había* besado. No hasta ahora. Todo lo anterior había sido una farsa, una pobre imitación de algo inefablemente sublime. Cada segundo con Rebecca en mis brazos era un concierto de emociones, un dúo en la expresión del amor, una unión de deseo y ternura que nunca antes había experimentado.

Un picaporte giró, y el sonido de la puerta al abrirse rompió nuestros labios y cuerpos.

Jadeante y desorientado, giré la cabeza y me quedé quieto.

Duke Russell estaba en el umbral, mirándonos a Rebecca y a mí. Con su mirada atónita viajaba entre nosotros, como si no pudiera confiar en lo que estaba viendo.

La sorpresa dio paso a la ira, sus fosas nasales se ensancharon y su mandíbula se tensó. "Vete, Rebecca". Las palabras eran duras, aceradas, pero sus ojos no estaban en ella. Estaban

fijos en mí.

"Duke", dijo ella, su voz suplicando por comprensión. "Puedo expl..."

"Basta", dijo, su voz más fuerte de lo que jamás la había oído. Cuando volvió a hablar, había recuperado su calma. "Hablaré contigo más tarde. Vete. Ahora".

Aun así, Rebecca vaciló junto a mí. Volví mis ojos hacia ella y le di un asentimiento tranquilizador. Ella sostuvo mi mirada por un momento, con sus mejillas rosadas y su pecho aun subiendo y bajando rápidamente, luego caminó hacia la puerta.

Los ojos de Russell nunca dejaron los míos, incluso mientras su hermana pasaba junto a él, y me preparé para lo que estaba por venir en cuanto la puerta se cerrara.

# Capítulo 30

REBECCA

Normalmente no tenía hábitos nerviosos, pero tanto caminé de un lado a otro como mordí mi uña mientras esperaba fuera del salón. El regreso repentino de mi hermano había puesto fin de manera abrupta a los minutos más gloriosos e inconcebibles de toda mi vida, reemplazándolos con un enredo de consternación y ansiedad.

El impulso me decía que irrumpiera en la habitación para defender a Valentine de los ataques que ahora estaba enfrentando. Pero confiaba en que él conocía su relación con Duke. Tendría tiempo para hablar con mi hermano más tarde.

La puerta se abrió y me di la vuelta cuando Valentine salió. Mi corazón se hundió en el estómago al ver su expresión. Nunca la había visto tan sombría.

Él dio unos pasos antes de notar mi presencia. Su expresión se relajó un poco, y me apresuré hacia él. Dio un paso atrás, extendiendo una mano que sostenía algunas cartas, y me detuve, con la desazón regresando. ¿Qué había hecho Duke? ¿Qué habrían dicho él y el almirante?

La ira recorrió mis venas, y me apresuré a pasar junto a Valentine, solo para que él tomara mi mano, impidiéndomelo. Me giré hacia él, lista para luchar. Estaba dispuesta a hacer cualquier cosa: gritar las palabrotas que había aprendido de Valentine al almirante Donovan, desafiar tanto a él como a Duke a un duelo, si eso significaba deshacer el daño que habían causado al entendimiento que habíamos alcanzado.

“Déjelo estar, Rebecca”, dijo suavemente, manteniendo mi mano entre la suya. “No tiene sentido”.

La desesperación comenzó a subir desde mi estómago, desgarrando mi garganta. “No pueden mantenerme alejada de usted.”

“Pero pueden.” La tranquilidad en su voz me hizo sentir más desesperada que nunca. “No tiene aún la mayoría de edad.”

“La tendré en noviembre”, dije, mi voz saliendo casi frenética.

Valentine asintió. Tragó saliva y miró nuestras manos, frotando mi pulgar distraídamente. “No me estoy rindiendo, Rebecca. Pero tomará tiempo demostrarle a su hermano quién soy. Si es que eso es posible. Y si su afecto por mí sigue intacto.”

Apreté su mano, con los ojos llenos de lágrimas. “Nunca lo dude.” El hecho de que no hubiera perdido la esperanza, de que no hubiera abandonado la idea de nosotros, aliviaba la desesperación lo suficiente como para permitirme respirar. “Lo amaré mucho más allá del día en que deje este mundo.”

Su boca se curvó en una media sonrisa, y solté una risita entre lágrimas. Pero la diversión se desvaneció rápidamente, y nuestras miradas se encontraron. La gravedad de la situación, tan inmediata tras una alegría tan reciente, hizo que el momento se volviera pesado, y nuestras manos se apretaron mutuamente con fuerza.

“Sabrá de mí,” dijo. “De alguna manera.”

Asentí, deseando poder mantener el apretón que tenía en su mano y evitar que se fuera. El haberlo tenido tan cerca hacía tan poco tiempo y pensar en la posibilidad de no volver a verlo

jamás…

Con un último apretón de manos, me soltó, girando y caminando por el arco que llevaba al vestíbulo, desapareciendo luego. Lo vi irse, con un nudo en la garganta. No aparté la mirada del lugar donde había desaparecido hasta que escuché la puerta cerrarse tras él.

Duke estaba en el umbral del salón. ¿Cuánto tiempo había estado ahí? A su lado estaba el almirante, con una expresión severa en su rostro. Él también parecía haber sido testigo de lo que acababa de suceder.

Toda la frustración que había acumulado mientras caminaba de un lado a otro por el pasillo volvió a burbujear, y me dirigí hacia mi hermano. A pesar de que nuestra relación durante los años había sido mayormente epistolar, siempre me había gustado bastante Duke. Pero ahora mismo, quería abofetearlo. Y al almirante también.

No había perdido la cabeza, claro. No por completo. Todavía no. Habría tiempo suficiente para abofetearlos más tarde.

“¿Puedo hablar contigo a solas, Duke?” pregunté secamente, mirando al almirante.

“Les dejaré su privacidad”, dijo el almirante con rigidez, y se alejó de nosotros. Mis dedos se aferraron a los lados de mi falda con impaciencia mientras él caminaba por el pasillo y desaparecía en la biblioteca.

Una vez fuera de su alcance, fijé mi mirada en Duke. “¿Cómo pudiste, Duke? No tienes idea de la situación...”

Él levantó una mano. “No tengo la energía para esto ahora, Rebecca. Hablaremos de esto mañana, cuando haya tenido tiempo de calmar mis emociones. Y cuando haya visto a mi esposa, que es la razón por la que estoy aquí en primer lugar. No hay necesidad de apresurarse.”

Apreté mis manos en puños, queriendo ignorar su petición, pues mis sentimientos eran como el agua hirviendo en una tetera. Si se dejaban más tiempo, inevitablemente se desbordarían, muy probablemente en un alarido fuerte y desagradable.

Pero había sabiduría en lo que Duke decía. Si Valentine y yo teníamos alguna posibilidad de hacerle ver la verdad sobre lo que sentíamos el uno por el otro, una noche de descanso y reflexión ayudaría. Gritar como una tetera no beneficiaría a nadie. Tal vez podría consultar con Diana mientras tanto. Ella ayudaría a Duke a ver la razón. Lo sabía.

“Muy bien”, dije.

La expresión de Duke era inescrutable mientras se acercaba a mí, dejaba un rápido beso en mi frente, y se dirigía escaleras arriba.

***

No hubo oportunidad de hablar con Diana ese día ni esa noche. Ya fuera que Duke estuviera tratando de mantenerme alejada de ella deliberadamente, o que simplemente quisieran tiempo a solas, no bajaron en absoluto.

Cuando el almirante, Phineas y yo nos reunimos en el comedor y descubrimos que ni Duke ni Diana bajarían, sino que habían ordenado que les llevaran la cena a su habitación, hubo una pausa incómoda.

“Haré lo mismo”, dijo el almirante, dirigiéndose al lacayo. “Lléveme la cena a mi habitación.”

El lacayo asintió, y el almirante se fue sin decir otra palabra. No lo lamenté. Fue un alivio no verme obligada a mantener una conversación con él toda la noche cuando no tenía nada civilizado que decir.

“¿Y usted?” le pregunté a Phineas. “¿Cenará también en su habitación?”

Él me miró a través de sus gafas. “¿Desea compañía?”

Pensé por un momento. La tarde había sido interminablemente larga, y la noche sería igual, llena de preocupación por Valentine. ¿Sucumbiría bajo el estrés y recurriría a la bebida para ahogar sus problemas? Supuse que había regresado a casa del capitán Yates, como era su intención antes de nuestro encuentro en el salón, pero no tenía forma de saberlo. Solo podía esperar noticias suyas.

"Cenaré aquí", dijo Phineas.

Mi expresión debió haber traicionado lo poco que me gustaba la idea de pasar la noche sola, y le dediqué una sonrisa agradecida.

Mi interacción con Phineas había sido limitada desde su llegada a Brighton, pues pasaba gran parte de su tiempo enfrascado en libros en la biblioteca. Sin embargo, descubrí que era un compañero de conversación más agradable de lo que había imaginado. De hecho, parecía capaz de hablar de una amplia gama de temas con facilidad, distrayéndome exitosamente mientras comíamos. Pero detrás de todo, las mismas preocupaciones seguían latentes bajo la superficie.

Cerca del final de la comida, dejé los cubiertos y lo miré.

Él sostuvo mi mirada y esbozó una mueca. "No es lo mismo sin Valentine, ¿verdad?"

Negué con la cabeza, tratando de contener el nudo en mi garganta. "Debemos ayudarlo."

Asintió. "Tiene usted mi apoyo, si es que eso significa algo."

"Significa mucho. Mi hermano puede que no esté dispuesto a creerme, pero no podrá evitar tomarle en serio."

"No ofrecería mi ayuda si no creyera que es lo mejor tanto para usted como para Valentine." Me miró por un momento. "He visto a Valentine luchar y pelear —contra sí mismo, contra mi padre" se encogió de hombros "contra todos. Pero ahora… bueno, está bastante cambiado. Confío en que su hermano lo verá."

***

Me senté a la mesa del desayuno a las ocho en punto, mirando las teteras de chocolate y crema en el centro de la mesa, incapaz de convencerme de verter alguna en mi taza. Había bebido chocolate por la mañana durante al menos un año, pero de alguna manera se había convertido en una tradición que solo disfrutaba en compañía de Valentine.

La puerta chirrió al abrirse, y mi hermano entró. Sus ojos se posaron en mí por un momento antes de continuar hacia la mesa.

"¿Dormiste bien?", preguntó con su manera tranquila mientras llenaba su plato.

"No particularmente", respondí. "¿Y tú?"

"No."

Suspiré. Había tenido mucho tiempo para pensar durante esas horas de desvelo, y no podía negar que enemistarme con Duke era el peor camino posible para alcanzar mi objetivo. "Estás preocupado por mí. Y tal vez, enojado conmigo."

Con los labios apretados, llevó su plato a la mesa y se sentó. "Estoy tratando de entenderlo todo, Rebecca."

Asentí.

Tomó el cuchillo y alcanzó la mantequilla. "Es poco decir que Valentine Donovan no es el hombre que habría elegido para ti."

"¿Por qué?"

Su cuchillo se desaceleró, y su mirada se fijó en mí. "Dudo que algún hombre quiera que su hermana se case con un libertino."

"¿Y qué pasa si no es el libertino que tú crees?"

"Rebecca… debes saber que conozco a Valentine desde hace más tiempo que tú."

“Pero no tan recientemente ni tan bien”, repliqué.

“¿Cuánto puede cambiar una persona en cuestión de semanas?”

“Mucho. Pero si te niegas a aceptarlo como algo más que un libertino, eso no importa, ¿verdad?”

Frunció profundamente el ceño mientras untaba la mantequilla en su tostada. “Yo, tanto como cualquiera, quiero lo mejor para Valentine.”

“¿Es verdad? ¿Lo mejor? ¿Lo mejor de verdad?” Sostuve su mirada, pero guardó silencio. “¿O deseas que siga pagando por sus errores el resto de su vida, como tantos otros parecen desear?”

“No”, dijo en voz baja. “Eso no es lo que deseo en absoluto.”

“¿Y qué dice Diana?”

Soltó una suave risa por la nariz, sacudiendo la cabeza. “Está totalmente decidida con respecto al compromiso.”

Bendita sea Diana. Tal vez ella sea el medio para la salvación de Valentine y de mí.

De repente, la puerta se abrió y el capitán Yates entró sin previo aviso. Su mirada recorrió la habitación, se quitó el sombrero e hizo una rápida reverencia. “Perdón por irrumpir de esta manera.”

“¿Qué sucede?”, pregunté, con el estómago lleno de plomo.

“Es Donovan.” Giraba el borde del sombrero entre las manos. “Ha sido arrestado. Llevado a la casa de arresto.”

El silencio que siguió a este anuncio fue ensordecedor.

“El alguacil nos sorprendió cuando íbamos camino al banco”, dijo el capitán Yates. “Donovan tenía la intención de solicitar un préstamo para pagar sus deudas, aunque no tenía muchas esperanzas de que se lo concedieran. Pero ahora…” Hizo una mueca. “Si no tuviera yo mis propios problemas financieros, pagaría la fianza yo mismo.”

“¿Cuánto es?”, preguntó Duke.

“Quince libras. Fue su sastre quien presentó la denuncia.”

“Gracias, capitán”, dijo Duke con gravedad.

El capitán Yates asintió y se volvió a poner el sombrero. “No les interrumpo más. Solo avisen si puedo ser de alguna ayuda.”

No fue hasta que el capitán se hubo ido y la puerta estuvo cerrada que pude hablar. “¿Pagarás la fianza?”

Las comisuras de los labios de Duke se inclinaron hacia abajo mientras dejaba el cuchillo de mantequilla en su lugar. “No lo sé.”

“¿No lo sabes?”, exclamé incrédula.

Duke apoyó las manos en el borde de la mesa y me miró. “Las deudas de Valentine han sido pagadas por él durante años. ¿Dónde lo ha llevado eso? Solo le ha permitido seguir acumulándolas, Rebecca, porque nunca hay consecuencias. Y si piensas que te daré mi permiso para casarte con alguien ahogado en deudas, que una vez pagadas se lanzará nuevamente al abismo, estás siendo irremediablemente ingenua. Y eso solo si en *verdad* tiene intención de casarse contigo, un hecho que el almirante Donovan pone en duda.”

“El almirante Donovan no conoce a Valentine en absoluto.”

“Más bien, creo que estaría en desacuerdo, siendo el padre de Valentine.”

“No es su padre. Ni de nombre ni de obra. Parece haber pensado lo peor de él desde antes de que naciera y luego ha pasado sus esfuerzos haciendo que Valentine crea lo peor de sí mismo.” Mantuve la mirada de Duke, deseando que comprendiera lo que parecía estar más allá

de su entendimiento. “¿Cómo va a pagar Valentine sus deudas desde la casa de arresto? O, si tú no pagas la fianza, ¿desde la cárcel de deudores?”

El ceño de Duke se profundizó. “Una o dos noches en la casa de arresto no le harán ningún daño. De hecho, puede que le ayude. Y mientras tanto, intentaré entender su situación financiera con el almirante Donovan.”

Respiré hondo, tratando de calmar mi temperamento. Nunca había estado tan molesta con alguien. No tenía esperanza de que hablar con el almirante le hiciera algún bien a Valentine.

No, si iba a ser liberado de la cárcel de deudores, tendría que ser por otros medios.

# Capítulo 31

VALENTINE

“Y pensar que creíamos que lo dejaríamos ir, señor Donovan.” Uno de los empleados del alguacil se paró en la puerta, sonriéndome con dientes torcidos y amarillentos, y el fuerte olor a tabaco impregnaba el aire a su alrededor. A esos hombres los llamaban “perros del alguacil”. Consideraba el término un insulto para los perros en general.

Aún se escuchaban los pasos del almirante alejándose por el corredor crujiente de la casa de arresto, pero incluso si no fuera así, los latidos de mi corazón evidenciaban el tipo de visita que había sido.

Era media mañana, y el almirante había llegado apenas hacía quince minutos. Una breve visita que podría haber terminado de otra manera, tal como lo dijo el hombre.

“Nos alegra no perderlo tan pronto”, dijo.

“Sin duda”, respondí, sentándome en el colchón delgado y raído. Desde mi llegada, el alguacil y sus perros habían bebido cuatro botellas de diversos licores y comido media docena de aves. Más allá del disgusto general que me provocaba su comportamiento bajo los efectos del alcohol, lo que más me molestaba era que todo esto se añadía a la cuenta de *mis* gastos en la casa de arresto. Tres chelines por el dudoso placer de dormir en el lugar, dos chelines por un poco de pan y queso, y las mismas tarifas exorbitantes por una vela y una bebida una vez caía la noche.

Sabiendo ya las deudas que pesaban sobre mis hombros, no podía evitar estremecerme cada vez que decidían entrar en mi habitación—si es que podía llamarse así—, pues generalmente venían con una botella en la mano, listos para presumir su consumo frente a mí, ofreciéndome los restos de la botella y cualquier pedazo de carne que quedara en los huesos de su comida. Me había costado toda mi fuerza de voluntad rechazar la bebida que me ofrecían, sabiendo que al menos haría un poco más soportable la miseria del lugar. Todo lo que podía hacer era cerrar los ojos e imaginarme de vuelta en el jardín de rosas o, preferiblemente, en la biblioteca con Rebecca, sus brazos alrededor de mí y los míos alrededor de ella.

“Ya le he dicho”, dije. “No puedo pagar la deuda que se me ha impuesto. Quiero ser trasladado a la cárcel.”

“Ah”, dijo con falsa decepción, “me pone triste oírle decir esas tonterías, señor Donovan.”

Casi me hizo sonreír, pensando en lo que diría Rebecca si pudiera escuchar tal conversación. Sin duda lamentaría no tener su cuaderno a mano.

El perro del alguacil agitó una mano. “Le daremos otro día o dos aquí, ¿eh? Un buen tipo como usted seguramente tiene amigos que soltarán la plata.” Y sin decir más, cerró la puerta, dejándome solo.

Supongo que debería haberme sentido agradecido de estar *solo*. Cuando llegué, había otro hombre—un cerero—que compartía la habitación conmigo. Tuvo la suerte de que un pariente pagara su pequeña deuda.

Las últimas dieciocho horas se habían sentido como una eternidad. Había oído informes sobre las condiciones en las casas de arresto, pero la experiencia era peor aún. La humedad, la penumbra, la miseria general... era atroz.

Mi ventana daba a la calle, pero gruesos barrotes de hierro habían sido colocados para evitar

que cualquier *idea* de escape se ejecutara. Si deseaba disfrutar del aire fresco, me permitían cinco minutos en una especie de jardín enjaulado en la parte trasera de la casa, bajo la supervisión, por supuesto, de uno o ambos perros del alguacil.

Parte de mí esperaba que nadie pagara un solo penique a estos hombres en mi nombre, mientras que la otra parte habría dado cualquier cosa por mi libertad. Mi solicitud para enviar una carta había sido concedida—a un precio—hasta que el perro del alguacil la abrió, vio que estaba dirigida a una mujer y la arrojó al fuego. Solo estaban interesados en permitirme comunicarme con personas que pudieran pagarles el dinero que querían.

Me dejé caer en la cama, estremeciéndome cuando mi espalda chocó con una de las tablas que sobresalían del colchón. Cerré los ojos, aferrándome al recuerdo del toque de Rebecca, de esos dulces besos que me había ofrecido. Todo eso se sentía como en otra vida. Para ahora, ella ya sabría de mi situación aquí—Yates se habría encargado de eso.

Quizás era la influencia de la miserable casa de arresto, pero había estado luchando con todas mis fuerzas para evitar el temor de que esos momentos con Rebecca hubieran sido un sueño, de que, si alguna vez *lograba* salir de este lugar, o de la cárcel de deudores después, sus sentimientos hubieran cambiado.

Con tales pensamientos y emociones desdichadas como compañía, me quedé dormido.

***

El sonido de unas llaves me despertó de golpe. Me senté en la cama, parpadeando para despejar el sueño de mis ojos, recordando el infierno en el que estaba.

La puerta se abrió, dejando entrar un rayo de luz, y parpadeé al ver a la mujer que entraba.

"¿Nellie?" Mi voz era ronca, áspera por el sueño.

Estaba vestida con un vestido rosa de manga larga, con guantes cortos de cabritilla cubriéndole las manos. Sonriendo, desató los lazos de su sombrero de paja y se lo quitó. El perro del alguacil que había abierto la puerta la cerró detrás de ella.

Fruncí el ceño. La visita del almirante había sido llevada a cabo completamente bajo la vigilancia de uno de los perros. Según lo que sabía, ese era un procedimiento que seguían con bastante rigor. No querían que hubiera comunicaciones secretas entre sus presos y los visitantes.

"¿Qué haces aquí?", pregunté, poniéndome de pie.

"Escuché que estabas aquí y tenía que venir", dijo. "No he tenido ni un solo momento a solas contigo desde que regresaste a Brighton."

"Ambos hemos estado ocupados."

Se acercó a mí. "Pero ahora no lo estamos."

Di un paso hacia atrás, y ella se detuvo en su avance hacia mí. "No me digas que aún estás jugando al juego de la reforma, Valentine."

"No es un juego, Nellie. Las cosas son diferentes. *Yo* soy diferente."

Me miró, como si intentara decidir si creerme. "Estaba segura de que ya te habrías cansado de tu damita de escuela para ahora."

Fruncí el ceño al recordar lo que Diana me había contado sobre su encuentro con Nellie el otro día. "¿Es eso lo que le dijiste?"

Sostuvo mi mirada. "Solo le recordé que antes de que ella apareciera, yo era la mujer en tu vida. Parece que también necesitas recordarlo."

"No necesito recordarlo", respondí, retrocediendo otro paso. "Todo eso quedó en el pasado."

"No tiene por qué ser así. Podría sacarte de aquí, ¿sabes?" Tocó el collar que llevaba puesto. "Esta joya sola sería suficiente. Podríamos..."

“Pienso casarme con Rebecca, Nellie”, la interrumpí. “Si ella me acepta.”

Vi el dolor reflejarse en los ojos de Nellie, pero lo ocultó rápidamente. Sentí una punzada de culpa. Siempre había pensado que Nellie era tan indiferente como yo. Me había equivocado. Era una actriz habilidosa, eso era todo.

“De acuerdo”, dijo, “casarte con ella no tiene por qué significar el final para nosotros, ¿verdad?”

Fruncí el ceño, plenamente consciente de que yo era el principal responsable de que Nellie pudiera suponer que me comportaría de tal manera después del matrimonio. “Sí lo significa.”

Soltó una risa amarga. “Nunca pensé que vería el día en que Valentine Donovan se dejara gobernar por una damita que apenas puede hablar.”

“Llámalo como quieras, pero si piensas hablar de ella de esa manera, puedes marcharte.”

Sus ojos se encendieron y sus fosas nasales se ensancharon. Más evidencia de que no había sido simplemente una transacción para ella, como yo había asumido. Había sido un ciego y egoísta imbécil.

“Nunca quise hacerte daño, Nellie. Lo juro. Y lamento sinceramente si lo he hecho. Mereces algo mejor que esto, que lo que tuviste conmigo o con Sutcliffe.” Asentí hacia el collar que llevaba puesto. “Deberías venderlo y usar el dinero para hacer una vida para ti misma. Eres una mujer inteligente y emprendedora. No tengo duda de que encontrarás el éxito.”

A pesar de la sinceridad de mis palabras, su expresión solo se endureció más.

“Te deseo lo mejor con tu muñequita”, dijo. “*Si* es que te acepta, lo cual la convertiría en una tonta si lo hiciera.” Girando sobre sus talones, salió de la habitación sin mirar atrás.

La puerta se cerró con un golpe, y el tintineo de las llaves después me dijo que el perro del alguacil había estado cerca. Escuchando, muy probablemente.

Me dejé caer en la cama, frotándome los ojos con las manos. No podía culpar a Nellie por la manera en que se había marchado. Reconocí lo que había provocado esa salida: dolor y vergüenza. Tenía todo un pasado de decisiones tomadas en ese mismo estado.

Solo podía esperar que, con el tiempo, el resentimiento y la ira de Nellie disminuyeran lo suficiente como para perdonarme y para que eligiera una vida diferente para ella misma.

Me acosté de nuevo, maldiciendo cuando la misma tabla se clavó en mi espalda. ¿Cuánto tiempo estaría aquí? ¿Cuándo estaría el alguacil satisfecho de que no obtendría ni un centavo de mí ni de nadie que conociera?

# Capítulo 32

VALENTINE

Sentí intensamente la ira de los perros del alguacil. A sus ojos, les había privado de dinero no una, sino dos veces, y se vengaron consumiendo una cantidad exorbitante de comida y bebida esa noche. No quería ni saber la cifra astronómica que se había añadido a las quince libras iniciales que llevaron a mi arresto.

Estaba de pie junto a la ventana, con la mano sobre los fríos barrotes de hierro, dejando que la luz que se colaba entre ellos cayera sobre mí mientras me imaginaba afuera. La casa del alguacil, que servía como casa de cobro, estaba en una calle angosta y adoquinada, con poca luz, incluso en los días más soleados, y hoy no era un día soleado.

*Hay belleza y paz a pesar de todo*. Esas habían sido las palabras de Rebecca en el jardín de rosas. Respiré hondo, deseando poder inhalar esas flores de nuevo, pero el hedor de la casa de cobro fue lo único que encontré, lo que me hizo cubrir una tos.

Un carruaje sonó cerca, y me esforcé por verlo, una señal de vida más allá de estos barrotes. La fortuna me sonrió, pues se acercó hasta que pude verlo: un carruaje tirado por un caballo alazán brillante y un gris moteado.

Apreté más fuerte el barrote. Reconocía esos caballos.

El carruaje se detuvo, y el cochero bajó para abrir la puerta. Phineas salió, y parpadeé, seguro de estar imaginando cosas. Pero ahí estaba él.

Se volvió hacia el carruaje, conversando con alguien a través de la puerta abierta. Entrecerré los ojos, como si eso pudiera ayudarme a ver mejor. La punta de un sombrero de paja asomó por la puerta, y de repente, se alzó para revelar el rostro de Rebecca. Estaba mirando hacia arriba, buscando la fachada del edificio.

Mi corazón comenzó a galopar, como si lo hubieran azotado con un látigo. Su mirada llegó a mi ventana, y me incliné hacia adelante tanto como me permitían los barrotes. ¿Podría verme? Pero los barrotes eran demasiado gruesos, y ella volvió la cabeza, asintiendo a algo que dijo Phineas, y se retiró de nuevo dentro del carruaje. Aunque mi corazón parecía querer saltar a través de los barrotes, agradecí que Phineas hubiera insistido en que ella se quedara dentro. Este no era lugar para una mujer. Ni para ningún ser humano, en realidad.

Hice todo lo posible para no apostarme en la puerta y escuchar lo que pudiera estar ocurriendo abajo. Pronto, sin embargo, unos pasos subieron por esas malditas escaleras irregulares. La llave chirrió en la cerradura, y la puerta se abrió.

"Tiene usted una visita, señor", dijo el perro del alguacil. Me miró con una ceja arqueada. "Otra más."

Era evidente que, con su expresión, quería comunicarme que no desaprovechara esta oportunidad de conseguirle el dinero que se le debía.

Phineas entró en la habitación, y me impresionó lo fuera de lugar que estaba allí, incluso más que el almirante. Phineas nunca acumularía una deuda que no pudiera pagar, a menos, tal vez, que fuera por libros. Pero era demasiado responsable, demasiado razonable para eso, y me disgustaba saber que probablemente nunca habría conocido un lugar así de no ser por mí.

"Phin, ¿qué haces aquí?"

Miró al perro del alguacil, como esperando a que se fuera antes de responder. Pero el perro simplemente abrió la boca de par en par, mostrándonos cada diente ausente o ennegrecido que tenía. Luego entró en la habitación y cerró la puerta, dejando claro que no iría a ningún lado.

Phineas se volvió hacia mí. "He venido a pagar tus deudas."

"Phin..."

"Rebecca y yo hemos reunido el dinero necesario." Se volvió hacia el perro del alguacil. "¿Es usted quien puede recibir el pago y dejar libre a mi hermano?"

El hombre asintió, con los ojos brillando mientras nos miraba. "Así es, buen señor."

Phineas asintió y metió la mano en su abrigo. Lo detuve con la mía. No podía permitir que Rebecca y Phineas pagaran mi deuda.

Él sostuvo mi mirada con calma. "Déjame al menos sacar algo de mi bolsillo."

Solté su mano, y él sacó un pequeño papel doblado, que me entregó. Antes de que pudiera tomarlo, el perro del alguacil lo arrebató y lo abrió.

Lo miró, luego me miró a mí, arqueando una ceja espesa y poblada. "De una dama, parece. *Mi querido Valentine,*" leyó con un tono agudo, llevándose una mano al corazón, *"siempre juré que le devolvería el dinero por ese espantoso jarrón. Suya, Rebecca. P.D. Muy lejos del día en que yo muerda el polvo..."*

La cara del hombre se contorsionó en confusión al leer la última parte. Le quité el papel de las manos, mirando la hermosa caligrafía por mí mismo. *Muy lejos del día en que yo muerda el polvo...* Las palabras me inundaron de una calidez que dolía. Ella reafirmaba la lealtad de sus sentimientos.

Miré la nota un momento más, luego levanté la vista hacia Phineas, que me observaba.

"No puedo dejar que pagues mi deuda, Phin."

"Tampoco puedes *evitar* que la pague", dijo con una sonrisa que empujó un poco sus gafas hacia arriba. "Imagino que este hombre la aceptará con gusto."

"Así es," respondió alegremente el perro del alguacil.

Con la mirada fija en mí, Phineas volvió a meter la mano en su bolsillo y sacó tres billetes. Apreté la mandíbula, pero me abstuve de intervenir. El perro del alguacil contó los billetes, los tres, lamiéndose los labios. No me importó lo repugnante que fuera, ya que eso significaba que podría irme. No solo eso, sino que me iría con Rebecca. Por supuesto, le devolvería su dinero, y el de Phineas también, en cuanto recibiera mi premio. Pero por ahora, podría hacer más fuera de la casa de cobro para saldar mis deudas que desde dentro.

"¿Hay algún papel que necesite firmar?" preguntó Phineas. "¿Algo oficial que debamos hacer antes de que mi hermano pueda salir?"

El perro del alguacil levantó la vista del dinero, con las cejas alzadas. "Sí, lo hay." La forma en que enfatizó "hay" me produjo un mal presentimiento en el estómago.

"¿Eso significa...?" preguntó Phineas.

"Bueno, señor," dijo, "ha pagado usted quince libras, que es por lo que trajeron a su hermano. Pero desde entonces, me temo que ha acumulado algunas deudas más, sin mencionar las nuevas quejas de otros acreedores. A día de hoy, creo que el total que debe asciende a unas ciento dieciocho libras."

Mi estómago cayó, mis esperanzas hechas añicos sobre el sucio y deformado suelo de madera.

Phineas se acercó al hombre y lo agarró por la camisa. "Es un canalla", dijo entre dientes apretados.

Parpadeé sorprendido. Nunca había visto a Phineas hacer algo tan combativo o amenazante.

El hombre le sonrió con amabilidad—si es que tal palabra podía aplicarse a alguien con una dentadura tan espantosa. "Cuidado, señor. El alguacil está abajo, y dudo que desee convertir la cárcel en su destino. No es tan agradable como la prisión de deudores."

Me acerqué, poniendo una mano en el hombro de Phineas. "Déjalo, Phin."

Phineas sostuvo la camisa del hombre un momento más, luego soltó la mano, dejando la ropa del perro del alguacil desarreglada. El hombre se sacudió la camisa con desdén. "Y con eso concluye esta encantadora visita."

Phineas me miró, ajustándose las gafas, con disculpa y derrota en sus ojos.

"Gracias, Phin. Y dale las gracias a Rebecca de mi parte."

"Encontraremos la manera de sacarte de aquí, Valentine."

***

Discutí y discutí con los perros del alguacil, haciendo todo lo posible para convencerlos de que no recibirían más de lo que ya habían recibido. Al menos en la prisión de deudores podría ganarme el sustento. Pero mis argumentos fueron en vano. La visita de Phineas los había animado a esperar más. Sin duda, pensaban que pronto regresaría con el dinero necesario. Yo no compartía sus expectativas. Tampoco deseaba que Phineas o Rebecca hicieran tal intento.

Más tarde, ese interminable día, uno de los perros del alguacil me trajo una nota. Su actitud era mucho menos jovial que durante la visita de Phineas. El sello de la carta había sido roto, y solo necesitaba una suposición para saber quiénes eran los responsables. Fuera lo que fuera que decía, no sería yo la primera persona en saber su contenido. Y, aparentemente, ese contenido no les había agradado.

"Irás a prisión por la mañana," dijo el perro del alguacil. Cerró la puerta antes de que pudiera responder.

Me quedé mirando la puerta cerrada por un momento. Esta sería mi última noche en este miserable lugar, y eso no podía sino aliviarme. Pero lo que esperaba de esta carta hacía que mi estómago diera vueltas.

Apoyando la espalda contra la pared más cercana, abrí el papel, mis ojos se dirigieron directamente a la firma. Yates. Fruncí el ceño.

*Donovan,*

*Intenté ir a hablar con usted en persona, pero una vez que descubrieron que no llevaba dinero conmigo, me negaron la entrada. De ahí esta carta. Ojalá pudiera llevarle buenas noticias, pero lamentablemente, el caso es otro. Me duele escribirlte esto, pero como sé que es de los que prefieren hablar claro, no voy a andarme con rodeos.*

*Recibí noticias de Jones. El caso finalmente ha concluido, lo que significa que el dinero del premio puede distribuirse entre nuestra tripulación. Me informó de las cantidades finales que cada uno de nosotros puede esperar. Todas están muy disminuidas debido a la duración del juicio en el Tribunal del Almirantazgo. Los tenientes que estaban a bordo en el momento de la captura recibirán cada uno cien libras.*

Mi visión se nubló por un momento, y parpadeé, obligando a mi mirada a concentrarse en esa última frase.

*Los tenientes que estaban a bordo en el momento de la captura recibirán cada uno cien libras.*

Esas últimas tres palabras resonaban en mis oídos como una sentencia de muerte, una y otra vez. Cien libras. Era una mera fracción de lo que habíamos esperado. No se acercaría ni de lejos a cubrir mis deudas, de las cuales las que me retenían aquí eran solo una parte.

Mi respiración comenzó a acelerarse, y volví a la carta, esperando algún rayo de luz entre

las malas noticias.

*Lamento mucho esto, Donovan. Sospechaba que el monto final sería menor de lo esperado, pero esto es una decepción inimaginable, especialmente para usted, lo sé.*

*Lamentablemente, no es la única mala noticia que tengo. Lord Newham ha muerto. Sé que esto también será una decepción para usted.*

*A pesar de todo, espero que sepa que puede contar conmigo en todo lo que pueda ayudarlo. Haré todo lo posible para sacarlo de ahí.*

*Siempre su amigo y capitán,*

*Yates*

Mi espalda resbaló por la pared, dejándome caer al suelo con un golpe sordo, y la mano que sostenía la nota de Yates hizo un ruido al caer al suelo. Cerré los ojos, dejando caer la cabeza hacia atrás mientras la desesperación comenzaba a apoderarse de mí.

¿Qué esperanza me quedaba ahora?

# Capítulo 33

REBECCA

Mi pie golpeaba impacientemente la alfombra de la sala de desayuno. Los mordiscos que había dado a mi tostada eran pequeños y distraídos. Habían pasado días desde mi última taza de chocolate. Sabía que mi abstención era tonta—no es como si eso ayudara a Valentine de alguna manera—pero me abstenía de todas formas.

El desayuno de esta mañana era diferente en otros aspectos también. Ya eran casi las diez, mucho más tarde de lo que generalmente comía por la mañana. Duke había pasado toda la noche después de la cena encerrado con el Almirante Donovan en el estudio. Con la esperanza de escuchar el resultado de la conversación, me había quedado despierta más tarde de lo habitual, hasta que Diana me persuadió de retirarme.

"Todo estará bien", dijo. "Me aseguraré de ello".

Dado todo lo que había hecho para ayudar a Valentine y a mí, accedí. Gracias a ella y a Phineas, benditas almas, Duke había sido persuadido de que los cambios en Valentine no eran solo una fantasía de mi imaginación enamorada. Sin embargo, eso no fue suficiente para que ofreciera su bendición para un compromiso.

Sus preocupaciones restantes estaban relacionadas con la capacidad de Valentine para cuidarme adecuadamente. Fue con el propósito de averiguar los detalles de la situación financiera de Valentine que habló con el Almirante.

La puerta de la sala de desayuno se abrió, y me levanté de mi asiento de un salto.

Duke se detuvo en el umbral. "No necesitas ponerte de pie cuando entro, querida hermana", dijo con un destello de diversión en su sonrisa. "Muy respetuoso, pero muy innecesario".

"¿Cómo fue la reunión?" pregunté, ignorando su broma.

Duke se dirigió al aparador y tomó un plato. Me lanzó una mirada de reojo, sus ojos se posaron en mis manos que agarraban el respaldo de la silla mientras esperaba una respuesta. "Tengo el poder de hacer tu vida miserable fingiendo no saber a qué te refieres, pero no lo haré". Tomó dos piezas de pan y las colocó en su plato. "En general, fue bastante bien". Me miró de nuevo. "Las deudas de Valentine son considerables, Rebecca. No se puede escapar de eso".

Asentí.

"Pero", dijo, "hay un rayo de esperanza en esa nube negra. La difunta señora Donovan apartó dinero para Valentine. Parece que, dada su tumultuosa relación, estaba preocupada por la posibilidad de una ruptura entre el Almirante y su hijo, y deseaba asegurarse de que Valentine no se quedara sin medios para mantenerse en ese caso. Una mujer astuta, de hecho. El Almirante Donovan ha estado reteniendo ese dinero, convencido de que su esposa no querría que se despilfarrara. Me tomó mucho tacto, pero finalmente logré convencerlo de que no solo era cruel sino ilegal que le negara el dinero a Valentine".

Corrí hacia mi hermano y lo abracé. Debí tomarlo por sorpresa, porque no reaccionó de inmediato.

"Gracias, Duke", dije contra su chaleco.

Él envolvió su brazo libre a mi alrededor y me atrajo suavemente hacia él por un momento.

"Eres un hermano extraordinario", dije.

Él me tomó por los hombros, poniendo suficiente distancia entre nosotros para poder mirarme adecuadamente. “¿Qué dijiste?”

“Un hermano extraordinario”, repetí. “Significa...”

“Sé lo que significa. Lo que quiero saber es cómo llegaste a decirlo”.

Levanté las cejas enigmáticamente. “He aprendido mucho desde la última vez que me viste”.

“Supongo que tengo que agradecer a Valentine por eso”.

“No debes culparlo”, dije rápidamente. “Simplemente respondió a mis preguntas...bajo la amenaza de que buscaría las respuestas en otra parte”.

Él suspiró. “Podemos hablar de eso más tarde”. Su expresión se volvió seria. “Incluso con el dinero de su madre disponible para su uso, las finanzas de Valentine están en un estado lamentable. No tiene una fuente de ingresos ni una profesión para generar uno, ya que está en contra de la Marina”.

Dejé de sonreír, tratando de asegurarme de que Duke comprendiera que entendía la gravedad de la situación. “¿Y con mi dote?”

“El interés de tu dote ciertamente ayudaría. Pero, Rebecca, quiero estar seguro de que tú también lo estés. No estaría cumpliendo con mi deber como tu tutor si no te advirtiera. Vivirás en circunstancias apretadas. Indefinidamente. Y si no confiara en Diana y Phineas, si no creyera que tienen en mente tu bienestar tanto como el de Valentine, no me sentiría cómodo dándote mi bendición.”

“Solo intentas protegerme”, respondí. “Lo entiendo, y te amo por eso. Pero esto es lo que quiero. Y una vez que hables con Valentine, creo que te sentirás más en paz.”

Asintió. “Tan pronto como desayune, iré a la cárcel de deudores y lo traeré de vuelta.”

Lo abracé de nuevo, y él me devolvió el abrazo. “Solo deseo tu felicidad y bienestar, Rebecca. Espero estar haciendo lo correcto.”

Retrocedí y lo miré. “Te prometo que seré feliz y que no te arrepentirás.”

Me soltó y caminó hacia una silla en la mesa. “Ya me arrepiento de haber dejado a Valentine tanto tiempo en la cárcel de deudores. Pensé que una noche o dos no le harían daño, pero por lo que me ha contado Phineas, parece que me equivoqué.”

Sentí un escalofrío. Phineas claramente me había ahorrado los detalles más horrendos de su incursión, pero había aprendido lo suficiente como para llenar los vacíos. Duke no estuvo nada complacido cuando se enteró de nuestra expedición a la cárcel.

“No te permitiré que vengas esta vez”, dijo. “Podrás reunirte con él cuando regresemos.”

“Por supuesto”, respondí, alisando nerviosamente mis faldas. Vería a Valentine dentro de una hora o dos, y el simple pensamiento hizo que una maraña de mariposas revoloteara en mi estómago. “¿Sabe el almirante Donovan de tu intención?” No imaginaba que sería una reunión feliz, y no deseaba que nada empañara el regreso de Valentine.

“Sí”, respondió Duke, tomando un bocado de su tostada. Masticó durante unos momentos, pensativo. “Él y Phineas partieron hacia Kent temprano esta mañana.”

“Vaya.” Había escuchado algo de conmoción abajo más temprano, pero apenas fui consciente de ello, ya que me había permitido dormir hasta tarde. Quizás me estaba convirtiendo más en una criatura de la ciudad de lo que pensaba. O tal vez el no tener la posibilidad de desayunar con Valentine me había quitado las ganas de levantarme temprano.

“Creo que es lo mejor”, dijo.

Detrás de mí, la puerta se abrió. Duke estaba levantando una taza de té a la boca, pero se detuvo a mitad de camino entre la mesa y su boca, mirando.

Fruncí el ceño, me giré y me quedé quieta inmediatamente.

Valentine me miraba desde la puerta, con un atisbo de cautela en su mirada.

“Valentine”, dijo Duke, sorprendido.

No pude siquiera hablar. Solo podía mirarlo, perpleja.

“Sin duda te estará preguntando por qué tardé tanto en venir”, dijo Valentine, con su mirada yendo hacia mí una y otra vez. “No me parecía correcto dar las gracias en el estado en el que estaba, así que fui a lo de Yates primero para... bueno, para asearme.”

“¿Tus gracias?” preguntó Duke, tan confundido como yo.

Valentine frunció el ceño. “Si crees que soy el tipo de hombre que se olvida de expresar su gratitud por haber pagado mi libertad de ese lugar infernal, me sorprende que lo hayas hecho.”

“Pero *no* pagué por tu libertad”, respondió Duke. “Al menos, aún no lo he hecho. Pensaba hacerlo en breve.”

Ahora los tres estábamos desconcertados. Valentine me miró, con una pregunta en los ojos.

Sacudí la cabeza. “No fui yo.” Mi corazón saltaba en mi pecho, como si intentara llegar hasta él.

“¿Entonces quién?” preguntó Valentine.

Duke parecía igual de perplejo. “¿El alguacil no te dijo quién fue el responsable?”

Valentine negó con la cabeza. “Dijo que no era asunto suyo, ni mío, mientras el dinero estuviera pagado. Asumí que habían sido tu o Diana.”

Duke negó con la cabeza. “En una hora, eso habría sido cierto.”

“Quizás fue Yates”, dijo Valentine, solo para negar de inmediato. “No pudo haber sido. Sus finanzas son en un desastre total.”

Duke lo observó pensativo, luego se encogió de hombros. “Supongo que deberás estar agradecido con quien haya sido y conformarte sabiendo que, a menos que elija decírtelo, nunca sabrás su identidad.”

Todavía perplejo, Valentine asintió. Su mirada se volvió hacia mí de nuevo. Hice todo lo posible por mantenerme en mi silla en lugar de levantarme y correr hacia él.

Nuestras miradas se mantuvieron, y el músculo de su mandíbula se tensó. Conocía esa expresión: determinación.

“Sé que no ves con buenos ojos mi intención, Russell, y no soy tan tonto como para culparte por ello. Nadie lo haría.” Dio un paso lento hacia Duke, quien aún estaba sentado en la mesa, escuchando a Valentine atentamente. “En ningún mundo soy digno de tu hermana, y lo único que me impulsa a siquiera hablar de matrimonio entre nosotros es la fuerza de mis sentimientos por ella y mi determinación de hacerme digno de los sentimientos que ella ha expresado por mí.” Tomó aire. “Deseo proporcionarle a Rebecca el tipo de vida que merece, y mi posición actual no me permite hacerlo.” Su mirada se deslizó hacia mí por un momento, luego volvió a Duke. “He considerado la situación y decidido que la forma más segura de lograrlo es probar suerte en hacer fortuna en el extranjero.” Me miró de nuevo, con incertidumbre en sus ojos.

Solo podía devolverle una mirada de sorpresa. ¿Qué estaba diciendo exactamente?

“Tardará al menos dos años, imagino”, continuó, “hacer algo de mí. No le pido a Rebecca que me espere; la amo demasiado para pedirle eso. Pero...”

Duke levantó una mano. Había estado tomando su té, pero dejó la taza. “Permíteme detenerte allí. No voy a fingir que escuchar tus intenciones no me tranquiliza, porque lo hace, razón por la cual te he dejado seguir hablando. Pero puedo ver el horror crecer en los ojos de Rebecca. Si te dejara irte a la India o Jamaica o algún lugar *sin* ella, nunca me lo perdonaría.” Me miró, con los ojos brillantes.

Solté una risa nerviosa, porque tenía razón. Mi cuerpo se estaba llenando de pánico. Era un pánico extraño, sin embargo, atenuado por la maravilla de que Valentine estuviera dispuesto a hacer tales cosas por mí...

"No estoy seguro de entender", dijo Valentine.

Duke se levantó de su asiento. "Estoy dispuesto a darte mi bendición para ti y Rebecca. Y, porque soy un hombre egoísta, te ruego que no me apartes de mi hermana ahora que por fin puedo estar cerca de ella. Tu padre ha accedido a proporcionarte la herencia que tu madre te dejó. Eso, junto con la dote de Rebecca, debería darte suficiente dinero para comprar una propiedad modesta en la que puedan vivir de manera igualmente modesta." Sonrió levemente. "Nada que permita continuar con tus antiguos hábitos en la mesa de juego, obviamente, pero suficiente para vivir con un poco de economía. O bastante economía. Hay una propiedad adecuada a quince millas de Birchleigh Hall, y sé que el dueño desea venderla."

Valentine parpadeó, y sentí una fuerte necesidad de tomar su mano mientras absorbía esos cambios.

Duke sonrió ante el silencio atónito. "Y como me han privado de liberarte de ese lugar infernal en el que estabas, te haré un regalo del dinero que había reservado para ese propósito. Considéralo un regalo de bodas anticipado." Me guiñó un ojo.

Valentine me miró a mí y a mi hermano, claramente luchando por comprender. Yo, por mi parte, me sentía repentina e inusualmente tímida, ansiosa por saber cómo se sentía él.

"Imagino", continuó Duke con un toque de diversión, "que en este momento soy muy poco deseado aquí, así que los dejaré a ustedes dos para que se reúnan." Vino hacia mí primero, y me levanté para recibir su abrazo. Me envolvió fuertemente y susurró en mi oído: "Sé feliz, querida Rebecca."

Mi garganta se cerró, solo pude asentir.

Me soltó y se acercó a Valentine. "Hermanos dos veces, entonces, creo."

Valentine soltó una risa extraña, entrecortada, que mostraba lo desconcertado que seguía estando. Duke lo abrazó, hablando más suavemente, aunque no lo suficiente como para que yo no lo escuchara. "No dudaré en retarte si la hieres, hermano o no." Duke lo soltó y caminó hacia la puerta. Me envió una pequeña sonrisa antes de salir de la habitación.

Jugueteé con las faldas de mi vestido, insegura de si el asombro total de Valentine era el bueno o... algo más. Quizás todo esto había sucedido demasiado rápido para él y estaba reconsiderando las cosas.

"¿Está... contento?", tragué saliva.

Valentine me miraba, y sus cejas se fruncieron. "¿Contento?" Caminó hacia mí, y yo me quedé en mi sitio, ansiosa por conocer el estado de su mente y de su corazón. "Pensé que lo había perdido todo, Rebecca. Pensé que me iría a algún lugar desolado y que, al regresar, la encontraría casada con otro", se pasó una mano por la mandíbula. "Y ahora..." Se detuvo frente a mí, su mirada buscando mi rostro. Tocó uno de los rizos en mi sien con un dedo suave, enviando escalofríos hasta mis pies mientras me miraba a los ojos. "Contento no empieza ni siquiera a describirlo."

Tomando mi rostro entre sus manos, presionó sus labios contra los míos. Todo mi cuerpo tembló, y me apoyé en sus brazos con las manos, sintiendo su fuerza mientras nos mantenía unidos.

Besar a Valentine por primera vez había sido un éxtasis imposible, pero esto... esto era euforia, porque llegaba después de una separación de la que ninguno de los dos había estado seguro de si acabaría, y con el nuevo conocimiento de que nuestro futuro juntos estaba

asegurado.

Me rendí a la euforia, al ir y venir, al dar y recibir de besar a Valentine. Porque tan pronto como la presión de sus labios disminuía en los míos, lo seguía, sin estar lista para dejarlo ir. Y cada vez, él respondía tirando de mí con más fuerza, besándome con más ardor, como si fuera solo la evidencia de que yo quería más lo que le había impedido ofrecérmelo antes.

Nos separamos, lentamente, con reticencia, y lo miré, a esos ojos profundos y oscuros, llenos de todo lo que yo deseaba.

"¿Vamos a quedar encadenados, entonces?"

Él rió, tirando de mí para un abrazo tan embriagador como había sido nuestro beso.

"¿Lo dije mal?", pregunté contra su hombro.

"No, mi amor", respondió, su aliento alborotando mi cabello. "Lo dijo perfectamente."

Hubo un golpe en la puerta, y nos separamos justo a tiempo para que Duke apareciera de nuevo. Por la forma en que sus ojos se movían entre nosotros, estaba claro que sabía lo que había estado ocurriendo.

"Perdón por la interrupción", dijo, "pero esto acaba de llegar para ti, Valentine." Le tendió una carta.

Tomando mi mano, Valentine nos llevó a recibirla.

"¿Reconoces el nombre?", preguntó Duke.

Valentine volvió a fruncir el ceño y sacudió la cabeza. "Son algunos procuradores, parece." Lanzó una mirada hacia Duke con una mueca. "No imagino que sea una buena noticia."

Solté su mano para permitirle romper el sello y desplegar la misiva, sintiéndome nerviosa de nuevo ante la posibilidad de que algo arrebatara la preciosa felicidad que acababa de alcanzar, como ya había sucedido la primera vez.

"¿Qué dice?", pregunté.

"Que debo presentarme en las oficinas de Booth y Cottle mañana por un asunto de negocios."

"No dejes que te preocupe", dijo Duke, aunque pude ver en la rigidez de su mandíbula que él mismo no estaba tan confiado. "Lo que sea, lo manejaremos."

Valentine me miró hacia abajo, y yo le sonreí, tratando de tranquilizarlo. Lo *manejaríamos* juntos, enfrentaríamos y superaríamos lo que fuera.

# Capítulo 34

REBECCA

Valentine y yo disfrutamos juntos del desayuno a la mañana siguiente, y decidí que lo único que podría mejorar mi deleite con una taza de chocolate sonriente era tomar la mano de Valentine bajo la mesa mientras ambos lo hacíamos. Claro que era más fácil comer y beber usando ambas manos, pero el amor se trataba de sacrificios, ¿no?

Pude sentir su inquietud mientras se preparaba para dirigirse a las oficinas de los procuradores. Intenté tranquilizarlo de todas las maneras que sabía, asegurándole, como había dicho Duke, que enfrentaríamos cualquier noticia juntos y la superaríamos.

Una vez que se fue, estaba demasiado nerviosa para leer o coser. Necesitaba algo que me ocupara por completo. Si Valentine volvía decepcionado, quería estar preparada para animarlo de alguna manera.

Después de un momento de vacilación, me dirigí hacia las escaleras que conducían a las áreas de servicio. La cocinera, la señora Pimm, y la doncella de cocina, Anne, parpadearon sorprendidas cuando aparecí en la puerta de la cocina.

“Quiero hacer panecillos de brioche” declaré.

Las dos mujeres se miraron la una a la otra, luego la señora Pimm me miró de nuevo.

“Muy bien, señorita. Comenzaremos de inmediato.”

“Quiero ayudar” aclaré. Al ver que mi declaración fue recibida con silencio, añadí: “Si no es demasiada molestia.”

Si hubiera pensado que sus cejas no podían levantarse más, pronto me di cuenta de lo equivocada que estaba. Las de la señora Pimm desaparecieron por completo bajo su gorro.

“No es molestia, no” dijo. “Si está dispuesta a aprender, señorita, estaríamos encantadas de enseñarle.”

***

El olor a mantequilla y pan llenaba cada rincón de la cocina mientras observaba cómo los panecillos se doraban en el horno. Dorothea me había prestado uno de sus delantales, que estaba generosamente cubierto de harina y trozos de masa.

“Sabe que están listos” dijo la cocinera “cuando empiezan a dorarse por arriba. Si comienzan a volverse marrones, ha esperado demasiado.”

“¿Ahora, entonces?”

“Sí, señorita” respondió con paciencia.

Transferimos los panecillos calientes a la larga mesa de madera, y esperaba que Valentine llegara pronto para que pudiera comer uno mientras aún estaba caliente. Ya llevaba dos horas fuera, y mis nervios hervían bajo la superficie. ¿Y si se habían juntado sus acreedores? ¿Y si lo habían arrestado *de nuevo*?

Dorothea apareció en la puerta. Miró a Anne y a la señora Pimm.

“La señora nos necesita arriba.”

“Oh” dijo la señora Pimm, parpadeando. “Muy bien.” Se desató los lazos de su delantal, y Anne la siguió. La cocinera lanzó una pequeña mirada a los panecillos de brioche con una ligera mueca. “Esos deben colocarse en una canasta.”

“Yo puedo hacerlo” dije.

Ella me sonrió y se secó el sudor de la frente con la manga de su vestido.

“Gracias, señorita. Supongo que volveremos en breve.”

Las tres desaparecieron por la puerta, dejándome sola en la cocina. Tomé una de las canastas colgadas en la pared y la coloqué junto a la bandeja, transfiriendo cuidadosamente los panecillos uno por uno, preguntándome cómo me ocuparía una vez que terminara mi tarea.

Hubo un golpe en la ventana, y me sobresalté, girando rápidamente.

Valentine estaba afuera, mirándome con esa encantadora sonrisa torcida que reservaba solo para mí. Y luego, comenzó a cantar.

*"Oh señora mía, ¿por dónde vais? Oh, quédate y escucha, tu verdadero amor está llegando".*

Puso sus manos en la ventana y empujó el marco hacia arriba. No se movió, y me miró de nuevo.

*"No viaje más bonito, dulce. Los viajes terminan en el encuentro de los amantes, Todo hijo de sabio lo sabe".*

Incapaz de evitar sonreír, me acerqué y usé las manijas de hierro en la parte inferior del marco, levantándolas mientras Valentine hacía lo mismo. La ventana cedió fácilmente, haciéndome pensar que su fallido intento de abrirla sin mi ayuda había sido fingido.

Le tendí una mano para ayudarlo a entrar por la ventana.

“La puerta está abierta, ¿sabe? Y sigue cantando la melodía equivocada.”

Arrugó la nariz ante el comentario mientras se deslizaba por el suelo y se sacudía el abrigo y los pantalones. Luego, sin dudarlo un momento, me tomó en sus brazos, cantando mientras bailábamos un vals.

*"Lo que es el amor, no es en el más allá, el regocijo presente, tiene la risa presente".*

No pude dejar de reír mientras intentábamos evitar las mesas y los objetos que llenaban la cocina en una mañana normal. Lo que hubiera esperado al regreso de Valentine, ciertamente no había sido esto.

“Supongo que las noticias que recibió en la oficina de los procuradores no fueron desagradables.”

Él detuvo nuestro baile, con ambas manos alrededor de mi cintura y sus ojos brillando de una manera que nunca antes había visto. Después de mirarme por un momento, continuó cantando.

*"Lo que está por venir, todavía es incierto. En la demora no hay abundancia, Entonces ven a besarme dulce y veinte: La juventud es una cosa que no perdurará."*

Me atrajo hacia él y me besó, deslizando su mano por mi espalda, lo que hizo que mis piernas se volvieran inútiles. Sucumbiendo a su humor intoxicantemente enérgico, respondí al beso colocando mis manos en su pecho y profundizándolo.

“Tiene suerte de que esté sola aquí” dije cuando nos separamos, mirando a mi alrededor para asegurarme de que las doncellas no hubieran regresado.

“¿Suerte?” preguntó, atrayéndome para otro beso. “Más bien astucia. Dorothea me dijo que la encontraría aquí cuando entré por la puerta principal. Fui yo quien le pidió que llamara a la cocinera y a la otra doncella arriba.”

Extendió la mano hacia uno de los panecillos detrás de mí, y le di un golpecito en la mano.

“No tendrá uno hasta que me cuente lo que sucedió en la oficina del abogado.”

Abandonó sus esfuerzos por arrebatar un bollo y me miró, perdiendo parte de su jovialidad. “Fue la cosa más extraña. ¿Sabe de quiénes son los abogados Booth y Cottle?”

Negué con la cabeza.

“Del lord Newham. Me incluyó en su testamento.”

Lo miré fijamente.

Él asintió. “Yo estaba tan sorprendido como usted.” Extendió la mano hacia un bollo, pero le agarré la mano antes de que pudiera tomar uno.

“¿Y?” dije.

Enlazó su mano con la mía y levantó las cejas, incrédulo. “No tuvo hijos, ya sabe, así que el título pasa a un primo. Pero” se frotó la barbilla con una mano y luego me miró “me dejó una de sus propiedades no vinculadas al título. Y mil libras.”

Mi boca se abrió y lo miré, completamente muda.

Él sacudió la cabeza, incrédulo. “Le pregunté a Cottle tres veces si no había algún tipo de error, pero me lo mostró él mismo, la cláusula en el testamento. Newham la cambió solo dos días antes de su muerte.”

“Qué generoso de su parte,” dije, sintiendo remordimiento por cómo le había hablado. Pero tal vez había sido necesario. De repente se me ocurrió una idea. “¿Fue él quien pagó por su liberación?”

Valentine negó con la cabeza. “No pudo haber sido. Murió hace tres días.” Su ceño se frunció.

“¿Qué sucede?”

Sacudió la cabeza. “Es solo que... bueno, sé cómo soportar el desprecio y la antipatía, lo he hecho toda mi vida. Pero toda esta amabilidad, esta generosidad, esta alegría...” Puso una mano en mi mandíbula, acariciando mi mejilla con el pulgar. “No sé qué *hacer* con todo esto.”

Sonreí, pasando mi mano por su cabello mientras una oleada de amor por él me recorría. “Solo hay una cosa que hacer con eso: extender la misma amabilidad, generosidad y alegría a los demás.”

Él asintió, luego presionó sus labios contra los míos suavemente, con ternura.

Me aparté y lo miré, sonriendo. “Y” giré mi cuerpo para alcanzar un bollo “debe comer brioche.”

Su boca se torció en una media sonrisa, y lo aceptó de mí. Lo miró por un momento, luego a mí. “¿Los hizo usted?”

“Con mucha ayuda.”

“¿Para mí?”

“Pensé en animarlo tras recibir malas noticias. Ahora que sé la verdad, sin embargo…”

Llevó el bollo a su boca, y yo se lo quité de la mano. Su mano vacía quedó en el aire, su boca aún abierta y lista para dar un mordisco.

“Se llevó mi brioche la primera vez que la conocí. Hoy tengo mi venganza.” Di un mordisco al bollo, y las migas cayeron entre nosotros.

“Lo tomé porque quería dárselo a usted.”

Arqueé una ceja. “Tiene tan poco sentido ahora como aquella noche, pero hoy no ha estado bebiendo. ¿O sí?”

Soltó una carcajada, sacudiendo la cabeza y estirando la mano hacia el bollo, que escondí detrás de mí. Sus brazos siguieron los míos, envolviéndome y acercando nuestros cuerpos hasta que nuestras caras quedaron tan cerca que nuestras narices se rozaron. Me vi obligada a echarme hacia atrás para evitarlo, pero él me siguió aún, tal como había esperado.

“Lo que quiero decir,” dijo, con sus labios a un suspiro de los míos, “es que me prohibí dárselo. Apenas lo conocía, pero ya deseaba complacerlo, ceder a sus deseos.” Rozó la punta de

su nariz contra la mía, y sus esfuerzos por tomar el bollo se debilitaron. “Poco sabía yo que esa fue la primera y última vez que lograría decirle que no.”

Incapaz de resistir por más tiempo, acerqué mis labios a los suyos, y el bollo de brioche cayó al suelo detrás de mí, olvidado.

# Epílogo

VALENTINE

**Septiembre de 1816, Northumberland, England**

La iglesia parroquial de Eastbury estaba rodeada de árboles en el umbral del otoño, con hojas amarillas que revoloteaban en la brisa matutina. Reajusté el brazo del señor Philpotts, que descansaba sobre el mío, mientras lo ayudaba a caminar lentamente hacia la iglesia. Su reumatismo estaba manifestándose, como me había estado contando durante los últimos cinco minutos, pero estaba decidido a no dejar que eso le impidiera asistir a la boda.

El señor Finner también estaba presente, y Phineas se había ofrecido a ayudarle con cualquier cosa que necesitara. Finner rechazó la sugerencia con un gesto. Estaba orgulloso de su robusta salud, pues no sufría ni de gota ni de reumatismo. Era su nieto quien seguía dándole problemas con sus recientes travesuras. El joven Finner, al parecer, estaba cortejando a una mujer de Haymarket. *Vulgar y totalmente inapropiada*. Eso fue lo que Rebecca había escrito con deleite en su cuaderno cuando le expliqué el significado de la expresión.

En ese momento, Rebecca estaba ayudando a su abuelo a bajar del carruaje, pero me miró una vez que sus pies gotosos estaban firmemente en el suelo. Las comisuras de sus ojos se arrugaron cuando me sonrió, y mi corazón comenzó a acelerarse. Incluso si la luz matutina no la hubiera envuelto en un cálido resplandor en ese momento, habría parecido un ángel. El suave vestido rosa que llevaba resaltaba el rubor en sus mejillas, que ahora era más visible que nunca mientras la miraba sin ningún reparo, contemplando a mi futura esposa.

El señor Philpott me dio un golpe en el brazo para sacarme de mi admiración descuidada, pues habíamos llegado a las escaleras, el mayor obstáculo en nuestro camino.

No había imaginado que mi propia boda estaría concurrida principalmente por ancianos, pero, por otro lado, no podía decir con sinceridad que alguna vez hubiera imaginado mi boda. Mientras el señor Philpott detallaba su más reciente ataque de mala salud, podía decir con confianza que la realidad superaba cualquier visión que hubiera tenido. ¿Qué mejor que las anécdotas de la vejez para hacer que uno aprecie su propia juventud y buena fortuna? *Mi* buena fortuna era cegadoramente brillante, y seguía justo detrás de mí con su abuelo.

Una vez que el señor Philpott estuvo acomodado en uno de los asientos junto al señor Finner, ambos quejándose de la humedad de la iglesia, me aparté para dejar pasar a Rebecca y a su abuelo, y me situé junto a Phineas en el pasillo entre los bancos.

“¿Cuándo te vas?”, pregunté.

“Pasado mañana”, respondió Phineas.

Lo miré. Encajaría bien en la universidad, pero lo echaría de menos. “El primer hombre de Cambridge en la familia. Qué logro.”

“No es el logro que Padre esperaba”, dijo mientras Diana se acercaba a nosotros.

“Sigo intentando convencer a Phin de que vaya a Londres para la Temporada en su lugar”, dijo. “Estoy convencida de que conquistaría a la sociedad si pudiera dejar sus libros el tiempo suficiente para mantener una conversación adecuada con una joven.”

Puse un brazo alrededor de los hombros de Phineas. “Prefiere estudiar el amor antes que disfrutarlo él mismo. ¿No es así?”

“Casi”, respondió Phineas distraído, mirando hacia el vicario. En Cambridge, obtendría un título que le permitiría tomar órdenes. Sin duda, estaba observando todo hoy con un ojo crítico y pensando en lo que le depararía el futuro.

“No seas absurdo”, replicó Diana. “Ni tú ni yo pensábamos que éramos del tipo que se enamora, Val. Y, sin embargo, aquí estamos. ¿Por qué Phineas sería diferente? Además, exijo otra tía para este niño.”

Observé a Phineas, esperando que la comprensión atravesara su distracción.

“Ahí está”, dije cuando el entendimiento y luego la sorpresa iluminaron sus ojos detrás de sus grandes gafas. Me miró, luego a Diana, que sonreía con picardía.

“¿Estás en estado?”, preguntó Phineas.

“Para ser un hombre de tanto intelecto”, dije, “a veces puedes ser terriblemente lento.”

Diana me miró, entrecerrando los ojos. “¿Te lo dijo Duke? Le prohibí específicamente que lo hiciera.”

Sacudí la cabeza. “Tenía mis propias sospechas al ver la cantidad de platos de postre que llenaste en Brighton el mes pasado y la abundancia de siestas que has tomado.”

Diana me dio un golpecito en la oreja. “Eres abominable. ¿Cómo *lograste* convencer a un tesoro como Rebecca de estar contigo?”

Mi mirada se desvió hacia Rebecca, quien escuchaba atentamente a su séquito de ancianos hablando sobre quién sabe qué. “Sin duda, crees que eres la razón de ello.” Le levanté una ceja a Diana.

Ella se veía satisfecha con mi reconocimiento de su participación. “Solo hizo falta verlos juntos una vez para deducir que eran la pareja perfecta.” Puso su mejilla hacia afuera y la tocó con un dedo, esperando expectante.

Le lancé una mirada de resignación a Phineas, y luego accedí besándola. “Modera tus autocomplacencias, Di. Si hubiera dependido de ti, hoy seguiría pudriéndome en la prisión de deudores.”

Ella se echó hacia atrás con falsa ofensa. “¡Cómo te atreves! ¿Quién crees que preparó el terreno para que Padre pagara tu fianza?”

Phineas se tensó, y los ojos de Diana se agrandaron un poco. “Es decir, yo…”

“¿El almirante pagó mi fianza?”, la interrumpí bruscamente, mirando entre ella y Phineas.

Diana apretó los labios, como si intentara no hablar más.

“¿Phin?”, fijé mi mirada en mi hermano, obligándolo a mirarme. Permaneció en silencio, mirando a todas partes menos a mí. Esa fue respuesta suficiente.

Sin embargo, Diana parecía haberse recuperado de su culpa, pues fue ella quien rompió el silencio. “Bueno, nunca estuve de acuerdo en ocultártelo, así que me alegra haberme equivocado. Fue Padre quien pagó.”

Miré hacia la puerta, donde el almirante estaba en conversación con Duke. Se me había ocurrido una o dos veces que podría haberlo hecho, pero siempre había descartado la idea. Al fin y al cabo, fue él quien proporcionó mi dirección a mis acreedores. Sin él, nunca habría terminado en la casa de confinamiento. También me había dicho que se lavaba las manos de mí.

Me había equivocado al rechazar la idea de su participación en mi liberación, al igual que me había equivocado al suponer que no vendría a la boda. Northumberland no era un viaje fácil desde Kent, ni de cerca, pero aun así había venido.

“Creo que el encuentro con Lord Newham lo afectó de una manera inesperada”, explicó Phineas, siguiendo mi mirada. “Y la muerte aún más. Además, tengo entendido que tu determinación de desafiarlo y casarte en secreto con Rebecca lo impresionó. Está intentando ser

mejor, Valentine. Pero no es fácil para un hombre tan orgulloso."

Asentí brevemente, con los ojos todavía fijos en él. Yo también era un hombre orgulloso, y no estaba seguro de estar listo para arreglar las cosas con el Almirante. Si sucedía, sería un esfuerzo largo y lento por parte de ambos. No me haría ilusiones, pero trataría de estar abierto a la posibilidad. Y Rebecca me ayudaría, sin duda alguna. Ella comenzaba a agradarle al Almirante, y, claro, yo podía ver cómo crecía su afecto por ella, aunque fuera en contra de su voluntad. Esa era la forma de ser de Rebecca. Era imposible no amarla. Si alguien lo sabía, ese era yo. Que el Almirante comenzara a tomarle cariño hacía que la idea de perdonarlo fuera un poco menos desagradable.

Otro carruaje se detuvo afuera, y Rebecca y yo fuimos a recibir a los recién llegados juntos. Eran miembros de la parroquia que no conocía, y después de intercambiar saludos y buenos deseos, siguieron su camino hacia la puerta de la iglesia.

Rebecca se volvió hacia mí. "Creo que ya han llegado todos los que esperábamos."

Tomé su mano, de repente ansioso por casarme y llamarla mía. Me llevaría tiempo creer en mi buena fortuna y que estaba aquí para quedarse, siempre y cuando yo estuviera dispuesto a trabajar para mantenerla. "¿Todos los ancianos y enfermos de la parroquia ya están dentro, entonces? ¿O deberíamos esperar unos minutos más para asegurarnos de no haber olvidado a nadie?"

Rebecca sonrió y alzó la mano para atraer mis labios hacia los suyos.

Nunca me acostumbraría a besar a Rebecca, a la experiencia que lo consumía todo. Comandaba todos mis sentidos, cada una de mis facultades, y me dedicaba a la tarea con fervor. Aún no merecía a Rebecca Russell; no estaba seguro de que alguna vez lo hiciera de verdad. Pero me esforzaría toda mi vida por lograrlo.

Ella se apartó, mirándome con las mejillas cálidas y los labios rojos mientras tomaba las solapas de mi abrigo con ambas manos. "Prométeme que nunca dejarás de besarme así."

Rocé mis labios con los suyos. "Te besaré de todas las formas posibles y en cada oportunidad que me permitas."

Parecía contenta, y casi traviesa. "Entonces estarás cumpliendo al menos con un punto de la lista."

Levanté una ceja. "¿La lista?"

Su sonrisa se volvió más pícara, y sacó un papel de su corsé.

Lo tomé de sus manos y lo desdoblé, mis ojos se posaron en la parte superior. *La lista del esposo*, decía.

Ella levantó un hombro. "Pensé que te vendrían bien algunas sugerencias sobre cómo ser un esposo convincente."

"Sin duda," respondí, volviendo mi atención al papel y preguntándome qué artículos habría ideado esta vez. Mis ojos se agrandaron a medida que recorría la lista. Miré a Rebecca, cuyo rostro era una mezcla encantadora de picardía y nerviosismo.

"Parece que has escrito bastante en ese cuaderno tuyo."

Sus mejillas se tornaron de un rosa más intenso. "No debes dejar que ese papel se te pierda, Valentine. De hecho, creo que será mejor que lo quememos. Mi abuelo se moriría de una apoplejía si lo viera."

Lo doblé con una sonrisa y, sin apartar los ojos de los suyos, lo volví a colocar en su corsé. "Entonces debes guardarlo bien, porque no permitiré que lo quemes." La acerqué hacia mí, acercando mis labios a su oído y susurrando: "Estoy completamente de acuerdo con cada uno de los puntos de tu lista." Le di un suave beso en el hueco de su cuello y la sentí estremecerse,

mientras aferraba mi abrigo con ambas manos. “Espero que me permitas ir más allá de la lista, pues noté que no es en absoluto exhaustiva. Y quiero amarte de todas las formas posibles.”

Ella apretó su abrazo, sin hablar por un momento. Sentí sus pestañas cerrarse contra mi mejilla y escuché una suave inhalación. Reconocí lo que estaba haciendo: saborear este momento con todos sus sentidos, tal como ella me había enseñado. Finalmente, su voz llegó suavemente a mi oído. “También podrías escribir una lista para mí, ya sabes.”

Pensé por un momento antes de responder. “Tú *eres* mi lista. Y una exhaustiva.”

“¿Exhaustiva o agotadora?”

“Ambas,” respondí con una sonrisa. “No podría pedir más.”

Ella dio un pequeño suspiro y buscó mis labios con los suyos.

Un carraspeo sonó fuerte a nuestro alrededor, y nos separamos. Duke estaba junto a la puerta, mirándonos con una expresión impenetrable.

“Es casi como si lo hiciera a propósito,” murmuré a Rebecca.

“¿Deberíamos continuar sin ti, entonces?” Una sombra de sonrisa apareció en la boca de Duke, y regresó a la iglesia sin esperar respuesta. Sería él quien entregara la mano de Rebecca cuando llegara el momento de la ceremonia. No podía pensar en un hombre con el que preferiría tener lazos fraternos por partida doble.

Rebecca comenzó a avanzar, pero la detuve con una mano en la muñeca. Ella me miró con una pregunta en los ojos.

Lentamente, extendí mi brazo, invitándola a tomarlo. Su boca se curvó en una sonrisa al reconocer el gesto. Volviendo a mi lado, colocó su mano sobre mi brazo, y la atraje con firmeza hacia mí.

“¿Qué tal eso?” pregunté mientras comenzábamos a caminar hacia la iglesia, nuestros últimos momentos sin casarnos.

“Creo,” dijo ella, “que el alumno ha superado al maestro.”

La miré, pues sus ojos estaban fijos en mí. “¿Qué? ¿Por qué me miras así?”

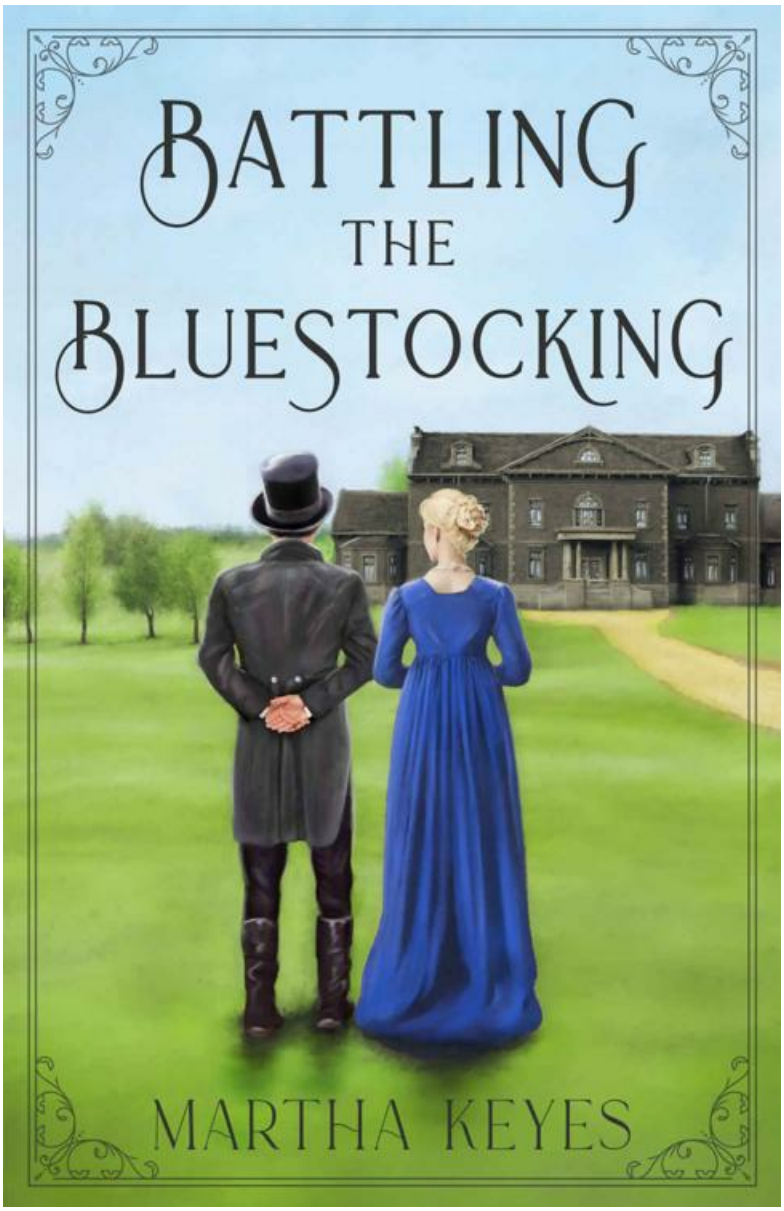
“Solo estoy admirando tu perfil. Es tan joven y libre de arrugas. Pero no siempre será así.”

“Cierto. Y tú serás la encargada de cuidarme cuando esté arrugado. Postrado en cama con gota. Decidido a contarle a cualquiera que me escuche sobre los males de la vejez.”

Ella sonrió ampliamente. “Es bueno que tenga tanta práctica entonces.”

FIN

Continúa el viaje de los Donovan con la historia de Phineas..


BATTLING
THE
BLUESTOCKING
MARTHA KEYES

# Agradecimientos

Escribí todo este libro mientras nuestra familia vivía en el extranjero, lo cual ha sido una experiencia interesante. Mi esposo ha asumido la mayor parte del trabajo para hacer esto realidad: el cuidado de los niños, la cocina, la limpieza, permitiéndome escapar para expediciones de investigación. Su apoyo es increíble.

Mis hijos son pacientes con mi constante preocupación, aunque no entienden cómo es que mis libros nunca parecen estar terminados.

A mi grupo de crítica—Kasey, Jess, Deborah—ustedes son mi gente, ¡y su amistad es, con mucho, la mejor parte de este trabajo!

A mis lectores beta—mamá, Britney, Heidi, Brooke, Becky—gracias por leer la primera versión de esto y por hacerla mejor de lo que jamás habría sido sin sus atentos ojos y comentarios. A Brooke especialmente, cuyas verdaderas pesadillas sobre la historia me ayudaron a decidir cómo terminarla.

Gracias a mi editora, Julia Allen, por su maravilloso trabajo y por arreglar los desastres que dejé.

Gracias a mi equipo de reseñas por su ayuda y apoyo en este negocio, que a menudo puede ser inquietante.

Y gracias, por último y más importante, a Dios, por bendecirme con todo lo que tengo.

# Sobre la Autora



Martha Keyes, ganadora del premio Whitney, nació, creció y se educó en Utah, un hogar que ama profundamente, pero del cual también disfruta escapar para viajar por el mundo. Obtuvo una licenciatura en Estudios Franceses y una Maestría en Salud Pública, ambas de la Universidad Brigham Young.

Su camino para convertirse en autora ha estado lleno de giros y vueltas, pero finalmente ha encontrado algo que le apasiona. Investigar, soñar despierta y comer bocadillos se han convertido en trabajos de tiempo completo, y no podría estar más feliz por ello. Cuando no está escribiendo, mejora sus habilidades fotográficas, busca ofertas de viajes y pasa tiempo con su familia. Actualmente está viajando por el mundo a tiempo completo con su esposo y sus hijos gemelos.